

PHURYA

DANIEL G. SEGURA



EDICIONES  HADES

Phurya

Daniel G. Segura

EDICIONES HADES

“Novela”

© Daniel Guillén Segura
© Ediciones Hades
12163 Culla (Castelló)
info@edicioneshades.com
www.edicioneshades.com

ISBN – 978-84-120495-2-7
Depósito Legal – CS 911-2019

Imagén Portada – GlebSStock / frankie's
Diseño Portada – Juanma Martín

Phurya

ADVERTENCIA

Las líneas de investigación científica en que se sustentan los acontecimientos narrados en esta novela son reales y existen proyectos en fase experimental al respecto. La identidad de las fuentes utilizadas para la documentación del libro permanece en el anonimato a petición de las mismas; no se divulgará por respeto a su privacidad. Por lo demás, la historia, la trama y los nombres de los personajes son fruto de la ficción creada por el autor.

NOTA DEL AUTOR

Este libro que sostienes ahora entre tus manos ha sido elaborado con especial mimo y cuidado por respeto a las personas que han participado en su creación. Siempre he creído que una historia debe despertar emociones en el lector, y en este caso, al ser un thriller, tenía claro lo que quiero que se sienta al sumergirse en sus páginas. Por ello, la familia de lectores cero ha crecido y han aceptado con diversión mis inusuales peticiones; la mayoría de ellos leyeron la novela mientras se medían sus constantes (ritmo cardíaco, respiración...), y las escenas que no cumplían con las expectativas eran eliminadas y suplantadas por otras nuevas. Confieso que pensé que me tomarían por loco, pero me sorprendió ver lo mucho que disfrutaron en un proceso de lectura tan diferente.

Por otro lado, siempre me gusta tomar localizaciones reales para ambientar mis historias. En esta ocasión, Clevence Town se alimenta de forma directa de Becerril de la Sierra, un pueblecito a las afueras de Madrid. Mi villa no es un reflejo literal, pero muchos de los lugares que aparecen en Phurya han sido tomados de allí. Por otro lado, también he querido hacer un sentido homenaje al monte del Pardo, una de las grandes maravillas de la capital española.

PRÓLOGO

Esquirlas de muerte

Niña desaparecida en la localidad madrileña de Tres Cantos

Un matrimonio denuncia la desaparición de su hija en la localidad de Tres Cantos (Madrid) tras veinticuatro horas en paradero desconocido.

Andrea, de siete años de edad, disfrutaba de una tarde de ocio junto a su familia en el distrito madrileño cuando le perdieron la pista. Familiares y amigos han decidido emprender una búsqueda por la localidad y sus alrededores a la espera del despliegue de fuerzas policiales que el alcalde del Ayuntamiento tiene intención de movilizar durante los próximos días.

Aparece el cadáver de Andrea cerca de la sierra de Madrid

La Comunidad de Madrid se viste de luto. Tras una extenuante búsqueda de más de dos meses, la ya conocida «Niña de Tres Cantos» apareció muerta durante la tarde de ayer.

El cadáver fue descubierto con la cabeza rapada en el jardín de unos ancianos en Colmenar Viejo, un pueblo de la sierra madrileña, con la cabeza rapada.

El cuerpo de la pequeña presenta múltiples puñaladas; el arma del crimen ha sido un cuchillo de cocina, hallado en la propia mano del cadáver antes de que su asesino lo abandonara sobre la hierba.

Hallado sin vida el cuerpo de una niña en la Costa Dorada

Activadas todas las alarmas policiales tras el estremecedor hallazgo de una niña flotando sobre una piscina en la tranquila villa de Cambrils.

El cuerpo fue encontrado a dos manzanas de su casa con la cabeza totalmente rapada y evidentes síntomas de violencia alrededor del cuello. El paralelismo con el caso de la «Niña de Tres Cantos» hace pensar en un posible asesino en serie.

A la espera de que las investigaciones de ambos casos converjan, los ciudadanos de toda Tarragona se han movilizado para mostrar sus respetos a la familia de la fallecida.

La pequeña Henar, también de siete años de edad, fue trasladada a la sala de autopsias de la comisaría local.

La situación se desborda: el cadáver de Celia Bautista aparece colgado de un árbol

Un matrimonio de Cuenca descubre el cadáver de la desaparecida Celia Bautista colgado de un árbol en el corazón de la Ciudad Encantada.

Una vez más, el cuerpo de la pequeña ha sido descubierto, en estado de descomposición, con la cabeza rapada.

El asesino no muestra ningún reparo en transgredir los principales centros turísticos de la geografía española.

Las autoridades recomiendan paciencia y aseguran que siguen de cerca la pista del homicida.

El «Asesino de la Cabeza Rapada» vuelve a matar

El homicida que ha sembrado el caos en España desde el pasado mes de agosto mata de nuevo. Fiel a su modus operandi, enterró el cadáver de Ester Leal con la cabeza rapada en los alrededores de Sierra Nevada.

La niña, de siete años, fue descubierta por los servicios de búsqueda de Granda con quemaduras y laceraciones producidas por la nieve.

El caos reina en una España atemorizada que aguarda los siguientes pasos del asesino. Fuentes fiables informan de que una unidad de criminólogos norteamericanos ayudará a la policía española, que se ocupa del caso.

Detenido un vecino madrileño, acusado de los crímenes de las niñas asesinadas

La policía arresta a un ciudadano de la Comunidad de Madrid como presunto «Asesino de la Cabeza Rapada». Los investigadores aseguran haber rastreado billetes de tren que lo sitúan en todos los escenarios en la fecha de los crímenes.

Los encargados del caso se niegan a ofrecer la identidad del individuo a la espera de verificar las pruebas que lo incriminan.

Por el momento, el acusado ha sido trasladado a la prisión de Soto del Real mientras los responsables de la investigación determinan la seguridad de sus pesquisas. Varios ciudadanos, incluyendo a las familias de las víctimas, se han congregado alrededor de la penitenciaría con pancartas.

El «Asesino de la Cabeza Rapada» confiesa

Javier Arenas, el que fuera acusado por los crímenes que han atemorizado a España, se entrega tras prestar declaración en los tribunales de Plaza de Castilla (Madrid). Tras una semana y media de pleitos, el detenido confiesa los asesinatos. Asegura que escogió diferentes puntos de España para entorpecer las investigaciones policiales.

Acorralado por las pruebas, el homicida asume su culpabilidad. Al parecer, el imputado quedó trastornado tras la muerte de su hija Ingrid, de siete años, tras una fulminante leucemia.

El señor Arenas, padre soltero desde el fallecimiento de su esposa, conservó el cadáver en el congelador del domicilio. Incapaz de soportar la ausencia de pelo que la quimioterapia había provocado en su hija, decidió matar a niñas de su edad para elaborar cuatro pelucas de diferentes colores.

El mundialmente conocido como «Asesino de la Cabeza Rapada» será trasladado a prisión después de que la jueza Hernández lo condenara a cadena perpetua.

VOLUMEN I

Claustrophobia

1

CLEVENCE TOWN

Una semana...

A priori no suena demasiado impactante, pero ese corto intervalo de tiempo fue cuanto necesité para que mi vida diera un giro de ciento ochenta grados. Recuerdo el día en que mi mundo empezó a resquebrajarse en una oleada de muerte y destrucción. Me gustaría decir que mi existencia fue un tranquilo paseo por el florido jardín de mi vida, pero sería un sucio embuste con el que insultar vuestra inteligencia. Por eso, trataré de ser fiel a la realidad ciñéndome a los hechos tal y como sucedieron; por descontado, seguiré mis propias experiencias en la cronología que marcaba mi cuenta atrás hacia el abismo de la conspiración.

Es por ello que me remonto a una anónima mañana de un mes cualquiera. Espero que no os sintáis defraudados ante mi torpe descripción. Mi memoria es frágil de por sí y, como pronto entenderéis, los sucesos que acontecieron dañaron parte de mis recuerdos presentes.

Como cada mañana, un nuevo amanecer alumbró las calles de la rutinaria y apacible Clevence Town. La villa en la que vivía desde que tengo uso de razón se tiñó de los tonos anaranjados del alba, ensordeciendo el silencio con el lejano murmullo de los pájaros. Mis oídos se deleitaron con el suave arrullo de las aves que alzaban sus voces entre las copas de los árboles. Imaginé la elegancia de sus alas, la suavidad de sus plumas y el recato de su atolondrado vuelo; al fin y al cabo, no había animales en la rutinaria y apacible Clevence Town.

Desde mucho antes de lo que mi memoria alcanzaba a recordar, vivíamos rodeados por una red de acero en forma de cúpula que apenas permitía el paso a los rayos de sol. Mis padres me contaron que las autoridades estadounidenses nos aislaron en cuarentena cuando un extraño virus contagió a todos los habitantes de la región; la cepa permanecía latente en nuestra sangre, adormecida como un depredador que amenaza con despertar ante cualquier agente extraño. Al parecer, un grupo de científicos del Gobierno demostró que la enfermedad se transmitía mediante el contacto sanguíneo, de modo que nos destinaron al claro de un bosque apartado de cualquier atisbo de humanidad. Cercaron los límites terrestres y aéreos con una semiesfera y apostaron a dos guardias en la única vía de comunicación con lo que denominábamos el «Más Allá». Cada semana, nos dejaban suministros y víveres para llevar una vida digna. De esta forma, las autoridades protegieron a los ciudadanos de la Tierra de nosotros... y a nosotros de los factores externos que pudieran avivar nuestra afección. Nadie entraba ni salía de la rutinaria y apacible Clevence Town.

Para no faltar a la verdad, éramos afortunados. Teníamos todo cuanto necesitábamos; desde comida hasta bienes «secundarios» como educación, sanidad (pese a lo irónico de la afirmación), leyes y, por supuesto, seguridad interna. Hablábamos inglés, como es lógico, pero también estábamos obligados a conocer un segundo y un tercer idioma. El castellano había sido impuesto tiempo atrás, mientras que la otra lengua era optativa; en mi caso, el francés. Puede que la villa no ocupara demasiadas hectáreas, pero sesenta y ocho personas tampoco requerían mucho espacio para sobrellevar sus vidas con dignidad. El mayor Thompson asumió el cargo de alcalde desde los orígenes de la comarca. Se trataba de una figura autoritaria que había dictado unas estrictas

normas de convivencia. Así, quedaba prohibido acercarse a menos de medio metro del perímetro delimitado por la valla de seguridad a no ser que las fuerzas policiales acudieran para abastecer las reservas. Por su parte, nadie abandonaba su casa a partir de las diez de la noche; en esa franja horaria, los agentes de la ley realizaban sus labores de limpieza y purificación de las calles, eliminando cualquier atisbo de materia tóxica. Todo estaba minuciosamente controlado en la rutinaria y apacible Clevence Town.

El pueblo se distribuía en cuatro avenidas de trazado rectilíneo que convergían en forma de cruz en el epicentro de un octágono. Este espacio poligonal se erigía como la plaza Central, lugar en el que se construyó el ayuntamiento para seguir las actividades de la villa desde una posición privilegiada. La calle que se extendía por el lado oeste de la plaza, conocida como la avenida de los Recuerdos, daba cobijo al cementerio de Clevence Town, coronado por la única funeraria que registraba el índice de mortandad. A su diestra, el templo hacía las veces de refugio espiritual para todo aquel que deseara escuchar los sermones del párroco, el reverendo Melquiades. Mucha gente encontraba interesantes sus interminables pregones, pero yo únicamente le atribuía el mérito de hacer sonar las campanas a cada hora. Por otro lado, si cruzáramos de nuevo la plaza y nos internáramos en la vía frontal, terminaríamos en la avenida Comercial, donde se accedía a la zona de ocio y compraventa de suministros. Por último, si atendemos a la distribución en forma de cruz que ya mencionaba con anterioridad, cabría destacar dos calles gemelas que se disponían en la zona norte y sur de la villa respectivamente. La primera, la avenida de los Hostales, se trataba de una extensión residencial prolongada hasta colindar de nuevo con la plaza. La segunda, en cambio, proporcionaba los servicios médicos necesarios para los habitantes de la aldea; por ello, los antiguos residentes la bautizaron como la avenida de la Salud. Como podéis apreciar, hasta la distribución de la villa era monótona en la rutinaria y apacible Clevence Town.

Cuando el reloj del campanario marcó las nueve de la mañana, me despecé y tomé una ducha de agua caliente antes de enfundarme unos pantalones y una camisa poco elegantes. Al salir a la calle, saludé al panadero y a los peatones que recorrían las estrechas vías mientras recortaba la distancia que me separaba del centro de salud. Todos los habitantes habíamos sido distribuidos en varios días para recibir una inyección semanal, una especie de vacuna que mantenía aislado el virus e impedía que se expandiera al resto del cuerpo. Era la manera con que el Gobierno estadounidense pretendía demostrar su preocupación por nosotros; destinando unos anticuerpos para salvarnos la vida. La doctora Gordon, licenciada en Inmunología por la Universidad de Harvard e íntima amiga mía, suministraba la dosis estipulada a cada paciente. La vacuna variaba de un individuo a otro en función del sexo, la edad y el estado físico; en mi caso, un varón de treinta y seis años y complexión atlética, apenas recibía una inyección de cincuenta mililitros. Como ya anticipaba, el Gobierno era especialmente meticuloso con la sanidad de la rutinaria y apacible Clevence Town.



Al entrar en el centro sanitario, descubrí que mis compañeros habituales aún no habían llegado a la sala de espera. Atusé mi alborotada cabellera castaña, adecentando el pelo para no dejar entrever que, en realidad, había salido sin peinar; aquella era una de las ventajas de llevarlo corto.

—¿Kyle Dwayne? —me llamó una enfermera que ya rozaba la cincuentena; la adusta y siempre dispuesta señorita Biggens me miró por encima de sus gafas de media luna en busca de alguna reacción por mi parte.

Como si en verdad necesitara verificar mi identidad...

—Listo para entrar, Angela —asentí tras incorporarme.

Una vez allí, la doctora se incorporó frente a una mesa metálica donde pendían las diez vacunas que suministraría a lo largo de la mañana. Al reconocermé, esbozó una cálida sonrisa y buscó la jeringuilla en la que rezaba mi nombre.

—Buenos días, Kyle —la claridad de sus ojos azules contrastaba con el marrón de los míos. En Clevence Town solíamos establecer ese tipo de comparaciones, por muy absurdas que parecieran. A fin de cuentas, no teníamos mucho más divertimento que nuestras ocupaciones y aquellos paralelismos.

—Buenos días, Nell —saludé, ya con la sonrisa en la cara desde la mesa de operaciones.

—¿Qué tal la mañana? —se interesó ella mientras calculaba la dosis.

—No muy diferente a la de ayer.

La mujer hizo a un lado su larga cabellera rubia para evitar que obstaculizara la visión de mi brazo desnudo. El pelo le cayó sobre la espalda como una cascada dorada que agradeciera el brillo de los fluorescentes.

—¿Vendrás a mi casa esta tarde? —ofrecí mientras la aguja penetraba en las primeras capas de la piel; estaba tan habituado al proceso que apenas reparaba en ello—. He escrito a Korine y parece que ha conseguido una película.

Korine era el tercer vértice de nuestro singular triángulo de amistad. Además de la cercanía de nuestras respectivas edades, éramos los únicos nacidos en Clevence Town desde que el Gobierno confinara a nuestros padres y a sus contemporáneos. Korine era la única que aún conservaba a sus progenitores en el pueblo; los nuestros habían fallecido debido a una extraña variante de la enfermedad cuando todavía éramos unos niños.

—Preparadlo todo para las siete —aceptó Eleanor tras extraer la jeringuilla—. Ya sabéis que el centro de salud no cierra hasta las seis y media.

Me levanté y bajé la manga de la camisa.

—¿Cómo se llama la película? —quiso saber ella.

—Aún no lo sé —confesé—. Ya nos lo dirá Korine.

—Espero que esta vez no la haya visto antes.

—No lo ha hecho. De lo contrario, ya nos habría destripado el final —bromeé.

—No te burles —se rio Eleanor alborotando mi ya arrebolado pelo castaño—. No permitiré que te regodees de la otra representante del sector femenino del equipo.

—No es justo —continué, siguiéndole el juego—. Vosotras sois dos y yo solo uno; partís con ventaja.

—Por eso siempre acabas perdiendo. La enfermera llamó a la puerta.

—Disculpad la interrupción, pero lady Ambers espera su turno.

—Enseguida salgo, Angela —anuncié con educación.

Ella sonrió complacientemente antes de desaparecer al otro lado del vano.

—Parece que lady Arrugas tiene prisa. —Eleanor y Korine siempre aludían con aquel apelativo a lady Ambers en honor a su sabiduría; al fin y al cabo, era una de las veteranas en Clevence Town. Por supuesto, procuraban no mencionarlo en presencia de la dama.

—Te veo esta tarde, entonces —corroboré.

—En tu casa a las siete —confirmó ella—. Ya me contaréis qué tal la reunión de hoy en el club de lectura.

Un grupo de ciudadanos nos reuníamos esporádicamente en el templo de la villa para analizar una obra previamente convenida por el párroco. Por supuesto, el hombre lideraba el grupo como

mediador ante las disidencias que pudieran surgir de las diferentes opiniones. No me consideraba acérrimo defensor de la labor del sacerdote en la comunidad, pero aquella iniciativa saciaba mi incansable apetito por conocer las historias que escribía la gente en el «Más Allá».

—Sabes que no será lo mismo sin ti —aseguré, pesaroso por no disfrutar de la compañía de Eleanor aquella tarde.

Los horarios de la mujer no le permitían acudir a las reuniones tanto como le gustaría. Pese a ello, era socia de oro del club de lectores y una gran analista de las obras a exponer. La comunidad agradecía enormemente su participación en los debates siempre que el centro de salud le concedía las tardes libres; por tener a Korine siempre que a la doctora le resultaba imposible asistir.

Eleanor miró por la rendija de la puerta.

—Será mejor que te vayas antes de que lady Ambers comience a impacientarse.

—Debería hacerse mirar el carácter —protesté, cediendo contra mi voluntad.

Tras despedirme, abandoné la consulta y caminé en línea recta hasta mi hogar. Fantaseé una vez más con Eleanor, mi mejor amiga y confidente en la soledad de la villa... y mi amor platónico en la intimidad de mi corazón. Al igual que algunas otras antes que ella, Eleanor me había rechazado en varias ocasiones. Atribuía su negativa al temor de perder la amistad que nos unía, pero con ello no lograba más que arraigar mis sentimientos con una renovada soga de perseverancia. Por supuesto, tras mi segundo intento fallido, dejé de demostrarle mi afecto.

No obstante, mi grado de frustración amorosa no hacía sino crecer con el paso de los años. Me constaba que muchas de las mujeres de la villa me consideraban atractivo, pero ninguna de ellas terminaba de involucrarse sentimentalmente conmigo. La conciencia de nuestra enfermedad había hecho mella en los habitantes de Clevence Town. Probablemente aquel fuera el motivo de que nosotros fuéramos los únicos nacidos al amparo de la cuarentena.

Me asomé a la ventana y perdí la mirada entre las rendijas que surcaban la cúpula de cristal. Inspiré profundamente el aroma de los árboles que se filtraba por las hendiduras mientras trataba de adivinar el aspecto del exterior. A menudo dejaba volar mi imaginación; soñaba con lo que encontraría al otro lado si alguna vez se hallara una cura para la enfermedad. Evocaba el batir de las hojas de los árboles, el piar de los pájaros y la belleza de los lagos. En mis fantasías, el fluir de los ríos erosionaba las rocas y las fértiles tierras de los campos de cultivo; la naturaleza era pura, no como la pequeña muestra que el alcalde había creado de forma artificial para que nos conformáramos. Aquello me hacía sentir en un *show de Truman* aún más cruel que el original. Todo parecía meticulosamente calculado, como si nuestras vidas giraran en torno a una perfecta ecuación matemática.

El corazón me dio un vuelco al pensar en la posibilidad de que algún día sería libre para hacer realidad mis anhelos más profundos. Qué iluso podía llegar a ser por aquel entonces. Al fin y al cabo, jamás habría imaginado que en apenas unas horas se activaría el primer detonante de mi perdición; un suceso que cambiaría mi vida, tal y como la conocía.

Para siempre.

Cómo saber que todo se truncaría en una vertiginosa espiral que me atraparía con sus giros y sus vueltas de tuerca. Cómo sospechar que la noche traería consigo el primer soplido de los aires del cambio. Cómo intuir que, con ellos, mis más hermosos sueños se transformarían en la peor de mis pesadillas.

Volví a llenar mis pulmones de la pureza de aquel aire refinado por los conductos de ventilación. Puede que apenas dispusiéramos de recursos naturales, pero si he de ser sincero todos nos habíamos acostumbrado a aquel modo de vida artificial. Al fin y al cabo, ninguno

imaginábamos que, muy pronto, Clevence Town dejaría de ser el lugar rutinario y apacible en que se había convertido después del aislamiento.



2

הופעתה (APARICIÓN)

Seguí la línea recta que dibujaba la avenida de los Hostales hasta llegar a la plaza Central. Tiré del carro de la compra en pos de lo que sería mi abastecimiento de suministros durante la semana y observé la hora que marcaba el reloj del ayuntamiento. Suspiré aliviado al comprobar que aún me quedaban varias horas antes de que diera comienzo la reunión mensual.

Tal y como esperaba, la avenida Comercial estaba saturada a aquella hora de la mañana. Éramos muchos los que nos lanzábamos a la calle a principios de semana para evitar que nuestros vecinos nos arrebataran las mejores piezas de carne y verdura. De lo contrario, nos tendríamos que conformar con las partes más innobles de los víveres semanales.

Me adentré en los puestos que conformaban la zona comercial para abrirme paso a empellones entre la multitud. La muchedumbre hablaba a gritos mientras se agolpaba en los mostradores como fieras que se ciernen sobre sus presas. Por fortuna, hallé una fisura entre un grupo de gente y pude introducirme sibilinamente entre ellos. Me coloqué en primera línea ante sus atónitas miradas. Siempre he opinado que vale más actuar que discutir nuestros actos; quise reírme de su patética expresión cuando Hilary James, la carnicera, se volvió hacia mí para atenderme con su mejor sonrisa.

—Buenos días, Kyle —me saludó—. Puntual y madrugador como cada semana.

—Hola, Hily —correspondí en una apelación al diminutivo por el que todos la conocíamos.

—¿Lo mismo de siempre? —preguntó con mis habituales filetes de venado ya empaquetados.

—Qué bien me conoces —torcí una pícara sonrisa—. Sin embargo, esta semana pensaba pedirte un par de pechugas de pollo de más.

Hilary empezó a contar mentalmente.

—En ese caso tendré que restarte la parte proporcional de tu pedido de venado —decidió finalmente.

—Estoy en tus manos.

Aunque el Gobierno estadounidense sostuviera que las provisiones semanales eran más que suficientes para todos los habitantes de Clevence Town, lo cierto era que la escasez de víveres se hacía patente semana tras semana. Fue por ello que el mayor Thompson tuvo que redactar una ley que regulara las cantidades de cada ciudadano para evitar que los primeros clientes acabaran con los suministros de los últimos. El Ayuntamiento siempre conservaba una parte de las provisiones en el almacén de víveres, una improvisada cabaña en la zona noroeste de la región que mantenía la temperatura por debajo de los cinco grados de forma natural. El Consejo garantizaba así el abastecimiento en caso de declararse una emergencia imprevista que requiriera un protocolo alimenticio especial.

Suspiré mientras la carnicera terminaba de empaquetar mi pedido. Una vez concluido, lo introduje en el carro y, tras despedirme de mis conciudadanos, me encaminé al puesto contiguo; la frutería.

Así se volatilizó el resto de la mañana. Compré mis provisiones habituales y las coloqué en la nevera de mi cocina. Acto seguido, me acicalé frente al espejo y corrí hacia la puerta del piso. Me

precipité a la calle a paso ligero hacia el templo. Si no me apresuraba, la reunión comenzaría sin mí, y nadie en su sano juicio querría hacer enfadar al padre Melquiades. El párroco era bien conocido por su mal carácter y su peculiar forma de proceder. Si de mí dependiera, construiría un centro psiquiátrico con el único propósito de ingresarle en él.

A menudo le habían encontrado hablando solo, recostado sobre una pared, o caminando desnudo por la plaza Central para reivindicar la libertad de conciencia. Estoy de acuerdo en que la idea no era mala, pero la forma de proceder distaba mucho de resultar psicológicamente coherente.

Además, por alguna razón que no alcanzaba a comprender, me odiaba. Desde que comprendiera la repulsa que mi mera presencia despertaba en él, he tratado de hacer memoria sobre cualquier descortesía que pudiera haberle profesado. Sin embargo, la única respuesta a mis preguntas era la propia ignorancia. Desde que tengo uso de razón, recuerdo a aquel desagradable caballero tratando de inutilizar mis opciones en Clevence Town. Por supuesto, el tiempo y su insistencia despertaron en mí los mismos sentimientos hacia él. De un tiempo a ese momento, tampoco yo solía ponérselo fácil.

Pero a pesar de todo, he de admitir que su propuesta de organizar reuniones de lectores tuvo una gran acogida entre los habitantes de la villa. De hecho, yo fui uno de los primeros en tragarme mi orgullo y apuntarme en la lista de aspirantes al círculo. En un pueblo donde el entretenimiento habitual es el propio estupor, un plan de acción como aquel se convirtió en una bomba de relojería.



Cuando llegué las puertas ya estaban abiertas. Tal y como solíamos hacer, mis compañeros se habían dispuesto en un círculo capitaneado por el sacerdote, un hombre imponente en gesto y cuerpo. Su cabeza rapada relucía bajo la iluminación de unos fluorescentes que enmarcaban sus duras facciones alrededor de aquel par de inquisitivos ojos marrones.

—Tarde como siempre, señor Dwayne —sus oscuras pupilas me taladraron mientras me sentaba—. Espero que algún día logre encontrar una motivación para mejorar su puntualidad.

—Le pido disculpas, reverendo —contesté mientras me acomodaba en una silla de madera.

Busqué con la mirada a Korine, pero mi amiga no se encontraba entre el círculo de lectores. No divisé más asientos libres, por lo que deduje con extrañeza que ese día no nos acompañaría en el análisis de *Momo* de Michael Ende.

—Bien —comenzó el párroco tras hacer callar el murmullo de la comitiva—, será mejor que empecemos.

Hizo descender la mano sobre una minicadena que descansaba entre las patas de su atril y accionó la tecla de reproducción. Conscientes de lo que se esperaba de nosotros, nos pusimos en pie y nos llevamos la mano derecha al corazón. Las primeras notas musicales del himno de Clevence Town llegaron a mis oídos en apenas unos segundos.

Juntos elevamos nuestras voces en un mismo clamor. Los sonidos se hilaban entre nuestros labios para conformar una suave melodía de esperanza.

*With my hand on my heart,
I will walk on the sand;
no regrets, no remorse,
no more pain to report.*

Todos los actos oficiales debían ser precedidos por el himno oficial de la villa. Los presentes entonaban la letra establecida por el Gobierno de Clevence Town para recordarnos que no todo estaba perdido, que aún existía la posibilidad de una cura para la afección que nos mantenía bajo el yugo de la alambrada. Pero lo cierto es que la única barrera que nos ataba a ese himno era la del propio alcalde. Aquella constituía una de sus muchas muestras de poder y hegemonía, una forma de recordarnos qué lugar ocupábamos en la jerarquía de la comarca.

*In the land of the blood
you will be in my arms,
I will kindle your dreams
to protect you from fear.*

Insinuaban que velaban por nuestra seguridad, por nuestra integridad física y moral, pero tan solo nos mantenían presos en nuestro hogar para mecer nuestras vidas con sus dictatoriales manos.

*In the shadow, when it's dark,
I will light the way back,
I will turn on the bright
that would let your sun shine.*

Muchos de mis cohabitantes interpretaban estos versos como una llamada a la serenidad, un ofrecimiento del Gobierno para protegernos a todos. Sin embargo, no hacían otra cosa que tildarse de iluminados, una vela en la oscuridad de nuestras miserables vidas.

*We are life among death,
we can fight even Hell.
With the power of this song
salvation will govern our souls.*

Y, para terminar, no podían acabar la canción sino comparándose con el mismo Dios. Era su forma de elevar la penuria de Clevence Town a la grandeza de los cielos. Una sutil forma de enmascarar el infierno con el velo del paraíso.

Nuestras voces se apagaron tras el sonido de unos platillos que alargaron la última nota en un acorde perfectamente ensayado. Nadie se atrevería a errar durante la interpretación del himno.

Cuando el silencio nos envolvió decidimos que había llegado el momento de sentarnos. Ocupamos nuestros respectivos lugares en el círculo presidido por el sacerdote y aguardamos a que diera comienzo la reunión.

El párroco aireó su túnica y extrajo de entre los pliegues el ejemplar original del libro que Michael Ende publicara en 1973. El padre Melquiades era todo un lingüista; dominaba el inglés, el castellano, el francés, el japonés y, por supuesto, el alemán. Fue una lástima que se viera contagiado por la enfermedad que aquejábamos. De no haber sido así, el suyo sería el futuro más prometedor de todos los presentes.

—*Momo*, de Michael Ende —comenzó en su habitual tono poético—. Una oda a la lucha por la verdad, una elegía de pasiones infantiles que se sumergen en el inhóspito mundo de los humanos, una síntesis de personajes que portan consigo la carga del tiempo.

«¿Quién quiere ser el primero?», recité para mí.

—¿Quién quiere ser el primero? —añadió el sacerdote en un gesto que me hizo esbozar una disimulada sonrisa.

Emma Strike, la cuidadora de ancianos (o lo que era lo mismo, la criada de lady Ambers), alzó una mano tímidamente.

—Señorita Strike, siempre es un placer contar con su humilde opinión —el padre Melquiades le dedicó una amarillenta sonrisa.

—Gracias, reverendo —empezó la aludida—. A decir verdad, Michael Ende nos enseña los valores que han de seguir los seres humanos desde el inicio de su existencia.

—¿Y qué valores son esos? —animó el párroco.

—La obediencia, señor.

Tuve que reprimir una carcajada.

—Excelente —apoyó el hombre, despertando una salva de aplausos en el círculo—. Momo es una niña que tiene claros cuáles son los valores que le han inculcado. Los hombres grises representan una amenaza para esos ideales, de modo que se resiste a su lengua de plata y lucha contra su hostilidad.

Clive Maison alzó una mano con la intención de intervenir. Tras el asentimiento del sacerdote, se aclaró la garganta y comenzó con su retahíla de sandeces:

—Si Su Señoría me permite continuar con su línea de pensamiento, me gustaría añadir un aspecto de la personalidad de Momo —todos lo miraban expectantes, pero yo ya empezaba a elaborar una idea aproximada de la tergiversación que haría de la historia—. Muestra una fortaleza encomiable, una astucia impropia de su edad que la conduce por las sendas de la corrección moral. Sigue los patrones de su mundo infantil para evitar la amenaza de los hombres grises y elevar la belleza de la vida sobre la subestimación del tiempo.

—¿Y alguien podría decirme de dónde saca Momo esa rectitud moral?

—De las enseñanzas de sus Mayores —contestaron todos al unísono.

—Exacto —corroboró el padre—. De los valores inculcados por personas que estaban por encima de ella. Fueron tales las proezas morales de la que habla el señor Maison que no se extravió del camino dictado por sus doctrinas —el sacerdote desvió su amenazadora mirada hacia mí. Estaba tan absorto en las barrabasadas de mis vecinos que olvidé disimular mi expresión de disgusto—. ¿Qué opina usted, señor Dwayne?

Las doce cabezas que conformaban el círculo se volvieron directamente hacia mí. Por un instante, tuve que tragar saliva para aliviar el nudo que se había formado en mi garganta.

—Yo... estoy de acuerdo con todo lo expuesto —siempre he sido un pésimo mentiroso.

—¿Seguro? —me dedicó la imprecación de una cruel burla—. Su expresión no parecía apoyar sus palabras.

—Lamento si he hecho algo que pueda haberle llevado a malinterpretar mi gesto.

—Vamos, señor Dwayne, sea un poco más elocuente —pidió mi interlocutor—. Todos sabemos que Momo aprendió lo que sabía de sus Mayores, y usted es el único aquí presente que comparte una característica común con el personaje; el lazo de sangre que los unía a sus Docentes.

Me incliné hacia delante ante la mención de mis padres.

—No creo que sea buena idea hablar de mis...

—No sea tímido —insistió el párroco—. ¿Qué recuerda de sus experiencias como infante? ¿Qué visión tenía del mundo?

—La misma que Momo, supongo. —Nada más lejos de la verdad, aunque mi verdad fuera muy diferente a la de mis interlocutores.

—Cualquiera lo diría teniendo en cuenta la versatilidad de Momo; usted, en cambio, deja mucho que desear a su lado —segunda pulla—. Tal vez sus Mayores no fueron tan buenos como los de ella.

Vi cómo algunos de mis compañeros fruncían el ceño ante el repentino ataque del sacerdote. Todos sabían que yo no era santo de su devoción, pero aquel insulto deliberado hacia mis padres resultó demasiado hasta para ellos.

—Con el debido respeto, no tengo nada más que añadir —no recordaba que contener la ira pudiera resultar tan complicado.

—Yo creo que sí —era persistente, eso tenía que admitirlo—. Dígame, ¿le recuerda esa niña a alguien?

No comprendí su pregunta.

—Santo padre —interrumpió Emma—, ¿no cree que el señor Dwayne ya ha intervenido suficiente? Estoy segura de que algunos de mis compañeros no quieren perder la oportunidad de hablar antes de que concluya la reunión.

Bendita fuera aquella mujer. Nunca me había sentido muy ligado a ella, pero jamás olvidaría aquel detalle de compasión.

—Tal y como Momo nos enseña, señorita Strike, hay que saber nadar en la profundidad de las palabras y del significado que se puede derivar de estas. Si no me equivoco, entre tanta cháchara el señor Dwayne aún no ha expresado su opinión sobre la novela.

—No me recuerda a nadie conocido —contesté, temeroso de que el sacerdote pudiera emprenderla contra la cuidadora.

—¿Está usted seguro? Tal vez deba ahondar más en sus recuerdos para desarrollar ese cerebro que ni sus Mayores fueron capaces de estimular.

Aquello pudo con mis nervios.

—¡Ya es suficiente, maldito arrogante! —vociferé, poniéndome en pie. La gente contuvo la respiración conforme avanzaba hacia el párroco—. ¡¿Quiere saber mi opinión?! ¡Momo nos enseña a combatir la tiranía de los opresores como usted, a pensar por nosotros mismos y a luchar por la libertad que nos ha sido arrebatada! ¡Igual que el tiempo alimenta a los hombres grises, las sociedades autoritarias no tienen más poder del que nosotros les conferimos! ¡Pero, ante todo, nos enseña que los hijos de puta como usted están destinados a perder! ¡¿He expresado mi opinión con suficiente claridad?!

No vi venir la bofetada que me arrojó al suelo del templo. Solo fui consciente de ello cuando vislumbé que el sacerdote bajaba la mano y que mi mejilla empezaba a arder sobre las frías baldosas de mármol. No necesité mirar a los demás para descubrir que aún estaban boquiabiertos ante mi desafortunada muestra de rebeldía.

—Más le valdría controlar su carácter, señor Dwayne —terció—. Ahora, si ha terminado con su torpe espectáculo, le agradecería que abandonara la casa de Dios y nos dejara terminar nuestra reunión de forma pacífica.

Me incorporé rojo de ira mientras me palpaba la dolorida mejilla. Avancé entre los bancos lastrando conmigo el peso de la vergüenza.

—Ah, y no se moleste en regresar —añadió el sacerdote cuando ya casi alcanzaba los portones—. Su participación en la sociedad de lectura queda definitivamente suspendida. Pronto recibirá una citación del Gobierno para expresarle su *opinión* respecto a su juicio de valores.

Ni siquiera me volví cuando crucé la puerta.

—Señor Dwayne —la voz del sacerdote reverberó en la cavidad del templo hasta martillar mis oídos. Detuve de nuevo mi avance, aunque deseara con todas mis fuerzas dejarle a media

frase—, tal vez debiera disculparse por su comportamiento antes de marcharse.

Si había decidido humillarme, no terminaría de darle el placer.

—Desde que pisé este templo por primera vez usted se tomó la determinación de boicotearme —dije con todo el odio que fui capaz de imprimir en mis palabras—. Lo único que lamento es haberle proporcionado la satisfacción de conseguirlo.

Me regodeé con el repentino destello de ira que titiló en sus pupilas antes de entornar las puertas al salir. Aún con el orgullo herido, empecé a bajar los peldaños que comunicaban con el empedrado. Sin embargo, el murmullo de una pregunta hizo que mi atención regresara al interior del templo.

—¿En qué estabas pensando, Jeremiah?! —la voz de Emma Strike iba cargada de reproche—. ¿Cómo se te ocurre hacer algo así?!

Retrocedí sobre mis pasos con disimulo hasta situarme junto a la ranura; debían pensar que había cerrado la puerta completamente. Por descontado, la repentina pérdida de las formalidades no me pasó desapercibida.

—Alguien debía hacerlo —se defendió el padre Melquiades.

—Aún no es el momento —protestó Claire Halley, la ayudante de mecánica del taller de Clevence Town—. Y mucho menos la forma de proceder.

—¿Me da igual vuestro estúpido protocolo! —bramó el párroco—. ¡Gracias a mí ya sabemos que el Proyecto está más avanzado de lo que imaginábamos!

Aquella exclamación oprimió mi corazón en un puño.

—En eso tiene razón, Emma —terció el señor Maison—. El proceso se ha acelerado sin que nos diéramos cuenta.

—¿Qué quieres decir? —inquirió esta.

Fue el sacerdote quien respondió.

—Ya ha empezado a pensar con libertad.



Una vez en casa, me dejé caer sobre la cama aún conmocionado. No podía dejar de preguntarme a qué se referían aquellas personas. Nada de lo que dijeron tenía sentido; por más que trataba de comprenderlo, naufragaba en un mar de confusión que me llevaba a la misma deriva.

Tan solo había una cosa de la que estaba completamente seguro; necesitaba reflexionar en soledad. Llamé a Eleanor y a Korine por teléfono y pospuse nuestra reunión para la tarde siguiente. La segunda me explicó que se había encontrado indispuesta como consecuencia de un fuerte dolor de cabeza, de modo que telefonó al párroco para avisarle de su ausencia. Me hubiera gustado que Eleanor la examinara, pero ella declinó mi propuesta como siempre; yo, en cambio, cada día estaba más preocupado porque sus continuas jaquecas fueran más fuertes.

No me molesté en explicarles lo sucedido en el templo. Necesitaba encajar el lastre de aquella información antes de emitir juicio alguno, de modo que me recosté sobre el hombro y cavilé todas las posibilidades que pudieran interpretarse de la conversación que acababa de oír.

Sin embargo, ni en toda la noche logré sacar algo en claro.



El sonido de mi teléfono móvil me despertó alrededor de las diez de la mañana del día

siguiente. Me incorporé precipitadamente sobre el colchón, alarmado por el estruendo. El devenir de mis pensamientos había consumido la tarde anterior hasta que la luz que se filtraba por los resquicios de la cúpula se extinguió, presa de la noche. Me pregunté cuánto tiempo habría dormido, pero ni siquiera era consciente de haber cerrado los ojos la noche anterior.

Miré el teléfono en busca del nombre de mi inesperado despertador y resoplé al comprobar que se trataba de Korine.

—Buenos días, grandullón —saludó su melosa voz—. ¿Tienes mejor cuerpo esta mañana?

Estaba preocupada por mí. Lo supe aunque tratara de disimularlo con aquel tono desenfadado.

—Lo tenía hasta que me has despertado —bromeé.

—¿Acaso no has visto la hora? —me reprendió con cierto aire resabido—. No puedo creer que el señor Insomnio haya dormido hasta las diez de la mañana.

—Parece que anoche hasta el señor Insomnio estaba cansado.

—¿Entonces estás mejor? —el cariz jocoso cedió protagonismo a la preocupación que yo ya había adivinado.

—Claro —la calmé.

—¿Seguro? —se cercioró—. Ayer parecías bastante nervioso por algo que no quisiste compartir con nosotras.

El destello de un recuerdo brilló en mis pensamientos.

—Me encuentro bien.

—Dijo el peor mentiroso de Clevence Town.

—¿De acuerdo! —bufé, rendido—. Pero tienes que prometerme que no se lo contarás a nadie.

—¿Ni a Eleanor?

—A ella sí —concedí—. Pero a nadie más; algo me dice que nos jugamos mucho más que el cuello si esto viera la luz.

Le resumí lo sucedido en el templo cuando el reverendo Melquiades me expulsó del círculo de lectura. Repetí la conversación que escuché a hurtadillas con la esperanza de que mi amiga no me tomara por loco.

—A lo mejor se referían a algo más sencillo de lo que aparenta —opinó una vez hubo finalizado—. He de reconocer que suena extraño, pero quizá estemos agrandando la magnitud de sus palabras.

Ahí estaba ella, refugiándose en la comodidad de la ignorancia como todo Clevence Town.

—A mí me pareció muy explícito, Korine —insistí—. Dijeron claramente «proyecto» y «pensar libremente» en la misma conversación.

—Está bien —me concedió—. ¿Por qué no hacemos una cosa? Hablaré con Eleanor e intentaremos averiguar algo desde nuestras respectivas ocupaciones. Ella es doctora y por sus manos pasa toda la villa al menos una vez a la semana; además, si hay algo que descubrir, yo me enteraré en el ayuntamiento.

Korine ocupaba uno de los puestos de la administración pública en el ayuntamiento de Clevence Town.

—No seas boba; podrían averiguar vuestras intenciones —repliqué, alarmado.

—Tonto protector. ¿Qué nos va a pasar? —se burló—. Vivimos en una comarca, no en un campo de exterminio.

—Aun así...

—Tendremos cuidado, ¿vale? —su entonación derivó en una reveladora curva ascendente que delató su intención de cambiar de tema—. Pero ahora pensemos en algo menos conspiratorio; ¿te encuentras hoy lo suficientemente bien como para terminar el plan de ayer?

Sonreí ante su capacidad para aislar los problemas y aparentar como si no pasara nada. Así era Korine, optimista y animosa hasta en los momentos más insospechados. A decir verdad, entre el tiempo de reflexión y el desahogo que supuso haberle confesado mis temores, mi humor había mejorado ostensiblemente.

—No puedes vivir sin mí, muñeca —me burlé, consciente de que odiaba aquel apelativo.

—Sigue soñando —me devolvió sarcástica—. Ahora voy a colgar el teléfono antes de que a esta muñeca se le ocurra la idea de meterte su porcelana por el culo.

Reí abiertamente, más animado.

—Te veo a las siete —concerté.

—Allí estaré —dijo tras lanzar un sonoro beso por el celular.



Sin embargo, mi sorpresa fue superlativa cuando Korine llamó a mi puerta dos horas antes de lo acordado por teléfono. Con su habitual desparpajo, me hizo a un lado y cruzó la puerta mientras hacía bailar un dispositivo de almacenamiento entre los dedos.

—Aún no me había arreglado —protesté, en parte agradecido por compartir lo que quedaba de tarde con ella.

—Puedo esperar en el salón mientras te aseas —terció acicalando su generosa cabellera negra frente al espejo del pasillo. Escrutó su rostro con aquel par de ojos azules para asegurar que el maquillaje no se hubiera estropeado por el camino.

—Por mucho que te mires el cristal no va a arreglarte la cara —me burlé, preparado para esquivar el bolígrafo que lanzó en mi dirección.

Al contrario de lo que mi afirmación pueda sugerir, he de sacaros de vuestro error si pensáis que Korine era fea; se trataba de una beldad con rostro de ángel. Su ascendencia rusa enmarcaba sus pálidas facciones en una hermosa dureza.

—Está bien —bromeó la recién llegada—. Disfruta de tu ligera ventaja antes de que Eleanor y yo pateemos ese resultón trasero tuyo.

—No sabía que te fijabas en mi culo —proseguí tras depositar un beso en la mejilla.

—Qué más quisieras...

Reí de buena gana mientras entraba en la luminosidad del salón. Mi amiga me seguía de cerca mientras escrutaba el aspecto de la habitación.

—Recuérdame que traiga unos cuadros la próxima vez que te vea —espetó desde el sofá—. Tu pared está tan desnuda que cualquier día acabará resfriándose.

—Me gusta la austeridad —decliné.

La dejé frente al televisor antes de atravesar el umbral de un corredor algo más pequeño que el de la entrada. Al aferrar el pomo del baño, giré el asidero y abrí la puerta. Las baldosas marrones brillaron bajo la claridad de la luz artificial que intensificaba la del sol desde el interior de la cúpula. Corrí la cortina de la ducha y abrí el grifo.

—¡Deja de pensar en las reformas que le harías a mi casa y comprueba que la película se vea en la pantalla! —indiqué.

—No hace falta que grites —señaló Korine desde el vano de la puerta—. Estoy aquí.

Me volví hacia ella, sobresaltado ante su repentina aparición.

—Lo siento; no pretendía asustarte —añadió en su característico cariz de falsa disculpa.

—Por supuesto —terció—. Por eso te aseguraste de no hacer ruido mientras te acercabas.

—No esperarías que dejara correr tu comentario de bienvenida, ¿verdad? —adoptó aquella

traviesa sonrisa que solía utilizar cada vez que ella y Eleanor la emprendían contra mí.

Negué con la cabeza; era una batalla perdida como de costumbre.

—¿Qué película has traído esta vez?

—No recuerdo el título —dijo—. El Mayor me la recomendó; la tenía clasificada en una carpeta de ciencia ficción. Algo sobre alienígenas, supongo.

—¿Te ha dejado utilizar su ordenador? —la miré, sorprendido.

Por toda respuesta, evocó un gesto de autosuficiencia.

—Me subestimas, Kyle.

El alcalde disponía del único ordenador privado de la villa.

Su uso estaba reducido a cortas visitas para las que había que pedir cita previa; cualquier otra búsqueda de Internet se destinaba a una pequeña sala de ordenadores o a los despachos del personal siempre que pasara el filtro de su censura. Korine era su administradora más fiable; trabajaba para él desde que cumplió la mayoría de edad. Sin embargo, a pesar del apego que el gobernador parecía profesarle, ella lo despreciaba con todo su corazón.

—Creo que prefiero no preguntar cómo le has convencido.

—No pienses mal, degenerado —sus labios esbozaron una atractiva sonrisa—. Hasta el mayor Thompson sabe que una película no supone un riesgo para la seguridad de los aldeanos.

Un blanquecino vapor comenzó a manar del torrente que brotaba de la bañera.

—La ducha me espera.

—¿Me echas? —enarcó una ceja; definitivamente, volvía a burlarse de mí.

—Sí, a menos que quieras quitarme la ropa y frotarme la espalda con la esponja.

—¿Es una insinuación? —bromeó.

—Ya te gustaría.

—Nam...

Me acerqué a la puerta y apoyé el brazo sobre el marco.

—Si tienes hambre hay comida en la nevera. Ella se separó tras esbozar una sonrisa.

—Buscaré una buena salchicha y un par de huevos. Creo que acabas de perder los tuyos.

—¿Quién es ahora la degenerada?

Y, sin darle tiempo a contestar, cerré la puerta. Pude escuchar el sonido de su risa alejándose por el pasillo, como si aceptara la derrota. Por una vez, me sentí pletórico al salir victorioso tras una de nuestras ácidas conversaciones.

Definitivamente, quería a mis amigas. Eran un soplo de aire fresco cada vez que una nueva tempestad amenazaba mi estado de ánimo.



Cerré la ventana para que la temperatura se mantuviera una vez saliera de la ducha. Presuroso para no dejar mucho tiempo sola a Korine, me desvestí y me metí en la bañera. El agua caliente acarició mis pies con una renovada ola de placer. Tomé el mango de la ducha y dejé que aquel líquido transparente resbalara por mi cuerpo desnudo. Su cálido contacto saneó mi piel como un ardiente alud envuelto en una densa columna de vapor. Poco a poco, la habitación fue llenándose de la niebla artificial que manaba del cabezal de la ducha.

Tomé la esponja y derramé una abundante cantidad de jabón sobre ella. Me froté el cuerpo y volví a aclarar los restos del gel. Al acabar, así el albornoz y me lo enfundé antes de salir de la bañera. La nube de vapor me recibió en su traslúcido abrazo mientras me secaba. Me senté sobre el retrete y deslicé una toalla sobre mis piernas. Todo parecía normal; una situación cotidiana que

se desarrollaba siempre de la misma manera. Así era, al menos, hasta que la primera nota de pánico repicó en el pentagrama de mi triste existencia.

Un lastimero sonido llamó mi atención. Parecía que alguien deslizara un manajo de paja sobre el parqué del pasillo.

—¿Korine? —llamé extrañado.

Nadie contestó. El fatigoso arrastre se detuvo frente a la puerta; fuera lo que fuese, se encontraba al otro lado. Una inquietante sensación se alojó en la boca de mi estómago mientras me levantaba. Con el corazón en un puño, avancé por el cuarto de baño con la lentitud del que sabe que, en realidad, no desea conocer la respuesta a sus cuestiones. No obstante, mi mano asió el pomo dispuesta a girarlo. Contuve el aliento; si se trataba de otra de las bromas de Korine podía darse por satisfecha.

Sin embargo, otro nuevo sonido detuvo mi muñeca cuando apenas había empezado a girar el picaporte. Un tímido chapoteo zumbó a mi espalda desde la bañera; algo había arrastrado el agua que aún se filtraba por el sumidero.

El corazón empezó a palpitarme con más fuerza conforme me volvía hacia la ducha. El vapor se había condensado en la cerámica de las paredes; trémulas gotas de agua se deslizaban por ellas como lágrimas que llorasen mi futura desgracia. Exhalé la bocanada de aire que había estado conteniendo al comprobar que allí no había nada.

Así fue como empezó el inicio de mi declive.

Mi corazón dio un vuelco cuando la huella de aquella pisada se dibujó sobre una de las baldosas. Por un instante, no di crédito a mis ojos en mi afán por convencerme de que era imposible. Sin embargo, el agua perfiló el contorno de un segundo pie... y de un tercero... y de un cuarto...

Retrocedí inconscientemente ante el avance de las huellas. Mis manos resbalaban con torpeza sobre la superficie del picaporte. Me temblaba tanto la mano que creí que terminaría arrancando el pomo ante mi insistencia por hacerlo girar. De pronto, las pisadas se detuvieron a escasos centímetros de mí.

Guardé silencio, tratando de atisbar el origen de aquellas huellas. Pero pronto se vio roto cuando el flujo del agua se reactivó e hizo manar un poderoso torrente de los grifos de la bañera y el lavabo. Una nueva columna de vapor brotó de ambos surtidores y alborotó la nube de vaho ya existente... hasta condensarse en torno a una figura erguida sobre las huellas. Creí que se me helaría la respiración cuando el vapor perfiló el contorno de aquellos pequeños brazos..., la estrechez de las piernas... y el arrebolado cabello alrededor de aquel rostro infantil. Una expresión demoníaca se empañó en sus facciones con un espectral halo de muerte.

Blanco sobre blanco.

Me hice a un lado sin levantar la espalda de la pared. Al retirarme, choqué contra el borde de un estante mal colocado; una de las pastillas de jabón cayó al suelo y resbaló hasta aquellos maltrechos pies descalzos. Poco a poco, el vapor se fue disipando y la figura empezó a desaparecer con él.

Me dejé caer, aún apoyado sobre la cerámica, sin apartar la mirada del lugar en el que había visto la silueta envuelta en humo. Una parte de mi cerebro se negaba a aceptar que pudiera ser cierto; me repetía una y otra vez que se trataba de una mala jugada de mi imaginación, probablemente fruto del inquietante sonido que acaba de escuchar al otro lado de la puerta. Haciendo acopio del poco sentido común que me quedaba, me incliné hacia delante con la mano extendida. Dirigí el brazo hacia el bloque de jabón y lo aferré con fuerza. Me permití el lujo de respirar tranquilo cuando nada sucedió. No sabría decir qué esperaba, pero me sentí aliviado ante

aquella inactividad.

Me incorporé y deposité la pastilla sobre las otras, ahora más calmado; definitivamente, había sacado las cosas de contexto. Me volví hacia la puerta y así el pomo con intención de girarlo... pero un nuevo sonido reverberó en la estancia. Di media vuelta para comprobar que el bloque de jabón no se encontraba en el lugar en el que lo había depositado. Me giré con la esperanza de que se hubiera caído, pero la escena que percibieron mis ojos fue mucho más terrible que un simple descuido.

La imagen, ahora nítida, de la niña de vapor apareció frente a mí con la pastilla en la mano izquierda. Su grácil rostro de muñeca de porcelana mostraba aquella demoníaca expresión, potenciada en parte por las salpicaduras de sangre que irrigaban sus pálidas mejillas. Una maraña de pelo pajoso se alborotaba en torno a su cabeza enmarcando dos inexpresivos luceros rojos en las cuencas oculares. Un largo vestido blanco caía sobre su pequeño cuerpo infantil, también bañado por un sinfín de manchas de sangre que convergían a la altura del pecho. Asimismo, empuñaba un cuchillo del que goteaba, incesante, un hilo rojizo.

Horrorizado, me precipité sobre la puerta y la embestí hasta que el cierre cedió. Grité despavorido y huí cuan largo era el pasillo que conducía al salón. Korine corrió hacia mí alarmada por el ruido.

—¡Kyle! —me llamó, casi chocando conmigo—. ¡¿Qué te pasa?! ¡¿Qué es todo este escándalo?! —La mujer sometió mi expresión a su analítica mirada.

No pareció reparar en que solo llevaba el albornoz a medio atar.

—Una niña... —titubeé, señalando el aseo.

—¿Qué? —inquirió con el ceño fruncido.

—¡Una niña se ha colado en mi cuarto de baño! —exclamé finalmente.

Tiré de su brazo con la intención de arrastrarla hacia el lugar indicado, pero mi amiga opuso cierta resistencia. La miré con talante inquisitivo, preguntándome qué la retenía allí; ella, por su parte, me miraba con aire dubitativo, como si en verdad estuviera evaluando mi salud mental.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó.

—Que ha entrado una niña en el baño, una muchacha con un cuchillo en la mano.

—Kyle... —me interrumpió—. Sabes tan bien como yo que no hay niños en Clevence Town.



Eleanor se precipitó como un galgo al interior de mi vivienda. Korine la había telefoneado, preocupada por mi reacción ante la extraña visita del cuarto de baño. Me sentí culpable al descubrir que había cerrado la consulta para venir lo antes posible; no quería que se metiera en líos con el alcalde por desatender sus ocupaciones.

—¿Qué ha pasado? —inquirió visiblemente preocupada.

—Dice haber visto a una niña en el aseo —resumió nuestra amiga sin apenas mirarla a los ojos; debía de sentirse desconcertada ante tan disparatado argumento.

—¿Cómo? —el rostro de Eleanor dibujó el mismo halo de escepticismo que había mostrado el de Korine hacía apenas veinte minutos—. Pero si en...

—Lo sé. En Clevence Town no hay niños —suspiré angustiado—. No os preocupéis, soy un idiota; no debería haberos preocupado con algo como esto.

—Pero... —trató de decir Korine.

—No hay peros que valgan —me adelanté—. Había mucho vaho y creí haber escuchado un ruido; mi imaginación debió de hacer el resto —era la explicación más lógica... o la forma de

negación más evidente.

Eleanor se sentó a mi lado y presionó con ternura mi antebrazo.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí —confirmé—. Aún estoy un poco alterado, pero se me pasará. No tiene sentido seguir pensando tonterías de ese tipo.

—¿Quieres que nos quedemos a dormir contigo esta noche? —ofreció Korine—. No tienes buen aspecto.

Sonreí ante mi siguiente ocurrencia.

—Tendré que acicalarme frente al espejo del pasillo para mejorarlo, entonces.

Ella rio más tranquila al descubrir que había recuperado mi sentido del humor. Eleanor, en cambio, arrugó el ceño sin comprender la broma.

—Es una larga historia; basta decir que terminó con un bolígrafo proyectado en su dirección —atajó Korine ante la interrogante mirada de la recién llegada.

—En tal caso será mejor que regrese al centro de salud —añadió tras incorporarse de nuevo—. No creo que al mayor Thompson le haga gracia descubrir que me he ido sin avisar.

—Lo siento... —me disculpé pesaroso.

—Korine, atízale.

La aludida alzó la mano y me golpeó la nuca.

—De tu parte —le guiñó un ojo con complicidad.

—¿Nos vemos esta tarde, entonces?

—Claro —corroboré.

—¿Puedo irme con la tranquilidad de que estéis bien?

—Por supuesto —aseguré—. No ha sido más que una mala pasada de mi imaginación.

Ella se marchó satisfecha. Yo, en cambio, dejé de sonreír cuando la mirada de Korine regresó a la bolsa de papel que había traído consigo; aunque mis palabras demostraran todo lo contrario, estaba muy seguro de lo que había visto. Aquella niña se había aparecido con la pastilla de jabón en la mano; no eran las figuraciones de un visionario. Sabía que jamás me creerían, y si seguía insistiendo en mi teoría habrían terminado tomándome por loco. Pero en mi fuero interno la verdad me golpeaba las sienes como un taladro que tratara de abrirse paso hacia los límites de la realidad. Había visto a esa niña, y nada de lo que pudieran decir me haría dudar de ello.



La tarde transcurrió sin más incidentes. La conversación con Korine había sido un poco incómoda al principio, pero tras asegurarse de que había aceptado mi error todo resultó tan distendido como de costumbre.

Eleanor regresó a la hora prevista. Trajo consigo unos muslos de pollo sin hacer, así que me enviaron a preparar el horno mientras ellas curioseaban sobre sus respectivas jornadas. Al parecer, la rutina de Clevence Town parecía haberme abandonado únicamente a mí.

Pensé largo y tendido en el incidente del cuarto de baño mientras preparaba el pollo sobre la bandeja de metal. Necesitaba averiguar más e investigar acerca de la niña, pero no sabía por dónde empezar. Una parte de mí me instaba a dejarlo correr, a asumir la repuesta que les había dado a las chicas y valorar la posibilidad de que todo fuera un producto de mi imaginación. Pero había parecido tan real...

—¿Hay alguien ahí dentro?

Me volví para encontrar a Eleanor apoyada en el marco de la puerta.

—Lo siento —musité, abochornado por no haber reparado antes en su presencia—. ¿Llevas mucho tiempo ahí?

—El suficiente para darme cuenta de que estás preocupado por algo —añadió con los brazos cruzados—. Korine ha ido un momento al servicio —dijo como nota explicativa.

—No es nada —mentí—. Solo quiero honrar a mis huéspedes con mi buena mano para la cocina.

Ella sonrió, incrédula.

—Te conozco lo bastante para distinguir cuándo intentas ocultarme la verdad.

—Esta vez no, Nell —zanjé—. Únicamente estoy un poco abstraído.

—En tal caso seré yo quien confiese primero; estoy preocupada por ti.

Mis manos se detuvieron sobre uno de los muslos.

—¿Por qué? —mi tono me delató.

—Porque intuyo que sigues dándole vueltas al asunto de la niña —traté de negarlo, pero ella posó los dedos sobre mis labios para hacerme callar—. No te lo reprocho; si yo creyera haber visto lo mismo que tú, no podría quitármelo de la cabeza.

—Ya os dije antes que fue una estupidez por mi parte pensar en algo así —aseveré mientras introducía la bandeja en el horno—. Aún estoy un poco intranquilo, pero se me pasará.

Eleanor escrutó mi mirada hasta asentir satisfecha.

—Sabes que puedes contar conmigo para lo que sea —ofreció.

—Lo sé —no pude por menos que sonreír—. Y te lo agradezco.

Sin pensar siquiera en lo que hacía, alcé el brazo en su dirección. Sin embargo, antes de que pudiera acariciarla, ella se retiró fingiendo no haber reparado en ello.

—Korine debe de estar a punto de salir —sentenció antes de abandonar la cocina.

Maldije para mis adentros. Quise golpearme la cabeza hasta colocar aquella estúpida idea de nuevo en su sitio, pero me retracté al atisbar el sonriente rostro de Korine en el extremo contrario del pasillo.

—¿Cómo va el pollo? —preguntó—. Me muero de hambre.



El tiempo fue cayendo paulatinamente en el angosto reloj de arena de Clevence Town. Los débiles resquicios de sol se iban apagando conforme el astro se ponía en algún lugar del horizonte más allá de la cúpula. La oscuridad de la noche se cernía sobre nosotros en una progresiva penumbra. Hacía ya unas horas que mis amigas habían abandonado la comodidad de mi hogar, poco antes de que el repicar de las campanas anunciara el toque de queda.

Ya dormía cuando el estruendo de un chirrido me arrancó del placentero universo de los sueños. Me llevé las manos a los oídos automáticamente, como si con ello lograra disimular la estridencia de aquel desagradable sonido. Miré a todas partes a fin de distinguir de dónde provenía... pero pronto deseé no haberlo hecho. Se trataba de un arañazo; el amortiguado rugido de un par de uñas al arrastrarse sobre el cristal de la ventana. Podía atisbar el avance del surco sobre el vidrio, pero no era capaz de apreciar el contorno de quienquiera que lo estuviera trazando. Cuando cesó, mi habitación se sumió en un intenso silencio. Una voluta de vaho manó de entre mis labios elevándose en una intermitente bocanada blanquecina.

Incómodo ante la inoportuna quietud, aparté las sábanas y me incorporé. Me arrastré sin apenas levantar los pies del suelo hasta la ventana. Temeroso de lo que pudiera suceder a continuación, alcé la mano y toqué la superficie del arañazo con la punta de los dedos.

Tal y como esperaba, no sucedió nada.

Fruncí el entrecejo al comprender que no podía ser tan sencillo. No era posible que algo tan extraordinario hubiera sucedido sin ningún motivo aparente. Guiado por un impulso, me incliné hacia delante y apoyé la cara contra la superficie del vidrio. Espié el exterior de la calle por las rendijas de la persiana; vivir en un bajo tiene sus ventajas cuando las vistas ofrecen una perspectiva privilegiada de la avenida en la que resides. Sin embargo, todo permanecía en la más absoluta quietud.

Aguardé unos instantes a la espera de que se produjera algún cambio en el ambiente. No sabía muy bien qué estaba buscando; me constaba que no existía ningún modo de vida animal salvo el de los propios humanos en Clevence Town. Y, no obstante, allí estaba yo; en busca y captura de aquello que hubiera podido arañar mi ventana. Fue entonces cuando comprendí la irracionalidad de mis pensamientos; la persiana se encontraba en el exterior, más allá del cristal que lucía el surco. Estaba muy equivocado si aspiraba a encontrar el origen del arañazo en la calle. La única explicación coherente era pensar que lo habían provocado desde dentro.

De pronto, una cabeza cubierta por una capucha negra emergió en el exterior desde debajo del alféizar. La figura se había estado escondiendo con la esperanza de que no la descubrieran, pero ahora se incorporaba frente a mis expectantes ojos con la convicción de que nadie observaba. Me llevé una mano a la boca para evitar que los nervios me traicionaran; lo último que me convenía era gritar.

Comprendí entre las ranuras de la persiana que la capucha caía en forma de túnica para ocultar su identidad bajo una capa azabache. La figura avanzó cuan larga era la calle con la seguridad de quien no sospecha que lo vigilan.

No tenía mucho tiempo.

Salí de la habitación y me precipité al pasillo, poniéndome una gabardina negra a medio camino. A día de hoy soy consciente de que mi conducta puede parecer estúpida, pero una oleada de curiosidad se abatía sobre mi conciencia. ¿Quién era aquel capaz de saltarse el toque de queda? ¿Por qué merodeaba por la villa cuando todos dormían en la seguridad de sus casas? La vida da muchas lecciones a lo largo de nuestra existencia; a mí no tardaría en enseñarme que hay preguntas de las que es mejor no conocer la respuesta.

El frío de la noche me recibió en la oscuridad nada más abandonar el portal. Escondiéndome tras los pinos que adornaban las aceras, me aventuré hacia el adoquinado tras el que había desaparecido el encapuchado. Supe que había girado a la derecha cuando le vi doblar la esquina opuesta de la vía principal del pueblo. Corrí tras él cuan rápido me permitían mis piernas hasta que la distancia quedó visiblemente reducida. Oculto tras los cubos de basura, me cobijé entre los portales que se adentraban en las fachadas de las viviendas.

Pasamos de largo el cementerio de Clevence Town mientras avanzábamos por la avenida de los Recuerdos. Pronto tuve que sustituir las casas por los árboles para evitar ser descubierto. Ladeé el asfalto para internarme en las lindes del bosque. Me aseguré de que mi visión periférica me guiara mientras mi atención se centraba en el desconocido de la capucha.

En la lejanía, la capa ondeaba con un elegante movimiento sobre el pavimento. Supe a dónde se dirigía antes incluso de llegar; la confirmación de mis sospechas se hizo tangible cuando la verja que nos separaba del «Más Allá» se irguió ante mis ojos. Para mi sorpresa, el extraño extrajo una llave de uno de los bolsillos y abrió la cerradura sin dificultad. Al otro lado, dos guardias armados custodiaban la entrada apoyados sobre el tronco de lo que parecía una encina. Al ver al desconocido, ambos se incorporaron en un acto reflejo y empuñaron los revólveres.

—¡Alto! —murmuró uno de ellos—. ¡Identificate!

El encapuchado susurró una explicación que no pude apreciar en la distancia. Ni siquiera fui capaz de distinguir su voz en la lejanía.

Y, solo entonces, sucedió algo que jamás habría esperado.

Uno de los Custodios, tal y como los llamábamos en Clevence Town, avanzó hacia la compuerta y realizó un chequeo visual del desconocido. Este, tras la verificación del vigilante, avanzó y abandonó la villa con talante decidido. Su imagen se desvaneció tras unos arbustos tras perderse en la inmensidad del bosque que nos rodeaba.

De repente, un agudo pitido reverberó en el bolsillo de mi gabardina. Los guardias, alertados por el ruido, encañonaron los revólveres hacia el interior de Clevence Town con actitud amenazadora.

—¿Quién anda ahí? —bramó uno de los vigías.

Con la discreción que me caracterizaba, retrocedí hasta perderme en la fronda del bosque y emprendí una silenciosa carrera; sería mi ruina si alguien descubriese que me había saltado el toque de queda. Las ramas bajas se cernían sobre mí con la intención de magullar mis manos desnudas, que pugnaban por apartarlas con el mayor sigilo posible.

No podía dejar de pensar en la escena que acababa de presenciar. Los guardias habían dejado que un ciudadano de Clevence Town saliera al exterior, aun a riesgo de contagiar la enfermedad más allá de los muros que cercaban nuestra libertad. Enseguida, en mis pensamientos solo hubo hueco para una única verdad. Una certeza que presionaba mi pecho como un tambor desbocado.

Alguien había quebrantado la primera norma del poblado.

Alguien estaba entrando y saliendo de Clevence Town.

Alguien a quienes los Custodios habían concedido permiso para hacerlo.

Abandoné el amparo del bosque para escabullirme hacia la plaza Central, pero no me detuve hasta llegar a la avenida en la que se encontraba mi hogar. Me permití apoyarme sobre la fachada de uno de mis vecinos para recobrar el aliento; no me creía capaz de avanzar aunque mi casa se encontrara tan cerca. La habitual calidez que me inspiraba la avenida de los Hostales se me antojó artificial por un instante. Confiaba en que nadie me hubiera escuchado mientras huía, aunque en aquel momento poco importaba.

Estaba tan obcecado en mi escape que no había reparado en el pitido que había sonado en los límites de Clevence Town. Sin ánimo de dejarlo pasar, introduje la mano en el bolsillo de la gabardina en busca del objeto que me había delatado junto a la entrada de la villa. Mis dedos palparon la superficie de mi teléfono móvil bajo la capa de tela, de modo que lo saqué y toqué la pantalla con la esperanza de descubrir qué había originado semejante silbido; nunca antes había escuchado nada igual. Desbloqueé el celular y, para mi sorpresa, leí el mensaje que apareció en la pantalla. Un nudo de incompreensión se alojó en mi estómago; me obligué a leerlo una y otra vez hasta tener la certeza de que, en verdad, se trataba de lo que había interpretado al principio.

«Red wifi encontrada», rezaba.

Me temblaron las manos al interiorizar la información que ofrecía el teléfono; de un modo u otro, había captado una señal de Internet, el elemento tecnológico que el Consejo prohibió desde que se fundara el pueblo. Me precipité hacia mi casa sin apartar la mirada de la pantalla, temeroso de que pudiera volatilizarse si cambiaba el foco de mi atención. Sin embargo, al cruzar el umbral de la puerta, el celular emitió un nuevo pitido.

«Red wifi eliminada», anunció.

Maldije para mis adentros. Me reproché no haber utilizado Internet antes de volver a perderlo, pero poco podía hacer para cambiar mi torpeza.

A no ser que...

Se me ocurrió algo que terminaría por confirmar la descabellada idea que acababa de cobrar forma en mis pensamientos. Sin mucha esperanza de éxito, saqué el brazo a la calle y aguardé unos segundos. El corazón me dio un vuelco cuando el pitido atronó mis oídos una vez más.

«Red wifi encontrada».

Introduje la mano de nuevo en la seguridad del pasillo para verificar que, tras un nuevo quejido, el teléfono anunciaba la pérdida de la conexión. Cerré la puerta, aún atónito ante mi descubrimiento. Por un instante, todo mi mundo se resquebrajó en un millón de fragmentos. Una de las leyes de la villa especificaba que el uso de Internet estaba restringido al edificio del ayuntamiento; si cualquier ciudadano deseaba hacer uso de la red, debía pedir cita al Consejo y aguardar a que este especificara un día. En palabras del alcalde, el Gobierno estadounidense había prohibido cualquier otro contacto con Internet y, por tanto, había cortado la conexión de móviles y ordenadores. Sin embargo, una nueva realidad alumbró la oscuridad de mi mente; por las noches, durante el toque de queda, Clevence Town tenía Internet en sus calles. El acceso solo quedaba restringido en el interior de las viviendas.

Me pregunté cuántas cosas nos habían estado ocultando durante aquellos años. Todos mis esquemas se hacían añicos en la ofuscación de mis divagaciones. Tan solo había una cosa de la que podía estar seguro.

Clevence Town guardaba más secretos de los que nadie podía imaginar.



Arrojé la gabardina sobre el sofá y me dejé caer en la mecedora. A mi pesar, no era tanto el cansancio físico como el psicológico. Por un momento, pensé en Eleanor y en Korine, en cuánto deseaba tenerlas a mi lado para contarles todo. Pero era tarde y probablemente ya estarían dormidas.

Me incorporé y caminé hacia el baño como si de mis pies pendiera un pesado lastre. Una vez en el aseo, abrí el grifo y me lavé la cara; había sudado profusamente tras la persecución y necesitaba un poco de agua para refrescarme. Giré la manivela y tomé una toalla para empezar a secarme.

De pronto, mientras terminaba de apartar la algodonosa tela que cubría mis ojos, el ensangrentado rostro de aquella niña se reflejó en el espejo tras de mí. Proferí un alarido al poco de volverme hacia el lugar en el que se encontraba, pero allí no había nada. Volví a girarme para descubrir que su imagen permanecía impasible en el espejo; según el reflector, la muchacha debía encontrarse a pocos pasos de la bañera, justo detrás de mí.

Miré de nuevo hacia atrás, pero, una vez más, no vi absolutamente nada. Me froté los ojos, desviando la mirada hacia el espejo. Eché un breve vistazo al mutilado cuerpo infantil que se erguía a mi espalda. Mi sentido común me decía que huyera lejos de la habitación, lejos de mi casa, pero una extraña fuerza me mantenía inmóvil con los brazos aún apoyados en el lavabo. No tardé en comprender que aquella frigidez no era otra cosa que el propio pavor que me consumía por dentro.

—¿Q-quié eres? —balbucí—. ¿Qué quieres de mí?

Pero lejos de responder, la boca de la niña se torció en una insidiosa sonrisa. Sus ojos me observaban alimentando el rojo de sus pupilas con mi miedo.

Hasta que la figura avanzó un paso hacia mí.

Estaba tan absorto en la imagen que me ofrecía el espejo que apenas noté que mis brazos temblaban sin descanso. Mis dedos se aferraban con tanta fuerza al lavabo que las falanges se

veían blancas.

Un segundo paso acompañó al primero. Una señal de alarma estalló en mi interior mientras la niña se acercaba blandiendo el cuchillo en la mano. Me miraba a través del reflector como si disfrutara de mi desconcierto.

No se detuvo hasta situarse a mi lado. Amplió la sonrisa mientras alzaba la mano sobre mi hombro, deteniéndola antes de tocar la superficie de la ropa. Miré mi articulación, incapaz de reprimir el horror, pero nuevamente no parecía haber nada. De repente, el reflejo dejó caer la mano sobre el hombro... y, que Dios me perdone, aquello fue más de lo que pude soportar. La presión de su mano se hizo notar sobre la camisa mientras me empujaba hacia la pared contraria.

Grité horrorizado antes de aterrizar de bruces contra el suelo. Por un instante, me negué a alzar la mirada por temor a lo que pudiera encontrar, aunque no necesité los ojos para sentir la congoja que me produjo aquel exasperante sonido. Reconocí el chirrido del arañazo que había provocado el surco de mi ventana. Guiado por el impulso de mi inconsciente, levanté la cabeza para contemplar cómo el reflejo de la niña rasgaba una fina hendidura sobre el espejo con la punta del cuchillo.

Al detenerse, me miró con la expresión desencajada. De pronto, el reflector estalló en mil pedazos que se precipitaron al suelo. A mi alrededor, una avalancha de cristales caía con un característico tintineo al golpear los azulejos.

Pero no fue la imagen de las baldosas cubiertas de vidrio lo que me arrancó aquel incómodo gemido. Sobre la superficie de los fragmentos más grandes aparecieron los macilentos rostros de otras tres niñas que me observaban con la misma mirada vacía. Un incomprensible murmullo se extendió por toda la casa. Traté de distinguir alguna palabra, pero la sucesión de susurros me resultaba incomprensible.

Ante mi atenta mirada, los cristales empezaron a desplazarse sobre el suelo, formando la curvatura de algunas de las letras del abecedario. Poco a poco, estas se fueron agrupando en palabras hasta esbozar un mensaje en perfecto español que quedaría grabado en mis retinas para siempre:

«Nuestro turno».

El arrullo de una risa infantil sobre mi cabeza me hizo volverme. El rostro de la muchacha del espejo se desfiguró en un demoníaco ademán antes de abalanzarse sobre mí. Una extraña fuerza me elevó sobre el suelo y golpeó mi espalda contra la lámpara del techo.

Grité con la esperanza de que alguien pudiera oírme. Supliqué a Dios que mis alaridos despertaran a alguno de mis vecinos, pero nadie acudió en mi auxilio. Me precipité de nuevo contra los afilados cristales y me cubrí la cabeza con las manos a la espera del siguiente impacto..., un golpe que nunca llegó a producirse. Miré en todas direcciones en busca de algún indicio de la presencia de aquel demonio, pero no quedaba rastro de su marchito semblante.

Fui consciente del impacto moral tras exhalar una profunda bocanada de aire. Aterrado, me hice un ovillo y me rendí al llanto. Cualquier duda sobre la existencia de aquella niña se había perdido con cada añico de cristal. Sabía que los demás pensarían que estaba loco, pero sería un necio si no asumiera que aquellas apariciones pertenecían a una realidad que cambiaba a cada minuto.



3

LA REVELACIÓN DEL ENCAPUCHADO

La luz del alba se filtró por los huecos de la alambrada como un artificial anuncio del nuevo día. Los pálidos rayos de sol acariciaron mis descoloridas mejillas, blancas como la nieve tras pasar la noche en vela. No era consciente de las horas que habían transcurrido desde el ataque, pero no logré pegar ojo después de aquello; el recuerdo de lo que acababa de suceder refulgía aún fresco en mi memoria.

El intermitente sonido de mi teléfono móvil me arrancó de mi ensimismamiento. Saqué el celular del bolsillo y miré el nombre que rezaba en el índice de llamadas; en otras circunstancias, habría sonreído ante la perspectiva de hablar con ella.

—Hola, Korine —saludé, acercándome la pantalla al oído.

—Vaya voz... —captó ella al percibir la ronquera.

—Una mala noche —a fin de cuentas, no era mentira.

—Kyle, ¿te encuentras bien?

—Claro...

—Véndeles el cuento a otra —me interrumpió, evitando así que inventara alguna excusa—. No pensarás que puedes engañarme a estas alturas.

—Está bien —me rendí—. Avisa a Eleanor y reúnios conmigo en la puerta del centro de salud.

—¿Ha pasado algo?

—Vosotras estad allí en treinta minutos.

—Kyle, me estás asustando —por un instante llegué a creer que estaba más tensa que yo.

Suspiré, buscando las palabras que pudieran canalizar mis sentimientos con fidelidad.

—Yo también lo estoy.

Fue lo mejor que pude decir; después de tan críptico mensaje, colgué sin pensar en la reacción que hubiera podido suscitar en Korine. No tardé en sentirme culpable por mi innecesaria falta de tacto, pero poco podía hacer entonces para cambiarlo. En lugar de seguir pensando en ello, me afané en recoger los cristales que atestiguaban los sucesos de la noche anterior. Una vez concluida mi labor en el cuarto de baño, me dirigí a mi dormitorio y me enfundé un pantalón vaquero y un jersey de cuello alto. No me molesté en hacer la cama; tal y como había terminado la conversación con Korine, sería injusto hacerlas esperar.

Una bocanada de frío me dio la bienvenida al otoño que reinaba tras las fronteras de Clevence Town. Metí las manos en los bolsillos y levanté el cuello de la gabardina mientras caminaba sin pausa hacia el lugar convenido con mis amigas. Trataba de actuar con normalidad, pero era incapaz de no pensar en mis próximas palabras; supe de inmediato qué parte de la información debía relatar y qué piezas del puzzle habían de permanecer ocultas.

Tal y como imaginaba, ambas mujeres aguardaban en la entrada del centro de salud. Al verme, se precipitaron hacia mí con una mueca de angustia reflejada en sus rostros; por un instante, parecieron evaluarme con miedo a encontrar alguna herida grave.

—¿Qué es? —bramó Korine—. ¿Qué tienes?

—No guarda relación con ninguna enfermedad, si es eso lo que estáis buscando.

Ambas cruzaron una mirada interrogante.

—Esta noche he descubierto algo —añadí—. Algo sobre este pueblo.

Por un instante, creí que dejaban de respirar.

—¿Qué quieres decir? —titubeó Eleanor, rodeándose con los brazos para cobijarse del frío—. ¿Te refieres a lo que me comentó Korine ayer antes de llegar a tu casa?

Tal y como sospechaba, la jornada anterior ambas se habían esforzado por no sacar a colación el tema del «Proyecto» del que oí hablar en el templo.

—No lo sé —respondí, sincero—. Ayer vi a alguien caminando frente a mi casa... después del toque de queda.

—¿Qué?! —exclamaron al unísono.

—Eso no es posible —aseveró Korine, escéptica—. Nadie abandona la seguridad de su hogar tras el...

—Lo sé —convine, por mi parte—. Por eso lo seguí.

Ambas retrocedieron.

—Me enfundé la gabardina y lo aceché en la oscuridad —continué—. Cuál no fue mi sorpresa cuando acabé junto a la salida de Clevence Town y presencié cómo abandonaba la villa ante la aprobación de los Custodios. —Hice una pausa para evaluar sus rostros—. No conseguí verle la cara; llevaba una túnica negra que le cubría la cabeza por completo.

—¿Te has vuelto loco?! —bufó Eleanor, golpeándome el brazo—. ¿Tienes idea de lo que podría haberte pasado si te descubren?!

Me defendí de sus envites como buenamente pude.

—¡Eh! —protesté—. No la emprendas contra mí; te recuerdo que no fui yo quien se ató una capa a la espalda para salir del pueblo.

La mujer se retiró, conteniendo el enojo y la preocupación.

—¡Pero eso es una insensatez! —opinó Korine—. ¡Podría haber transmitido la enfermedad al exterior!

—¿Olvidas que fueron los guardias quienes le permitieron salir? —argumenté mientras me frotaba las sientes en mi afán por paliar aquel terrible dolor de cabeza—. Y eso no es todo —sus miradas se detuvieron en mí a la espera de mi siguiente comentario—. Hay conexión a Internet en las calles de Clevence Town.

Ambas se llevaron las manos a los bolsillos, pero se abstuvieron de mirar sus celulares ante mi negativa.

—Solo por las noches, cuando el toque de queda nos prohíbe salir —hice una pausa para recobrar el aliento; el corazón me latía con fuerza—. Aquí se está gestando algo.

—Deberíamos informar al alcalde —aseveró Korine—. Él sabrá cómo actuar.

—Por lo que sé, podría estar involucrado —decliné.

—Eso es ridículo, Kyle —opinó Eleanor—. Puede parecer autoritario y desagradable, pero lo cierto es que ha sabido mantener la villa a flote durante años. Por mucho que le odie, no le creo capaz de hacer algo que vaya en contra de sus propias normas.

—Hasta que no sepamos qué sucede y en quién podemos confiar, debemos mantenerlo en secreto.

—¿Un secreto? —una voz rasgada nos obligó a girarnos sobre nuestros talones.

A nuestra derecha, una figura en sombras se erguía recostada sobre el tronco de un árbol. Poco a poco, se inclinó hacia delante y caminó hacia nosotros desde la penumbra que lo ocultaba. La luz fue iluminando paulatinamente su rostro, dibujando el semblante del mismísimo mayor Thompson.

Sus duras facciones torcieron una desagradable sonrisa. El otrora apuesto gobernante de Clevence Town se rascó una incipiente barba, agudizando la amenaza de su inquisitiva actitud. Su fuerte complexión, la sabiduría de sus casi sesenta años y su autoritaria expresión destilaban la supremacía de su poder. Su cargo y su influencia jamás quedaban en entredicho para todo aquel que hubiera cruzado una mirada con aquel par de ojos ambarinos; esos luceros color miel que parecían traspasarte el alma y arrancarte el corazón.

—No se preocupe, Mayor —se adelantó Eleanor—. Tan solo cuchicheábamos chismes sin sentido.

—No es lo que parecía —se dirigía directamente a mí, esperando que fuera yo quien respondiera—. Este es mi pueblo, mi hogar y mi vida; cuido de él y de sus ciudadanos con tesón y me entristecería descubrir que algunos de ellos temen confiarme sus inquietudes —se detuvo a pocos metros de mí—. Vaya, señor Dwayne... Parece más pálido que de costumbre.

—No es nada, Mayor —titubeé—. He pasado mala noche.

—¿Por algún motivo en especial?

Así era el mayor Thompson; te acorralaba hasta encauzar la conversación hacia el horizonte que quería atisbar. No pude sino disimular una exhalación, rendido.

—Ayer presencié cómo un ciudadano de Clevence Town se saltaba el toque de queda.

El gesto del alcalde se endureció.

—¿Quién? —inquirió.

—No lo sé. Iba encapuchado.

—¿Adónde se dirigía?

—Lo desconozco —declaré—. No me atreví a quebrantar la hora límite.

El Mayor forzó una sonrisa.

—Hizo bien, señor Dwayne —felicité al gobernador—. Sin embargo, no puedo pasar por alto la gravedad de su testimonio —caminó en línea recta hasta pasarnos de largo—. Ha llegado el momento de convocar una reunión en la plaza antes de que el asunto llegue a mayores —se detuvo a mi espalda, sin siquiera volverse—. Al fin y al cabo, no podemos permitir que alguien deambule contra las normas y no reciba el castigo pertinente a su infracción.

Sus palabras me aguijonearon como dardos envenenados. No me atreví a girarme hasta estar seguro de que había desaparecido tras la esquina opuesta al centro de salud.

—Bien, ya lo sabe —siseé—. ¿Satisfechas?

—No la emprendas contra nosotras —se defendió Eleanor—. Te recuerdo que pensábamos guardar el secreto.

—¡Ahora que él lo sabe todo se irá a la mierda! —grité, señalando el lugar por el que había desaparecido el Mayor.

—Serenaos —intervino Korine con la esperanza de apaciguar la situación—. No discutáis.

—Y, exactamente, ¿qué es lo que se va a ir a la mierda, Kyle? —estalló la mujer—. ¿Qué pretendías? ¿Jugar a los detectives hasta descubrir al infractor? Y, entonces, ¿qué? ¿Qué habrías hecho después de dar con él? —resopló, exasperada—. Reconoce que era la única alternativa.

Retrocedí, dolido ante su embestida.

—Al menos no me conformo mientras este lugar nos destruye a todos —tercié antes de correr de vuelta a mi casa.

—¡Kyle, espera! —oí decir a Korine.

Pero no estaba en disposición de escucharla; cualquier réplica por mi parte podría verse teñida por la agresividad de mi enojo y no quería pagar mi frustración con ella igual que había hecho con Eleanor.

Corrí cuan rápido me permitían mis piernas hasta llegar a la plaza Central. Atravesé el octágono en diagonal para sortear el ayuntamiento antes de entrar en la avenida que conducía a mi casa. Pude atisbar la fachada desde la esquina, pero ni siquiera en aquel momento aminoré el ritmo; necesitaba llegar a la protección que ofrecían esas cuatro paredes a las que consideraba mi hogar.

Sin embargo, cuando apenas me restaban unos metros del portal, choqué con un hombre que emergía de su propia casa. La colisión hizo que se le escapara un manojo de papeles de entre los dedos, unas desgastadas hojas que se precipitaron contra el adoquinado de la acera.

—Lo lamento —me disculpé al reconocer el rostro del señor Cooper, el gerente del taller de mecánica.

Me agaché *ipso facto* para ayudarle a recoger el descalabro que había provocado. Lejos de responderme, mi vecino observó detrás de mí. Tras asegurarse de que era seguro hablar, me miró directamente a los ojos.

—Óyeme bien; será mejor que dejes de hacer preguntas —previno mientras disimulaba recogiendo los folios. Un nudo se alojó en la boca de mi estómago—. Créeme cuando te digo que no deseas conocer la verdad.

—¿Qué quieres decir? —era curioso; apenas había entablado más que insustanciales conversaciones con aquel hombre en toda mi vida, el típico coloquio entre vecinos que no llevaba a ninguna parte. Sin embargo, él parecía conocer mis intenciones mejor que yo mismo.

—Sabes muy bien a qué me refiero —recondujo el interpelado—. Este pueblo está tan podrido que podría desintegrarse de un momento a otro; si tratas de barrer el polvo, solo conseguirás que la suciedad te salpique a ti también.

—¿Conoce el motivo por el que aquel encapuchado abandonó Clevence Town? —todavía pienso en aquel momento y no logro comprender qué me impulsó a formular semejante pregunta a una persona con la que no compartía ni el más leve atisbo de confianza; no obstante, su apremiante sinceridad me indicó que mi instinto no se equivocaba.

—La verdad puede resultar dolorosa.

—Este ha sido mi hogar desde que tengo uso de razón —atajé—. Necesito saber qué está sucediendo.

Una vez más, su mirada se perdió sobre mi hombro.

—Reúnete en mi casa la semana que viene a las nueve de la noche —concertó, bajando la voz—. Espero que estés preparado.

Siete días. Me pregunté si sería capaz de esperar tanto tiempo para sofocar mi inquietud.

—¿Hay algún problema? —una voz femenina se hizo eco a mi espalda.

Me volví para descubrir el huraño rostro de la concejala Fishwibber; la mujer, de aspecto desaliñado, era la mano derecha del alcalde desde que este ascendiera al Gobierno años atrás.

Aquella mañana llevaba el pelo recogido en un moño grisáceo que atestiguaba su reciente entrada en la quinta decena de edad. Además, las primeras arrugas de expresión se habían acentuado con el paso del tiempo.

—En absoluto, concejala —el mecánico esbozó una convincente sonrisa mientras se incorporaba con los papeles ya recogidos—. He chocado con el joven Dwayne al salir de casa y me estaba ayudando a poner en orden las escrituras del taller.

La expresión de la recién llegada continuaba siendo severa.

—En realidad venía para comunicarles que el señor alcalde ha convocado una convención de vecinos en la plaza dentro de una hora —declaró la mujer—. Como ya sabrán, no hay nada más prioritario en esta villa, de modo que confiamos en la pronta incorporación de tan distinguidas

personas en la reunión.

Falsa educación adornada con un lazo de hipocresía; típico del Ayuntamiento. No sabía cómo Korine podía trabajar para personas así.

—Allí estaremos —aseguramos el señor Cooper y yo casi al unísono.

Tras un leve asentimiento, la concejala dio media vuelta y llamó a la puerta de una de las viviendas próximas.

—Hasta pronto, Kyle —fue la escueta despedida del mecánico antes de desaparecer tras la esquina que convergía con la plaza Central.

Sentí la penetrante mirada de la concejala sobre mi nuca en mi avance hacia mi hogar. Con aparente calma, introduje la llave en la cerradura y giré el picaporte. Tan solo al cerrar me permití la licencia de recostarme sobre la puerta y dejar que el aliento que había ahogado en mi garganta brotara en forma de lamento. Deseé con todas mis fuerzas que aquel entuerto se resolviera cuanto antes sin ser todavía consciente de que lo peor estaba aún por llegar.



Casi una hora más tarde, arrastraba los pies por la avenida de los Hostales como un alma en pena que vagara en pos de ser liberada. Sabía que el alcalde esperaría en el porche del ayuntamiento con sus severas facciones; sabía que alzaría el mentón para conjurar sus amenazas contra cada uno de nosotros... y también sabía que, en esta ocasión, yo sería el foco de su atención; al fin y al cabo, fui yo quien descubrió al encapuchado saltándose el toque de queda.

Tal y como presagiaba, la plaza Central estaba atestada de gente; todo un vecindario que guardó silencio y se volvió hacia mí cuando aparecí en el octágono que circundaba el edificio comarcal. A fin de cuentas, Clevence Town no era más que un pueblo como otro cualquiera; los chismes y las noticias volaban como la espuma se extiende por la superficie del agua. A esas alturas, todo el mundo conocía el motivo de aquella reunión y la identidad de quien la había provocado.

Busqué con la mirada a Korine y me situé a su lado. Ella me recibió con una compasiva mirada. Hallé a Eleanor a pocos metros de distancia, lo suficiente para no poder correr hacia ella y disculparme por mi deplorable comportamiento.

La puerta del ayuntamiento se abrió con un sonoro chirrido. Al otro lado, el alcalde avanzó con las manos entrelazadas en la espalda. Sus pasos repicaron sobre el parqué del porche, recordándonos en qué posición nos encontrábamos; una simple orden de aquella altanera figura y estaríamos perdidos para siempre.

Los miembros del Consejo lo siguieron hasta ocupar sus respectivas posiciones tras la baranda de metal que delineaba los límites del ayuntamiento. A no mucho tardar, los altavoces que pendían de la fachada del edificio comenzaron a tronar como anuncio del himno del pueblo.

Guiados por el instinto de la obediencia todos nos llevamos la mano derecha al pecho, justo sobre el espacio que ocupaban nuestros atormentados corazones. Uno a uno, comenzamos a cantar aquella mecánica melodía.

*With my hand on my heart,
I will walk on the sand;
no regrets, no remorse,
no more pain to report.*

*In the land of the blood
you will be in my arms,
I will kindle your dreams
to protect you from fear.*

*In the shadow, when it's dark,
I will light the way back,
I will turn on the bright
that will let your sun shine.*

*We are life among death,
We can fight even Hell.
With the power of this song
salvation will govern our souls.*

El sonido de nuestras manos al descender por la ropa coreó el fin de la canción. Tras una silenciosa inspiración, el Mayor comenzó su discurso.

—Buenos días, ciudadanos y ciudadanas de Clevence Town.

Como seguramente habréis averiguado, me he visto en la obligación de convocar esta convención de vecinos por un motivo que me inquieta más de lo que podáis imaginar —tragué saliva, incómodo ante la inminencia de su declaración—. Esta mañana descubrí por casualidad que un miembro de nuestra respetable comunidad ha quebrantado una de las normas principales de la villa: el toque de queda. El señor Kyle Dwayne —me señaló con un ademán— testificó haber visto tamaño desacato durante la noche de ayer frente a su ventana. No sabéis cuánto nos entristece al Consejo y a mí semejante noticia; somos un Gobierno flexible que no duda en permitir ciertas libertades a sus ciudadanos. Tan solo os pedimos tres cosas a cambio —alzó la mano para enumerar las tres leyes principales con los dedos—: No violar el estado de cuarentena hasta que el Gobierno descubra una cura para nuestra enfermedad, respetar el toque de queda desde las diez de la noche hasta las siete de la mañana e informar de cualquier acción inusual que queráis desempeñar —hizo descender la mano sobre su arrugada frente—. ¡¿Cómo es posible que alguien se atreva a insultar así nuestra generosidad?! ¡¿Quién osa escupirnos a la cara con semejante desafío?! —su voz se rasgó en una exclamación—. Entenderéis que no podemos pasar por alto una insubordinación tan grave; de lo contrario, ¿qué sería lo siguiente? ¿Abandonar la villa y contagiar al resto de la humanidad? —una punzada de temor me atenazó al evocar la imagen del encapuchado cruzando los límites del «Más Allá»—. El Consejo, liderado por mí, abrirá una investigación para hallar al culpable y tomar las medidas pertinentes para asegurarnos de que recibe su castigo —elevó los brazos hasta situarlos a la altura de su cabeza—. Podéis ir en paz.

—Gracias, Mayor —contestamos todos los presentes. Aguardamos a que el alcalde y el Consejo regresaran al interior del ayuntamiento y cerraran la puerta principal. Entonces, una a una, las cabezas de los residentes de la villa se volvieron hacia mí. Pude leer la acusación en sus ojos, su instigación a mantener la boca cerrada; ahora, por mi culpa, seríamos sometidos al escrutinio del Consejo con todo lo que ello implicaba.

—Vámonos —Eleanor se había acercado y tiraba de mí y de Korine hacia la bifurcación que convergía con la avenida de los Hostales.

Todos los ojos nos siguieron mientras nos internábamos en la calle perpendicular. A nuestra

espalda se extendió un incómodo murmullo que no se extinguió hasta que la masa de la plaza se hubo disuelto por completo.



Los pálidos tonos de las paredes del adosado de Korine nos recibieron al atravesar la entrada. Habíamos avanzado a través de la avenida de los Hostales hasta pasar de largo mi hogar. Fue la única manera de desembarazarnos de las miradas de nuestros vecinos.

Mi amiga depositó las llaves sobre una casa de muñecas de madera que sus padres le habían legado como regalo de cumpleaños; sus progenitores no se encontraban en la vivienda, probablemente ocupados con los chismes en la plaza Central. Atravesamos un oscuro corredor hasta penetrar en la luminosidad del salón. Me senté en uno de los sofás monoplaza y enterré mi rostro entre las manos. Empecé a frotarme los ojos con la esperanza de apartar el peso que lastraban desde lo sucedido la noche anterior, pero la congoja se negó a abandonarme.

—Pase lo que pase, no será culpa tuya —me animó Eleanor a mi lado. Acarició mi brazo en un gesto de ternura que agradecí de una forma que no fui capaz de expresar.

Sonreí, atormentado aún por la presión de las miradas sobre mi nuca.

—¿Soy el único que se siente terriblemente mal después de haber discutido esta mañana? —la voz se me quebró al final de aquella implícita disculpa.

—Lamento haberte hablado así. —Apoyó la cabeza sobre mi hombro para reforzar su declaración.

—Al fin un poco de cordura por parte de ambos —bromeó Korine desde una mecedora cercana—. Creía que tendría que azotaros para haceros volver a vuestros cabales.

—Estos días están siendo difíciles para todos —señalé—. Resulta complicado no pagar los platos rotos con nuestros seres queridos.

—Si alguna vez soy la desencadenante de una disputa, no dudéis en darme un buen puñetazo en la barriga —aquel jocoso comentario cumplió el cometido de Korine; arrancarnos una desenfadada sonrisa—. ¿Puedo ofreceros algo de beber?

—No le voy a decir que no a una cerveza helada —accedí.

—Te acompaño —se ofreció Eleanor tras incorporarse.

Así podré husmear en tu nevera para ver qué tienes de comer.

Juntas, se internaron en las tinieblas del corredor que conducía a la cocina, abandonándome a la soledad de aquellas recargadas paredes. Acomodé la espalda sobre el mullido respaldo del sofá y adapté la tela a la tensión de mis músculos. Cerré los párpados tras tomar una profunda bocanada de aire, incluso me permití la licencia de relajarme con el distorsionado sonido de las voces de mis amigas.

Sin embargo, un extraño sonido llegó a mis oídos; el agudo llanto de un niño. Abrí los ojos en señal de alarma y me incorporé sobre el sillón. Miré en todas direcciones en pos de una forma que diera cabida a aquel quejumbroso lamento. Para mi desesperación, fue el vacío el único que acudió en mi auxilio. Por más que intentaba hallar el origen, no encontraba ni el más mínimo resquicio de comprensión.

Me incorporé y comencé a caminar por la habitación guiado por el amortiguado sollozo, acercándome al epicentro de aquel desangelado murmullo. Fue entonces cuando la vi; el difuminado contorno de una niña fue cobrando forma sobre la alfombra de esparto que cubría la parte central del salón. El rostro de la muchacha era diferente a la de la noche anterior; una cascada de pelo lacio se agolpaba sobre sus hombros antes de caer sobre un ennegrecido vestido.

Abrazaba un delicado oso de peluche con fuerza, como si su último hálito de vida dependiera de él. Sin embargo, pese a las evidentes diferencias entre una aparición y otra, ambas convergían en un mismo punto en común; aquellos luceros rojos enterrados en sus cuencas oculares.

Por un instante, quise acercarme a ella, preguntarle cuál era el motivo de su sufrimiento. Pero pronto descubrí que en realidad no lloraba. Estaba tan absorto en las dementes facciones de la pequeña que no había reparado en que el llanto se había extinguido antes de que apareciera. En su lugar, su rostro parecía un hervidero de emociones encontradas, todas ellas focalizadas bajo las directrices de una temible furia infernal. Su respiración se aceleró al rítmico compás de su pecho. Las bombillas se encendieron, pero pronto empezaron a titilar en perfecta sincronía con su ronroneo.

De pronto, se oyó un breve chasquido en la entrada del pasillo; como era habitual en casa de la mujer, el automático de la luz había saltado en la caja de fusibles.

—Vaya mierda de sistema eléctrico —la voz de Korine retumbó a mi espalda.

Me volví para encontrar a mis amigas con dos grandes vasos de limonada y una lata de cerveza en la mano.

—¿La habéis visto? —pregunté, señalando la alfombra.

—¿Ver qué? —quiso saber Eleanor.

Miré en la dirección que apuntaba mi dedo, pero allí no había nada más que el esparto que decoraba el suelo. El desconcierto dio paso a la confusión, pero traté de no demostrarlo ante las mujeres.

—Nada... —mentí—. Debo de haberme confundido con la luz.

Aún recelosas, tomaron asiento y sirvieron las bebidas. Traté de obviar su preocupación bromeando sobre temas banales, pero no pude evitar preguntarme cuánto más podría engañarlas antes de que empezaran a tomarme por loco.



Abandoné la casa un cuarto de hora antes de lo previsto para comprar una barra de pan; si esperaba a que sonara el toque de queda no tendría desayuno para el día siguiente. Más me valía apresurarme si quería encontrar el área comercial abierta.

Atravesé la plaza Central, ya vacía, y me encaminé presuroso a la panadería. Por su actitud corporal, deduje que Clive Maison, mi antiguo compañero del círculo de lectores, se disponía a cerrar el establecimiento.

—Un momento, Clive —supliqué.

Él me escrutó con la mirada. Iba a sacar una moneda antes de explicarle mi demora, pero un grito llamó nuestra atención; nos volvimos en el acto, alarmados. A mi espalda, la señora Folder la emprendía a golpes contra los miembros del Consejo que habían pasado a registrar su vivienda. Aun en la distancia, podíamos escuchar el crujido de los muebles y el estrépito de los cristales rotos.

—¿Os habéis vuelto locos?! —bramaba—. ¡Esto está yendo demasiado lejos! ¡Ya os he dicho que no tengo nada que registrar! ¡Basta, por favor!

Pude sentir su congoja como si fuera mía. Una vez más, la culpabilidad estalló en mi interior como un alarido que clamara en busca de justicia,

—Lo siento, está cerrado —Maison terminó de ajustar el cierre de la puerta.

—Pero...

—He dicho que está cerrado —su tono resultó más hiriente que sus palabras. Me dedicó una

iracunda mirada que dejó claro que me consideraba tan responsable de aquello como yo.

Sin mediar palabra, me alejé por el camino de regreso hasta internarme de nuevo en la avenida de los Hostales. Agachaba la cabeza cuando me cruzaba con algún vecino, temeroso de lo que sus ojos pudieran revelarme. No soportaría sus miradas reprobatorias, no después de lo que había visto junto a la panadería.

Al entrar en mi hogar, tuve una sensación de inseguridad como nunca antes había sentido. El sabor de una amenaza velada me espesó la saliva y me instó a girar la llave de la entrada por primera vez en mucho tiempo. Odiaba reconocerlo, pero no confiaba en lo que mis vecinos pudieran hacerme después de las palabras del alcalde.

Caminé hacia el salón y me dejé caer en el sofá. La imperiosa necesidad de llorar atenazó mis sentidos, como si pretendiera asfixiarme con cada bocanada de aire. Apoyé la cabeza en el respaldo y cerré los ojos para reprimir el flujo de las lágrimas antes de que desbordaran la comisura de mis párpados. Recordé el pánico que había visto en el rostro de la señora Folder, el temor por lo que pudieran hacerle los miembros del Consejo. Pero, ante todo, la tristeza por la pérdida de sus bienes materiales en el escrutinio.

Abrí los ojos, consumido por la angustia... y la tenue inhalación que llenaba mis pulmones se ahogó a medio camino al encontrarme con aquel par de ojos rojos. El rostro de una tercera niña se inclinaba sobre mí, cada vez más cerca, articulando un torpe movimiento sobre su mancillado cuello. Un alarido de terror escapó de mi garganta conforme me precipitaba al extremo contrario del salón, incapaz de apartar la mirada de la aparición. Al rededor de la pálida piel del cuello se dibujaba un alargado moretón que rodeaba el ancho de la articulación.

Retrocedí hacia el pasillo que conducía a mi dormitorio. Apoyé mis temblorosas manos en las sillas del comedor, sirviéndome de ellas para ayudar a mis flácidas piernas en su torpe avance por la estancia. Sin embargo, antes de poder internarme en la protección del corredor, una mano fantasmal emergió de debajo de la mesa y se cernió alrededor de mi tobillo. Caí al suelo mientras seguía el brazo que aferraba mi pierna. Allí, bajo la protección de la mesa, hallé la feroz mirada de la muchacha que me había atacado en el baño la noche anterior. Me retorcí sobre mí mismo hasta obligarla a soltarme poco antes de que su cuchillo cayera en el lugar que antes ocupaba mi empeine.

Corrí cuan largo era el pasillo y me interné en mi dormitorio. Cerré la puerta y bloqueé el pestillo antes de apoyarme contra la pared. No fui consciente de haber golpeado el espejo con el hombro hasta que escuché el estrépito que provocó al caer. Contuve el aliento y agudicé el oído para apreciar cada detalle a mi alrededor.

Por un instante, solo distinguí el precipitado sonido de mi respiración. Pero pronto me ahogué al ver cómo el pestillo giraba sobre sí mismo. Apenas capaz de controlar el miedo, me precipité bajo la cama justo cuando la puerta empezaba a abrirse. Desde mi posición, pude distinguir un par de piernas llenas de quemaduras al otro lado del vano.

Lentamente, aquellos piececillos despertaron en un marcado avance hacia la cama. Me llevé una mano a la boca, reprimiendo el horror que amenazaba con despertar un nuevo alarido.

Aquel par de mancilladas espinillas se detuvieron a poca distancia del somier. Mi rostro contemplaba expectante la quietud de las extremidades, temiendo lo peor. Sin embargo, cuál no fue mi sorpresa cuando ascendieron hasta perderse sobre el colchón. El somier cedió bajo el peso de la niña, haciendo crujir las láminas de madera. El silencio dominaba la habitación, testigo inerte de la escena. Una parte de mí temía que los desbocados latidos de mi corazón pudieran delatarme con su fuerte tintineo.

Pero, como os decía, lo peor estaba aún por llegar.

La mano del espíritu que había sobre la cama descendió y asió el borde de las sábanas. Poco a poco, una larga mata de pelo cayó en cascada sobre el suelo como preámbulo de un abrasado rostro cubierto de llagas. Sus labios dibujaron una diabólica sonrisa, consciente de mi pavor.

De pronto, sus pupilas se desviaron a un punto a mi espalda. Extrañado, desvié la mirada hacia un espejo caído que me observaba desde el esquinazo de la pared. No pude evitar que mis ojos se clavaran en mi propio reflejo; mi mano se ceñía a mi boca, paralizado de horror cuando distinguí tras de mí el rostro de la niña que había visto sobre la alfombra de Korine.

Grité, sabiéndome descubierto, y me volví sobre mí mismo para encarar el agonizante semblante de la muchacha. Sus labios se entreabrieron y profirieron un estremecedor alarido antes de vomitar un voluminoso torrente de agua sobre mi pecho. Intenté incorporarme, pero el peso de la cama me devolvió a mi yaciente posición junto al cadáver.

Tenía que salir de allí como fuera.

Sin ser apenas consciente de lo que hacía, alargué la mano hasta enredar mis dedos en la cabellera que caía de la cabeza quemada y tiré con todas mis fuerzas. La niña gritó enfurecida mientras caía al suelo y la arrastraba hacia mí.

Aprovechando la sorpresa, me precipité a la habitación y corrí cuan largo era el pasillo hacia el salón. No me detuve a mirar más allá de lo que apreciaba mi visión periférica; huí hacia el corredor de entrada y, tras descorrer la llave, salí a la intemperie lejos de mi hogar. Aguardé junto a unos cubos de basura para recobrar el aliento, pero no tardé en escuchar la alarma que anunciaba el toque de queda. Sentí que una parte de mí se rompía en mi interior; no debía estar fuera, pero nada me haría regresar a mi casa después de lo que había sucedido.

Creí que me ahogaba con cada nota hasta que el silencio terminó por sobreponerse a las bocinas. No debía estar ahí; si alguien me descubría sería el fin. Las luces de las casas ya estaban apagadas y ensombrecían la tenue luz de las farolas que delimitaban el asfalto.

De pronto, oí un débil sonido tras de mí, apenas una inapreciable ráfaga. Me volví más rápido de lo que me consideraba capaz para hallar frente a mí la sombría silueta del encapuchado del día anterior. Cerré los puños en mi afán por suavizar el nudo de mi estómago. Me repetía una y otra vez que, pese a la apariencia que le confería la túnica, no era más que un vecino de Clevence Town, una persona en sus cabales que no me haría ningún mal.

O que no me lo habría hecho de no haberle delatado hacía unas horas. Porque, si no pretendía lastimarme, ¿qué hacía frente a mi casa superado otra vez el toque de queda?

—Por favor, no me hagas daño —sollocé. Las lágrimas que llevaba todo el día conteniendo desbordaron mis ojos, presa del terror y del arrepentimiento a partes iguales—. Lamento haber dicho que te vi ayer... Estaba desesperado...

Nos quedamos mirándonos de esta guisa durante un rato. Él observando mi compungido rostro desde el anonimato; yo adivinando la expresión que se ocultaría tras la negrura de aquella capucha. No fue hasta pasados unos segundos que distinguí un bulto a su espalda; con la mano izquierda arrastraba una bolsa de plástico herméticamente cerrada.

Tragué saliva, aún sin saber cómo sentirme.

—O-oye —tartamudeé. La capucha se alzó en respuesta a mi atrevimiento—, te juro que no pretendía que el Mayor lo descubriera... No sabía que estaba ahí y me escuchó desde... Por favor, no me hagas daño..., te prometo que no quería...

Pero una nueva revelación ahogó mis palabras. De la extremidad izquierda, aquella que mantenía oculta bajo la manga de la túnica, goteaba un líquido rojizo que formaba un espeso charco de sangre.

—¿Estás herido? —pregunté—. ¿Necesitas...?

Mis palabras se vieron sesgadas nuevamente cuando detecté un ligero movimiento bajo la manga. Poco a poco, del borde emergió el filo de un cuchillo cubierto de sangre. El aire se heló en mis pulmones mientras retrocedía.

—¿Qué has hecho? —sollocé, incapaz de apartar la mirada del saco—. ¿Qué quieres de mí? ¿Qué llevas en esa bolsa?

Sin embargo, el extraño se detuvo. Al principio no supe por qué, pero pronto me llegó el murmullo de unas voces que se acercaban hacia nosotros.

—¡Por aquí! —escuché que decía uno de los miembros del Consejo.

Como si aquellas palabras hubieran activado un resorte en el visitante, dio media vuelta y desapareció en uno de los jardines de mis vecinos. Comprendí que debía hacer lo mismo si no quería que me descubrieran a mí en su lugar, de modo que, en mi desesperación, abrí uno de los cubos de basura y me introduje en el interior. Un desagradable hedor a comida podrida asaltó mi olfato con una bocanada.

Pronto, los pasos se fueron haciendo más sonoros hasta detenerse junto a mi escondrijo.

—¿Alguien ha visto hacia dónde se ha marchado? —reconocí la voz de la concejala Fishwibber. Deduje que sus compañeros realizaban algún gesto negativo—. Daos prisa, no podemos correr más riesgos o el Proyecto Clevence Town será un completo fracaso.

Otra vez ese dichoso Proyecto...

Tal y como había deducido cuando le relataba a Korine la conversación del círculo de lectores, el Ayuntamiento debía de estar metido hasta el cuello en el asunto.

Esperé a que los pasos se alejaran lo suficiente. Volví a agudizar el oído hasta decidir que no había nadie más en la calle. Abrí una ranura en la tapa del cubo de basura y escudriñé la zona con la mirada; en efecto, el Consejo se había ido.

Con sumo cuidado de no hacer ruido, alcé el cobertor y salí del cubo. Sin pensarlo, pasé de largo mi vivienda y corrí hacia el lugar seguro más cercano que pude imaginar: la casa de Korine.

Al llegar, llamé repetidamente a la puerta con la esperanza de despertarla. No debía arriesgarme a tocar el timbre porque algún vecino podría oírlo y, por consiguiente, descubrir que me había saltado el toque de queda. Por un instante, me pregunté cuánto podrían disfrutar mis conciudadanos entregando al chivato que había provocado todos los registros.

No, aquella gente jamás haría algo así. Me habían visto crecer entre las paredes de la cúpula; era como un hijo para ellos... ¿verdad?

Volví a intentarlo, pero nadie contestó en el interior. Rendido, entré en el jardín y bordeé la fachada hasta la ventana que daba acceso al salón por la parte trasera. Miré en derredor en busca de algún objeto con el que hacer palanca hasta hacerme con las tijeras de podar que mi amiga utilizaba para cortar el césped. Introduje la punta en la rendija inferior de la ventana y ejercí toda la presión que me permitieron los brazos; no tardé en escuchar el quejido de los goznes al ceder. Abrí con precaución y me colé en el interior de la vivienda.

Avancé a tientas en la oscuridad hacia el dormitorio principal después de cerrar la ventana. Sin embargo, un crujido a mi lado me hizo detenerme. Contuve el aliento, aterrado ante la posibilidad de volver a encontrarme con alguno de los espectros.

Un segundo crujido, esta vez más intenso, batió las tablas del parqué conforme una sombra se abalanzaba sobre mí. Quise gritar, pero la firmeza de una barra de metal se estrelló en mis costillas. Escuché el alarido de una mujer mientras el tubo volvía a golpear mi dolorido torso.

—¡Fuera de mi casa! —gritó una voz que pronto reconocí como la de Korine, que arremetía de nuevo contra mí con la vara metálica—. ¡Socorro! ¡Que alguien me ayude, por favor!

Comprendí que creía que yo era un extraño que se había colado en su casa.

—¡Korine! —la llamé, tratando de calmarla—. ¡Korine, para! ¡Soy yo!

De pronto, los envites se detuvieron sobre mi cabeza. Escuché el desacompasado sonido de su respiración junto a mí.

—¿Kyle? —titubeó, indecisa.

—O lo que queda de mí después de la paliza —apenas podía respirar por el dolor. Me retorció en el suelo como un gusano al que acabaran de pisotear.

Mi amiga se precipitó a las ventanas y corrió las cortinas antes de encender la luz.

—¡Joder! —soltó la barra de metal al reconocermelo y se lanzó en mi ayuda—. ¡¿Te has vuelto loco?! ¡Me has dado un susto de muerte!

—Sin ánimo de sonar inoportuno, creo que me he llevado la peor parte.

Rodeó su cuello con mi brazo y me ayudó a caminar hacia su cama deshecha. Me tumbó sobre las sábanas y palpó la superficie de mi camiseta; proferí un grito de dolor cuando tocó una de las zonas afectadas.

—Lo siento, lo siento muchísimo —sollozó—. No sabía que eras tú; creía que habían entrado a atacarme... Dios mío, dime que no te he roto nada...

—Solo dame unos minutos —supliqué, recuperando el aliento que los golpes me habían arrebatado.

Ella se precipitó a la cocina y regresó con una bolsa de hielo.

—Quítate la camiseta —me ordenó.

Yo lo hice, por lo que deduje que no tenía ningún hueso roto. La mujer no tardó en encender la luz para evaluar los daños mientras yo me dejaba caer hacia atrás. Depositó el agua helada sobre una de las áreas enrojecidas de mi torso, haciéndome estremecer al sentir el frío sobre mi piel desnuda.

—¿Estás mejor? —se preocupó.

—Sí —asentí—. Gracias.

—Bien —me interrumpió enojada—, porque ahora vas a explicarme qué diablos hacías en la calle después del toque de queda.

—Me persiguen... —titubeé, empezando a recuperar la compostura—. Entraron en mi casa...

Al fin y al cabo, no era una mentira absoluta.

—¿Qué? —la sombra del horror se dibujó en su rostro—. ¿Quiénes?

—El encapuchado —tuve claro que debía omitir la visita de los espíritus.

—¿Insinúas que ha intentado matarte por lo de esta mañana?

—Yo... —no sabía muy bien qué contestar. Había visto el cuchillo y el bulto de la bolsa. ¿Quién me decía que no era a mí a quien buscaba?—. No lo sé. Creo que sí.

Korine se llevó una mano a la boca.

—Pero eso es muy grave, Kyle —dejó caer la yema de sus dedos sobre mi pecho—. Debes decírselo al Mayor; el Consejo ha de tomar medidas sobre esto.

—Hablar con el alcalde solo empeorará las cosas.

—Y no hacerlo podría matarte —señaló ella—. Si no lo haces tú, lo haré yo.

—Korine, he venido aquí porque confío en ti —apostillé—. Por favor, haz tú lo mismo conmigo; el alcalde no puede saber nada de esto. Podría estar implicado.

—No seas ridículo.

—Escucha, cuando el encapuchado vino hacia mí el Consejo apareció. Me oculté en un cubo de basura antes de que me descubrieran, así que pude oír su conversación mientras planeaban su estrategia de búsqueda; la concejala Fishwibber mencionó algo sobre un proyecto, igual que Melquiades en el templo. Aquí está pasando algo muy malo, Korine, y creo que el Ayuntamiento

está detrás de ello.

Mi amiga guardó silencio.

—Por favor —supliqué—, prométeme que no hablarás con nadie en el trabajo. Jamás me perdonaría que te convirtieras en el objetivo de quienquiera que esté detrás de esto.

Ella asintió, apenas un leve movimiento de cabeza. Estaba tan absorto en mi disertación que no había reparado en que acariciaba la superficie de mi pecho desnudo con la mano libre. Crucé la mirada con la suya, prendida en mis ojos; nos conocíamos desde hacía mucho tiempo, así que no tuvo dificultad en interpretar que acababa de averiguar lo que tan bien me había ocultado durante tantos años.

Desvió la mirada y apartó la mano de mi torso.

—Lo siento —musitó, azorada.

Un nuevo sentimiento de culpa perforó lo más profundo de mi corazón. No supe muy bien qué decir; jamás me había visto en una situación similar, mucho menos con alguien como ella.

—Perdona —me disculpé al mismo tiempo—. Korine, no tenía ni idea... ¿Por qué no me lo habías dicho antes?

—Porque sé que no es a mí a quien pertenece tu corazón —explicó ella—. Da igual... Por favor, olvídalo.

—Pero...

—No, Kyle —asíó mi mano y me obligó a sostener la bolsa de hielo en el lugar en que acababa de golpearme con la barra de metal—. Necesito que hagas como que nada de esto ha pasado; no soportaría que te comportaras de forma diferente a partir de ahora. He sabido llevarlo bien durante más tiempo del que estoy dispuesta a reconocer, así que dejemos que las cosas sigan como hasta ahora —tomó aire y se dirigió a la puerta—. Dormiré en el sofá.

—No sería justo —increpé—. A fin de cuentas, sigue siendo tu casa.

—Acabo de apalearte con un trozo de metal —bromeó ella, recuperando parte de su sarcasmo habitual—. Créeme, necesitas descansar en un colchón más que yo.

—¿Y tus padres? —pregunté al recordar que los señores Nóvikov no debían andar muy lejos.

—Hoy dormían en casa del señor Dalton —sonrió para sí— Has tenido suerte; si te hubiera encontrado mi padre no habría parado hasta matarte.

—Muy tranquilizador...

—Descansa.

—Tú también —deseé—. Y gracias.

Ella amplió su sonrisa y cerró la puerta tras de sí. Yo aproveché la quietud de la estancia para ladearme sobre el colchón. Observé la mesilla de noche en la intimidad del silencio mientras reprimía una exhalación. Encima de la superficie de madera pendía el libro que le regalé por su último cumpleaños, una historia de fantasía que localicé por Internet en la sala de ordenadores del ayuntamiento. La palabra *Eyreen* coronaba la portada con letras grandes para llamar la atención sobre el título. Aún recuerdo la cara del alcalde cuando le pedí que solicitara un ejemplar al exterior. No solía recibir peticiones de esa índole, por eso me sorprendió que accediera y me facilitara el libro en cuestión de semanas. Recordé cómo se iluminó el rostro de mi amiga al desenvolver el regalo.

Aquella fue la última vez que crucé una palabra con el mayor Thompson hasta los acontecimientos que acabáis de ser testigos. Se veía tan lejano después de todo lo sucedido que deseé retroceder en el tiempo.

De pronto, la luz se apagó tras un chasquido que provenía del salón.

—¡Mierda! —protestó la voz de Korine, apenas sofocada por la puerta cerrada.

Ahogué una sonrisa que murió en mis labios antes de darme cuenta. Al parecer, el interruptor de la luz había vuelto a saltar.



Respecto a los próximos días... Bueno, supongo que podría contaros miles de hechos sin importancia que acontecieron desde que el alba se pronunciara sobre la cúpula de metal. Podría empezar explicándoos cómo me escabullí de casa de Korine antes de que llegaran sus padres para evitar dar explicaciones. También podría continuar detallando cómo los representantes del Consejo iban inspeccionando (o más bien apisonando) las viviendas de Clevence Town en pos de la identidad del encapuchado... O cómo la policía del «Más Allá» cedió dos pastores alemanes al Ayuntamiento para asegurar sus posibilidades de éxito en los registros... O cómo los ánimos se iban crispando en mi contra, la ira de mis conciudadanos en su afán por culparme...

Pero, si he de ser sincero, admito que me alejaría de la historia. Estoy seguro de que os acabaríais preguntando por las niñas o por el velo que cubría la verdad de Clevence Town; tengo la certeza de que terminaríais aburridos de las atrocidades del Consejo. Además, no es plato de buen gusto leer sobre las crueldades del hombre; ya tendré que incluir aspectos de especial dureza más adelante, así que no me gustaría convertir esta historia en un arsenal de sadismo.

De modo que os trasladaré a tres días después de que todo lo relatado tuviera lugar. Si me lo permitís, cededme vuestra mano a través de la espesura del bosque donde fui testigo de la «fuga» del encapuchado. He de confesar que pasaba allí gran parte de la tarde, sin saber muy bien por qué observaba la cerca que nos separaba del «Más Allá». Puede que toda la espiral de violencia en que se habían convertido los registros me hiciera obsesionarme con el asunto del encapuchado. Seguía hasta la más ínfima pista, cualquier indicio que pudiera ayudarme a detener al Consejo.

Os llevo a este lugar y a este preciso momento porque fue allí donde el primer grito de aquella tarde desgarró la aparente tranquilidad de Clevence Town. Un ensordecedor alarido de mujer que utilizó las paredes de la cúpula como una caja de resonancia para perderse en un eco de espanto. Nunca lo sabré, pero por un instante nos imaginé a todos los habitantes de la villa mirando al cielo artificial en busca de respuestas.

Tras un instante de silencio que casi podía arañar el aire, el grave tañido de las bocinas del ayuntamiento atronó mis oídos. Apreté el paso en una rítmica marcha al son del aviso, dirigiéndome ensimismado a la plaza Central. Conforme dejaba atrás el cementerio y la funeraria, empezó a unírseme gente que salía del templo con idéntica expresión a la mía. Todos sabíamos lo que significaba aquella señal; era la portadora de nuevas noticias. Noticias que, dadas las circunstancias, no parecían muy halagüeñas.

Cuando llegué al octágono, sentí que el corazón se me helaba en el pecho. Dos agentes del Consejo arrastraban al señor Cooper por el empedrado; parecía un peso muerto sobre el suelo. Tras ellos, la enfermera Biggens corría implorando clemencia. No tardé en deducir que el grito que tanto me había sobrecogido en el bosque procedía de aquella delicada garganta.

Desde el porche del ayuntamiento, el mayor Thompson, la concejala Fishwibber y el resto de nuestros gobernadores observaban impasibles la escena que tenía lugar sobre las baldosas de piedra.

Poco a poco, la plaza se fue abarrotando de gente hasta que todos los habitantes del pueblo terminamos de congregarnos en torno al porche del edificio. Busqué a Korine o a Eleanor con la mirada, pero ellas parecieron encontrarme antes a mí y no tardaron en colocarse a mi lado; no necesitamos saludarnos para sentirnos reconfortados por tenernos unos a otros.

Los concejales dejaron caer al señor Cooper a los pies del alcalde y marcharon a impedir que la enfermera accediera al recinto del porche. Nadie se atrevía a pronunciar palabra, ni siquiera nos aventuramos a inspirar en profundidad por temor a emitir el más leve sonido. Los hombros del desvencijado mecánico temblaron mientras sus manos buscaban la superficie del suelo. Con una debilidad que jamás había manifestado, incorporó la cabeza para enfrentarse a la dura expresión del Mayor.

—James L. Cooper —comenzó el gobernador—, se le convoca a juicio en la plaza de Clevence Town por encontrarse en posesión de esta capa —asíó un maletín y extrajo una túnica negra idéntica a la que llevaba el encapuchado que abandonó la villa.

Mis labios se entreabrieron en un gesto de asombro, incapaz de creer que el mecánico pudiera tratarse de la misma persona que asíó aquel cuchillo ensangrentado la otra noche. Jamás lo habría imaginado.

—¿Qué estás haciendo...? —murmuró Cooper en un hilo de voz.

—El día en que el señor Dwayne testificó haber descubierto a un individuo abandonando la villa encontramos un jirón de tela negra igual a la descripción realizada sobre el desconocido —introdujo la mano en el bolsillo para mostrar un retal de las características descritas. Dos agentes del orden aprovecharon el momento para salir del ayuntamiento, cada uno con un elegante pastor alemán sujeto por una correa. El Mayor se agachó junto a los perros y los acarició con indiferencia—. Roscoe y Thor rastrearon el olor hasta llegar a la vivienda de nuestro mecánico, donde encontramos una túnica negra de idénticas características al pedazo de tela obtenido en la investigación —asíó una de las mangas de la capa hasta dar con un jirón arrancado; alzó el retal y lo unió a la túnica para demostrar que casaban a la perfección—. Supongo que este hecho demuestra la culpabilidad de este hombre —la voz del alcalde se rasgó conforme pronunciaba cada palabra, arrojando la capa con desdén sobre el mecánico—. Por ello, se le aplicará la condena consecuente al quebrantamiento de la primera norma de Clevence Town; la muerte.

La gente pareció retroceder ante aquel comentario. La señora Biggens cayó hacia atrás, presa de una renovada ola de pánico que la sentó en el suelo. Era como si nadie esperase aquella revelación; a decir verdad, yo tampoco lo habría imaginado. Mi fuero interno ardió en mil lenguas de fuego ante la posibilidad de que realmente se propusieran ejecutar a ese hombre. Y, peor aún, jamás me perdonaría que lo hubieran capturado por mi testimonio. No podía ser cierto, aquello no podía terminar así. Debía haber una explicación para su conducta, un motivo que lo empujara a actuar de una manera tan descuidada. Merecía una oportunidad de ser escuchado, de exponer sus razones.

El alcalde, lejos de dejarse amilanar por la reacción de la población, nos miró con desdén y escupió sobre el convaleciente cuerpo del mecánico. ¡Cielo santo, ¿qué le habían hecho?!

—¡Estas cuatro paredes son la ley de Clevence Town! —rugió mientras señalaba el ayuntamiento con un renovado respeto—. ¡Si alguien se atreve a desafiar la ley de nuevo, sufrirá el mismo destino que este desgraciado! —la concejala Fishwibber extrajo una jeringuilla con una solución transparente e inyectó el somnífero en el brazo del mecánico; este pareció protestar ante el pinchazo, pero pronto cayó rendido ante el efecto de la droga.

Acto seguido, dos de los concejales asieron al señor Cooper de sendos brazos y lo arrastraron de nuevo hacia una carretilla cubierta por una manta. Mientras, Fishwibber derramaba un bidón de gasolina sobre la tela. A continuación, empujaron el carro sobre la madera del parqué hasta descender a la plaza.

Creo que nadie estaba preparado para lo que sucedió a continuación.

La multitud, embravecida por el furor de la oposición, comenzó a avanzar en violentas hordas

contra los agentes que cargaban el cuerpo del mecánico. Totalmente desubicado, me vi arrastrado por una cruenta muchedumbre que me separó de mis amigas. Por un instante, mis pies dejaron de tocar el suelo, envuelto irremediablemente en una espiral de destrucción. Pude ver cómo gran parte del Consejo abandonaba el porche para unirse a la reyerta.

De pronto, mis ojos se abrieron como platos al ver al mayor Thompson desenfundando un revólver del cinturón que le rodeaba el pantalón. Quise gritar para prevenir a mis conciudadanos, pero para cuando pude reaccionar el alcalde ya había alzado el arma hacia la cúpula. Apretó el gatillo en dos ocasiones, dos estridentes fogonazos que atravesaron la tensión reinante como un puñal. Los disparos resonaron en todo Clevece Town como el estertor de la muerte. Todos nos tapamos los oídos, agachados de cintura para abajo.

Uno a uno, comenzamos a incorporarnos con estupefacción. El Mayor, sin siquiera inmutarse por el efecto que su reacción había provocado, encañonó sin remordimiento a la multitud.

—¡Atrás o el próximo disparo se cobrará a la primera víctima! —vociferó en una desencajada mueca.

Al principio nadie reaccionó, pero pasados unos segundos fuimos retrocediendo en un sepulcral silencio. Cuando se hubo formado un espacio lo suficientemente amplio, los agentes del Consejo detuvieron el carro en el centro.

—¿Qué se supone que estás haciendo, Harry? —un grupo de gente se hizo a un lado en el lugar del que procedía la voz, enmarcando el severo rostro del reverendo Melquiades.

Este avanzó con las manos entrelazadas frente a su malograda barriga.

—Se lo advierto, padre; no le conviene desafiarme en este momento.

Sin embargo, lejos de amilanarse, el sacerdote continuó caminando hasta situarse a un metro escaso del alcalde.

—¿O qué harás? —terció el aludido. Con un gesto firme, asió la mano del Mayor y encañonó la pistola contra su propio pecho—. ¿Vas a dispararme?

La intensidad de aquella mirada parecía rasgar el aire; nadie antes se había atrevido a tutear al Mayor. Todos mirábamos atónitos la guerra silenciosa que tenía lugar frente a nuestros desorbitados ojos. Nunca había sido santo de mi devoción, pero debía reconocer que el reverendo tenía un coraje que jamás le había atribuido.

—Re-tí-re-se —repitió el Mayor, imprimiendo una velada amenaza en cada sílaba.

—¿Acaso has perdido el juicio, Harry? —bramó el sacerdote—. ¡¿Es que no te das cuenta de las consecuencias que puede acarrear esto, idiota?!

—Cuidado, Jeremiah —advirtió el alcalde—. Sabes que ya no podemos echarnos atrás. ¿Quieres ser tú quien eche por tierra todo lo que hemos creado?

No entendí una sola palabra, pero el sacerdote pareció reaccionar ante aquel comentario.

—Sea, pues —concluyó—. Pero recuerda que tú serás el culpable de lo que pueda suceder a partir de ahora.

Sin dar lugar a una posible réplica, recorrió el espacio que lo separaba de las escaleras y bajó los peldaños con su habitual porte regio. Avanzó por el espacio que había dejado la multitud al retroceder y no se detuvo hasta alcanzar el carro en el que descansaba el señor Cooper.

Introdujo una mano en la sotana y extrajo un mechero que colocó convenientemente sobre el carro. Fue entonces cuando posó la mirada sobre la mía y, por primera vez desde que lo conocí, pude distinguir un atisbo de compasión en sus pupilas; casi parecía disculparse por lo que estaba a punto de hacer.

El tiempo se detuvo en Clevece Town mientras la llama prendía el gas del mechero. Los segundos se convirtieron en horas cuando el sacerdote dejó caer el encendedor, arrastrando

consigo cada centímetro que recorría en su mortal avance hacia el carro de madera. Por un instante, creí escuchar el chasquido del metal al estrellarse contra la tela empapada en combustible, pero el breve crujido que mi imaginación pretendía inventar se vio embravecido por el cruento sonido de las llamas al propagarse por la gasolina.

El fuego encendió mi rostro en una máscara de horror que crecía conforme las llamas ascendían por el carro. Aterrado, me tapé los ojos y dejé que mis piernas flaquearan. Mi garganta quebró un alarido que se tornó en un violento llanto.

No podía respirar. Sentía que el aire se negaba a entrar en mis pulmones, como si cada bocanada fallida pretendiera ahogarme en mi agonía. Quería pedir auxilio, pero la voz se negaba a abandonar mi cuerpo. El dolor me arañaba las entrañas con una fuerza inusitada.

Aún hoy no soy capaz de juzgar cuánto tiempo transcurrió hasta que una mano se posó en mi hombro. Seguí la línea del brazo hasta dar con el rostro de Eleanor. En aquel momento apenas reconocí un simple movimiento de labios; ahora sé que me instó a irnos de allí, lejos de la pira en la que se consumía el cuerpo del señor Cooper. Dejé que me incorporara y, a empujones, nos abrimos paso entre la muchedumbre hacia la avenida de los Hostales.

Anduvimos unos diez metros a través de la calle desierta, pero mis piernas se negaban a seguir avanzando. Rendida, Eleanor se detuvo y asió mi rostro entre sus manos.

—Kyle, mírame —me ordenó con severidad—. Escucha bien lo que voy a decirte; estás al borde de la conmoción, así que tienes que intentar calmarte. Sé que es complicado, pero tienes que tranquilizarte o no podré hacer nada por ti —sus palabras me llegaron como un mensaje lejano. Consciente de ello, cogió fuerza con la mano y me abofeteó la cara. Como si hubiera desactivado un resorte, el aire regresó a mis pulmones y me dejé caer sobre su cuerpo. Ella, lejos de vencerse hacia atrás, me sostuvo entre sus brazos—. Eso es —me dijo—. Muy bien, sigue así. Escucha mi voz, escucha únicamente el sonido de mi voz. Respira hondo y cuenta hasta diez tantas veces como necesites —comenzó a acariciar mi rostro para enjugar las lágrimas que lo inundaban—. Inspira..., espira..., inspira..., espira...

Mi cabeza ascendía y descendía al compás de la respiración de su pecho. Transcurridos unos segundos, sentí que volvía en mí. Me incorporé de nuevo y me perdí en la mirada de mi amiga, encontrando en aquel par de luceros azules el remanso de paz que necesitaba.

—Gracias —murmuré.

—Tenemos que seguir, Kyle —me apremió—. Hay que llegar a tu casa antes de que alguien abandone la plaza.

Comprendí qué quería decir. Los ciudadanos de Clevence Town me habían culpado desde el principio por haber delatado al encapuchado... Al señor Cooper. Ahora que lo habían ejecutado no quería imaginar qué podría sucederme si alguno se cruzaba conmigo.

Nos apresuramos al interior de mi casa y di dos vueltas de llave al cerrar.

—Recoge tus cosas —me instó Eleanor—. Dormirás conmigo hasta que la situación se calme.

—¿Dónde está Korine?

—No lo sé. Nos separamos cuando la gente intentó atacar a los concejales.

—Hay que volver a por ella —una nota de preocupación se dibujó en mi voz.

—Regresaré en cuanto estés seguro en mi casa —se precipitó hacia mi dormitorio sin darme opción a contradecirla—. Recoge tus enseres personales mientras yo te cojo algo de ropa.

Sin embargo, al internarme en el cuarto de baño, un murmullo lejano acaparó por entero mi atención. Poco a poco, el arrullo de voces fue haciéndose más intenso hasta convertirse en un coro de gritos. Me asomé a la ventana y distinguí una vasta aglomeración de gente rodeando mi vivienda; todos iban armados con palos y piedras.

—¡Nell! —llamé—. ¡Están aquí!

Ella llegó a mi lado y tiró de mí hacia el salón.

—Lo sé —contestó—. Acabo de verlos por la ventana.

—¿Cómo vamos a salir de aquí?

—Tenemos que...

Pero el estridente sonido del cristal al romperse acalló sus palabras. Nos giramos hacia atrás para descubrir el boquete que una roca había abierto en la ventana del salón.

—¡Dios, ¿se han vuelto locos?! —exclamé cuando la segunda piedra perforó otra ventana.

Los palos de madera golpeaban los muros de la casa mientras clamaban gritos de venganza. Una parte de mí se negaba a creer que aquello pudiera estar pasando. ¿Qué había sucedido con las tranquilas y apacibles personas de Clevence Town? De acuerdo que hubiera informado de la aparición de un encapuchado por salvarnos de la ira del Mayor, pero yo no había sido la mano ejecutora que prendiera la carreta.

—¡Kyle, van a entrar!

No había terminado de advertirme cuando una botella de alcohol con un trapo prendido atravesó uno de los cristales. El recipiente de vidrio se rompió, esparciendo el líquido inflamable por la alfombra. La tela no tardó en empezar a arder.

Una tras otra, fueron arrojando más botellas de alcohol encendidas que devoraban mi mobiliario con la furia de mis ejecutores.

—¡Tenemos que salir de aquí! —le grité a mi compañera cuando el humo comenzó a hacernos toser.

—¡Si salimos te matarán!

—¡Y si nos quedamos moriremos los dos!

Ahora fui yo quien la cogió del brazo y tiré de ella hacia la puerta. Al vernos, una rugiente multitud se abalanzó sobre nosotros y me agarraron para arrastrarme hacia el epicentro de los gritos.

—¡Kyle! —oí gritar a Eleanor—. ¡Deteneos! ¡Parad!

El primer golpe lo recibí en las costillas con una barra de hierro. Después, no supe distinguir el segundo del tercero; un aluvión de puños, palos y piernas descargó sobre mí todo su potencial.

—¡Dejadme en paz! —traté inútilmente de defenderme pero, al intentar responder a los ataques, me sostuvieron los brazos para que la enfurecida muchedumbre me golpeará con objetos que no alcanzaba a distinguir—. ¡Yo no lo he matado! ¡Yo no lo he matado!

—¡Se ha vuelto loco! —gritaba la señora Folders—. ¡El alcalde ha perdido el juicio y no podemos salir de aquí!

—¡Tú has provocado esto! —me increpaba Clive Maison, el panadero, descargando su rodillo de cocina contra mi espalda—. ¡Estamos encerrados con un demente!

—¡Alto! —a lo lejos, distinguí al reverendo Melquiades pugnando por protegerme con sus autoritarias órdenes—. ¡Detened esta atrocidad! ¡Esto no tenía que suceder así! ¡El encierro os está nublando la razón!

Pero, en su afán por ignorar sus comentarios, lo empujaron y cayó al suelo. Yo, sin embargo, no pude prestarle mayor atención. En su lugar, el canto de una pala interrumpió mi campo de visión. Para mi sorpresa, la fría hoja de metal se estrelló contra uno de mis captores... y luego sobre otro...

—¡Corre, Kyle! —la voz de Korine emergió de entre la multitud; era ella quien me había liberado de mis atacantes.

—¡Korine, llévate! —Eleanor se abrió paso para poder lanzarnos las llaves de su casa—.

¡Daos prisa!

—¡No! —rugí cuando la aludida comenzó a empujarme para apartarme de la doctora—. ¡Está sola! ¡Korine, no podemos abandonarla!

Sin embargo, lejos de abandonar su empeño, mi amiga tiró de mí contra mi voluntad. La gente tardó apenas unos segundos en reaccionar; lentamente, desviaron el foco de atención e iniciaron una implacable carrera en nuestra dirección.

—¡Vienen a por ti, Kyle, no a por ella! —gritó—. ¡No van a hacerle nada, pero si te cogen a ti no quiero ni imaginar de lo que serán capaces!

Aunque no quisiera admitirlo, tenía razón. Muy a mi pesar, me vi obligado a devorar mi preocupación y acatar su urgencia. Nuestros pies se movían a una velocidad de vértigo en nuestra precipitada carrera a través de Clevence Town. Es curioso cómo el organismo del ser humano te prepara inconscientemente para situaciones de peligro; aún a día de hoy estoy seguro de que jamás volveré a correr como lo hice aquel día. Atravesamos la plaza Central perseguidos por un rugiente mar de gente. Miré hacia atrás a mis *a priori* pacíficos conciudadanos, pero cualquier atisbo de humanidad se había evaporado de sus facciones. Sus rostros, otrora amables, se habían distorsionado en una mueca de maldad; supe a ciencia cierta que me matarían sin el menor remordimiento si acabara cayendo en sus manos... Sus manos..., las voraces garras de un monstruo...

Nos adentramos sin resuello en la avenida de la Salud, agotados por el ritmo de nuestra huida. Korine comenzó a buscar la llave de la casa de Eleanor, pero en mi cabeza pronto hubo hueco para un único sonido.

En mis pensamientos estalló incomprensiblemente el arrullo de una risa infantil. Si hubiera tenido ocasión de describir aquel lastimero sonido, lo habría calificado de una burlona carcajada del infierno. El fragor de los gritos pareció difuminarse, aunque en realidad las voces no se hubieran apagado más allá de mi mente. Miré en derredor en busca de la procedencia de aquella risa, pero a mi alrededor tan solo había oscuridad. Las tinieblas envolvían los rincones de las casas, los espacios vacíos que reptaban entre los cubos de basura.

Oh, Dios... Aquellas niñas podrían estar en cualquier parte. Observé de soslayo a Korine, pero no parecía que ella escuchara nada más que el rugiente bramido de Clevence Town. Sin embargo, pronto la risa de mi cabeza fue acallada por el trémulo sonido de una canción; una dulce melodía que la voz de aquella niña desgarró. Lo que debería haber sido una inocente nana se convirtió en una cruel sinfonía.

«Luna, luna, oculta el sol;
en mi cuna duermo yo...
Brilla, brilla, oscuridad...,
ya se acabó la piedad».

La frágil voz infantil se extinguió en un ronco suspiro que dejó tras de sí el remanso de los gritos que nos perseguían. Korine se precipitó sobre la puerta con el brazo extendido. Tanteó la superficie de la cerradura en su afán por introducir la llave. Con un quejido, el oxidado metal entró en el cerrojo y nos precipitamos en casa de Eleanor. Nos apresuramos a cerrar de nuevo para evitar que nadie pudiera irrumpir en la vivienda. Los primeros golpes aporrearon la superficie de madera clamando justicia.

—¡Arrancad las ramas de los árboles! —escuchamos gritar desde el exterior—. ¡Golpead las ventanas!

Nos miramos, horrorizados. Buscamos a nuestro alrededor algún objeto con el que cubrir los cristales, pero no encontramos nada que pudiera ayudarnos a construir un fuerte.

El primer impactó atronó el salón. Uno tras otro, se precipitaban sobre las ventanas con la descarnada agonía de la venganza.

—¡Basta! —gritó Korine, desesperada junto al cristal. Tal vez pudieran oír su voz, pero nadie escuchó sus súplicas—. ¡¿Os habéis vuelto locos?! ¡Parad! ¡Vosotros no sois así!

—Déjalo, Korine —intenté alejarla de la cristalera para evitar que algún fragmento de vidrio pudiera arañarle la cara—. Están fuera de sí.

De pronto, el atronador sonido de los golpes fue sustituido por el de los gritos, unos alaridos que pugnaban por liberar el horror que empezó a reinar en el exterior. Las fuerzas del Ayuntamiento se habían abierto paso con porras y pistolas de descarga eléctrica. La gente empezó a huir despavorida de los petardos lanzados por los concejales; los más lentos tuvieron que arrojar al suelo para apagar las llamas que prendieron los bajos de los pantalones. Heridas, quemaduras, moretones... Por un instante creí que desfallecería al ver cómo los agentes del Ayuntamiento agredían sin piedad a mis vecinos.

Es curioso que trece personas puedan apaciguar a otras cincuenta con el debido equipamiento, pero la flaqueza de los débiles es la fuerza de los poderosos. La unión arrasadora de la masa empezó a disgregarse en todas direcciones.

Korine me tomó de la mano, aterrada. Supe cómo se sentía porque yo tenía la misma sensación de pesadez en el estómago; un nudo de horror ante la violencia que se extendía al otro lado de aquellas cuatro paredes.

No nos atrevimos a movernos a pesar de que los gritos se fueran calmando. Tal vez por ello nos sobresaltamos tanto cuando llamaron a la puerta con el puño. Contuvimos la respiración sin atrevernos a contestar.

—¡Chicos, abrid! —instó la voz de Eleanor desde el exterior—. Soy yo.

Fue Korine quien se precipitó a obedecer las demandas de la mujer. Esta, guiada por la adrenalina de la reyerta, entró a trompicones en su hogar. Por un instante nos quedamos inmóviles mientras nos mirábamos unos a otros, pero Korine y yo deshicimos el silencio para abrazarla.

—¡Por Dios! —suspiré, aliviado—. ¡Temía que te hubiera pasado algo!

Dejó caer parte de su peso sobre nosotros para cobijarse de las inclemencias de las que había sido testigo en el exterior. Podría ser médico, pero nada de lo que hubiera visto en su consulta la había preparado para algo así.

—¿Estás bien? —preguntó Korine tras evaluar su estado.

—Sí —contestó la interpelada—. Me he llevado unos cuantos golpes, pero dudo que sean más que un par de moretones —hizo una mueca de dolor—. Aunque creo que me he clavado algo en el pie.

—¿Qué ha pasado ahí fuera? —quise saber—. ¿Dónde está la gente?

—Han vuelto a sus casas —informó la doctora—. No os hacéis la más remota idea de cómo está todo. La ciudad entera vive al margen de las normas —la voz le tembló en un quiebro, pero se forzó por recuperarse. Así era Eleanor, el vértice más fuerte de nuestro particular triángulo—. Hay sangre por todas partes; en las fachadas, entre las rocas...

No pudo continuar. Se obligó a guardar silencio para evitar que las lágrimas desbordaran sus ojos. Tomó aire en un incansable esfuerzo por reprimirse.

—Aún no puedo creer que hayan ejecutado al señor Cooper.

—Dejé descansar mi espalda sobre la pared lateral. Una punzada de culpabilidad me atenazó las entrañas.

—Es inconcebible —protestó Korine—. Nadie merece un castigo así por grave que sea su falta.

—Él no era el encapuchado.

La mirada de mis amigas se activó en mi dirección tras aquellas contundentes palabras.

—¿Cómo que no era él? —espetó Eleanor—. El Consejo encontró la capa en su casa.

—El mayor Thompson ha mentido —volví a interrumpir.

Se hizo un silencio incómodo.

—¿Qué quieres decir? —quiso saber Eleanor, temerosa de lo que pudiera decir.

—En el porche ha dicho que encontraron la túnica porque los perros rastrearon un jirón de la manga —ninguna osó interrumpirme; por el contrario, atendían a mi argumentación con los ojos desorbitados—. Según él, el trozo de tela apareció la primera noche que iniciaron la investigación.

—Claro, por eso solicitaron sabuesos al exterior.

—Y tendría sentido si no hubiera visto al encapuchado hace tres días.

—¿Qué? —exclamó Eleanor—. ¿Por qué no nos dijiste nada?

—En realidad yo sí lo sabía —confesó Korine, culpable por no haberlo compartido con ella.

Negué con la cabeza, en parte para contestar a sus preguntas y en parte para restarle importancia.

—Me lo encontré frente a mi casa aquella noche en la que dormí contigo —señalé a Korine con la cabeza—, pero las mangas estaban intactas. No había ni el más mínimo signo de desgarró.

—Entonces el señor Cooper era inocente... —terció Korine una vez llegó a la misma conclusión que yo.

—Eso solo puede significar que el verdadero encapuchado desvió la atención con una segunda capa —apostilló Eleanor—. Rasgaría la manga y dejaría la túnica en casa del mecánico.

—Sería una buena teoría, pero fue el Consejo quien lo hizo —inquirí.

—¿Cómo puedes estar seguro? —me rebatió la primera.

—Muy sencillo —terció—. Vosotras estuvisteis conmigo cuando le dije al Mayor lo del encapuchado. —Esperé a que asintieran para asegurarme de que hacían memoria—. El alcalde ha dicho que confesé haber visto a un hombre violar el toque de queda para salir de Clevence Town, pero yo jamás le dije en esa conversación que lo siguiera hasta descubrir que había abandonado la villa —el silencio se cernió sobre nosotros—. Los guardias jamás reconocerían que dejaron salir a un infectado del pueblo porque se enfrentarían a varios años de cárcel. Así que, si yo no se lo dije, ¿cómo sabe él que el encapuchado salió de la comarca?

De nuevo, nadie se atrevió a pronunciar palabra. Mis amigas parecían estar procesando las implicaciones de lo que acababa de revelarles.

—No lo comprendo —espetó finalmente Eleanor—. Está claro que si han utilizado al señor Cooper como chivo expiatorio es porque el Consejo o el mismo alcalde están implicados en la salida del encapuchado. Pero ¿por qué necesitarían salir de la villa aun a riesgo de que los descubran en el «Más Allá»?

—Podría investigarlo —ofreció Korine. Tanto la doctora como yo nos volvimos hacia ella—. Trabajo en el ayuntamiento; no creo que me resultara demasiado difícil buscar algo de información.

—¡De ninguna manera! —contravino Eleanor—. ¿Qué pasaría si te descubren? Podrías acabar como el señor Cooper.

—Cariño, llevo cubriendo mis huellas demasiado tiempo.

—Mira, ahora necesito un desinfectante para la herida del pie. Ya hablaremos de esto con más

calma, pero sigue sin gustarme la idea —insistió su interlocutora.

Korine asintió antes de avanzar hacia ella.

—Había gasas y yodo en el botiquín del baño, ¿verdad? —preguntó.

Sonreí para mis adentros. La conocía demasiado como para saber que aprovechaba el cambio de tema para desviar la atención de sí misma. No quería que Eleanor la convenciera para no investigar la implicación del Mayor en la fuga de Clevence Town. Estaba seguro de que comenzaría a buscar información a nuestras espaldas en cuanto empezara su jornada laboral.

—Sí, pero con el yodo será suficiente —indicó la doctora—. No me duele demasiado, así que dudo que sea muy profundo.

—Iré contigo —se ofreció, incapaz de disimular el deje ruso de su acento. Desvió la mirada hacia mí, tal vez con la intención de evaluar si debía dejarme solo o no—. ¿Estarás bien?

Asentí sin demasiada convicción, pero debí parecer más seguro de lo que en realidad me sentía porque ambas entraron en el cuarto de baño poco después. Permanecí con la mirada perdida en las baldosas de alabastro. La luz de las farolas iluminaba la habitación cuadrangular que conformaba el salón. Junto a mí se erguían los dos sillones en los que tantas veces nos habíamos sentado a charlar, aunque esos felices momentos se me antojaran repentinamente lejanos.

Por primera vez desde que la situación se calmara, me permití procesar todo cuanto había sucedido en las últimas horas. El mayor Thompson había mandado ejecutar al señor Cooper por abandonar la villa. Aquello había despertado el odio de una población encerrada durante demasiados años, que decidió emprenderla contra mí por haber delatado al mecánico. Y ahora estábamos encerrados en casa de Eleanor sin poder salir hasta Dios sabía cuándo. ¿Y si reanudaban el ataque? Desde luego, no podríamos salir del edificio hasta que la situación se hubiera calmado. ¿Cómo sobreviviríamos sin reservas de comida? ¿Qué les impedía entrar en la vivienda más adelante? ¿De verdad me matarían si acabaran por capturarme?

Por un instante, osé cerrar los ojos e inspirar una profunda bocanada de aire. Pronto, deseé no haberlo hecho.

El sonido de una carcajada atronó mi cabeza como un eco lejano. La reminiscencia de su canción asaltó mis pensamientos, de modo que abrí los párpados en la dirección de aquella inquietante risa.

«Luna, luna, oculta el sol; en mi cuna duermo yo...»

De nuevo aquella canción, un estremecedor lamento al que mis recuerdos no hacían justicia. La voz infantil entonaba las notas en un tono más grave, tal y como había sucedido mientras huíamos de la muchedumbre. Contuve la respiración cuando mis pupilas se detuvieron en la ventana. Desde allí, la niña de pelo rizado acariciaba el cristal con el cuchillo ensangrentado.

«Brilla, brilla, oscuridad...»

De pronto, desapareció ante mis ojos. La busqué, temeroso de lo que pudiera suceder; me aferré los tobillos con fuerza, sin importar si la presión resultaba dolorosa o no... y, solo entonces, su grácil voz de terciopelo resonó en un susurro junto a mi oído...

«... ya se acabó la piedad».

Me abalancé hacia delante con la esperanza de escapar del fantasma, pero el cristal de la ventana estalló en mil pedazos. Grité cuanto me permitieron los pulmones mientras me cubría la cabeza con las manos.

—¡Kyle! —me llamó Eleanor desde el baño.

Pude oír sus pasos sobre las baldosas antes de que la puerta del aseo se abriera. Encendieron la luz y observaron la escena que tenía lugar; yo continuaba hecho un ovillo, rodeado de los fragmentos de la ventana. La niña había desaparecido.

—¿Qué ha pasado?! —fue Korine quien se precipitó sobre mí para apartar los cristales rotos. Posó la mano bajo mi barbilla y me elevó el mentón para obligarme a mirarla a los ojos—. Kyle, ¿quién ha hecho esto?

Eleanor, por su parte, corrió a la ventana con la esperanza de atisbar al agresor. Qué ilusa...

—Los cristales... —mascullé, tembloroso—. Están rotos...

—Lo sé —la voz de Korine sonó casi maternal—. Escúchame, ¿has visto la cara de quien lo ha hecho? Puedo informar mañana al alcalde y tomará represalias contra...

—No lo he imaginado —sentí cómo mi mirada se desorbitaba mientras me ponía en pie—. ¡Sabía que no eran figuraciones mías!

—¿Qué estás diciendo? —Eleanor se alejó de la cortina y avanzó hacia mí.

—¡La niña del cuchillo! ¡Ella ha roto la ventana!

—¿Qué? —esta vez fue Korine quien retrocedió.

—Escuchadme, sé que parece una locura, pero hay cuatro niñas en Clevence Town que me están persiguiendo desde hace unos días —ahí estaba mi confesión... y su consecuente perplejidad. Sabía lo que pensaban; su silencio no trataba de comprender mis argumentos, sino evaluar mi estado mental—. Primero fue en mi cuarto de baño..., luego debajo de mi cama... —les supliqué con la mirada que confiaran en mí.

Eleanor dio otro paso al frente.

—Kyle, sabes que no hay...

—¡Claro que no hay niños en Clevence Town! —atajé—. Oye, sé lo que he visto. Llevo todo este tiempo pensando que me estaba volviendo loco, pero ¿cómo se ha roto la ventana si no lo ha hecho esa... cosa? —me acerqué a ellas, desesperado—. Por favor, necesito... Necesito que creáis en mí para poder hacerlo yo también.

—¿Cuatro niñas? —repetió Korine, como si pretendiera asegurarse de que había oído bien. Empecé a ser consciente entonces de lo mucho que la estaba asustando.

—Sí. Una lleva un cuchillo, otra escupe agua —hice una pausa para repasar mentalmente el aspecto que mostraba cada una de ellas—. La tercera tenía una marca en el cuello, como una especie de moretón, y el rostro y los brazos de la última estaban cubiertos de laceraciones; creo que podrían ser quemaduras de algún tipo.

Korine se llevó una mano a la boca y desvió la mirada hacia Eleanor. Un incómodo silencio cargó la atmósfera de una pesada sensación de incertidumbre. Casi podía oír las manecillas del reloj de pared recordándome cruelmente el tiempo que tardaban mis amigas en tomarme por loco.

Esperaba que dieran media vuelta y se marcharan, que me echaran de la casa por temor a lo que pudiera hacerles. Sin embargo, lejos de cumplir mis expectativas, Korine avanzó hacia mí y se fundió conmigo en un sentido abrazo. Eleanor dudó un instante, pero no tardó en acercarse y rodearnos a ambos con los brazos.

Desvié la mirada hacia el suelo hasta distinguir una gruesa roca junto a los cristales. No pude apartar la vista de aquel agrietado objeto, incapaz de comprender. ¿Qué hacía allí esa piedra?

¿Acaso había sido eso lo que rompió el cristal en vez de la niña? ¿De verdad me estaba volviendo loco?

Los ojos me escocían, enrojecidos.

—Pase lo que pase, estaremos a tu lado —susurró la doctora.

Aquello fue cuanto necesitaba oír. Sabía que no me creían, pero, al margen de lo que pudiera suceder, esa sencilla promesa alivió una pesada carga sobre mi corazón. Y, por primera vez en mucho tiempo, los tres nos permitimos dar rienda suelta a nuestras lágrimas de forma simultánea.



4

TRAS LA TEMPESTAD

Apenas pegué ojo en toda la noche. Decidimos dormir los tres juntos en una misma habitación por lo que pudiera pasar, pero mi mente se negaba a dejar de lado cuanto había acontecido durante el día. Supe por los incómodos movimientos de mis amigas que su situación era muy similar a la mía.

Al final, los primeros rayos de sol asomaron por la ventana. Me incorporé e, ignorando las inquisitivas miradas de Eleanor y Korine, comencé a caminar por la casa; necesitaba estirar las piernas.

Mi amiga vivía en un chalet de dos plantas que, si bien no era demasiado amplio, cumplía todas las funciones que debiera abastecer cualquier hogar: descanso, salud y confort. En el bajo había una amplia cocina que comunicaba con el aseo y la habitación de invitados a través del salón. Por su parte, en la planta superior se encontraba el dormitorio de Eleanor, unido a una biblioteca en la que guardaba todos sus libros de medicina. Ambos pisos estaban vinculados por una escalera de caracol que subía desde la esquina inferior del salón. No obstante, fue en la entrada donde me detuve, extrañado. En el suelo descansaban dos sobres amarillentos que alguien debía de haber colado por debajo de la puerta.

—Eleanor, Korine —las llamé—. Aquí hay algo.

Mientras mis amigas se apresuraban a alcanzarme, yo me agaché y recogí ambos envoltorios de papel satinado. La superficie era lisa al tacto, del mismo tipo de material que utilizaban en el ayuntamiento.

—¿Qué es? —Korine se cruzó de brazos, aún adormilada.

Di la vuelta a ambos sobres para buscar el remitente. Cuál no fue mi sorpresa al descubrir que en uno rezaba el nombre de Eleanor y en el otro el mío propio. Le tendí el suyo a mi amiga y nos sentamos en el sofá para leerlos en voz alta. Decidimos que ella sería la primera en empezar, de modo que desplegó la abertura y extrajo un apergaminado trozo de papel. Contuve el aliento conforme sus labios formaron las primeras sílabas. Por alguna razón me sentía terriblemente angustiado por el contenido de la misiva. La voz de la mujer fue enlazando las palabras y, con su perfecto acento americano, comenzó a leer:

«Estimados ciudadanos de Clevence Town:

Nos vemos obligados a enviar este mensaje a vuestros hogares como consecuencia de vuestro deplorable comportamiento durante la jornada de ayer. Según he sido informado, un amplio colectivo de la población emprendió una violenta marcha contra nuestro querido Kyle Dwayne únicamente por haber cumplido con su deber como ciudadano.

Espero que comprendáis la gravedad de esta acción y la inhumanidad de tan salvaje respuesta. Además, el estado en el que quedaron las calles de nuestro pueblo después del altercado fue, cuando menos, lamentable. Por ello, me veo en la obligación de tomar una serie de medidas que deberán acatarse sin posibilidad de apelación.

En primer lugar, quisiera mencionar que el honorable equipo de concejales del Ayuntamiento

se ha ocupado de limpiar los desperfectos durante la noche. Sin embargo, estaremos de acuerdo en que hay que pagar sus servicios, así como el coste de las múltiples reparaciones. Con este fin, se descontará el importe proporcional de vuestros salarios tanto tiempo como sea necesario hasta cubrir los gastos que han supuesto los arreglos.

Por otro lado, imaginaréis lo intranquilo que me deja vuestro comportamiento hacia el señor Dwayne. En un principio, había pensado obligaros a jurar que jamás se repetirá dicha acción, pero ha quedado claro que no se puede confiar en vuestro civismo. Tal es así que me veo en la obligación de castigar vuestra conducta con una sanción alícuota para aquellos que tomaron partido en la reyerta; os comunico, pues, que si alguien vuelve a poner un dedo encima al señor Dwayne, será juzgado por traición y correrá la misma suerte que el difunto señor Cooper.

Lamento verme obligado a tomar estas medidas, pero no me habéis dejado alternativa. Espero que, entre todos, seamos capaces de recuperar la serenidad que siempre había reinado en Clevece Town.

Con todo el dolor de su corazón, os envía sus mejores deseos,

Mayor H. Thompson».

No fui capaz de pronunciar palabra. Mi mandíbula se desencajó ante la amenaza implícita en aquellas cuidadas líneas. Si aún había alguien que no me odiara, sin duda lo haría después de leer esa carta.

—No puedo creerlo... —sollozó Korine—. A dónde vamos a ir a parar...

Eleanor fue la primera que se recompuso.

—Te toca —me dijo, tratando de aparentar una normalidad que ninguno de los tres sentía.

Tras controlar mi propia angustia, abrí el sobre que pendía en mis manos y desdoblé el papel que había en el interior. Era la misma caligrafía de la misiva que acababa de leer Eleanor.

«Estimado señor Dwayne:

Me pongo en contacto con usted con la esperanza de que los altercados acaecidos durante el día de ayer no le hayan ocasionado algún daño irreparable. Temo comunicarle que poco remedio tiene su casa tras el incendio de dos de las habitaciones, pero le prometo que me haré cargo de las reparaciones personalmente. Entre tanto, espero que no tenga inconveniente en instalarse durante una temporada en la vivienda de la doctora Gordon (le sugiero esta alternativa porque me consta que ha pasado allí la noche, pero si tuviera alguna otra preferencia sienta la libertad de hacérsela saber).

Por otro lado, me gustaría citarle para una reunión privada conmigo a las 12:00. Si tuviera la bondad de desplazarse hasta el Ayuntamiento a la hora indicada mi secretaria le conducirá a mi despacho.

Una vez más, lamento los sucesos de la pasada jornada. No dude en ponerse en contacto con alguno de mis concejales si necesitase cualquier ayuda.

Atentamente,

Mayor H. Thompson».

Dejé caer el papel para cruzar una impertérrita mirada con mis amigas. Podría haber llorado

de emoción ante las atentas palabras del alcalde, pero mi fuero interno protestaba resentido. ¿Cómo podía el hombre que me prestaba su más desinteresado auxilio ser capaz de atrocidades como la del día anterior? Sus palabras eran tiernas y cercanas, pero su mirada era fría y calculadora.

Sin embargo, lo que me hizo tragar saliva no fueron los buenos propósitos del Mayor. No..., lo que realmente provocó que me ardiera el estómago fue asimilar su mensaje; tenía que reunirme con él a solas en su despacho. ¿Qué podía querer ese hombre de mí? ¿Por qué deseaba verme? ¿Acaso había hecho algo que le incitara a pensar que sospechaba de él? El corazón me dio un vuelco al imaginar qué haría conmigo si ese fuera el motivo.

—Hasta donde yo sé, no tenía programada ninguna reunión contigo en su agenda —indicó Korine—, así que debe de tratarse de algo relacionado con la tarde de ayer.

Aquel comentario no me tranquilizó en absoluto.

Un sonoro golpeteo nos sacó de nuestros pensamientos. Nos miramos los unos a los otros con indecisión, pero dos nuevos golpes nos hicieron desviar la mirada hacia la puerta.

—¿Quién podrá ser? —quiso saber Korine.

—No me preocupa tanto quién sea sino lo que quiera de nosotros —terció Eleanor.

—Abridme la puerta, jóvenes —la desgastada voz de lady Ambers sonó amortiguada por la madera—. No tengo intención de haceros daño.

Eleanor, aún dubitativa, caminó hacia la puerta y entreabrió tímidamente. Korine y yo nos acercamos para enfrentar el marchito rostro de la anciana en el exterior. Esta, al descubrirnos, esbozó una cálida sonrisa que acentuó las arrugas de su rostro. Llevaba un florido vestido largo y su habitual recogido en un moño.

—Hoy era el día de los suministros —añadió mientras elevaba una bolsa de papel—. La señorita James se ha tomado la molestia de separar las provisiones de nuestro Kylie. Con muy buen criterio, adivinó que no sería el mejor día para que él se pasase por el mercado.

Bendita fuera Hily.

Eleanor terminó de abrir la puerta y se hizo a un lado para que la mujer pudiera entrar. Esta, después de saludar, me tendió las provisiones y aguardó inmóvil hasta que yo las cogiera.

—Gracias, lady Ambers —añadí tras asir la bolsa—. Es usted muy amable por haberlas traído.

—Tonterías, joven —espetó la aludida—. Es lo mínimo que podía hacer después de cómo te trataron esos vándalos.

Agaché la mirada sin saber muy bien qué decir.

—¿Desea tomar una taza de café? —invitó Eleanor, educada—. O tal vez prefiera un poco de té.

—Eres muy amable, hija. El té estaría bien —soltó una sonora carcajada—. No creo que queráis ver a esta vieja después de tomar café.

Todos reímos de buen grado.

—Tome asiento, por favor.

Ella, tras agradecerse con un breve asentimiento, dejó a un lado el bastón de madera y se sentó con cierta dificultad sobre uno de los sillones. Eleanor, por su parte, se dirigió a la cocina y empezó a preparar el té. Le tendí las provisiones para que las guardara en la nevera aprovechando que iba hacia allí.

—Lamento tener que marcharme —intervino Korine, condescendiente—, pero mi turno de trabajo empieza en diez minutos y convendría que no tardara en salir.

—Oh, qué lástima —la anciana torció el labio en un gesto artificial—. Espero que no se haga

muy duro.

—Gracias, lady Ambers —volvió la mirada hacia mí—. Nos vemos luego.

Tras despedirse de Eleanor, abandonó la casa y caminó directa al ayuntamiento. La anciana comenzó a hablar de lo vacías que parecían las calles esa mañana hasta que la doctora llegó con una bandeja en la que reposaban tres humeantes tacitas de té.

—Esta es la suya —sonrió Eleanor con una taza de porcelana en las manos.

—Gracias, joven —correspondió lady Ambers.

—¿Y dice entonces que las calles parecen desiertas? —quise saber.

—En efecto —reiteró la mujer—. No sé bien si es por miedo o por culpabilidad, pero la villa hoy no parece la misma de siempre.

Bajé la mirada, gesto que no pasó inadvertido para la anciana.

—Escucha, chico —comenzó a decir—, no tiene sentido que te reproches nada de lo que ha pasado. No eres tú el causante de que la realidad del pueblo se haya truncado de esta forma, sino el mayor Thompson —la miré sorprendido ante la aplastante sinceridad de su acusación; no parecía preocupada por lo que pudiéramos opinar, ni tan siquiera por si le contábamos al alcalde que lo había criticado tan duramente—. Clevence Town fue creada con buenas intenciones, pero él se ha encargado de convertirla en una prisión. Nuestros vecinos te han utilizado como chivo expiatorio porque temen las represalias de enfrentarse al verdadero enemigo. El encierro ha hecho que la gente empiece a perder el norte; casi podría jurar que han olvidado por qué están aquí —con una sonrisa, me tomó la mano—. Espero que todo haya terminado con la comunicación postal del alcalde, pero si alguien volviera a amenazarte recuerda que no estás solo; hubo gente que no fuimos a apalearte ni prendimos fuego a tu casa —hizo una pausa para asegurarse de que comprendía su mensaje—. Aún te quedan aliados en Clevence Town.

—Le agradezco su apoyo —tercié, emocionado.

—Es un alivio saber que esto no durará eternamente —suspiró Eleanor, también más animada.

Lady Ambers asió de nuevo la tacita y apuró el contenido.

—En fin, ha sido un placer compartir con vosotros esta breve visita —dijo mientras se incorporaba—, pero una servidora debería adecentar su casa. Me temo que a mis años se tarda en limpiar el polvo más de lo que cabría esperar.

—La acompañaremos hasta la puerta —ofreció Eleanor apartando un par de sillas del comedor para ceder el paso a la anciana.

Caminamos a su ritmo hasta que llegamos al recibidor.

—Gracias por su compañía, lady Ambers —agradecí. Por primera vez, parecía vislumbrar algo de luz al final del túnel.

Sin embargo, mi felicidad duraría poco. Al abrir la puerta, nos encontramos ante el desenchajado rostro de Clive Maison, el panadero. Aún no había subido los últimos peldaños antes de llegar a la entrada, pero, al ver que abríamos, se detuvo con gesto amenazador.

—¡Cómo se atreve a traer comida a ese desgraciado, vieja bruja! —escupió el hombre. Al trabajar en el mercado resultó difícil que no terminara enterándose—. Debería darle vergüenza conciliar con un traidor.

—Clive L. Maison —exclamó la anciana, indignada—, en setenta y seis años no le he consentido a nadie que me falte al respeto de esa forma, así que no cometas el error de pensar que serás el primero.

—Volvamos dentro, Kyle —me indicó Eleanor en un ademán.

—¡¿Habéis perdido el juicio?! ¡No merece vuestra clemencia! —espetó el recién llegado—. ¡Deberíais sentir repugnancia por él y no lástima!

—Cuidado, panadero —le advirtió la anciana alzando el garrote—. Ahora mismo el único que inspira ambas cosas eres tú —caminó hacia él con petulancia—. Mira en lo que te has convertido y empieza a compadecerte de ti mismo en lugar de reprochar nada a los demás. Tu mujer y tus hijas se avergonzarían si vieran lo que estás haciendo desde el «Más Allá».

—A mi familia ni la mientes —se acercó a ella con los puños cerrados, pero el temblor de su voz lo delató; el mero recuerdo de sus seres queridos lo había herido tanto que no sería capaz de atacar a la anciana.

—¿No? Pues hazte un favor y mírate al espejo cuando llegues a casa. Si reconoces en algo al hombre que entró en este pueblo, me tragaré mis palabras e iré en persona a disculparme —dio un último paso hacia él. Sus rostros casi podían tocarse—. Hasta entonces, no dejes que este lugar te convierta en el monstruo que ahora veo ante mí.

Con una gracilidad inherente en ella, se giró hacia nosotros.

—Buenos días —se despidió.

Ayudada por su garrota, comenzó a alejarse por la avenida de la Salud.

El panadero permaneció allí durante unos instantes. Clavó en nosotros una embravecida mirada, aunque ni Eleanor ni yo supimos a ciencia cierta si nos la dedicaba a nosotros o a sí mismo. Antes de dejarnos vislumbrar que tenía los ojos anegados en lágrimas, se volvió en dirección contraria y se alejó sin mediar palabra.

—Creo que nunca he adorado a lady Arrugas como lo voy a empezar a hacer a partir de ahora —bromeó Eleanor.

Sonreí, divertido por aquel comentario. Pese al tono jocoso de su voz, supe que sus palabras no podían ser más ciertas. Una vez más, me congratulé por tener a Korine y a Eleanor a mi lado; no solo no me juzgaban por haberles confesado lo de las niñas, sino que se permitían actuar con normalidad mientras trataban de decidir si creerme o no.

—¿Me acompaña la anfitriona al interior de su morada? —la invité en mi afán por continuar con una nota de buen humor.

—¿Sabes? Nunca antes me habían ofrecido entrar a mi propia casa —terció.

En esa ocasión fui yo quien la tomó del brazo y la acompañó al interior.



Crucé el umbral de la puerta y observé la habitación. Se trataba de un despacho sencillo de paredes metálicas. Sobre la superficie se alzaban cuatro pequeñas estanterías repletas de archivadores oscurecidos por el polvo. En el centro se erguía un escritorio de madera de caoba meticulosamente ordenado.

El mayor Thompson escribía un documento cuando llegué, pero el sonido de mis pasos delató mi presencia. El alcalde alzó la mirada y me estudió con cautela. Rápidamente, acercó la mano a una radio que descansaba en el interior de un cajón convenientemente colocado en el suelo. Presionó el botón de reproducción y aguardamos a que el himno de Clevece Town sonara por los altavoces.

Ambos escuchamos la melodía en silencio. Ni siquiera me atreví a moverme del vano, como si mi cuerpo hubiera quedado enmarcado entre las jambas. Al concluir, aguardé hasta que un sonoro clic me indicó que la canción había concluido.

—Buenos días, señor Dwayne —me saludó el alcalde, aún sentado sobre la silla de terciopelo—. Tome asiento, por favor.

Obedecí con sumisión sin el valor suficiente para intervenir.

—Confío en que habrá leído la carta que he enviado a todas las casas de Clevence Town esta mañana.

Asentí con educación.

—No tengo palabras para agradecerle que se haya tomado la molestia.

—No se merece —condescendió—. Al fin y al cabo, es mi deber como alcalde de la villa —tomó aire para llenar de nuevo sus pulmones con el aire viciado de la estancia—. No obstante, seguramente se pregunte por qué le he hecho llamar.

Asentí nuevamente.

—Bien —comenzó mientras sacaba la túnica del señor Cooper de uno de los cajones del escritorio—. En primer lugar, quería que fuera el primero en saber que pensaba colgar esto bajo el palo de las banderas del Ayuntamiento.

Depositó la túnica sobre la mesa como si se tratara de una barrera insondable.

—Con el debido respeto, señor, por más que trato de imaginar su intención no logro dar con una respuesta que pueda encajar con sus expectativas —añadí. Aún hoy no sé si lo conseguí, pero puse especial empeño en que mi sorpresa no contagiara mis palabras—. Además, tampoco termino de comprender por qué debo ser yo el primero en conocer la noticia.

—No se preocupe, satisfaré su curiosidad con gusto. Como seguramente entenderá, en lo sucedido con el difunto señor Cooper radica un trasfondo de máxima gravedad, por lo que el Consejo estima oportuno que toda la villa recuerde qué le sucede a la gente que intenta salir del perímetro de seguridad —algo regurgitó en mis entrañas al escuchar la palabra «difunto»—. Por otro lado, el Gobierno de los Estados Unidos desea que se le condecere debidamente por colaborar con la salud mundial; solo Dios sabe qué habría sucedido si Cooper hubiera propagado el foco de infección en el «Más Allá» —se inclinó hacia delante, no sin antes entrelazar ambas manos sobre el escritorio—. Sin embargo, comprenderá mi reticencia a destinar los fondos de la investigación de la cura a la fabricación de una medalla, por lo que le pido disculpas si le ofende que únicamente reciba un trato preferencial. Me permití tocar la prenda que descansaba sobre la mesa. Acaricié la superficie de satén y deslicé los dedos sobre el jirón de la manga.

—¡Alto! —gritó una voz conocida al otro lado de la puerta—. ¡Para de una vez, bicho del demonio!

Retiré la mano como un resorte, pero la impresión me impidió soltar la túnica; por un instante creí que el corazón me daría un vuelco. Me volví a tiempo de ver una enorme mole marrón y negra embistiendo la puerta entornada. La silueta del pastor alemán tomó forma en mi cabeza cuando este ya se había abalanzado sobre mí. Caí de la silla entre sobresaltado y asustado mientras el animal pisoteaba la capa y se deshacía en húmedos lengüetazos sobre mi cara.

—¿Qué es todo esto? —exigió saber el alcalde, probablemente tan sorprendido como yo.

Por toda respuesta, Korine se abrió paso desde el pasillo y se precipitó sobre nosotros.

—¡Basta, Thor! —ordenó mi amiga en su afán por hacerse con la correa del perro. Este, jugueteón, logró zafarse de nuevo y emprenderla a besos contra mí.

Pero esta vez sucedió algo diferente; el animal fue descendiendo hasta la túnica y comenzó a olfatear la tela.

—¡He dicho basta! —repitió Korine mientras tiraba del perro hacia atrás.

Antes de que mi amiga lograra su propósito, tuve tiempo de distinguir el lugar en el que el perro había metido el hocico; una delgada línea formaba un bolsillo en el lateral de la túnica.

—Lo siento muchísimo, señor —se disculpó mi amiga, compungida—. Se le escapó a uno de los agentes y nos ha tenido persiguiéndolo por todo el ayuntamiento.

El Mayor la hizo callar con un gesto de la mano. Se incorporó y caminó con lentitud hacia

nosotros. El perro sacudió alegremente la cola conforme el alcalde se acercaba. Debo reconocer que era la primera vez que le veía sonreír desde que lo conocía.

—No se preocupe, señorita Nóvikov —se arrodilló frente a Thor y lo acarició detrás de las orejas; el can se sentó e inclinó la cabeza hacia un lado, dispuesto a disfrutar de la fricción—. Es un perro muy bueno, ¿verdad?

Por toda respuesta, el animal dejó caer la lengua hacia un lado.

Aprovechando la distracción, me apresuré a introducir disimuladamente la mano en el bolsillo. Para mi sorpresa, las yemas de mis dedos toparon con un sinfín de redondeados objetos. Cogí algunos y los extraje para averiguar de qué se trataba. Sentí que me ahogaba cuando comprobé que eran migas de pan o de algún derivado de la harina.

—¿Ve esto, señor Dwayne? —la alusión del alcalde me hizo temblar, pero suspiré tranquilo al comprobar que no me miraba; no me había descubierto—. El perro es posiblemente el animal más fiel de este planeta; juega con los hombres, vive con los hombres y algunos incluso trabajan para los hombres. Son criaturas nobles que se desviven por un poco de cariño. Nosotros los criamos, les damos cobijo y los educamos para que hagan lo que queramos —el pastor alemán lamió la mano del Mayor con ternura—. Estoy seguro de que jamás nos fallarán; lástima que los humanos no aprendamos más de estos hermosos animales. Tal vez deberían ser ellos los que nos eduquen a nosotros y no al revés, ¿no cree?

—Desde luego, ahora que he tenido ocasión de ver uno de cerca, parecen criaturas muy afables.

El alcalde se incorporó y caminó decidido hacia el cajón. El perro, conocedor de lo que se disponía a hacer nuestro líder, empezó a batir la cola con más fuerza conforme el gobernador introducía la mano en el angosto habitáculo de madera. Para mi sorpresa, extrajo una galleta y se la lanzó al can, que no tuvo demasiada dificultad para cazarla al vuelo.

¿Cómo era posible?... Los únicos derivados de la harina que había en Clevence Town eran el pan y la pasta...

Sin embargo, mi estupefacción al vislumbrar la forma de mi primera galleta dio paso a una punzante revelación; no eran migas de pan lo que había en el interior del bolsillo, sino de galleta. Por un momento, quise creer que tanto la túnica como las obleas habían estado en el mismo cajón, pero no tardé en comprender que, en tal caso, las migajas jamás habrían logrado introducirse en el interior de la prenda.

Aquello solo podía significar una cosa. Alguien había introducido comida en el bolsillo de la túnica para conducir a los perros hasta ella. Y si además no se trataba de la capa que llevaba el verdadero encapuchado, la persona que había amañado la búsqueda tuvo la suficiente agudeza para llevar la prenda a casa del señor Cooper.

Todo había sido una trampa. Recordé que estaba dispuesto a satisfacer mi curiosidad y no pude sino preguntarme si aquella iniciativa le habría llevado a tan lamentable situación.

Las aletas de mi nariz se inflaron al clavar la mirada en el mayor Thompson. Solo una persona podría haber introducido restos de galleta en la túnica del mecánico; la única que en todo Clevence Town tenía acceso a aquel derivado de la harina.

Él.

Por suerte, nadie reparó en la iracunda expresión de mi rostro mientras observaba las inescrutables facciones del gobernador. Tras aquella máscara de rectitud se escondía la personalidad de un maniaco.

Mientras el perro devoraba el manjar, la mirada del alcalde se posó sobre Korine.

—Lléveselo, por favor —ordenó, recuperando su habitual máscara de inexpressión—. Y procure que no vuelva a escaparse.

—Téngalo por seguro, Mayor —prometió mi amiga—. Me ocuparé personalmente de que el agente que lo soltó sepa de su disgusto.

El gobernador asintió, satisfecho con la respuesta. Tras asir la correa del pastor alemán, Korine dio media vuelta y abandonó el despacho.

—Por favor, tenga la amabilidad de tomar asiento de nuevo —me invitó el alcalde—. Como le decía, no podemos acceder al presupuesto de la salud pública para condecorarle, señor Dwayne, pero he pensado que quizá pueda ofrecerle algo que le suponga una gratificación personal.

No dije nada, simplemente me limité a escuchar.

—Por ello —continuó—, conecedor de que su actual situación laboral no es muy halagüeña, me gustaría que ocupara el puesto de archivador del Ayuntamiento.

Mis ojos se abrieron de par en par. ¿Acaso mis oídos me estaban traicionando? ¿De verdad el alcalde de Clevence Town me

estaba ofreciendo un puesto de trabajo a su lado... a mí? Mejor dicho, ¿realmente había creado un puesto de trabajo que no existía para que yo lo ocupara? Sentí un hormigueo de alarma en el puente de la nariz; aquello no me gustaba. Si se había tomado tantas molestias era porque quería tenerme controlado, y solo se me ocurría un motivo para querer vigilar mis movimientos.

—No sé qué decir... Me halaga que haya pensado en mí... —titubeé.

—Es lo mínimo que puedo hacer para agradecer su arrojjo para con la villa.

La sangre me hirvió en las entrañas. Le estaba dejando ganar la partida y, dadas las circunstancias, parecía no tener sentido mantener mi máscara de ciudadano perfecto.

—¿Le importa si le hago una pregunta indiscreta, señor? —dije.

—Por favor, estaré encantado de contestar cualquier duda que necesite que le aclare.

—Aquello que le lanzó al perro era una galleta, ¿verdad? Un brillo casi imperceptible cruzó la mirada del alcalde.

—En efecto —terció—. ¿Puedo ser yo quien le haga ahora una pregunta indiscreta, señor Dwayne?

Sonreí condescendiente.

—Por favor, estaré encantado de contestar cualquier duda que necesite que le aclare.

Hizo una pausa; definitivamente, había comprendido que lo estaba atacando de forma deliberada.

—¿Por qué tiene tanto interés en saber lo que le he dado al perro?

—Comprenda mi curiosidad, Mayor; es la primera vez que veo una galleta. De hecho, creía que nadie en la villa tenía acceso a ellas.

El gobernador sonrió con fingida amabilidad.

—Disculpe si le parezco pretencioso por la confesión que voy a compartirle... Reconozco haberme permitido algún privilegio dada mi posición al frente de la villa —seguramente no habría reparado en su error; aquella declaración acababa de confirmar mi presentimiento; él era el único que podía haber introducido las galletas en el bolsillo del señor Cooper—. Por supuesto, simplemente ha sido algún capricho como la importación de galletas. Nada importante que merezca ser mencionado más allá de estas cuatro paredes. Obviamente, tanto el Consejo como mis empleados de mayor confianza están al tanto —extrajo una galleta del cajón—. ¿Le apetece probar una?

—Es muy amable, pero no creo que deba —decliné—. Seguramente prefiera guardarla para los perros —el rostro del alcalde se ensombreció. Sonreí para mis adentros, triunfante—. Parecen

gustarles y, como bien ha apuntado usted antes, necesitan que los humanos satisfagan sus necesidades.

—Vaya, señor Dwayne, cualquiera diría que tiene celos de mis mascotas —se burló el gobernador en fingida chanza.

—Quédese tranquilo, Mayor —añadí, imitando su falsa sonrisa—. No siento ninguna envidia. Por cierto, si me concede la osadía de cambiar radicalmente de tema... Me preguntaba si usted supervisó la investigación contra el señor Cooper.

—¿Disculpe? —masculló cada sílaba como si masticara las letras.

—Quería saber, si me permite el atrevimiento, si está al tanto de las averiguaciones que hicieron los concejales del rastreo de los perros. Imagino que, además, fueron los mismos que hallaron el jirón de la túnica.

—¿Y puede explicarme en qué le concierne eso a usted? —atajó el Mayor, cada vez más sombrío.

—Vaya, lo siento —me disculpé, cortés—. Le he ofendido.

—Me incorporé y le tendí la túnica por encima del escritorio—. Creo que es hora de que me vaya. Estoy ansioso por comunicar la noticia de mi nuevo empleo a mis amigos —el alcalde hizo el amago de aferrar la capa por la parte inferior, pero la aparté antes de que sus dedos entraran en contacto con el satén—. Cuidado, creo que debería cogerla por arriba.

—¿Por qué motivo, si puede saberse?

—No querrá que las migas que hay en el bolsillo caigan sobre la mesa de caoba, ¿verdad? Parece cara.

Su intensa mirada pareció taladrar la mía, dispuesta a retorcer mis más oscuros pensamientos y volverlos en mi contra. En su lugar, sostuvo la túnica tal y como le indicaba.

—Señor Dwayne —su voz me llamó desde el otro lado del escritorio—. La valentía es una virtud encomiable de la que pocas personas disponen. Sin embargo, uno debe aprender dónde, cómo y contra quién aplicarla —por un instante su rostro se apaciguó, pero su mirada seguía siendo gélida como el hielo—. Puede que ahora yo sea el único aliado que le quede. Recuerde que, de no ser por el escrito que redacté esta mañana, usted aún estaría confinado en una casucha de la avenida de la Salud. Con un simple giro de pluma podría abolir dicha orden y permitir que una horda de maníacos se abalance sobre usted al salir de este despacho —entrelazó las manos sobre su escritorio y se inclinó hacia delante con gesto amenazador. Al fin, su verdadera personalidad salía a relucir—. No creo que le convenga convertirme en su enemigo —me obligué a guardar las apariencias, a mostrarme tan inexpresivo como él a pesar de que su advertencia me hubiera revuelto el estómago—. No obstante, responderé a su anterior osadía con gusto. En efecto, sí; yo controlaba y aún controlo a los consejeros que hallaron el jirón de la túnica de James Cooper —tuve que esforzarme por no dar un paso atrás ante la desconcertante sinceridad del Mayor; aquello no lo había esperado. No solo no trataba de ocultarme que se encontraba detrás de una investigación falsa, sino que lo reconocía sin tapujos—. Bien, ¿qué hará ahora que he satisfecho su curiosidad?

Tragué saliva, midiendo cada movimiento, cada respiración. Yo me había metido en aquella situación y solo yo podía salir de ella. Esboqué una idea aproximada de la respuesta que debía reportarle. Él había movido su ficha sobre nuestro particular tablero de ajedrez con maestría; ahora el cronómetro marcaba mi turno.

—Supongo que debería hacer cuanto esté en mi mano para agradecerle su sinceridad, señor —argumenté—. Y no encuentro mejor manera de hacerlo que respondiéndole con la misma moneda —no solo le sostuve la mirada, sino que me permití la licencia de retarle con la mía. Alcé la

prenda negra que acababa de devolverle y le mostré la zona rasgada—. Dispongo de motivos de peso para pensar que la túnica del encapuchado no tenía ningún jirón en la manga, lo que me sugiere que uno de sus subordinados le tendió una trampa al difunto mecánico de Clevence Town.

El alcalde retrocedió, dejándose caer lentamente sobre el respaldo de la silla.

—¿Pretende decirme que uno de mis consejeros ha urdido un complot a mis espaldas?

Entorné discretamente los ojos y permití que mis labios se unieran en una delgada línea.

—¿Qué otra cosa podría ser? Jaque.

Un tenso silencio se cernió sobre nosotros. Supe sin necesidad de palabras que su mente trabajaba a la misma velocidad que la mía. Ambos elaborábamos posibles respuestas antes de que las preguntas abandonaran nuestros labios.

Él se permitió una fría sonrisa.

—En tal caso, me encargaré personalmente de ahondar en su sospecha —dispuso unos papeles en la esquina superior de su escritorio—. Le entregaré su contrato de trabajo mañana cuando empiece su jornada. Será una suerte que trabaje en mi despacho para poder comunicarle mis avances en la investigación.

—Sin duda, no dispondré de mejor información que la que pueda obtener en esta oficina —me incliné con fingido respeto—. Ahora, si me disculpa, comenzaré a preparar todo lo necesario para mi primer día de trabajo.

Di media vuelta para enfilar el pasillo; sin embargo, su voz me detuvo de nuevo antes de abandonar la habitación para hacerme caer en el error que acababa de cometer.

—¿No espera a que suene el himno, señor Dwayne?

Tardé apenas un segundo en volverme, pero aquella corta espera fue suficiente para demostrar que no había reparado en ello. Maldije para mis adentros por tamaño descuido.

—Le pido disculpas, señor —apostillé—. Los acontecimientos de estos últimos días deben de haberme trastornado. Le aseguro que no volverá a repetirse.

—Señor Dwayne... —casi pareció tararear mi nombre. Se puso en pie y caminó hacia mí con parsimonia hasta colocar la mano sobre mi hombro—. No se preocupe, hombre. Comprendo perfectamente su error; de hecho, creo que hoy le perdonaré el himno. No me creará capaz de pensar que es un rebelde, ¿verdad? Imagino que debe de estar nervioso ahora que sabe que pasará la mayor parte del día bajo los ojos del Ayuntamiento.

Jaque de nuevo, aunque esta vez en mi contra.

—En realidad me halaga, señor. Es un orgullo que la máxima autoridad de Clevence Town me elija para organizar sus archivos.

—Me alegra oírlo —terció, separándose de mí—. Buenos días, señor Dwayne. Le recomiendo que hable con la señorita Nóvikov para que le ponga al día de las normas del Ayuntamiento. Por lo demás, espero que pase una agradable jornada.

—Lo mismo digo, Mayor.

No quise alargar más el momento. Sin cerciorarme de si aquel par de ojos me seguían o no, abandoné el despacho y me dirigí a la salida.



Caminé cuan larga es la avenida de la Salud bajo la atenta mirada de los ciudadanos de Clevence Town. Todos me observaban, algunos incluso se detenían al pasar. La ira refulgía tras aquellas pupilas que contenían sus instintos más primarios para no faltar al mandato del alcalde.

El odio reinaba en una atmósfera cada vez más cargada. Una inquina que pendía de mis pies

como una losa que me impidiera avanzar más rápido, aunque mi único deseo en aquel momento fuera refugiarme entre las paredes de la casa de Eleanor.

En mi vorágine de tristeza, recordé el carácter afable del pastor alemán y envidié su felicidad. ¿Cómo habíamos llegado a ese punto? ¿En qué momento los animales habían empezado a comportarse como personas y las personas como animales?

Fue entonces cuando volví a escuchar aquella voz en el interior de mi cabeza. Un lejano murmullo que distorsionaba el himno de Clevence Town con unos diabólicos matices musicales.

*With my hand on my heart,
I will walk on the sand;
no regrets, no remorse,
no more pain to report.*

Cerré los ojos mientras avanzaba los pocos metros que me separaban del portal de mi amiga. Intenté sacar las llaves del bolsillo, pero el temblor de mis manos entumecía mis movimientos. Era como si el mismísimo diablo cantara a través de aquella voz infantil.

*In the land of the blood
you will be in my arms,
I will kindle your dreams...*

Sin embargo, la niña de mi cabeza se detuvo antes de continuar con el último verso de la segunda estrofa. En su lugar, hizo una pausa antes de saltarse tanto esa frase como el siguiente párrafo.

*We are life among death,
We can fight even Hell.
With the power of this song
salvation will govern our souls.*

*We are life among death... We are life among death...
WE ARE LIFE AMONG DEATH!*

La última repetición atronó mis pensamientos como un huracán que me obligó a doblegarme. El instinto me llevó a taparme los oídos, sin importar siquiera que aquella voz del inframundo procediera de mi mente. Me retorcí de dolor, fruto de una fuerte migraña que me punzaba el cerebro como agujas clavadas en mi córtex.

Conseguí hacerme con las llaves y las introduje en la cerradura. Tras asegurarme de haber cerrado todo correctamente, apoyé la espalda sobre la superficie y me dejé caer en el suelo. Sus rostros aparecían y desaparecían sobre mis párpados cada vez que los cerraba, como si mi memoria quisiera hacerme saber que jamás podría olvidar aquellos apagados rostros infernales. Cuatro niñas..., cuatro demonios...

...Cuatro figuras que empezaron a salir, una tras otra, de la cocina. En primer lugar, apareció la muchacha del cuchillo, seguida muy de cerca por la niña empaçada. Tras ellas, sonreía con malicia el espíritu que lucía aquel sombrío moretón en el cuello, amparada por un último espectro; el del cuerpo cubierto de quemaduras. Sus voces atronaron al unísono una agónica oración

empañada por el dolor de sus voces.

«Phurya... phurya... phurya...».

Sus labios, amoratados por la muerte, apenas se separaron al entonar aquel canon derrotado. Sentí una dolorosa opresión en el pecho, como si el corazón me apretara las costillas con la intención de abandonar mi cuerpo. Mis pulmones suplicaban una bocanada de aire, pero era incapaz de inhalar una sola brizna de oxígeno. En mi cuerpo solo había cabida para el dolor.

«Phurya... phurya... phurya...».

Mis ojos se cerraban, incapaces de mantenerse abiertos. La presión de mi pecho se hizo más aguda, extendiéndose a brazos y espalda. Por un instante me creí morir.

«Phurya... phurya... phurya...».

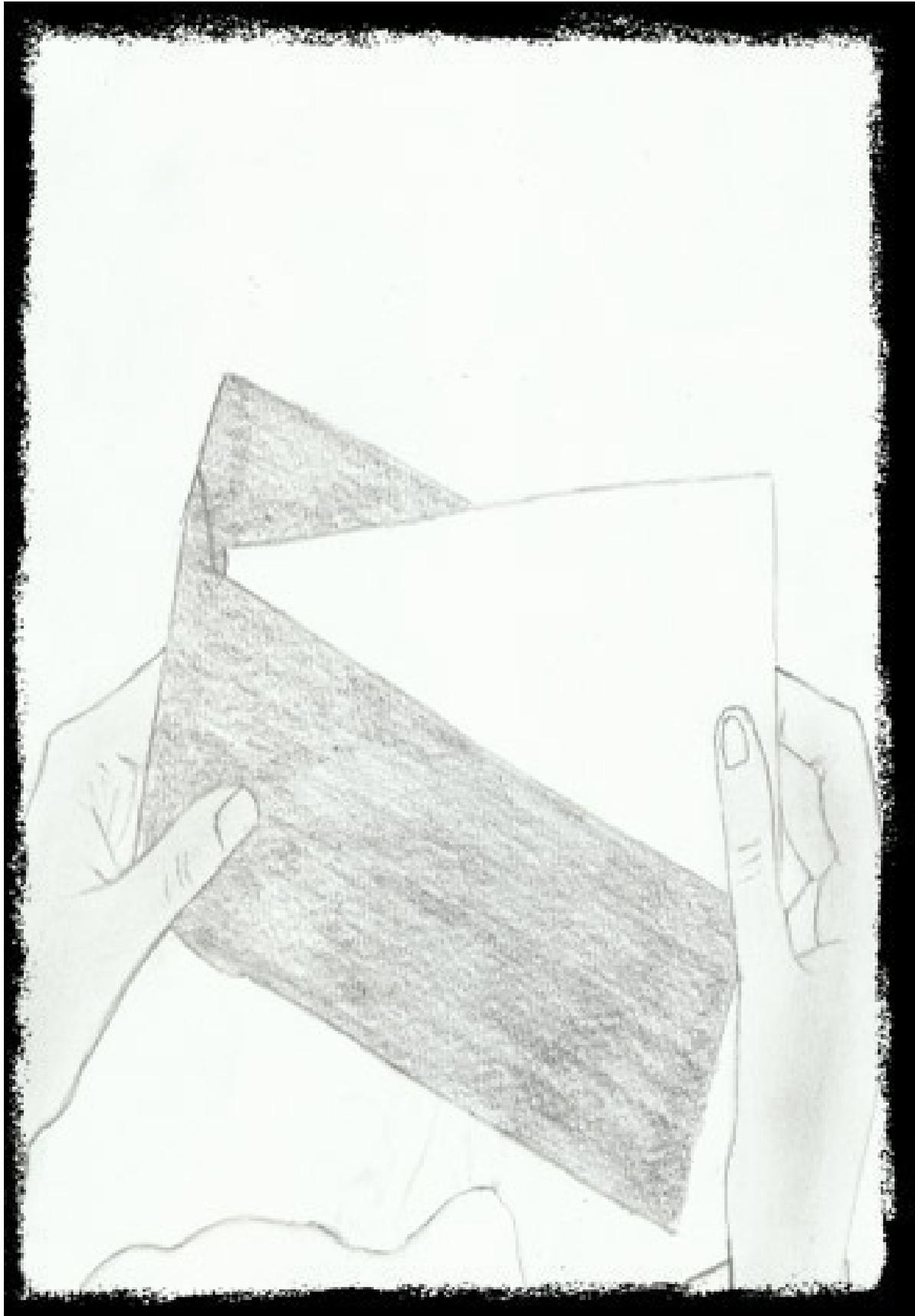
Pude ver las siluetas de las niñas una última vez antes de que mis párpados sepultaran mis pupilas bajo la oscuridad de mi aflicción. Sus rostros me miraban desde su quietud más sepulcral; el infierno observaba mi declive con la dicha más escabrosa.

«Phurya... phurya... phurya...».

Phurya. Una palabra que repetían sin descanso con la voz rasgada por la ira. Un tormentoso clamor cuyo significado no alcanzaba a comprender. Un coro de voces cada vez más lejanas que pronto pasaría a formar una constante en mi tortuosa existencia.

«Phurya... phurya... phurya...».

Y, solo entonces, sobrevino el negro. Aquellas últimas sílabas tiñeron todo a mi alrededor del más puro y oscuro carbón.



VOLUMEN II

Vindicta

5

OSCURO AMANECER

La trémula luz de una lámpara acarició con timidez mis mejillas. Arrugué el ceño con extrañeza, tratando de identificar la habitación en la que me encontraba. Miré en derredor, hacia las blancas paredes sobre las que descansaban aquellos cuadros de estética barroca. Sus lúgubres colores combinaban a la perfección con los tonos grises y malvas de la alfombra de lana que se extendía en el centro del dormitorio. Seguí su recorrido con la mirada hasta detenerme en una pequeña cama de matrimonio deshecha.

Como si el destino quisiera sacarme de una compleja ensoñación, escuché el sonido de una cisterna al desbordarse en un cuarto de baño a mi espalda. Me volví a tiempo de ver cómo Emma Strike, mi vecina y antigua compañera del club de lectura, salía de una habitación al fondo de un pasillo y caminaba por el oscuro corredor. No parecía reparar en mi presencia.

Descubrí, entonces, que me encontraba bajo el marco de una puerta que comunicaba el hall con su dormitorio. La vi acercarse en su anhelo por regresar a su alcoba para continuar con aquel placentero sueño que sus necesidades habían interrumpido. Para mi sorpresa, no se detuvo ante mi presencia, sino que me traspasó como si fuera un espectro. Reprimí una exhalación, aturdido, mientras mis manos palpaban cada centímetro de mi cuerpo. Yo no estaba allí, al menos no de forma corpórea.

Estaba soñando. Todo era un mero producto de mi imaginación, por real que pudiera parecer.

Emma se sentó sobre el colchón y se dispuso a tumbarse de nuevo. Sin embargo, una sonora vibración le indicó que alguien la estaba llamando al móvil. Ella se inclinó sobre la pantalla y sonrió al reconocer el número que aparecía sobre la superficie.

Parecía que ya no le importaba tanto no terminar de conciliar el sueño.

—Hola, hermanita —susurró, aún con la voz entumecida—. No, claro que no me has despertado; acabo de salir del aseo. —Hizo una pausa para escuchar lo que le decía aquella voz que salía del aparato—. Todo bien, de momento. Parece que el proceso avanza según lo que nos planteamos en un principio —de nuevo, silencio—. Sí, si todo sigue como hasta ahora pronto podremos salir de este condenado pueblo —sonrió abiertamente—. Yo también os echo de menos.

No había ninguna norma que prohibiera establecer comunicación telefónica con el exterior, pero eran pocos los que mantenían la costumbre después de tantos años. Muchos evitaban el dolor de despedirse de sus familias cada día y otros sencillamente se habían inmunizado a su ausencia. Era curioso cómo Clevence Town cambiaba las prioridades de la gente. En mi caso, no tenía una familia con la que contactar. Todo lo que me quedaba en la vida eran Korine y Eleanor. Sin embargo, hubo algo en las palabras de la señorita Strike que llamó poderosamente mi atención: su firme vaticinio sobre nuestra pronta libertad.

Entre una y otra divagación, mis pupilas captaron un rápido movimiento bajo la cama de mi vecina. Desvié la mirada hacia el lugar del que provenía, entrecerrando los ojos para distinguir la sombra que reptaba en la oscuridad.

Por un instante, contuve la respiración. Todo pareció detenerse a mi alrededor, como si el

nudo que acababa de alojarse en mi estómago amenazara con provocarme el vómito. Allí, bajo la cama, siguiendo la distendida conversación que mantenía mi vecina, sonreía uno de los espectros de las niñas. Supe que se trataba del fantasma del rostro mancillado por las quemaduras.

—Emma... —traté de prevenirla.

La llamé una y otra vez, pero solo logré llamar la atención del espíritu. Aquella maliciosa mirada desprovista de cualquier atisbo de humanidad se volvió hacia mí. Acto seguido, alargó la mano hacia los tobillos de la mujer.

—¿Cómo están papá y mamá? —ignorando lo que acontecía bajo su cama, alzó las piernas y las cruzó sobre el colchón en el preciso momento en que las manos del espectro se cerraban sobre el espacio vacío que había dejado al retirarlas—. Hace mucho que no sé nada de ellos... ¿Por qué no le dices a alguno que se ponga?

Pero, antes de que pudiera iniciar una nueva conversación, el espíritu golpeó unas láminas del somier. Emma pareció percibir aquella leve reverberación en el colchón.

—Espera un segundo —dijo mientras se llevaba el auricular a la base del pecho. Agudizó el oído, ladeando la cabeza hacia la cama—. ¿Thor?

Al final, optó por depositar el teléfono sobre la almohada y se arrodilló sobre el colchón, dispuesta a levantar los bordes de las sábanas para dejar salir al perro. Cuán ilusa podía llegar a ser la gente...

Quise prevenirla de nuevo, pero sabía que no había nada que yo pudiera hacer para que me oyera. Ella, por su parte, comenzó a agacharse para descubrir el escondrijo en el que creía que encontraría al animal, mas el espíritu hizo algo que no había esperado. Conforme mi vecina iba descendiendo, la niña fue retrocediendo e incorporándose con la intención de subirse a la cama. Para cuando Emma alzó las sábanas, el espacio que había debajo del somier ya estaba vacío. Cómo iba a imaginar que el verdadero peligro gateaba sigilosamente hacia ella tras de sí...

—¡Date la vuelta! —grité, desesperado—. ¡Por lo que más quieras, levántate y sal de aquí!

Al parecer, la mujer había percibido el cambio de peso en el colchón y, esta vez con mayor lentitud, comenzó a incorporarse. Fue entonces cuando escuché la primera risa. Desvié la mirada hacia la derecha, guiado por la malévola carcajada, hasta dar con un armario entreabierto. Por la rendija, pude distinguir tres pares de ojos rojos que observaban impasibles la escena que tenía lugar en el dormitorio. Poco a poco, el rostro de los otros tres espíritus fue cobrando forma en la oscuridad.

Volví a mirarla justo cuando ella, ya sentada, empezó a virar la cabeza... aunque jamás llegó a hacerlo. Cuando la silueta del espectro estuvo a punto de entrar en su campo visual, la niña asió su rostro con ambas manos y lo giró hasta retorcerlo en una postura imposible. La sorprendida mirada de Emma se perdió en la inexpressión de la muerte tras el desagradable crujido de su cuello al romperse. Su cuerpo, inerte, cayó a un lado ante la satisfecha sonrisa del fantasma. Este, tras deleitarse con el resultado de sus actos, desvió su desafiante mirada en mi dirección para regocijarse con mi pavor.

Retrocedí cuando el chirrido de la puerta al abrirse atronó mis oídos. Tropecé con unas cajas vacías que me hicieron caer contra la pared...

...Y, tras el frío contacto del muro, sobrevino una oscuridad que me devolvió al mundo real.



Abrí los ojos sobre un mullido colchón de látex. Observé a través de la penumbra, aún sin saber dónde me encontraba; no tardé en darme cuenta de que alguien me había subido a la alcoba de Eleanor. Me di la vuelta hasta situarme boca abajo para mirar las sombras de la pared que se erguía justo a mi lado. Me ensimismé con ellas, recuperando los recuerdos de aquel extraño sueño.

Evoqué cómo la niña subía a la cama de Emma hasta detenerse a su espalda..., cómo aguardó a que la mujer se volviera..., cómo le partía el cuello sin el menor asomo de piedad..., cómo su cuerpo sin vida caía hacia un lado sobre las sábanas...

Solo entonces me di cuenta de que mis piernas sobresalían más allá del borde de la cama. El pavor me inundó al sentir mis pies desnudos, inertes en la oscuridad. Tomé conciencia de que cualquiera de aquellos demonios podría estar en ese mismo momento debajo de la cama a la espera de una oportunidad para atacarme. Cada segundo que se consumía esperaba que sus gélidas manos aferraran mis tobillos, que un soplo helado acariciara la piel de mis plantas. Con la esperanza de que nada los rozara, encogí las rodillas hasta situar los pies sobre la protección del colchón. Sin embargo, aquella horrible sensación no terminó de desaparecer.

Por el contrario, me sentía terriblemente observado, como si hubiera alguna presencia a mi espalda. Me llevó un instante acumular el valor necesario para comenzar a volverme, pero finalmente lo hice.

Mis fosas nasales tomaban aire precipitadamente, especialmente cuando descubrí la puerta del armario entreabierta. Recordé cómo aquellos ojos ensangrentados observaban a Emma desde las sombras. Al fin y al cabo, ¿quién me decía que no se encontraban allí en ese preciso momento? ¿Y si mi sueño parecía tan real porque, en el fondo, mi subconsciente quería prevenirme de algo que estaba sucediendo mientras dormía?

Estaba tan absorto en la penumbra que se cernía en su interior que apenas reparé en el sutil movimiento que se acercaba hacia mí desde la puerta. Cuando fui consciente del avance de aquella silueta entre las sombras, ya fue demasiado tarde. Me incorporé como un resorte y me apreté contra la pared, incapaz de reprimir el alarido que escapó de mi garganta; noté la forma en que mis cuerdas vocales se resentían ante el quejido de la vibración.

—¡Kyle! —exclamó la voz de Eleanor. La figura alargó una mano y pulsó el interruptor de la luz. Su rostro coloreó sus facciones una vez la bombilla iluminó la estancia—. ¿Qué sucede? ¿Te encuentras bien?

Mi amiga se sentó a mi lado y me acarició la frente. En ese momento no supe interpretar si trataba de calmarme o de medir mis constantes, pero lo cierto es que el roce de sus dedos logró aliviar la tensión que me oprimía el pecho.

Mientras, pude distinguir el sonido de unos pasos que se acercaban por el pasillo. Únicamente cuando Korine apareció al otro lado del vano tuve la certeza de que Eleanor y yo no estábamos solos.

—¿Va todo bien? —murmuró la recién llegada, preocupada—. He oído gritos.

—Sí..., yo... —balbucí, mirando en derredor—. ¿Cómo he llegado aquí?

—Korine y yo te encontramos en el suelo del *hall* —explicó Eleanor—. Nos asustamos y te cargamos hasta mi cama para que descansaras. Venía a ver cómo te encontrabas, pero te asustaste.

—En realidad estaba teniendo un mal sueño.

Ahora fue Korine quien se acercó a nosotros y me tomó la mano entre las suyas.

—Están siendo unos días muy difíciles para todos —terció, comprensiva—. Es una suerte que solo tengas pesadillas.

Eleanor apoyó una mano sobre su espalda en agradecimiento por sus reconfortantes palabras.

Momentos como aquel demostraban la profunda amistad que nos unía. Podíamos ser tres personas completamente diferentes, pero, a la hora de la verdad, nos compenetrábamos como un mismo ser.

—¿Qué sucedió para que perdieras el conocimiento? —quiso saber Korine.

No supe qué contestar. Apenas hacía unos días que les dije por primera vez que me rondaban unos espíritus, de modo que no creí conveniente martillear su escepticismo con alusiones a los fantasmas. No obstante, me conocían demasiado bien como para interpretar mi ausencia de respuesta.

—Fueron las niñas, ¿verdad? —era más una afirmación que una pregunta.

Ambas compartieron una significativa mirada, pero no insistieron más en el tema. En cambio, continuaron conversando sobre asuntos insustanciales con el propósito de desviar la atención de mis preocupaciones.

Así pasaron las horas. Se quedaron a mi lado, sin dormir, hasta que los primeros rayos de sol se filtraron a través de la cúpula que cubría la villa. Eleanor fue la primera en despedirse; se hacía tarde para ella y a la señora Biggens le vencían los nervios cada vez que la doctora se retrasaba para las inyecciones.

Cuando se hubo marchado, Korine y yo nos aseamos y nos vestimos. Caminamos juntos por el empedrado de Clevece Town hacia nuestro lugar de trabajo. El Ayuntamiento se alzó imponente en el centro de la plaza Central. Desde que el alcalde me comunicara que iba a trabajar en su oficina, supe que tendría una excusa para pasar más tiempo con la mujer.

—Por cierto, ¿me odiarías mucho si abuso de tu confianza por una ocasión? —le pedí.

—No creo que puedas pedirme nada que te haga parecer más odioso de lo que ya eres. Dime qué es y veré qué puedo hacer.

—Querría disponer de acceso a Internet y, como tenemos que entregarte a ti la hoja de solicitud, me preguntaba si sería muy complicado hacérsela llegar al alcalde para que la selle lo antes posible... Es decir, sin esperar los cinco días de rigor...

—Claro —accedió mi amiga, sorprendida—. Pero, dado que trabajas en su oficina, ¿no crees que sería más eficaz que fueras tú quien se la entregara en mano?

—La rompería y me la tiraría a la cara —bufé—. Ese hombre me odia por encima de todas las cosas.

—Bueno, no puede tenerte en tan baja estima si te ha ofrecido un puesto de trabajo.

—Para controlar lo que hago —espeté—. No confundas sus intenciones.

—Vale —cedió finalmente la mujer—. Si estás tan decidido, no creo que haya ningún problema en acelerar un poco los trámites. Pero, ¿a qué viene tanta urgencia?

—Quiero buscar algo que me llamó la atención el otro día... sobre las niñas.

Korine midió con cautela sus próximas palabras.

—No creo que debas obsesionarte con eso, Kyle —quise interrumpirla para protestar, pero ella me lo impidió con un gesto—. No digo que no te crea; tan solo me preocupa que últimamente le dediques tanto tiempo y esfuerzo a los fantasmas.

—Siento si estoy más ausente que de costumbre, pero necesito que desaparezcan cuanto antes.

—Lo comprendo, y por eso voy a ayudarte —fui a abrazarla, agradecido. Sin embargo, ella rechazó mi gesto y, en lugar de devolvérmelo, me señaló con talante acusador—. Pero solo si me prometes que contarás con nosotras si alguna vez tienes que volver a hacer algo al respecto.

Sonreí, en parte complacido por su preocupación.

—Te lo prometo.

Seguimos caminando hasta que llegamos al porche del ayuntamiento. Subimos los dos peldaños que lo separaban del suelo de la plaza y nos dispusimos a entrar en el edificio. Pero,

justo cuando empezaba a asir el picaporte del acceso principal, se abrió una grieta en la madera del parqué. La pierna de Korine se introdujo hasta la rodilla con un sordo crujido. Mi amiga gritó sobresaltada y yo me lancé para sujetarla.

Algunos de los viandantes se detuvieron para curiosar en señal de alarma por el ruido provocado. Tiré de ella hacia arriba y la ayudé a sacar el pie; el destartado movimiento de las láminas de madera hizo sonar una hebilla metálica. Mi mirada se posó en el lugar del que procedía aquel débil tintineo.

Una trampilla.

Había una compuerta disimulada en la entrada del ayuntamiento. Mi mente empezó a procesar la información, pero la puerta principal se abrió antes de poder sacar nada en claro. Seguramente fue el revuelo que se había formado a nuestro alrededor lo que llamó la atención en el interior del edificio, pues la concejala Fishwibber emergió como un torbellino de sus entrañas.

—¿Qué es esto? —rugió—. ¿A qué se debe tanto alboroto?

Miró en todas direcciones hasta que su mirada se detuvo en el hueco que había dejado la pierna de Korine en el suelo. Su semblante se ensombreció cuando sus ojos se clavaron en el boquete.

—Ha sido un accidente —procedí a explicar—. La señorita Nóvikov ha tropezado y ha debido pisar con demasiada fuerza al caer.

La concejala pareció evaluar la veracidad de mis palabras, pero nada en mi semblante indicaba que no fuera cierto. Con un aspaviento, se volvió hacia los curiosos y los instó a replegarse. Korine y yo aprovechamos su distracción para entrar en el ayuntamiento y perderla de vista.

—¿Te encuentras bien? —me interesé una vez estuvimos dentro.

—Sí, estoy más azorada por el susto que por el dolor.

—¿Estás segura? Ella asintió.

—¿Nos vemos entonces a la salida?

—Claro —respondió.

Tras despedirnos, tomamos direcciones opuestas. Ella se marchó a su oficina, en la primera planta, y yo subí las escaleras para presentarme en el despacho del mayor Thompson.



La mañana fue poco productiva. Aun a sabiendas de que muchas de las personas que trabajaban en el Ayuntamiento evitaban mirarme, traté de disimular para evitar cualquier tipo de conflicto. Como la gente rehusaba hablar conmigo o incluso callaban cuando me acercaba, me dediqué por entero a mi labor como organizador de documentos del alcalde.

Traté de buscar alguna pista que pudiera arrojar un rayo de luz sobre el amasijo de mi incertidumbre, pero el Mayor era demasiado cuidadoso. Buscaba por sus cajones cuando se marchaba, incluso entre los archivos, pero no logré dar con un solo rastro que probase su culpabilidad. Nada sobre Clevence Town y sus oscuros secretos.

No fue hasta pasado el mediodía que el alcalde regresó de supervisar unas facturas del «Más Allá». Tuve que incorporarme rápidamente y cerrar el cajón de su escritorio para evitar que me descubriera husmeando.

—Buenas tardes —saludó, depositando un fajo de papeles sobre el escritorio.

—Buenas tardes, Mayor —señalé la pila de hojas que acababa de dejar en la mesa—. ¿Necesita que coloque esos documentos?

—No se preocupe, ya lo haré yo.

Mi cerebro se activó en el acto. Durante toda la mañana, el alcalde no había tenido el menor reparo en ir dejando papeles sin siquiera mirarme. Sus reservas con respecto a aquellos me hicieron sospechar que tal vez contuvieran información interesan te. Un poco de insistencia no estaría de más, aunque solo fuera por intentarlo.

—Descuide —insistí, cortés—. Puede dejarme a cargo si tiene otros asuntos que resolver.

—Con el debido respeto, señor Dwayne, estaremos de acuerdo en que soy yo quien elige las tareas que puede realizar en mi despacho —no sonó enfadado; ni siquiera parecía molesto. Era simplemente gélido, pura frialdad—. Aunque, ahora que lo dice, tal vez la primera hoja pueda interesarle —asíó el papel y me lo tendió sin mirarme.

Lo cogí y ojeé las primeras líneas; era mi solicitud de acceso a Internet.

—Me resultó curioso que la señorita Nóvikov se acercara a mí esta mañana con tan inusual petición —prosiguió el alcalde—. A decir verdad, no es una mujer que acostumbre a pedir favores.

—En esa ocasión me miró directamente a los ojos—. Me pregunto qué podría ser tan importante para que ella se haya tomado la molestia de anteponer su solicitud a la del resto de ciudadanos de Clevence Town.

—Es una buena amiga —sostuve.

—En efecto, lo es. Pero nunca antes le había pedido usted un favor de semejantes características —entornó los ojos con aire suspicaz—. Me pregunto por qué ahora sí.

—Disculpe si lo que estoy a punto de decir le resulta impertinente, pero ¿intenta averiguar cuál es el objeto de mi búsqueda en la red?

Por un instante, pareció evaluar lo que estaba a punto de responder.

—Dicho así puede sonar algo brusco. Sencillamente quería mostrarle mi preocupación por si hubiera algo que le inquiete, algo..., cómo decirlo..., por lo que tenga la necesidad de pedir un favor inusual.

Reprimí una sonrisa autosuficiente. Qué bonitas palabras para un significado tan hipócrita.

—Puede quedarse tranquilo, Mayor —contesté—. No creo que nada de lo que yo pueda buscar sea tan importante como para merecer su atención. Por nada del mundo quisiera que dejara de lado sus ocupaciones por un asunto personal —me adelanté hasta situarme frente a él, junto al escritorio—. Además, estoy seguro de que si tanto le interesa saber el objeto de mi búsqueda encontrará la manera de averiguarlo —deposité la solicitud sobre la mesa y se la acerqué—. No sé si mi respuesta ha satisfecho su curiosidad, pero le agradecería si pudiera firmar la hoja de permiso.

Era consciente de que mi comentario le estaría retorciendo las entrañas, y me alegraba por ello. Sin embargo, para mi sorpresa cogió un bolígrafo y comenzó a cumplimentar la parte en blanco del informe.

—¿Recuerda la conversación que mantuvimos ayer sobre el valor, señor Dwayne? —terció mientras terminaba.

—Cómo olvidarla, Mayor.

Me tendió el folio una vez hubo terminado y volvió a mirarme a los ojos.

—Excelente —añadió—. Quería asegurarme de que aún la tenía presente antes de abandonar mi despacho.

—Todavía no he terminado mi jornada.

—No se preocupe, señor Dwayne. Acabo de darle la última hora y media libre para acceder a la sala de Internet —me indicó con la mano que podía retirarme—. Según sus palabras, no hay

nada de lo que pueda decirme en este momento que merezca mi atención —dejó caer una mano sobre los papeles que acababa de depositar sobre la mesa—. Supongo que nada de lo que yo tenga que hacer ahora mismo merece la suya.

Maldito bastardo. Sabía que estaba interesado en leer esos documentos.

—Por cierto, me alegra que haya encontrado la llave de los cajones de mi escritorio —comentó, extrayéndola de la cerradura del primer cajón.

Me sentí acorralado. ¿Cómo había podido olvidar sacar la llave cuando estuve fisgando en sus pertenencias?

—Se había caído al suelo —mentí en un vano intento de justificarme—. Se la he dejado en la cerradura para que no vuelva a extraviarse.

—Yo no he dicho que la haya perdido; tan solo me muestro agradecido porque mi organizador personal se tome su trabajo tan en serio. No todas las personas en este edificio se preocupan por ordenarme también los cajones —depositó la llave en la esquina superior de la mesa bajo un espejo de mano—. Siempre la guardo aquí, por si tiene que utilizarla de nuevo.

—En tal caso debí de haberla tirado al colocar su escritorio. Me alegra saber que está satisfecho con mi trabajo.

Si había decidido jugar a ser irónico, lo haríamos los dos. Él, por su parte, se limitó a sentarse en la silla y ampliar su sonrisa.

—Está bien, señor Dwayne —concluyó el alcalde—. Pero, por favor, no quisiera entretenerle más. Aproveche su tiempo libre para realizar su búsqueda en Internet. Recuerde que el permiso tan solo tiene una validez de treinta minutos.

—Nos vemos mañana.

—Tenga una buena tarde.

—Lo mismo digo —deseé.

Abandoné el despacho y me dirigí a la zona acristalada de la planta inferior del ayuntamiento. Atravesé la puerta principal y aspiré el asfixiante calor que desprendían los ordenadores. Me froté la frente con el canto de la mano para limpiar las gotas de sudor que ya empezaban a perlar mi rostro.

Me dirigí al escritorio principal, hacia el lugar en el que se encontraba el ajado rostro de sor Renatta, la única monja de Clevence Town. Según tenía entendido, llegó a la villa a la par que el mayor Thompson y, después de la concejala Fishwibber, era la segunda mano derecha del alcalde. Por descontado, se había granjeado un lugar honorífico en el Consejo del pueblo.

—Buenas tardes, sor Renatta —saludé con fingida amabilidad.

—Bienvenido, señor Dwayne —esbozó la más dulce de sus sonrisas. Toda una máscara de falsedad de casi setenta años de antigüedad—. El Mayor acaba de informarme de tu interés en acceder a Internet.

—En efecto —tercié, ya con el permiso tendido en su dirección.

La mujer lo cogió y comenzó a transferir los datos a su ordenador de mesa.

—Tiene buen aspecto, hermana —mentí mientras ella escribía en el teclado.

Ella rio con aquella desagradable carcajada que tanto la caracterizaba. Se remangó para que el hábito negro no la molestara al escribir.

—No sea zalamero, joven —espetó—. La única vieja en esta villa que tiene buen aspecto es lady Ambers.

Una vez concluyó la inscripción, guardó la hoja de permiso en uno de sus cajones y señaló un ordenador detrás de mí.

—Puede utilizar la terminal uno —me explicó—. Recuerde que dispone de media hora para terminar.

—Gracias, hermana —dije tras despedirme con un ademán.

Sin más dilación, me dirigí al lugar que la religiosa me había indicado y me senté sobre la silla giratoria. Tal y como preveía, el buscador estaba listo para usarse. Me había propuesto dar con toda la información que tenía en mente, de modo que introduje el primer comando antes de consumir siquiera los primeros minutos.

«Clevence Town».

Pulsé la tecla de *intro* y recé para conseguir algo productivo.

Aparecieron un sinfín de entradas, la inmensa mayoría creadas por el Consejo. Evité la historia del levantamiento de la cúpula y de la alcaldía de la villa, pero la búsqueda no parecía dar frutos. Probé a cambiar el asunto del buscador e introducir «Proyecto Clevence Town». Para mi sorpresa, se desplegaron hasta diez páginas de entradas. Creía que se trataba de algo secreto, un proceso interno de la villa. Sin embargo, parecía que el mundo del «Más Allá» conocía de la existencia del Proyecto Clevence Town mejor que nosotros. Me decanté por la primera opción.

«La página a la que intenta acceder no puede mostrarse».

Probé suerte con la segunda y con la tercera, pero el mismo críptico mensaje no tardó en aparecer. Era obvio que el Consejo ya se había encargado de colocar filtros que nos impidieran acceder a ciertos sectores de información. Por más que tratara de descubrir algo al respecto me acabaría yendo de vacío.

Resultaba bastante evidente que tendría que esperar al día siguiente para tratar de encontrar algo útil en el despacho del alcalde, así que decidí pasar al siguiente punto:

«Furia fantasmas».

Recordaba las palabras que entonó aquel cántico de voces la tarde anterior; la advertencia de los espíritus de las niñas. Resoplé cuando vi todas aquellas entradas; intuía que la mitad de ellas no me servirían como fuente fiable de información, así que discriminé unas cuantas a primera vista. Entré en alguno de los primeros enlaces, pero salí de ellos tan pronto como comencé a leer su contenido. No fue hasta la segunda página del buscador que descubrí una entrada que me llamó especialmente la atención.

«Phurya – Enciclopedia paranormal».

Pinché con el ratón sobre el título de la entrada y esperé a que la página se cargara. Poco a poco, la pantalla del ordenador comenzó a tornarse del color morado que presidía el fondo de la web. Las primeras letras en blanco aparecieron hasta completar un texto de mediana extensión.

Comencé a mirar las escabrosas fotografías. En una de ellas aparecía el brazo de una mujer amoratado bajo las marcas de una mordedura; en otra, se podía apreciar un rostro fantasmal junto a una pareja que sonreía ante la cámara.

Decidí obviarlas y sumergirme directamente en la lectura del blog.

PHURYA

«Dícese de las represalias que toma un espíritu contra una persona u objeto después de la muerte. El espectro en cuestión siente la necesidad de aferrarse a lo terrenal en forma de fantasma porque le ha quedado un asunto pendiente que no fue capaz de resolver en vida; la venganza.

Este tipo de presencias maldicen a las personas que los ofendieron o a humanos que, de alguna forma, están o estuvieron en contacto con aquellos que cometieron la injuria. En el supuesto de que el objeto de la maldición sea la persona que perpetró el agravio, no descansarán hasta que

consideren que él o ella han expiado su culpa; a menudo, la venganza se salda con la muerte.

No obstante, si la persona atormentada no es el culpable directo de la ofensa, tienden a atormentarle hasta que accede a ser él quien lleve a cabo la venganza. Aún se desconoce el motivo oculto de que un espíritu utilice a un ser humano como títere castigador, pero hay varias hipótesis al respecto. Por un lado, algunos expertos de lo paranormal sostienen que la víctima pueda ser una persona allegada al objeto real de la venganza; sin embargo, otros opinan que los espectros que usan a otros humanos lo hacen porque son demasiado débiles para cumplir con la venganza que han planeado.

Antaño se creía que eran *poltergeists* que poseían una casa o una pertenencia, pero recientemente se ha descubierto que, en realidad, es el ser humano en cuestión quien porta la maldición. Esta solo se romperá cuando el espíritu así lo decida».

Me recosté sobre el respaldo, no sin antes llevarme una mano a la boca. Según ese documento, los espíritus de las cuatro niñas habían regresado de entre los muertos con la intención de vengarse de alguien. Traté de recordar mi pasado en pos de alguna pista que pudiera indicar que yo las hubiera agraviado, pero no había nada que me hiciera pensar que las conocía. En tal caso, tan solo había una explicación posible: me estaban atormentando porque conozco a la persona de la que pretenden vengarse y quieren que sea yo quien lo lleve a cabo. Pero ¿quién podría ser? Apenas me sentía cercano a un número muy reducido de personas y no podía imaginar a ninguna de ellas haciendo daño a unas niñas.

Cerré los ojos ante el impacto de la información que se abría paso en mi cerebro. Inspiré y volví a abrirlos para devolverme a la realidad imperante a mi alrededor.

Mis pupilas no tardaron en detenerse en el cristal que hacía las veces de pared; en concreto, en el reflejo de la pantalla de sor Renatta. La religiosa estaba visitando la misma página que yo tenía en pantalla. Pulsé la flecha de retroceso para salir de la web, ratificando que, en efecto, el proceso se repetía al unísono en el ordenador de la monja. No cabía duda; había hackeado mi ordenador para espiar mis movimientos. Tecleé el título de una película antigua para disimular y pulsé el título de la reseña mientras fingía leer el contenido. Mis ojos volaron sobre las palabras sin prestar atención a lo que decían.

Cuál no fue mi sorpresa cuando el mayor Thompson apareció de improviso al otro lado de la cristalera para situarse junto a la hermana. Sacó de una funda sus gafas y, una vez puestas, se inclinó sobre el monitor de la mujer. Ella le apuntó una serie de datos en una hoja de papel mientras el alcalde leía todo cuanto yo veía en mi terminal; estaba convencido de que le estaba anotando las páginas de Internet que había visitado. Aquello fue más de lo que estaba dispuesto a soportar.

Volví a pulsar la tecla de retroceso para regresar al punto de partida. Una vez allí, mis manos hablaron por sí solas mientras me lanzaba a escribir lo siguiente en la barra del buscador:

«Me honra saber que mis asuntos personales al final han resultado ser merecedores de su atención»

El rictus del alcalde se fue tornando paulatinamente en una máscara de rudeza. Sus ojos abandonaron la pantalla y me miraron directamente por encima de las gafas. La hermana alzó la mirada hacia la pantalla, ajena a nuestra silenciosa conversación. Sin embargo, cuando apenas comenzaba a leer el mensaje que había escrito al Mayor, borré la conversación y empecé a redactar otra frase:

«Vaya con Dios, sor Renatta. Ruego tenga la amabilidad de pasarse por el confesionario del reverendo Melquiades antes del toque de queda».

Me regocijé al comprobar que el semblante de la monja palidecía con cada palabra. Sin

molestarme en apagar la pantalla, me levanté y me dirigí a la puerta de salida.

—Buenas tardes —me despedí al pasar por su lado.

Abandoné la sala como un relámpago. No supe que el alcalde me seguía hasta que le oí llamarme por mi nombre. Me volví para encarar sus duras facciones, sin permitir que su tosco gesto me amilanara; no iba a proporcionarle esa satisfacción.

—Señor Dwayne, ¿le importaría venir a mi despacho? —me instó.

De verdad era muy insensato si creía que iba a abandonar la protección de un lugar público para enclaustrarme en una habitación a solas con él.

—No se preocupe, Mayor; no creo que tenga que comentarme nada que no pueda decir aquí —respondí.

—Me gustaría tener esta conversación en privado.

—Y respeto su opinión, pero mi jefe me ha concedido el resto de la tarde libre y me disponía a aprovechar ese rato de descanso.

—Usted lo ha querido, señor Dwayne —una vez más, vi al villano que se ocultaba tras sus pupilas—. ¿Puedo preguntar a qué ha venido la escena que ha organizado en la sala de ordenadores?

Traté de fingir consternación ante las atentas miradas de las personas que caminaban por el pasillo. Un par de concejales se había apostado a ambos flancos del alcalde.

—Si le soy sincero, no sé muy bien a qué se refiere —tercié, aún en mi papel—. No recuerdo haber pronunciado palabra ahí dentro. Si tuviera la amabilidad de explicarme qué quiere decir tal vez sea capaz de despejar sus dudas.

Al fin, había conseguido ponerle contra la espada y la pared. ¿Iba a reconocer delante de tantos testigos que espiaba lo que buscaban sus ciudadanos en la única sala que ofrecía Internet en Clevence Town?

De pronto, la puerta del final del pasillo se abrió abruptamente. Todos nos volvimos para ver a una precipitada Eleanor, que se detuvo al comprobar que el corredor estaba más abarrotado de lo que esperaba.

—Doctora... —susurró el alcalde.

—Lamento la intromisión —se disculpó Eleanor—. Mayor Thompson, necesito hablar con usted.

Ahora fui yo quien se sorprendió. Eleanor siempre había evitado entablar contacto con el alcalde desde que tenía uso de razón; aquella asombrosa súplica hizo que se removiera algo en lo más profundo de mi ser.

—Lo lamento, doctora Gordon, pero ahora tengo un asunto que atender con el señor Dwayne —declinó el interpelado.

—Es importante.

No tuvo ocasión de continuar. Una piedra del tamaño de un puño atravesó una de las dos ventanas que daban al pasillo. Todos retrocedimos, alarmados. Pronto, una salva de voces atronó desde el exterior, gritos de gente que clamaba justicia.

—¡Dios Bendito! —exclamó sor Renatta—. ¿Se puede saber qué está sucediendo?

—Es lo que intentaba explicarles —prosiguió Eleanor—. Ha aparecido el cadáver de Emma Strike en su dormitorio. He hecho la autopsia del cuerpo en la funeraria y todo apunta a que ha sido asesinada.

La religiosa se llevó una mano al corazón. Todo el mundo reprimió una mueca de horror, pero nadie fue capaz de distinguir la opresión que me atenazó el pecho. Los recuerdos de la pesadilla de la noche anterior asaltaron mis pensamientos. La imagen de las niñas masacrando a mi antigua

vecina me martilleaba la cabeza como si la piedra me hubiera golpeado las sienes en lugar de estrellarse contra el suelo.

Phurya...

Aquello no podía estar pasando; me negaba a creer que pudiera ser real.

—¿Cómo la mataron? —mi voz surgió de mi garganta como un quejido apagado.

—Alguien le partió el cuello y luego le arrancó el pelo de la cabeza.

Dejé que mi cuerpo cayera contra la pared. Algo en mi interior se quebró tras la mera mención de la fractura del cuello. Puede que me hubiera despertado antes de que aconteciera la segunda parte, pero solo yo había sido testigo de lo sucedido... y la verdad era tan inverosímil que por un instante llegué a dudar de mí mismo.

El Mayor, ajeno a mi tortura interior, se agachó y recogió la piedra.

—¿Y puedo preguntar qué relación guarda ese terrible suceso con todo este vandalismo? —espetó.

—Una de las vecinas de la difunta afirma haber visto a un hombre de complexión similar a la del señor Dwayne saliendo anoche de su casa.

Por un momento sentí que me ahogaba.

—Yo no... —miré a unos y a otros, consternado por el nuevo giro que estaban tomando los acontecimientos—. ¡Yo no he matado a nadie! —estaba a punto de perder los nervios, y Eleanor lo sabía—. Juro que anoche no salí de la casa de la doctora Gordon. Ella y la señorita Nóvikov estuvieron conmigo.

Las miradas de todos se posaron en Eleanor.

—¿Es eso cierto? —exigió saber el alcalde.

—Lo es —confirmó mi amiga—. Kyle sufrió un ataque de ansiedad y estuvo gran parte de la noche en mi dormitorio.

—Confío en su palabra, doctora —terció el Mayor. Alzó la roca entre sus dedos y la agitó en el aire—. Ahora, si me disculpan, hay un asunto que debo resolver.

Dicho esto, avanzó por el ayuntamiento hacia la salida. Todos lo seguimos, consternados. Eleanor se situó a mi lado y me rodeó los hombros con el brazo para infundirme una calma que estaba lejos de sentir.

Cuando las puertas se abrieron, la multitud trató de abalanzarse sobre nosotros.

—¡Alto! —el alarido del alcalde se impuso sobre los gritos de los vecinos.

Como si su voz hubiera activado un resorte, todos se detuvieron en el primer peldaño del porche. El eco imperativo del Mayor todavía resonaba en la plaza cuando el silencio sobrevino. Todos aguardábamos expectantes lo que nuestro líder tuviera que decir. Tan solo se escuchaba el sonido de sus pisadas al caminar de un lado a otro de los tablones.

Es curioso el grado de autoridad que puede llegar a irradiar una persona.

—Lo intento —comenzó—. Juro por Dios que intento hallar una explicación racional a vuestro comportamiento. —Se encaró a la masa de gente y desencajó su rostro en una mueca de ira—. ¡Pero por mucho que me esfuerzo, no logro encontrar la diferencia entre hablar con vosotros y hacerlo ante una jauría de perros! —Todo el Consejo y el personal del Ayuntamiento lo observábamos desde el porche.

—Esta jauría de perros trata de dar la lección que se merece a un asesino —había sido Clive Maison quien pronunció estas palabras. Dio un paso al frente para situarse por delante del resto.

—Vaya... —la voz del alcalde destilaba amenaza por todos y cada uno de sus matices. Comenzó a avanzar en su dirección, pero el panadero no pareció amilanarse—. Acabamos de descubrir al líder de la manada.

—Nuestra amiga... No, un miembro de nuestra familia ha sido mancillada por ese degenerado —me señaló con el dedo índice de forma acusadora—. Alguien tiene que hacer justicia ya que usted no parece por la labor de cumplir su deber como juez de Clevence Town. ¿Acaso eso es comportarse como animales? ¿Qué esperaba si su Consejo no hace sino tratarnos como tales?

—Tal vez usted y sus perros deban saber que ha sido demostrada la inocencia del señor Dwayne en la desgraciada muerte de la señorita Strike —atajó el alcalde.

—¿Y cómo ha logrado el Consejo cerciorarse de esa presunta inocencia? —la ironía empapaba cada una de sus palabras—. ¿Acaso han sido tan estúpidos como para confiar exclusivamente en su palabra?

—¿Ha arrojado usted esta piedra, señor Maison? —el alcalde alzó la roca que todavía sostenía entre sus manos, aún sin responder.

—¿Cómo está tan seguro de la inocencia del señor Dwayne?

—Le he preguntado si ha lanzado esta piedra.

—Y yo por qué está tan convencido de que ese criminal no ha matado a mi amiga —escupió a los pies del alcalde—. Créame que no pienso vivir en esta mierda de pueblo mientras un asesino ande suelto por sus calles.

Para sorpresa de todos, el Mayor perdió la compostura como pocas veces lo había hecho. Su rostro se convirtió en una mueca de rabia mientras aferraba la roca con más fuerza. Antes de que cualquiera de nosotros pudiera asimilar lo que estaba sucediendo, alzó el brazo y golpeó con la piedra la sien del señor Maison. Este, tan sorprendido como el resto, cayó al suelo entre espasmos. Un hilo de sangre comenzó a deslizarse sobre su mejilla. El alcalde, impasible ante los gemidos del hombre, se inclinó sobre él y abrió la boca con actitud desafiante.

—En tal caso hágase con una sogá y cuélguese de un poste. Los ciudadanos de Clevence Town retrocedieron, intimidados. El Mayor, satisfecho, soltó una seca carcajada.

—Ahí tiene a su jauría de fieles —espetó.

Desanduvo sus pasos hasta introducirse en el edificio, seguido por todo el Consejo. Korine, igual que el resto de empleados, tuvo que regresar a sus ocupaciones a regañadientes. Nadie se sentía con fuerzas de volver a la rutina fingiendo que no había pasado nada.

Antes de que Eleanor pudiera detenerme, me lancé sobre Maison y me arrodillé junto a él. Me arranqué un jirón de la camisa y presioné con fuerza la herida de su sien.

—¡Clive! ¡Clive, ¿puedes oírme?!

Él se retorció de dolor y trató de enfocar la mirada. Intentó empujarme al reconocerme, pero no le permití que me apartara. Tal vez os preguntéis por qué me esforcé en ayudarlo después de todo lo que me había hecho. En ocasiones, yo también me lo pregunto. Sin embargo, ahora sé que hice lo correcto. Nadie, ni siquiera sus seguidores, se había quedado a ayudarlo. Podrían haberle quedado secuelas irreparables si no le atendían pronto y no estaba dispuesto a cargar con ese peso sobre mi conciencia. Además, no quería ser como ellos; no iba a consentir que mis instintos más primarios me doblegaran hasta ese extremo. Contuve mi naturaleza animal bajo llave, al menos en aquella ocasión.

—¿Qué estás haciendo, idiota? —murmuró el panadero tras rendirse a mis cuidados.

Eleanor pronto se unió a mí.

—Parece ser que el idiota al que antes llamabas asesino está intentando salvarte la vida, gilipollas —espetó la mujer, presionando con fuerza la herida—. Tengo el instrumental necesario en mi consulta, pero tenemos que trasladarlo allí.

—Yo lo haré —ambos nos volvimos hacia el lugar del que procedía aquella voz.

La señorita Biggens, la enfermera del centro de salud, avanzaba con rapidez hacia nosotros.

Tras ella, Hily James corría con destreza.

—La herida es profunda, Angela —diagnosticó Eleanor—. Necesita que le demos puntos antes de que pierda más sangre; dudo mucho que el Mayor nos proporcione bolsas para una transfusión en el estado en el que se encuentra.

—No te preocupes —tranquilizó la carnicera—. Angela le ha dado las llaves del centro de salud a lady Ambers. A estas alturas ya debe haber abierto la puerta trasera.

—Hily me ayudará a trasladar a Clive —anunció la señora Biggens—. Controlaré la hemorragia y le daré puntos en la herida —me señaló con una mano mientras presionaba el origen del sangrado con la otra—. Tú encárgate de ponerle a salvo; no parece que el penúltimo aviso del Mayor haya apaciguado los ánimos durante demasiado tiempo. Nunca se sabe cuánto podrá contenerlos esta vez.

—¿Estás segura?

—¡Por Dios, Eleanor! Trabajamos juntas desde hace años.

Las dos sabemos que soy capaz de tratar una herida.

—¿Le harás un escáner? La enfermera asintió.

—Iré con vosotras en cuanto Kyle esté a salvo —mi amiga posó una mano sobre su hombro, agradecida—. Te debo una.

La enfermera le guiñó un ojo.

—Tienes suerte de que no lleve la cuenta de las que me debes.

Tras dedicarle una sonrisa cómplice, Eleanor se incorporó y tiró de mí hasta su casa. Las otras dos ayudaron a levantarse al panadero y lo transportaron hacia el centro de salud detrás de nosotros.



—¿Seguro que estarás bien solo? —aquella podía ser la quinta vez que me lo preguntaba.

Puse los ojos en blanco antes de dirigirme a la cocina. Eleanor me siguió de cerca.

—Ya te he dicho que sí —repetí—, así que haz el favor de irte al centro de salud; te necesitan allí.

Mi amiga levantó su teléfono móvil hasta situarlo en mi campo de visión.

—He avisado a Korine para que venga directamente cuando salga de trabajar —aireó el celular ante mis ojos—. Llámame si necesitas cualquier cosa.

Abrí la nevera y cogí fiambre de pavo.

—Vale.

—Kyle —insistió ella. Me asió el rostro y me obligó a mirarla de nuevo—. ¿Me llamarás?

Guardé silencio durante unos segundos.

—Si surge algún imprevisto te llamaré —prometí.

Ella evaluó mi expresión con su mirada. Cuando se dio por satisfecha, dio media vuelta y cogió su juego de llaves.

—Regresaré lo antes posible —me informó—. Si el golpe no ha provocado daño cerebral no creo que me demore demasiado. —Abrió el picaporte y me miró por última vez antes de marcharse—. Echa el cerrojo, baja las persianas y no abras la puerta a nadie. No hagas ninguna tontería, ¿de acuerdo?

—Como si estuvieras acostumbrada a que...

—Ya sabes a lo que me refiero —me interrumpió. Alcé los brazos sobre mi cabeza, rendido.

—Está bien, tú ganas —espeté—. Puedes irte tranquila.

Supe por su semblante que no terminaba de creerme, pero finalmente decidió marcharse. Me acerqué a la puerta y eché el cerrojo antes de que pudiera alejarse por el pavimento; quería que oyera el pesado crujido de la cerradura antes de que se encaminara definitivamente al centro de salud.

Aguardé a que desapareciera tras sus puertas y desbloqueé de nuevo la cerradura. Desde luego, era demasiado ilusa si de verdad creía que iba a quedarme cruzado de brazos en el salón de su casa. Cogí el segundo juego de llaves y abandoné el calor del hogar para enfrentarme a la soledad del exterior. Pensé en la moralidad de la promesa rota y me sentí verdaderamente culpable por hacerla creer en algo que no iba a cumplir. A decir verdad, tampoco había faltado a mi palabra; le dije que no cometería ninguna estupidez, y lo que estaba a punto de hacer no lo era.



6

OSCURO ATARDECER

Evité las miradas reprobatorias de los viandantes mientras me abría camino hacia el ayuntamiento. Sabía qué opinión tenían de mí, qué se les estaría pasando en ese preciso momento por la cabeza. Y, a pesar de todo, no podía culparlos. Ciertamente era que considerarme un asesino movidos únicamente por su odio se me antojaba absurdo; sin embargo, a sus ojos era el nuevo protegido del alcalde. Ese hombre había ultrajado sus hogares por mí, había matado por mí, los había amenazado por mí y los había aterrorizado por mí.

Crucé la plaza Central como un espíritu con el expreso deseo de pasar desapercibido. Al entrar en el ayuntamiento, sorteé a un par de trabajadores y abrí la puerta de la oficina de Korine. Se trataba de una angosta estancia cuadrada de paredes blancas. En su interior, tan solo había espacio para un pequeño mostrador y un escritorio sobre el que descansaba un ordenador de mesa.

La mujer se sobresaltó al verme.

—¡Kyle! —susurró, instándome a cerrar la puerta—. ¿Qué diablos haces aquí? Eleanor dijo que estabas en su casa.

Obedecí su silencioso mandato de buen grado; no quería que escucharan oídos inoportunos.

—Lo sé, pero tenía que volver.

—¿Estás de coña?! —riñó—. Si te hubiera visto alguno de esos tarados...

—Escúchame bien —la interrumpí—. El alcalde tiene unos documentos que pueden ser de mi interés en su despacho. Si algo de lo que pone ahí puede ayudarme a librarme de esta pesadilla, no pienses ni por un segundo que voy a dejar pasar esta oportunidad.

—¡Por Dios, Kyle, deja de pensar en los muertos y preocúpate por los vivos! ¡Si alguien te descubre te reunirás con tus cuatro niñas antes de lo que crees!

—Estoy desesperado, Korine —supliqué—. Si estuvieras en mi lugar actuarías de la misma manera.

—Yo no intentaría colarme a hurtadillas en el despacho del Mayor para husmear entre sus cosas —atajó—. Elaboraría un plan un poco más sólido.

Siguiendo el hilo de sus palabras, me volví sobre mis talones.

—Por supuesto que tengo un plan —murmuré.

Abrí la puerta y miré a ambos lados; no había nadie en el pasillo. Satisfecho, volví a cerrar y me dirigí al escritorio.

—¿Qué haces? —exigió saber mi amiga.

—Me aseguraba de que no hubiera nadie que pudiera escuchar esto.

Sin permitirme el beneficio de la duda, agarré el monitor del ordenador y lo arrojé contra la pared. Korine se echó hacia atrás, consternada, mientras la pantalla se hacía añicos contra la escayola.

—¿Has perdido el juicio?! —exclamó.

Pero antes de detenerme a pedir disculpas, extraje un cúter del portalápices de mi amiga y comencé a grabar tres sencillas palabras en la madera del escritorio: «Proyecto Clevence Town».

Traté de falsificar otra caligrafía para evitar que pudieran reconocerla.

—Una vez salga de tu despacho, ve al baño durante un par de minutos; asegúrate de que alguien te ve para que pueda verificar tu versión —empecé a explicar mi plan mientras escribía—. Cuando regreses, llamarás al Mayor y le dirás que has encontrado esto así al volver del aseo. No has visto a nadie, pero sospechas que ha sido uno de los rebeldes que la emprendió contra mí. Desconoces la información que buscaba, aunque ha dejado un mensaje en tu escritorio —añadí. Una vez finalizado el texto, la miré directamente a los ojos—. Con esto me darás un margen de tiempo suficiente para buscar los documentos que trajo el alcalde mientras trabajaba.

—Kyle, podrías estar metiendo el dedo en una llaga aún sangrante —receló Korine—. La primera persona a la que oíste hablar de este proyecto fue a Emma Strike, y ahora está muerta.

—Puede que tengas razón, pero es el único plan que se me antoja convincente ahora mismo.

—¿Te das cuenta de lo que estás a punto de hacer? —masculló ella—. ¿Pretendes entrar a hurtadillas en el despacho de la máxima autoridad de Clevence Town por algo que vive únicamente en tu cabeza!

Ahí estaba la reacción que tanto había temido desde que decidí hablar a mis amigas sobre la aparición de los espectros.

—He descubierto algo —continué, ignorando su escepticismo—. Tengo motivos de peso para pensar que las niñas pretenden vengarse de alguien a través de mí.

—¿Acaso te estás oyendo?! ¿Te das cuenta de cómo suena todo esto?

—Claro que me doy cuenta; no soy estúpido. No te estoy pidiendo que me creas, solo que me ayudes.

—Intento hacerlo, Kyle —razonó—. Pero no estoy muy segura de que este sea el tipo de ayuda que necesitas.

Hice una pausa.

—Antes me dijiste que debía preocuparme más por los vivos que por los muertos —esperé a que asintiera—. En ese caso, olvídate de las niñas y ayúdame a resolver todo este embrollo por las personas que quieren hacerme daño. Sabes tan bien como yo que no pararán si no les doy la verdad. Y sospecho que esa verdad está en las respuestas que puedan darme los documentos del alcalde.

Ella suspiró, aún dubitativa. Le había puesto en una encrucijada. Por más que intentase buscar un argumento con el que refutar mis súplicas, había dado en la diana.

—¿No puedes esperar a mañana? —sugirió—. Seguro que serás capaz de buscar esos documentos en algún momento de tu jornada laboral; trabajas en su oficina, ¿recuerdas?

—Los dos sabemos que esos papeles no estarán mañana en ningún lugar accesible de su despacho.

La mujer guardó silencio. Vi en su mirada que trataba de encontrar algo que pudiera fallar en el transcurso de los acontecimientos.

—Está bien —accedió, rendida—. Tú ganas. Pero más te vale que...

—Tendré cuidado —concluí sin dejarla terminar.

Le di un beso en la mejilla y salí de la oficina. Fui hacia las escaleras que comunicaban con el piso superior y subí los peldaños con decisión. Después, atravesé el alargado corredor que conducía al despacho del alcalde y aguardé tras una columna.

En el interior, sonaban unas amortiguadas voces. Al principio no fui capaz de distinguir nada inteligible, pero conforme fui agudizando el oído pude apreciar las palabras con mayor nitidez.

—...que toda esta situación se te está yendo de las manos.

—Era la voz de la señora Biggens, la enfermera que debía estar atendiendo a Clive Maison. Fruncí el ceño, extrañado; era la última persona a la que esperaba encontrar en el Ayuntamiento.

—No pienso permitir que una enfermerucha me diga cómo debo gobernar mi pueblo —bufó el alcalde.

—Por favor, escúchate —suplicó su interlocutora—. El Harry que entró en esta villa jamás habría dicho nada similar. Viniste aquí con la mejor de las intenciones, pero tanto tiempo encerrado sin ningún tipo de comunicación con el mundo exterior te está transformando en un monstruo. ¡Por todos los santos, acabo de dejar a Eleanor y a Hilary en el centro de salud curando al hombre que has herido en la cabeza con una piedra!

—¿Y qué debía hacer? —protestó el acusado—. ¿Habrías preferido que la emprendieran contra él? ¡Estaban fuera de sí!

—¡Igual que tú desde hace tiempo! —bramó la enfermera—. ¡Antes de entrar aquí eras una persona normal y corriente! ¡Has sido tanto el alcalde de Clevence Town que tu verdadero yo ha desaparecido y te has convertido en él! ¡Abre los ojos, Harry! ¡No dejes que tu rol en este pueblo te transforme en un tirano!

Por un instante solo se escuchó el silencio. Pasados unos segundos, fue el alcalde quien decidió retomar la conversación.

—No veo el momento de que todo esto termine —parecía abatido, rendido ante sus propios fantasmas—. El Proyecto Clevence Town nos está viniendo grande incluso a nosotros.

—No digas eso —lo alentó la señora Biggens—. Estamos a punto de conseguir lo que hace unos años nadie se atrevía a soñar.

Sentí una profunda opresión en el pecho. Jamás habría creído que la enfermera pudiera estar involucrada en el Proyecto. Siempre me había parecido muy humana; todavía recordaba su mirada cuando trataba de ayudar a Clive Maison sobre el empedrado de la plaza Central.

—¿Cuánto crees que...? —aquella fue la críptica pregunta del Mayor.

—Puede que estemos hablando de semanas o incluso de días —vaticinó la mujer—. El esfuerzo de todos estos años podría verse recompensado en muy poco tiempo.

El sonido del teléfono interrumpió la conversación. El plan había comenzado.

El alcalde descolgó el auricular y dedujo que se lo puso al oído.

—¿Diga?... Sí... —hizo una breve pausa—. ¡¿Qué?! Bajo enseguida. Espérame allí.

El sonido del auricular al caer sobre la base del teléfono atronó mi expectante corazón. Me recliné en mi posición cuando vi que tanto el Mayor como la enfermera abandonaban el despacho a toda prisa. Fui deslizándome alrededor de la columna para evitar que me descubrieran conforme avanzaban por el pasillo.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber la mujer.

—Alguien ha entrado en el despacho de Korine y ha destrozado la oficina...

El resto no pude escucharlo. Conforme se iban alejando, las palabras se distorsionaban como entes que se acabaron perdiendo en el eco del pasillo. Al final, solo el silencio me indicó que ambos habían bajado la escalera para reunirse con la administradora.

Bendita fuera...

Me apresuré al interior del despacho, dispuesto a aprovechar hasta el mínimo segundo que la intervención de Korine pudiera granjearme. Cogí la llave de los cajones y los abrí con poca esperanza de hallar alguna pista de los documentos.

Nada.

Volví a cerrarlos y deposité la llave en la misma posición en la que el alcalde la había dejado sobre la mesa. Hurgué entre algunas cajas amontonadas a la derecha del escritorio, pero tan solo encontré plásticos de embalaje rotos. Mi siguiente impulso fue correr hacia las estanterías y extraer los primeros archivadores. Pasé las páginas lo más rápido que pude y escaneé con los ojos

todos y cada uno de los títulos; sin embargo, ninguno parecía adaptarse a la información que estaba buscando. Los coloqué de nuevo y removí los libros de la balda inferior por si los hubiera escondido entre los folios apilados sobre los volúmenes.

Pronto deduje que aquello no daría resultado. Si tanto interés tenía en ocultarlos, debía buscar en alguna parte a la que no tuviera fácil acceso durante mis horas de trabajo. Me llevó un rato volver a dejar todo como lo había encontrado, pero ya había decidido cuál sería mi siguiente movimiento antes de terminar.

Una por una, fui presionando las baldosas del suelo con la base del talón, ejerciendo la fuerza justa para no hacer ruido. Tenía la esperanza de que alguna de ellas se levantara y revelara un escondrijo en el que ocultar información comprometida.

Pero algo me hizo detenerme antes de llegar a la altura de la mesa. Un murmullo de voces se iba haciendo cada vez más claro desde el pasillo; no tardé en distinguir el timbre del Mayor.

Se estaba acercando de nuevo.

Barajé la posibilidad de salir de la oficina y ocultarme tras la columna, pero me verían salir antes de poder remediarlo. No, mi única posibilidad era permanecer en el despacho hasta que volvieran a abandonarlo... Pero ¿dónde?

Miré a mi alrededor en busca de alguna solución. En mi escrutinio, reparé en el armario que se erguía en la pared frontal. Corrí hacia él y abrí la puerta con cuidado, presuroso para evitar que me descubrieran *in fraganti*. Me interné en sus oscuras entrañas y entorné para ocultarme de la visión.

Poco después, observé por la rendija que el Mayor y la concejala Fishwibber entraban en el despacho y cerraban la puerta con pestillo. El alcalde se dejó caer sobre su silla, abatido.

—Relájate, Harry —lo calmó la mujer a su lado—. Encontraremos al culpable.

—No quiero hallar un responsable, Laura —sonó realmente enojado—. Se trata de detener toda esta psicopatía que va a terminar por volver locos a todos. Éramos personas normales antes de entrar en este infierno de pueblo y ahora míranos. Podrían haber matado a ese chico esta tarde si no los hubiéramos detenido.

—Pero lo hemos hecho —declaró la concejala.

—Golpeando a Clive Maison con una piedra en la cabeza e instándole al suicidio —bufó el alcalde.

La mujer se colocó detrás de él y comenzó a masajearle los hombros; mis ojos se desorbitaron ante semejante escena.

—No te precipites —lo animó—. Recuerda que los datos médicos que recibiste este mediodía son bastante alentadores.

Así que era eso; los documentos que había traído consigo el alcalde estaban relacionados con el virus. Por eso no quería que yo los viera.

El Mayor abrió el primer cajón y extrajo el material de oficina que guardaba en el interior. A continuación, retiró una tabla de madera y se hizo con la pila de folios que había traído consigo durante la tarde. Me sentí estúpido al haber pasado por encima de los documentos sin que se me ocurriese lo del falso fondo.

—A juzgar por lo que dice aquí, no parece que falte mucho.

La concejala, en lugar de responder, le quitó los papeles y volvió a guardarlos en el cajón.

—Ya hemos visto esos documentos, pero mirarlos de nuevo no va a acelerar el proceso —sentenció—. Tienes que relajarte o te acabará costando tu propia salud.

Tras una mirada lasciva, el alcalde pasó sutilmente una mano por la parte trasera de la falda de la concejala.

—¿Tienes alguna sugerencia para calmar mis nervios? —preguntó, insinuante.

Ella se volvió y se sentó en el escritorio con actitud provocadora.

—Bueno, se me ocurren un par de cosas que podrían venirte bien.

Sin decir más, el alcalde se incorporó y la besó. Retrocedí, mareado por lo que acababa de contemplar. Aquella revelación reverberaba en mis sentidos como una cascada de agua helada. Precisamente ellos, que siempre se habían mostrado tan huraños con las relaciones entre los lugareños.

El Mayor asió a la concejala por las caderas y la alzó hasta situarla sobre el escritorio. Quise desviar la mirada antes de que la situación en el despacho se descontrolara, pero no fui lo suficientemente rápido para evitar ver cómo el alcalde introducía la mano en la entrepierna de su aliada más valiosa. Sus insistentes jadeos taladraban mis oídos con el desagradable hálito de la mentira.

Aquella me pareció una de las situaciones más surrealistas que había contemplado jamás. Quién me iba a decir que acabaría encerrado en el despacho del Mayor mientras este copulaba con la concejala Fishwibber en la oficina.

De pronto, detecté un movimiento a mi derecha. Mi cabeza se volvió instintivamente para encontrar el rostro de la niña del cuchillo entre los abrigos. Me tapé la boca y ahogué un grito para que no me descubrieran en el exterior. Todo lo revelado hasta entonces perdió sentido para mí, desamparado ante aquella criatura.

Retrocedí hasta que mi espalda chocó contra la pared del armario. Traté inútilmente de poner distancia entre nosotros, pero la muchacha comenzó a caminar en mi dirección. Al situarse frente a mí, se detuvo y alzó el cuchillo hasta situar la punta sobre mi garganta. Por un instante creí que no podría volver a respirar. No sé si gemí o si llegué a suplicar a Dios que me salvara.

Poco a poco, el espíritu empezó a deslizarse el cuchillo por mi garganta, acariciando con la punta la superficie de mi piel. En aquel instante, hasta la muerte se me antojó mejor que semejante tortura.

Satisfecha, la niña retiró el cuchillo de mi cuello y retrocedió un paso.

Fue entonces cuando sucedió.

A día de hoy, aún considero aquel acontecimiento como el mayor y más importante suceso que quiso conducirme a lo que pronto trasluciría como mi nueva vida. El espíritu alzó el brazo lentamente y señaló con el dedo índice el fondo del armario. Seguí su dirección hasta detener la mirada en una de las gabardinas del alcalde. Me pregunté qué pretendía indicándome aquel punto. Todavía aterrizado, me pegué a la madera de la pared. Al descubrir lo que estaba haciendo, el rojo de sus ojos se tornó verdaderamente amenazador. Si al principio había tenido alguna duda respecto a las intenciones del espectro, esta se disipó por completo. Quería que me situara en el punto que señalaba con el dedo, pero para eso debía pasar por su lado.

Qué fácil habría sido salir corriendo si el despacho estuviera vacío, pero no me quedaba otra opción que escoger la opción menos mala. No muy convencido, comencé a avanzar hacia el fantasma. Su mirada me siguió conforme me acercaba, un inquisitivo escrutinio que redujo mi entereza a cenizas. Noté el vaho de mi aliento saliendo a raudales de mi boca, opaco bajo el influjo de la luz que se filtraba por las rendijas de la puerta. Al pasar por su lado, atisbé de reojo que empuñaba el arma con más fuerza. Tembloroso, giré sobre mí mismo hasta dar la espalda a la gabardina.

Con la velocidad de un rayo, su mano asió con fiereza mi muñeca. De mi garganta brotó un atragantado gemido; por suerte, el que habría sido un sonoro alarido en otras circunstancias manó como un reprimido susurro.

La sensación fue extraña. Notaba unos gélidos dedos cerniéndose con una fuerza feroz alrededor de mi muñeca; sin embargo, no era el tacto de una extremidad humana. Sentía como si un haz de tinieblas envolviera mi articulación, como si la propia penumbra que me rodeaba me hubiese tocado la muñeca.

Cerré los ojos instintivamente en un torpe intento por rechazar el contacto. Pero el espíritu, lejos de soltarme, empujó mi mano hacia atrás... hasta que mis dedos entraron en contacto con una fría superficie metálica. De pronto, la presión que ejercía sobre mis huesos desapareció. Abrí los ojos para encontrarme de nuevo con la penumbra; la niña se había ido.

Estaba solo en el armario.

Aún con el corazón en un puño, palpé aquel objeto con la palma de la mano; era un pomo giratorio.

Es curioso cómo una circunstancia tan simple puede cambiar tanto el curso de los acontecimientos. Estoy convencido de que ya habréis imaginado que abrí la puerta y que, al otro lado, encontré algo que precipitó los hechos hasta sus últimas consecuencias. Precisamente ese es el motivo por el que me veo obligado a hacer un alto en el camino con la humilde intención de preveniros. A partir de este punto, la historia se verá envuelta en un lío de sucesos encadenados, hechos que pueden no resultar aptos para todos los estómagos. Si decidierais no continuar leyendo llegados a este punto, lo entenderé.

No obstante, para aquellos que prefiráis proseguir con esta lectura, os recomiendo paciencia y, sobre todo, que tengáis la mente abierta. Todos sabemos que nuestra psique siempre ha sido más sabia que nosotros y que, dada la naturaleza de lo que aquí va a relatarse, tratará de entrar en una fase de negación para protegeros de la verdad. Es por ello que comprendo la dificultad de asimilar todos estos acontecimientos como reales, pero ahí estará cada cual con lo que su razón le permita creer.

Dicho esto, espero que no me reprochéis no haberos avisado con antelación.

Como ya adelantaba unos párrafos más arriba, mi mano topó con un pomo. El corazón me dio un vuelco al chocar con la superficie metálica. Por un instante, se disiparon los jadeos y la imagen que se adivinaba más allá de la rendija del armario; en aquel momento, solo existíamos aquel picaporte y yo.

Con la cautela de la que siempre había hecho gala, giré silenciosamente el asidero; al fin y al cabo, no sabía qué encontraría al otro lado, por lo que cualquier precaución para pasar desapercibido parecía escasa. Contuve el aliento cuando los goznes comenzaron a ceder; para mi fortuna, habían sido engrasados hacía poco. La magnitud de aquel descubrimiento empezó a golpearme el pensamiento. Tal vez era eso lo que había estado buscando con tanta insistencia toda la semana; un hallazgo que me llevara a desenmascarar la fría fachada del alcalde.

Un reflejo de luz inundó el interior del guardarropa. Traté de abrir lo menos posible para no llamar la atención del exterior. Cuando el espacio del vano fue suficiente para albergar el grueso de mi perfil, me desplacé a un lado y comprobé qué había más allá de la puerta. Ante mis ojos, distinguí una iluminada estancia de paredes blancas en cuyo centro se alzaba una oxidada mesita auxiliar. Tras asegurarme de que no había nadie, me deslicé por el hueco hasta introducirme en la nueva habitación. Me obligué a recordar que debía cerrar la puerta si no quería levantar sospechas en caso de que el alcalde decidiera coger alguna prenda del armario.

Una vez en el interior, pude apreciar la sala al completo. Mientras avanzaba, dejé atrás un sencillo escritorio de metal cuya parte frontal desaparecía tras una destartada montaña de cajas. Los fluorescentes titilaban con un incómodo sonido que dotaba de cierto aire mecánico a las lisas paredes de escayola. Sin embargo, me detuve al vislumbrar el muro principal. Al fondo, se erguía

una pantalla plana que abarcaba el ancho de la pared; en la superficie aparecía el escritorio de un ordenador en cuyo fondo de pantalla rezaba «Proyecto Clevence Town». Seguí los cables que emergían de la misma hasta dar con un disimulado ordenador portátil que descansaba sobre una segunda mesita auxiliar.

Suspiré, nervioso. Acababa de entrar a hurtadillas en una habitación secreta que podía contener información relevante sobre lo que buscaba. Debía apresurarme si quería conseguir algo sin ser descubierto; las agujas del reloj jugaban en mi contra.

Me precipité sobre el ordenador y destapé la superficie. Traté de recordar mis escasos conocimientos de informática, tristemente limitados a las pocas ocasiones en las que había accedido al ordenador común del Ayuntamiento. Observé la pantalla, idéntica a la de la pared, y leí el nombre de los iconos existentes. Mis ojos recorrían una palabra tras otra en mi afán por separar la información útil de la inservible. Al fin, me decanté por una carpeta en la que rezaba «Documentos». Hice doble clic y aguardé a que se abriera.

De pronto, creí escuchar un crujido. Me volví por instinto hacia la puerta y esperé unos segundos por si veía algún atisbo de movimiento en el pomo. Sin embargo, ante la ausencia de respuesta, decidí que había sido producto de mi imaginación. Al volverme de nuevo, el fondo de pantalla había sido reemplazado por una carpeta llena de archivos. Empecé a leer de arriba a abajo con la esperanza de hallar algo entre los numerosos ficheros que inundaban la superficie.

«Entrevistas médicas»

«Consejo Clevence Town»

«Escaneo 27-08-2016»

«Escaneo 03-11-2016»

«Noticiero 20-11-2016»

Mi mirada apenas reparó en aquellos documentos. Hasta que, apenas unos segundos más tarde, no pude evitar detenerme en el siguiente título.

«Nuevo cadáver encontrado».

En cualquier otra circunstancia, no le habría concedido la menor importancia. No obstante, algo en mi interior (llámese instinto o cualquier otro término que prefiráis emplear) se despertó. En aquel momento recordé las apariciones de las niñas y un intrínseco llamamiento en lo más profundo de mi ser despertó con renovado interés.

Hice doble clic y contuve la respiración mientras se abría. Cuando el documento se expandió ante mis ojos, distinguí la reconocible estructura de un artículo periodístico. A juzgar por el parco estilo y la poca conexión entre frases, parecía que alguien hubiese copiado un texto de alguna página de Internet y hubiera pegado la información en un documento de texto nuevo. Sin ánimo de perder el tiempo, me incliné y comencé a leer.

«Nuevo cadáver hallado en territorio español. Por segunda vez en menos de un mes, aparece el cuerpo sin vida de una niña. Las similitudes entre estos dos casos y el del Asesino de la Cabeza Rapada de hace cuatro años hacen saltar las alarmas de las autoridades locales. Demasiados paralelismos entre los dos cadáveres y los de Andrea Rodríguez, Henar García, Celia Bautista y Ester Leal. Se baraja la hipótesis de un posible imitador. Descartado el Asesino de la Cabeza Rapada original dada su reclusión en la inescrutable comunidad de Clevence Town».

Instintivamente, di un paso atrás al terminar de leer. ¿Quién era el Asesino de la Cabeza Rapada? Parecía obvio que se trataba del demente que había matado a las niñas que citaba el artículo, pero ¿qué quería decir con que estaba «recluido en la inescrutable comunidad de

Clevence Town»?

De pronto, lo comprendí todo. Al parecer alguien estaba matando niñas siguiendo el patrón utilizado hacía unos años por algún loco, pero los investigadores ni siquiera se molestaban en barajar la posibilidad de que pudiera ser él el responsable de los crímenes de nuevo porque...

Tragué saliva, incapaz de contener el resuello.

...Porque se había contagiado del virus que todos los habitantes de Clevence Town padecían. Y aquello solo podía significar que lo habían enviado allí, que uno de sus vecinos era en realidad un asesino.

Las conexiones se iban agolpando en mi cabeza, construyendo el que había sido hasta ese momento un deslavazado puzle sin resolver.

«Cuatro niñas...». Pensaba a toda velocidad.

Siguiendo el hilo de mis pensamientos, abrí una pestaña de Internet e introduje el nombre de la primera de las víctimas en el buscador. No podéis imaginar lo mucho que deseaba equivocarme en mis conclusiones.

Pero no lo hice.

Al escribir «Andrea Rodríguez niña muerta» y pulsar la tecla *intro*, se desplegaron un sinfín de entradas que parecían contener la más amplia información del caso. Sin embargo, yo solo tuve ojos para las imágenes que acompañaban al primero de los titulares. Ante mi desconcertada mirada, apareció una fotografía de la niña que me atacó por primera vez en el baño. Sin embargo, en aquella imagen su rostro sonreía con la gracilidad propia de su edad. Tenía el pelo pegado a la cabeza con una diadema y, por supuesto, no había rastro de sangre en sus hermosas facciones.

Leí por encima la información que resumía el caso antes de acceder a la web que ampliaba tan escueta sinopsis. Recordé el cuchillo que siempre llevaba consigo y aquella mancha de sangre sobre el vestido blanco a la altura del pecho, así que no me sorprendió averiguar que había muerto apuñalada.

Una vez logré contener el temblor de mis manos, cambié el nombre de Andrea Rodríguez por el de Henar García para descubrir las delicadas facciones de la segunda niña; la que vomitó el agua tras de mí mientras me ocultaba bajo la cama. Pulsé en una de las noticias con el ratón y me bastó con leer las primeras líneas para no querer continuar con aquello:

«Activadas todas las alarmas policiales tras el estremecedor hallazgo de una niña flotando sobre una piscina en la tranquila villa de Cambrils».

No me molesté en introducir los otros dos nombres. Sabía de antemano que se trataban de los otros espíritus que me habían atemorizado durante aquellos días. Recordé entonces su advertencia el día que me desmayé en casa de Eleanor. Repetían *phurya*, una y otra vez. El significado «venganza o expiación» de mi búsqueda en Internet también asaltó mis recuerdos, terminando de encajar la última pieza en el rompecabezas. Al fin, todo parecía estar en su sitio.

El Asesino de la Cabeza Rapada, su asesino, se había contagiado del virus y, por tanto, fue exiliado a vivir en Clevence Town. Sus cuatro víctimas, incapaces de aceptar que quedara impune por sus crímenes, habían regresado de entre los muertos para colmar su venganza.

Pero aquello me devolvía a mi primera pregunta: ¿quién era el criminal? Traté de hacer memoria. Si el artículo decía que los asesinatos habían tenido lugar hacía cuatro años, tan solo tenía que remontarme a ese momento por si pudiera recordar las incorporaciones que se habían sumado a Clevence Town por aquel entonces.

Los primeros nombres que me vinieron a la cabeza fueron Hily, la carnicera, y la señora Folder, pero las descarté inmediatamente al reparar en que el artículo hablaba del asesino en masculino. Aquello dejaba como única alternativa a Clive Maison, el panadero, pero...

No, él no podía ser el asesino; el hecho de que perdiera los papeles cada vez que se enojaba no lo convertía en un asesino. De nuevo, había algo que no encajaba. Creí que todas las piezas estaban en su sitio, pero, en realidad, aún quedaba un hueco en la parte central del puzzle.

De repente, supe qué debía hacer. Me sentí tan idiota que tuve que reprimir el instinto de golpearme en la frente por no haber reparado en ello antes. Tan solo tenía que teclear «Asesino de la Cabeza Rapada» en Internet para buscar alguna imagen.

Y, de hecho, empecé a hacerlo. Pero el sonido del pomo al girar de nuevo me hizo detenerme en el acto. Estaba tan inmerso en mi búsqueda que no había reparado en que las voces del Mayor y la concejala resonaban amortiguadas al otro lado de la puerta.

Tan rápido como fui capaz, cerré todas las ventanas y carpetas hasta dejar intacta la imagen del escritorio. Plegué la pantalla del ordenador y me precipité bajo el escritorio justo a tiempo de ocultarme antes de que abrieran la puerta.

—...Creo que mi madre jamás me permitió sentarme en una mesa. Tomaba demasiado en cuenta la opinión de mis profesores en el colegio —rio la concejala.

—Es una suerte que ni tu madre ni tus maestros hayan estado aquí para ver lo que te hacía sobre un escritorio —apuntó el Mayor—. ¡Adelante, chico!

Vi como se hacía a un lado para dejar pasar a Thor, el perro que había rastreado las migajas de galleta hasta la vivienda del señor Cooper. El animal saltaba entre uno y otro con la pretensión de jugar con las mangas de ambos trajes.

—Para, Thor —ordenó la mujer, cerrando la puerta tras el perro.

La pareja se acercó al ordenador y comenzó a teclear algo que tardé un poco en identificar. Frente a mí había un cristal colocado en horizontal que reflejaba una parte de la pantalla; estaban buscando destinos de viaje.

—Parece que tendremos que esperar para ir a China, cariño —comunicó el Mayor.

—No seas agorero —terció Fishwibber, más optimista—. Con lo que vamos a ganar cuando todo esto acabe podremos permitirnos hacer varios viajes por todo el continente asiático.

Fue entonces cuando descubrí la peor revelación que podría haber hecho. Puede que estéis pensando en el hecho de que estuvieran planeando unas vacaciones teniendo en cuenta la enfermedad que padecíamos, o incluso que aludieran al Proyecto Clevence Town, confirmando así mis sospechas. Pero no fue ninguna de esas cuestiones la que me preocupaba. En realidad, la deducción que más me angustiaba era la siguiente; si yo podía ver la pantalla de la pared, ellos verían mi propio reflejo en el cristal en cuanto se volvieran.

—Tienes razón —concedió el alcalde.

Tenía que salir de allí, y debía hacerlo pronto. Tal vez, si siguieran tan absortos en la pantalla y no se volvían...

Comencé a gatear, pero algo a mi derecha me detuvo antes siquiera de abandonar mi escondrijo. Thor me observaba fijamente, sentado sobre sus elegantes patas traseras. En cuanto cruzamos la mirada, su cola empezó a desplazarse sobre el suelo de un lado a otro, contento de verme.

Vocalicé un claro «no» con los labios e incluso le hice aspavientos con la mano para evitar que viniera hacia mí, pero cualquier intento fue en vano. El animal se irguió y caminó en mi dirección. Antes siquiera de poder protestar, el perro ya se encontraba debajo de la mesa y me cubría la cara de lametones. En otras circunstancias habría recibido gustoso aquella muestra de cariño, pero en ese momento solo podía sentir ardor en la boca del estómago. Si seguía así, no tardarían en descubrirme.

—Claro que la tengo —murmuró la concejala, melosa—. Lo que pasa es que eres un gruñón

que se toma demasiado a pecho su posición.

—No lo sé, cielo —argumentó el aludido—. Creo que Angela tenía razón; tal vez me haya excedido.

—No le hagas caso. No es ella quien dirige esta villa; esa mujerzuela no tiene ni idea de lo que es gobernar un...

—¡Por Dios, Laura! ¿Acaso te oyes hablar de ella? La mientas como si fuera alguien inferior y no es más que una compañera. Tratamos con desprecio a nuestros iguales.

—¿Bromeas? ¡Esa gente está como una cabra! No tienes más que ver cómo lincharon el otro día a ese pobre diablo.

—Dices que ellos están locos, pero... ¿acaso nosotros no estamos aún peor?

Cuando conseguí zafarme de Thor, me acuclillé hasta asegurarme de que no miraban en mi dirección. Acto seguido, me incorporé y, tan silenciosamente como pude, inicié mi avance hacia la puerta. El perro me seguía muy de cerca.

—¿Qué quieres decir?

—Piénsalo —instó el Mayor—. Nos hemos comportado como en el experimento de la cárcel de Stanford.

—¿Hablas de la universidad?

—Sabes que sí.

Conocía aquello. Se referían al estudio psicológico que llevó a cabo Philip Zimbardo para probar la influencia de un ambiente extremo en la conducta del ser humano. Para ello, seleccionaron a dos grupos de estudiantes y les asignaron los roles de presos y carceleros, encerrándolos en el sótano de la universidad con el pretexto de representar una prisión. Todo fue meticulosamente preparado para simular la situación.

Sin embargo, tuvieron que cancelarlo a la semana; los carceleros pronto adoptaron una actitud sádica con los prisioneros, quienes parecían encajar con sumisión las constantes humillaciones. En poco tiempo, ambas secciones se convirtieron en el rol que les habían asignado.

—No tiene nada que ver.

—¿Cómo que no? Es exactamente el mismo caso —espetó el Mayor—. Fuimos escogidos para asegurarnos de que todo sucediera según lo previsto y, con el paso de los años, nos hemos tomado ese liderazgo demasiado a pecho.

Cada palabra se convertía en una nueva revelación. Ansiaba quedarme con todas mis fuerzas, pero sabía que, de hacerlo, estaría condenado.

—Por Dios, mira lo que le he hecho a Cooper hace apenas una semana. ¿Recuerdas cómo amenacé a esa pobre gente? Los humillé y les dije que correrían la misma suerte que él si me desobedecían. Y hoy mismo casi le abro la cabeza a Clive Maison. ¡Si hasta hemos puesto patas arriba sus hogares!

—Pero...

—¡No hay peros! —el alcalde parecía desesperado por hacerse entender—. Tú misma partiste su mobiliario con un bate de béisbol. Esos enseres los trajeron a Clevence Town para tener un recuerdo de lo que dejaban fuera mientras durara el encierro.

Ya casi estaba en la puerta. Ninguno de los dos se había girado.

—Un encierro al que, te recuerdo, accedieron por voluntad propia —sentenció la concejala.

Tuve que reprimir una exclamación para no ser descubierto allí mismo.

—Precisamente por eso les debemos más respeto. Son personas como nosotros, Laura, y últimamente los hemos tratado como a animales. Llevo años mirando a todos por encima del hombro y disfrutando con el miedo que les inspiro. Este Proyecto nos está convirtiendo en

monstruos.

—¡Venga ya! Tú no has intentado matar a golpes a un hombre.

—Pero he fingido incinerar a uno inocente solo porque estaba a punto de irse de la lengua con Dwayne.

Estaba paralizado.

Me obligué a girar el pomo y a cruzar el vano. Cerré los ojos y contuve la respiración. Thor continuaba saltando en mi dirección sin entender por qué no le seguía el juego. Le hice un gesto con la mano para que se alejara y entorné la puerta para seguir escuchando desde el anonimato.

—Hiciste lo que tenías que hacer —terció Fishwibber—. Era demasiado pronto para revelar la verdad.

—Y mira lo que provoqué —bufó el alcalde—. Una horda de mujeres y hombres que han olvidado quiénes eran se lanzaron contra el chivo expiatorio más accesible.

De pronto, Thor comenzó a ladrar en mi dirección. Impaciente por no ser correspondido en el juego, volvió a sentarse y emitió dos suplicantes ladridos.

Aquello bastó para llamar la atención de la pareja. Por suerte, la puerta estaba suficientemente entornada como para no permitir que me vieran mientras cerraba por completo.

—¿Quién anda ahí?! —oí que gritaban desde el interior.

Tan pronto como me fue posible, retrocedí en el armario y salí de nuevo al despacho. Quise correr hacia la puerta, pero choqué contra alguien en quien no había reparado.

—¡Kyle! —exclamó la voz de Korine, sorprendida.

Todos los papeles que le llevaba al alcalde salieron despedidos de sus manos.

Al parecer, mi amiga había ido en mi auxilio para que el Mayor no me descubriera una vez regresara a su despacho.

—¡Korine, tenemos que irnos! —apremié, tirando de ella hacia el pasillo a pesar de su resistencia—. ¡He descubierto algo! ¡El alcalde y la concejala están ahí dentro! ¡Van a salir de un momento a otro y si nos descubren estamos perdidos!

La joven pareció entender, pero hubo algo en su expresión que no me gustó.

—Vete —me instó.

—¿Qué? —Ya se oían los primeros trasteos en el armario; estaban apartando la ropa para abrirse camino—. ¡Si te encuentran creerán que has sido tú quien los ha estado espiando!

—¡Sabrán que he estado aquí igualmente! —terció, señalando los papeles del suelo—. ¡Corre! ¡Ya improvisaré algo!

Contra mi voluntad, me obligué a dar media vuelta y salir del despacho. Sin embargo, mis principios me obligaron a detenerme junto al marco. Recosté la espalda sobre la pared, confuso; sabía que sería mi final si me encontraban allí, pero no podía dejar sola a mi amiga.

—¿Qué haces tú aquí?! —la exigente voz de Fishwibber llegó a mis oídos como un terremoto—. ¡¿Nos has estado espiando, mocosa?!

—Y-yo... —me asomé para comprobar que Korine se había dado la vuelta para evitar que el Mayor y la concejala miraran en mi dirección; sabía que no iba a ser capaz de abandonarla y me estaba protegiendo.

Thor miraba a unos y a otros, incómodo por los gritos.

—¡Habla! —rugió la mujer.

—Laura... —trató de calmarla el alcalde.

—Estaba trayendo los papeles que me encargó el Mayor cuando alguien salió del armario y me arrolló. —Al fin y al cabo, no era mentira; definitivamente, era una magnífica actriz.

—¿Que alguien te golpeó? —quiso saber el alcalde, mucho más tranquilo que su acompañante

—. ¿Quién?

—N-no pude verle la cara —siguió diciendo mi amiga—. Me tiró al suelo y cuando me levanté ya se había ido.

—¡Zorra embustera! —la concejala avanzó con la bravura de un animal salvaje y abofeteó el rostro de Korine.

La joven no estaba preparada; la fuerza del golpe la hizo caer y golpearse la cabeza contra la mesa. Trató de apoyarse en la madera, pero con ello tan solo consiguió arrastrar consigo el espejo que descansaba sobre ella. Thor se alejó de los cristales y ladró con ahínco, sacando los dientes a la mujer.

—¡Por Dios, Laura, ¿te has vuelto loca?! —inquirió el alcalde.

Pero, lejos de amedrentarse, la concejala aferró a Korine de la blusa y la obligó a levantarse. Aquello fue más de lo que pude soportar. Entré como un torbellino y corrí hacia el escritorio sin pensar en las consecuencias.

—¡Kyle, no! —gritó la chica. Pero yo no atendí a razones.

—¡Aléjese de ella, hija de puta!

Sin pensar en lo que hacía, así la silla y la golpeé contra la espalda de la concejala. El impacto contra el enjuto cuerpo de la mujer rompió dos de las patas de madera. *Ipsa facto*, soltó a Korine y cayó al suelo entre dolorida y sorprendida por mi abrupta interrupción.

—¡Señor Dwyane! —las glaciares facciones del alcalde estallaron en una máscara de cólera—. ¡No tiene ni la más remota idea de lo que ha hecho! ¡¿Es consciente de la gravedad de todo esto?! —ayudó a levantarse a la concejala que, aunque magullada, logró ponerse en pie—. ¡Juro que se lo haré pagar! ¡¿Acaso ha olvidado con quién está tratando?!

—No, Mayor —espeté; ya nada importaba—. Me parece que el que olvida con quién habla es usted.

—¡No sé qué clase de cuento se habrá creído, pero no es nadie! —caminó hacia mí hasta quedarse a pocos centímetros de mi rostro.

—Se equivoca —tercié—. Soy el único que tiene valor de plantarle cara a un sinvergüenza como usted.

Aquello le hizo callar; fue su peor error.

—¿Quiere un culpable? Descuide; yo se lo daré —en esa ocasión fui yo quien terminó de acercarse para taladrar su mirada con la mía—. Yo fui quien estuvo espiando lo que hacían en la habitación contigua al armario —el alcalde trató de disimular su consternación, pero su mirada lo delató. Oí la exhalación de la concejala, que se rodeaba la cintura con el brazo—. Escuché todo lo que dijeron, cada palabra y cada mentira que nos han contado. No termino de explicarme qué está pasando, pero no puedo esperar oír la verdad de sus labios. Ustedes —los señalé a ambos— y su Consejo no son más que la escoria resultante de lo que este pueblo le ha hecho a la gente. ¿Quiere que me guarde lo que he escuchado? No se preocupe; no voy a decir nada... de momento. No soy tan tonto como cree; soy consciente de que mi silencio es la única moneda que tengo para chantajearle si quiero que mi amiga y yo salgamos de aquí con vida.

Recogí uno de los fragmentos del espejo que había en el suelo. Sin demora, se lo entregué y dirigí la punta hacia mi pecho.

—Kyle... —sollozó Korine. Yo, en cambio, lejos de escuchar su silenciosa súplica alcé la mano para detenerla.

A su lado, Thor se deshacía en un lastimero llanto, tan desconcertado que no sabía a quién defender. Por un instante, la línea entre bondad y maldad parecía tan fina que apenas se distinguía quién estaba obrando correctamente y quién no.

—Pero sepa que, aunque mis labios estén sellados, haré todo lo que esté en mi mano para hacer de su vida un infierno. —Le tenía donde quería y lo sabía. Puede que él fuera un magnífico mentiroso, pero yo siempre había sabido interpretar la psicología de la gente y utilizarla en mi propio beneficio—. Usted decide si quiere que salga de aquí con vida, o si prefiere mancharse las manos con mi sangre.

La mano le temblaba; tal y como pensaba, no era la mala persona que fingía ser. Aquello le venía grande. No era más que la fachada defectuosa de un edificio a punto de ser destruido.

—Mayor... —Fishwibber aún se resentía de dolor a la altura de las costillas—. No puede consentir que un ciudadano le trate de este modo. Si se supiera, no tendrá a uno, sino a toda la población haciendo esto día y noche.

Escuché el sollozo de Korine, pero apenas tenía oídos para ella. Aquel era el momento final de nuestra partida de ajedrez; acababa de plantearle un jaque definitivo, un golpe letal que derivaría en mate para alguno de los dos.

—Adelante —insistí—. Solo usted puede escoger entre ser el buen hombre que decía ser ahí dentro o convertirse en un tirano despiadado como ella —señalé a la concejala sin apartar la mirada.

Ahora sé que el momento duró apenas unos segundos, pero a mí me parecieron horas. Una parte de mí sabía que hacía lo correcto; que, en realidad, el Mayor no tenía la entereza de matar a una persona. No después de la conversación que había escuchado en el cuarto secreto.

Tal y como imaginaba, la mano del alcalde cayó y soltó el cristal sobre la alfombra.

—Apártate de mi vista —murmuró, sabiéndose vencido. Había abandonado todo su poder, incluidos los formalismos en el trato; ya no tenía sentido fingir.

Le tendí la mano a mi amiga y retrocedí hacia la puerta.

—Korine, vamos.

No fue necesario repetírselo. Se aferró a mi brazo y salió conmigo del despacho. Juntos recorrimos los pasillos del ayuntamiento hasta salir a la plaza Central. Todo cuanto veía a mi alrededor se me antojaba falso. ¿Hasta dónde llegarían las mentiras del Consejo? ¿Qué demonios era el Proyecto Clevence Town?

—¿Se puede saber de qué iba todo eso? —Korine me tiró del brazo a fin de exigir unas merecidas explicaciones.

—Es algo largo de contar.

—Créeme, hoy tengo todo el tiempo del mundo —bufó—. Y esta vez no quiero que omitas ni el más mínimo detalle.

—Vamos a casa de Eleanor —tercié—. Te lo contaré por el camino.

La muchacha me concedió un momento para que ordenara las ideas en mi cabeza, pero no tardó en instarme con la mirada a que empezara.

—Vale, necesito que abras la mente porque, de lo contrario, me acabarás tomando por loco más de lo que ya lo hiciste el otro día.

—Yo no...

—Tú... solo abre la mente, ¿vale? —dulcifiqué el tono; no quería que se sintiera atacada.

Ella asintió en un gesto entre implorante y ansioso. Tomé aire antes de empezar mi relato, dispuesto a hablar sin tapujos por primera vez desde que aquella pesadilla comenzara.

—Estaba buscando información que pudiera inculpar al alcalde en la falsificación de pruebas que determinó la ejecución pública del señor Cooper, pero el Mayor y la concejala Fishwibber entraron en la habitación. Logré esconderme en el armario antes de que me vieran y esperé

mientras ellos... hacían...

Esta vez sí logré que los ojos de Korine se desorbitaran.

—¿Se estaban acostando?!

Asentí.

—Una vez dentro, retrocedí y di con una puerta falsa que comunicaba con un cuarto secreto al otro lado del guardarropa. Después de un rato haciendo unas averiguaciones que ya te contaré más adelante, ambos entraron con el perro en la habitación. Allí conversaron de ciertas cosas que me abrieron los ojos a muchas realidades. Dijeron que estaban realizando un proyecto en Clevence Town y que la situación había empezado a descontrolarse. Aludieron al experimento de la cárcel de Stanford para explicar que tanto el Consejo como nosotros nos hemos encasillado en nuestros papeles de «Gobierno» y «governados»; el Mayor parecía arrepentido de haberse comportado de aquella manera. Por eso supe que nunca me haría daño con el cristal —hice una pausa para escoger cómo debía seguir con la conversación—. Después dijeron que los ciudadanos de Clevence Town habían escogido venir a la villa por voluntad propia, intuyo que para llevar a cabo el Proyecto del que tanto hablan en todas partes. Lo cierto es que eso explicaría la conversación que oí en el templo entre el padre Melquiades y Emma Strike cuando el primero me expulsó del círculo de lectura. Sin embargo, una de las cosas que más me extrañó fue que el mayor Thompson reconociera que no había incinerado al señor Cooper como nos hizo creer, sino que únicamente fingió que lo hacía para que así lo creyéramos. No sé cómo, pero descubrió que el mecánico tenía intención de contarme todo lo referente al Proyecto Clevence Town y se lo quitó de en medio.

—No tiene sentido —opinó Korine—. Todos vimos cómo quemaban la carreta en la que se encontraba el cuerpo del señor Cooper. Además, en caso de seguir con vida, ¿dónde podrían retenerlo? Alguien habría oído algo.

—En realidad tengo una explicación para eso. ¿Recuerdas cuando se partió uno de los tablones del porche del ayuntamiento bajo tu peso? —esperé a que asintiera—. No te dije nada porque no quería alarmarte, pero distinguí la hebilla de una trampa.

—¿Insinúas que alguien la abrió para hacer caer al señor Cooper antes de que el párroco quemara la carreta?

Asentí de nuevo, convencido.

—Pero tu teoría no explica dónde lo tienen cautivo.

—Eso es algo a lo que todavía no he encontrado respuesta. Puede que lo retenga ahí abajo, o puede que esté en cualquier otra parte del pueblo. A fin de cuentas, nadie entra en el bosque, por ejemplo.

—Pero alguien lo habría oído.

—No si todos saben lo que ha sucedido.

—¿Qué?

—Como te decía, la concejala mencionó que todos los ciudadanos de Clevence Town accedieron a venir de forma voluntaria. Sea cual sea el motivo por el que lo hicieron, debe de pesar aún lo suficiente como para que todos hagan oídos sordos a las quejas del señor Cooper.

—Pero eso es ridículo. Piénsalo fríamente, Kyle —me instó—. Eso significaría que tú y yo estamos aquí porque así lo decidimos.

—Nosotros no —puntalicé—. Ni nosotros ni Eleanor, pero nuestros padres sí.

Korine calló. Una parte de ella parecía desear no creer lo que estaba diciendo, pero las evidencias hablaban por sí solas.

—Eleanor, tú y yo somos los únicos que hemos nacido en la villa; los únicos que no provenimos del exterior. Sobre nosotros no pesa ningún tipo de decisión porque nuestros padres

ya la tomaron por nosotros.

—Pero eso significaría que todos están mintiendo. Lady Ambers, Hily...

—Resulta duro, pero todo apunta a que es así.

—¿De verdad crees que pueda haber algo tan importante como para exponerse a que el virus los contagie?

—A decir verdad, llevo ya un tiempo pensando que el Proyecto Clevence Town tiene algo que ver con ese virus. Aún es una hipótesis, pero no me extrañaría que esta enfermedad haya sido creada por el hombre. O que, al menos, nos la hayan inyectado adrede para experimentar con nosotros en busca de una cura.

—Es demasiado enrevesado.

—Es la única posibilidad que se me ocurre —defendí—. No soy capaz de imaginar qué otra cosa podría mover a personas tan dispares en pos de un mismo fin.

—Pero...

—Piénsalo desde este punto de vista —insistí—. Imagina que alguno de tus padres se contagia de una enfermedad para la que todavía no hay cura en el exterior. ¿No estarías dispuesta a lo que fuera para encontrar una vacuna? ¿Aunque eso conlleve inyectarte una cepa y renunciar a tu libertad?

Mi amiga volvió a guardar silencio. No se atrevía a expresarlo en voz alta, pero ambos sabíamos que la respuesta sería una rotunda afirmación.

—Tan solo es una hipótesis que se me ha ocurrido después de pensar sobre ello; no tiene por qué ser la explicación definitiva —apostillé—. Además, aún no termino de comprender por qué ponen tanto empeño en ocultárnoslo.

—Juntos lo descubriremos.

Llegamos a casa de Eleanor y me dispuse a sacar las llaves del bolsillo. Abrí la puerta y la invité a sentarse en uno de los sillones del salón.

—Pero eso no es todo.

Korine me dedicó una mirada inquisitiva. Había captado de nuevo su atención.

—¿Recuerdas que puedo ver los espíritus de cuatro niñas? —ella se limitó a encogerse de hombros—. Bien, pues no estoy tan loco como creía; sé quiénes son —traté de intuir si la conversación iba por buen camino, pero mi amiga se mostró tan inexpresiva que me resultó imposible adivinarlo—. Antes de que el Mayor y la concejala entraran en la habitación, encontré un ordenador y pude investigar sin los filtros de Internet que han colocado en las zonas de informática comunes —hice una pausa—. Abrí un documento fechado a día de anteayer en el que se hablaba de unos crímenes que seguían un patrón muy similar a un asesino en serie de hace unos años: el Asesino de la Cabeza Rapada. Casualmente, fue el hombre que mató a las niñas que se me aparecen.

—¿Es... estás seguro? —titubeó.

Parecía asustada. A decir verdad, podía intuir por qué. La personalidad de Korine siempre había reflejado la luz más pura, y aquel asunto arrojaba un halo de oscuridad que no terminaba de gustarle.

—Completamente —aseveré—. He visto sus fotos y son idénticas a las niñas que llevo viendo desde hace semanas. Y aún hay más: en el artículo que he leído dice que se descarta que el asesino original sea el mismo que el que está cometiendo los crímenes esta vez.

—¿Por qué? ¿Qué los hace estar tan seguros?

—Porque el Asesino de la Cabeza Rapada está en Clevence Town.

Korine adelantó el torso sobre el sillón.

—Y nadie entra ni sale de Clevence Town... —recitó ella haciéndose eco de la ley más indiscutible de la villa. Se cubrió los ojos con las manos y apoyó los codos sobre las piernas—. Esto es una locura. ¿Quién podría ser?

—No lo sé. Al principio sospeché de Clive Maison porque su fecha de ingreso en el pueblo coincide con el año en que el asesino mató a las niñas. Pero no puedo creer que sea capaz de hacer algo así, por muy temperamental que parezca.

—¿Quién entonces? ¿Acaso alguno de nuestros vecinos te levanta más sospechas? ¡Por Dios, Kyle! ¡No puedo imaginarme a lady Ambers matando a cuatro niñas asustadas!

—A lady Ambers no, pero sí podría atribuir algo así al padre Melquiades.

Korine ladeó la cabeza.

—Sabes que ese hombre me agrada tanto o menos que a ti, pero no puedes lanzar una acusación tan grave solo porque no lo soportes.

—Piénsalo fríamente. Es el único que se rapa constantemente la cabeza y ese demente recibió aquel apodo porque rapaba la cabeza de sus víctimas.

—No puedes estar hablando en serio. Por esa regla de tres deberíamos sospechar de la señora Killian por ser la peluquera de Clevence Town.

—Es sombrío y tiene el perfil del perfecto asesino. No hay más que ver el despotismo con el que trata a la gente.

—Igual que el alcalde, Fishwibber y el resto del Consejo y no por ello los tachamos de asesinos.

—Está claro que no pienso lanzar acusaciones al aire hasta que no compruebe que son ciertas, pero mi instinto pocas veces falla y alguien en la villa es la persona que buscamos.

—Aguarda un momento —la muchacha arrugó el ceño—. ¿Has dicho «la persona a la que buscamos»? ¿Desde cuándo tratamos de desenmascarar a un asesino en serie retirado? Creía que pretendíamos inculpar al mayor Thompson en la muerte del señor Cooper... Bueno, mejor dicho, en el secuestro, dadas las nuevas averiguaciones.

—Es tan importante desde que sus víctimas me martirizan día y noche con apariciones y amenazas de venganza —espeté—. Si fueras tú la que estuviera en mi lugar, créeme que harías todo lo posible por lograr que desaparezcan para siempre.

Korine tomó aire.

—Vale —añadió—. Supongamos que no te has imaginado a esas cuatro niñas y que están aquí, en Clevence Town. ¿Cómo estás tan seguro de que quieren vengarse de su asesino y que no han regresado por cualquier otro motivo?

—Porque están matando gente —argüí en alusión a Emma—. Además, en una de sus últimas apariciones repetían una y otra vez la palabra *Phurya*.

—¿*Phurya*?

—Sí —insistí—. Busqué en Internet su significado y encontré una entrada en un diccionario paranormal —era consciente de lo inverosímil que sonaba, pero había prometido no guardar más secretos—. Decía que «*Phurya*» es un término utilizado por antiguos satánicos para referirse a la venganza o expiación de un espíritu que aún posee un asunto pendiente en el mundo terrenal.

—En tal caso, estarás de acuerdo conmigo en que pueden haber regresado para detener al imitador del Asesino de la Cabeza Rapada.

—Entonces, ¿por qué matar a Emma?

—A decir verdad, es algo que me desconcierta. Podría entender que, si existieran, la mataran por ser la asesina original... pero no tendría sentido que siguieran apareciendo después.

—Acabas de llegar al mismo callejón sin salida en el que me encuentro —sentenció.

Korine se inclinó hacia mí y me tomó la mano con ternura.

—Kyle, eres consciente de que nos estás pidiendo a Eleanor y a mí un esfuerzo sobrehumano por admitir la existencia de seres en los que no tenemos ningún tipo de fe, ¿verdad? Te juro que estoy haciendo todo lo posible por sacarte de este entuerto, pero para lograrlo necesito que esa loca cabecita tuya siga en continuo funcionamiento. Al fin y al cabo, quieres que te ayude a librarte de unos espectros cuando ni siquiera creo en ellos.

—Sé que es más fácil creer que me estoy volviendo loco, pero... —hice una pausa con la intención de encontrar otra manera de plantearle la situación—. Abordémoslo desde tu punto de vista; estoy como una cabra.

—Yo no he dicho que...

—De acuerdo, tengo un problema —le resté importancia con la mano—. Estoy esquizofrénico, paranoico o como diablos se llame esto que, en vuestra opinión, me puede estar pasando —ahora fui yo quien se inclinó hacia ella—. Te pido ayuda porque estoy convencido de que cuando lleguemos al final del asunto esas paranoias desaparecerán.

—¿Me he perdido algo? —la voz de Eleanor llegó desde el rellano de la puerta.

Depositó su juego de llaves en el recibidor y caminó hacia nosotros, preocupada. Estábamos tan absortos en la conversación que ni siquiera la habíamos oído llegar.

—Hola —saludé, nervioso—. Creía que te llevaría toda la noche curar a Clive.

—Le hicimos una resonancia y no presentaba daños cerebrales —explicó, ya con nosotros en el sofá—. Curamos la herida y esperamos a que se recuperara del *shock*.

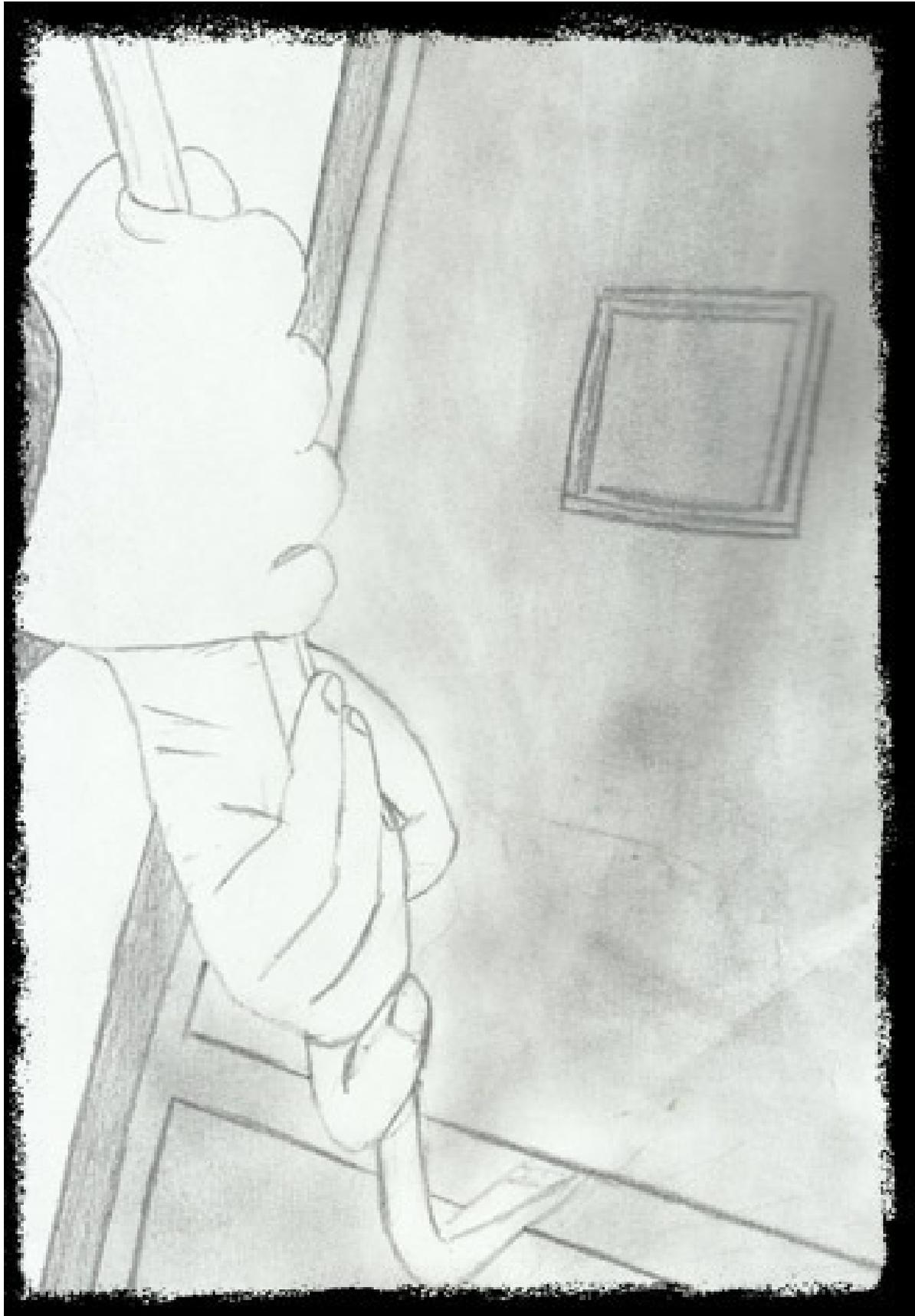
—Me alegro de que todo haya ido bien —en aquello, al menos, era sincero.

—Pero, decidme, ¿de qué estabais hablando cuando he llegado? —insistió—. ¿Hay algo que deba saber?

—En realidad, sí —le comunicó Korine.

Su mirada pasaba de uno a otro, interrogante.

—Siéntate —le sugerí—. Tenemos que hablar.



OSCURO ANOCHECER

La luz artificial de las farolas se filtraba por los orificios de la persiana. Miraba a la penumbra infinita de la habitación de invitados de Eleanor conforme los recuerdos de la charla que había tenido lugar asaltaban su memoria. Cuando repetí mis hallazgos a Eleanor, su escepticismo respecto a los espíritus se clavó en mí como un puñal. Sin embargo, conforme avanzaba en mi relato, la incredulidad fue dando paso a una comprensión que me dejó helado; su mente racional se negaba a creerme... No, no era una empatía que se acercara a la fe en mis palabras; era como si, en verdad, lo único que sintiera hacia mí fuese lástima; una profunda pena por cómo la villa estaba afectando a mi cordura. Por un instante, llegué a considerar la posibilidad de que su silenciosa teoría estuviera más cerca de la realidad que mi inverosímil versión de los hechos.

Inspiré profundamente para paliar los nervios. Al menos, había algo de lo que sí la había convencido: la certeza de que el Asesino de la Cabeza Rapada estaba en Clevence Town parecía sostenerse sobre pruebas fehacientes. Korine prometió encargarse de socavar información en ese sentido. Ahora que mi tapadera como esclavo del alcalde se había ido al traste necesitábamos una fachada más discreta; si bien el Consejo se andaría con cuidado por si yo pudiera estar envenenando su mente, parecía la opción más viable.

Incapaz de conciliar el sueño, me incorporé y salí a la penumbra del pasillo. Caminé descalzo sobre las frías baldosas con la esperanza de no despertar a mis amigas, que dormían en la habitación contigua. Entré en la cocina, bostezando; estaba exhausto, tanto por la falta de sueño como por la carga emocional a la que había estado sometido aquellos días. Con todo ese asunto rondando en mi cabeza me resultaba imposible descansar.

Tenía la esperanza de que bebiendo un vaso de agua mi mente lograra despejarse y centrarse únicamente en dormir; a decir verdad, nunca me había funcionado, pero no perdía nada por intentarlo. Saqué una jarra de la nevera y dejé la puerta entreabierta para utilizar la luz amarillenta que despedía. Acto seguido, me acerqué al armarito de la cristalería que Eleanor había colocado junto a los fogones y lo abrí en busca de un vaso.

Aunque no fue cristal lo que hallé en el interior del mueble.

Agazapados, dos ojos rojos inyectados en sangre me devolvieron una desafiante mirada. La muchacha de pelo rizado se había hecho un ovillo y me gruñía desde el interior; en una fracción de segundos, aferró un vaso y me lo lanzó con saña. Grité y retrocedí de espaldas hasta chocar con la nevera. Al haber dejado la puerta abierta, la inercia hizo que mi cuerpo se introdujera parcialmente y derribara las baldas inferiores con todo su contenido. El crepitar del cristal al romperse contra la pared estalló sobre mis oídos mientras los fragmentos de vidrio tintineaban al caer al suelo.

—¿Qué ha sido eso? —era la entumecida voz de Eleanor desde el otro lado del pasillo, que acababa de despertarse por el ruido.

Las dos únicas puertas que daban acceso a la cocina se cerraron con un estruendo.

—¿Kyle? —me llamó mi amiga, esta vez levantando la voz. Adiviné que Korine ya se había

unido a ella en el corredor—. ¿Va todo bien?

Pero mi única preocupación aún permanecía en el interior de la estancia frente a mí, observándome con aquel par de ojos devorados por las llamas del infierno.

Fue entonces cuando resonó un gemido sobre mi cabeza. Volví la mirada paulatinamente hasta cruzarla con un segundo rostro infantil, también agazapado sobre la superficie del frigorífico. Las quemaduras de su piel parecían titilar bajo las sombras a la espera del momento de atacar.

Un instante que no se hizo esperar.

Antes siquiera de poder levantarme, elevó un grito infernal y extendió los brazos en mi dirección. Traté de zafarme de aquellas manos de muerte, pero sus dedos me asieron por las sienes y golpearon mi cabeza contra una de las paredes de la nevera. El impacto fue certero, como lo fue también el dolor en la zona parietal. Tal fue así que creí sentir el latido de mi corazón sobre mis sienes.

El espíritu se dejó caer a mi lado y asió uno de los trozos del vaso roto. Grité, tratando de retroceder cuando se abalanzó sobre mí.

—¡Kyle! —me llamó Korine. Pude escuchar cómo mis amigas intentaban derribar la puerta con sus envites—. ¿Qué está pasando ahí dentro? ¡Abre de una vez!

Me cubrí el rostro con los brazos para protegerlo de las estocadas. El frío del cristal se clavó una y otra vez en mis manos, un gélido punzón que se iba abriendo camino en mi piel.

—¡Que alguien me ayude, por favor! —pude decir entre gritos—. ¡Socorro!

—¡Kyle! —vociferó Eleanor, desesperada.

Como si la voz de la doctora hubiera activado un resorte en mi atacante, las puñaladas cesaron. La mirada de mi agresora se recreó en la superficie de la puerta antes de volver a clavar en mí aquel par de ojos.

«Se hace tarde... Descubre la verdad...», me instó su distorsionada voz. «Páralo mientras ellos mueren». Entreabrió los labios en una mueca de horror que me sobrecogió el corazón. «¡Phurya!».

Estaba paralizado, no sé decir muy bien si por el miedo o por el dolor. Lo cierto es que mi entereza se resquebrajó antes de que mis miembros reaccionaran hasta que, al fin, la oscuridad del *shock* me fue sumiendo en la más profunda inconsciencia; un rubor de paz que terminó apagando el fuego de aquellos ojos rojos.

Permanecí en pie sobre las baldosas de cerámica de un angosto corredor. Miré a mi alrededor con la esperanza de discernir dónde me encontraba, pero apenas logré atisbar una brizna de luz entre la penumbra de la noche. Caminé en línea recta hasta ser acogido por una amplia estancia tenuemente iluminada. Giré la cabeza hacia la derecha para distinguir una coqueta mesita de cristal coronada por tres amplios sillones. En las paredes se erguían unos sencillos cuadros con motivos florales, como si la pintura pudiera capturar la escasa iluminación artificial que se filtraba del exterior. Parecía el salón de una vivienda femenina.

Pronto el lejano rumor del agua distrajo mi atención. Por primera vez desde que llegara, escuché el suave murmullo de aquel líquido al caer sobre una superficie de mármol. Caminé guiado por el sonido hasta atravesar un segundo pasillo. Conforme me acercaba, logré escuchar el amortiguado ritmo de una canción, cada vez más alto...

So we sailed up to the sun
Till we found the sea of green
And we lived beneath the wave

In our yellow submarine

La música de The Beatles llegó a mis oídos como un aviso. Al fondo, una brillante luz ambarina se filtraba por los resquicios de una puerta entreabierta. Alargué la mano para girar el pomo, pero mis dedos atravesaron el metal como si las leyes de la física quisieran gastarme una broma pesada.

Tembloroso, avancé hacia la puerta hasta que, en lugar de apartarla con mi cuerpo, la atravesé. Entré en un cuarto de baño de paredes azules salpicado de los matices blancos del mobiliario. Busqué el arrullo que me había llevado hasta allí para dar con un grifo abierto; el agua caía en manantial sobre una bañera que se llenaba a buen ritmo. Sobre un taburete de madera, descansaba la pequeña minicadena de la que provenía la canción, que seguía sonando ajena a mi presencia.

We all live in a yellow submarine
Yellow submarine, yellow submarine
We all live in a yellow submarine
Yellow submarine, yellow submarine

Junto a la pared izquierda, Angela Biggens, la enfermera de Clevence Town, se lavaba las manos en un desgastado bidé. Me pregunté qué haría yo en aquel escenario, pero pronto sucedió algo que se jactó al recordármelo. Creí distinguir un ligero movimiento en la bañera, algo apenas imperceptible que, sin embargo, captó toda mi atención. Sentí un nudo en el estómago al ver como aquellos dedos infantiles emergían del agua y se aferraban al borde.

Aquello solo podía significar una cosa.

La señora Biggens dio media vuelta y miró en derredor, confundida por aquel sonido. Ante la ausencia de movimiento, continuó con su rutina y asió una amplia toalla de baño. No sospechaba que el origen de aquel mortífero arrullo descansaba en el interior.

As we live a life of ease
Everyone of us has all we need

Conforme avanzaba hacia la bañera, mis recuerdos me devolvieron la imagen de Emma Strike con el cuello volteado en aquel ángulo imposible. Todo había comenzado de la misma manera, como en un sueño.

Sin embargo, al asomarme al interior, el grácil rostro de la segunda niña me devolvió una inocente mirada desde debajo del agua. Permanecía, impasible, bajo la superficie a la espera de su presa.

Sky of blue and sea of green
In our yellow (In our yellow)
submarine (Submarine, ha, ha)

Quedé tan absorto con el espíritu que aguardaba frente a mí, que no reparé en la señora Biggens hasta que depositó la toalla junto al taburete. Quise detenerla, pero fue demasiado tarde. Cuando su mirada se desvió a la bañera, su boca se desorbitó en un ensordecedor alarido al vislumbrar a la niña bajo el agua.

Por primera vez desde que la vi, el fantasma volvió la cabeza. En apenas una fracción de segundo, se incorporó de cintura para arriba y asió a Angela por las muñecas. Esta, aún gritando, cayó hacia delante salpicando una cascada de agua sobre el suelo.

We all live in a yellow submarine,
yellow submarine,
yellow submarine

Los brazos de la niña rodearon el cuello de la enfermera y sumergieron su rostro bajo el agua. La mujer pateaba en una lucha desesperada por escapar de aquella presa que la impedía respirar; pero sus pies descalzos resbalaban una y otra vez por la lisa superficie de mármol. Me agaché con la respiración entrecortada para sumergir mis manos en el agua, pero mis dedos atravesaron el cuerpo de mi vecina como si no estuviera realmente con ella.

We all live in a yellow submarine,
yellow submarine,
yellow submarine

El rostro de la señora Biggens se contrajo en una mueca de dolor en su lucha contra la necesidad de oxígeno de sus pulmones.

«Qué aburrido...», dijo una voz a mi espalda.

Me incorporé sobresaltado para ver a la niña de los moretones en el cuello junto al taburete. Ignorando mi presencia, observaba la escena que tenía lugar entre las angostas paredes de mármol. Tras un hastiado suspiro, asió la minicadena y la colocó sobre la bañera.

We all live in a yellow submarine,
yellow submarine,
yellow submarine

La enfermera la observó aterrada, incapaz de disimular la súplica de su mirada. Gritó bajo el agua, pero tan solo sirvió para acumular un borboteo de burbujas alrededor de su boca.

—Por favor, no lo hagas —imploré.

Solo entonces el espectro desvió la mirada hacia mí. Torció los labios en una tosca sonrisa y, sin más dilación, dejó caer la radio al agua.

—¡No! —pero mi voz se vio ahogada por el estremecedor silbido de la electricidad.

El cuerpo de Angela se convulsionó conforme las descargas arrasaban cada resquicio. Las luces titilaron en un grotesco parpadeo únicamente interrumpido por las chispas que saltaban del agua. Sus manos se aferraron al borde de la bañera mientras la electricidad le quemaba por dentro... Hasta que, al fin, resbalaron sin vida sobre la superficie de mármol.



Desperté sobre los restos de la comida que había tirado de la nevera de Eleanor. Grité, horrorizado, como una prolongación del alarido de mi sueño. A mi lado, mis amigas me sujetaron los brazos y las piernas para evitar que pudiera lastimarme en mi estado.

—¡Kyle, tienes que calmarte! —vociferó Korine, desesperada.

Sin embargo, yo solo podía pensar en la desencajada mueca de la enfermera cuando la radio entró en contacto con el agua de su bañera.

—¡La han matado! —lloré—. ¡Han matado a la señora Biggens!

—¿Qué estás diciendo? —fue la voz de Eleanor la que respondió—. Angela está en su casa.

—¡No! ¡No! —bramé—. ¡Está muerta!

Traté de zafarme de su presa alrededor de mis extremidades, pero me fue imposible.

—Está fuera de sí —masculló Korine desesperada.

—Tengo sedantes en el sótano —anunció Eleanor—. ¿Crees que podrás con él tú sola?

Pero antes de que la interpelada pudiera responder, ya se había incorporado y corría cuanto largo era el pasillo para hacerse con una jeringuilla.

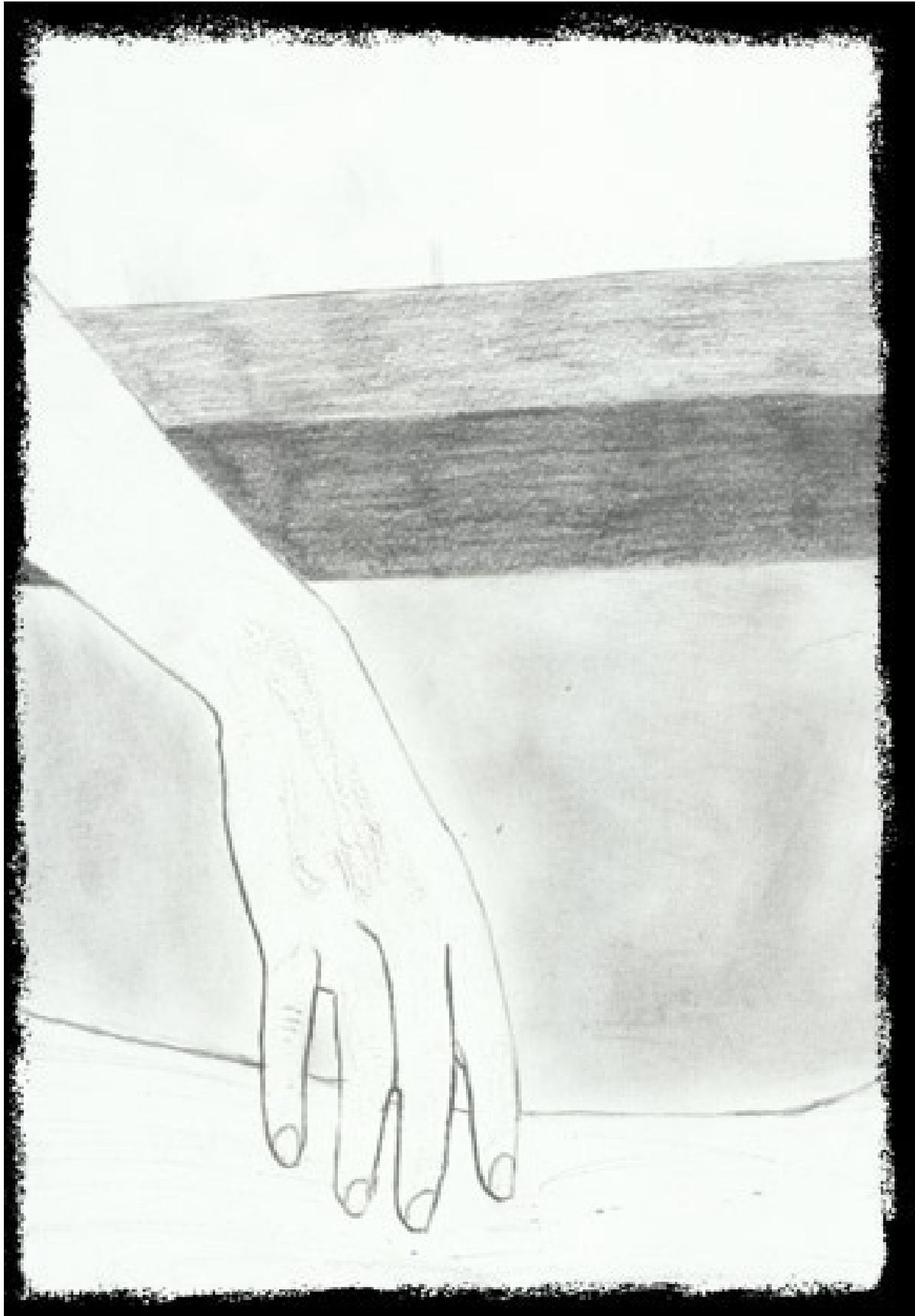
—¡No! —estallé—. ¡No quiero dormir! Si duermo las veré, Korine... Te lo suplico...

Pude reconocer un asomo de lástima en su mirada. Definitivamente, si aún no pensaba que había perdido el juicio quedaba muy poco para que lo creyera. Eleanor volvió a entrar en la cocina y se arrodilló a mi lado; sostenía una jeringuilla que contenía un líquido transparente. Traté de resistirme cuando presionó el émbolo, pero la aguja atravesó la piel de mi brazo a pesar de mi esfuerzo. Por un instante, la odié tanto que quise estrangularla.

—Tranquilo —sus cálidos dedos acariciaron mis mejillas con cariño—. Ya ha pasado todo.

Poco a poco, el sonido de sus palabras empezó a sonar amortiguado. Parecía que mi cerebro se alejara cada vez más del lugar, como si cada sonido rebotara en mis pensamientos en un eco lejano.

Mis músculos se distendieron hasta dejar de temblar. La presa de mis amigas se fue haciendo cada vez más débil conforme el peso de mis párpados aumentaba. Y, de nuevo, el negro dominó todo cuanto alcancé a distinguir.



8

OSCURO DESCUBRIMIENTO

Cuando abrí los ojos, tardé en adaptarme a la penumbra del dormitorio de Eleanor. Tenía los brazos vendados, como si aquel suave tejido de gasa pudiera aliviar el escozor que agujoneaba la superficie de mi piel. Mi espalda descansaba sobre un mullido colchón mientras mi cabeza, apoyada en una cómoda almohada, se movía de un lado a otro. Los recuerdos comenzaron a asaltarme bajo el influjo de las tinieblas, una cruel letanía que no tardó en ordenar los hechos mientras me liberaba de los efectos del fármaco. Deduje que mis amigas me habrían arrastrado hasta allí una vez perdí el conocimiento.

Sin embargo, el discurso de mis pensamientos se detuvo cuando mis ojos se encontraron con una silueta frente a la puerta. Sobre una silla de madera descansaba una arrugada figura envuelta en pomposas vestiduras.

—Buenos días, Kyle —me saludó una ajada voz de anciana.

—Lady Ambers... —reconocí—. ¿Qué hace usted aquí?

—Tus amigas me llamaron para cuidar de ti mientras ellas trabajaban —sonrió, ya en pie—. Debí convencerlas de mi disposición a protegerte después de defenderte de Clive Maison.

—¿La han dejado a cargo?

—¿Acaso no me crees capaz? —bromeó—. Ten cuidado, muchacho; soy más hábil con esta garrota de lo que puedas imaginar. Pensaba usarla si alguien se propasaba contigo, pero no tengo inconveniente en emplearla contra ti si sigues mostrándote escéptico.

Semejante ocurrencia me hizo reír por primera vez en días.

—Ha sido muy amable al acceder a quedarse —agradecí finalmente—. Espero no haber sido una carga demasiado pesada.

—No te preocupes, joven. Las arrugas me han enseñado a tratar con gente mucho peor que tú —terció—. Te prepararé algo de desayunar.

Quise pedirle que no se tomara la molestia, pero el sonido de unas llaves al girar en la cerradura captó la atención de ambos. Poco después, Korine cruzó el vano de la puerta; llevaba consigo un bulto irregular en la mano, algo envuelto en una bolsa de plástico.

—Hola, pequeña —saludó Lady Ambers—. No te esperaba hasta las siete.

—He salido un poco antes —espetó mi amiga, aún inexpresiva—. Tenía que hablar con Kyle.

La anciana cruzó una significativa mirada con la recién llegada en su afán por descubrir qué sucedía.

—En tal caso, será mejor que me vaya —anunció, sabiendo cuándo estaba de más.

—Gracias por cuidar de él, lady Ambers —añadió Korine—. Ha sido usted muy amable.

—No se merecen, hija —terció la mujer—. Si no nos ayudáramos entre nosotros estaríamos perdidos.

—La acompañaré hasta la puerta —ofreció mi amiga.

—No será necesario. Conozco el camino —se volvió hacia a mí con su habitual sonrisa—. Hasta la próxima, Kyle. Espero que te encuentres mejor.

—Gracias, lady Ambers —me despedí.

Complacida ante mis palabras, dio media vuelta y caminó por el pasillo hacia la salida. Korine y yo mantuvimos con inusitado rigor aquel incómodo silencio aun cuando escuchamos el ruido de la puerta al cerrarse.

—¿Qué hora es? —comencé, sin saber muy bien cómo iniciar la conversación.

—Son las seis de la tarde.

En lugar de continuar, volvió a guardar sepulcral silencio.

—Bueno, ¿qué es eso que querías hablar conmigo? —añadí, consciente de que ella no sabía muy bien cómo empezar.

—Han encontrado el cadáver de Angela Biggens en su bañera este mediodía —recitó—. Está muerta, Kyle, tal y como dijiste ayer antes de que Eleanor te sedara; a ella también le han rapado la cabeza.

Sentí un nudo en el estómago. No sabía si interpretar aquello como una comunicación o como una acusación. Por un instante, temí que mi amiga me considerase culpable de semejante atrocidad. Sin embargo, lo que más miedo me dio fue el hecho de descubrir que, por segunda vez, había presenciado el asesinato de uno de mis vecinos... y que dicho crimen había sido cometido por un espíritu. La impotencia de saber que no podía contar algo tan descabellado me abrasó las entrañas; ya había intentado mostrarme más cooperativo con mis amigas y solo había conseguido que una de ellas me hablara como a un desconocido.

—Korine, yo...

Pero ella me detuvo alzando la mano.

—No tienes que explicarme nada —añadió—. Te creo.

Aquello me dejó mudo. Al principio di por hecho que la mujer me relacionaría con el crimen de la enfermera; de lo contrario, su mente racional no podría explicarse que yo supiera de aquel suceso antes que el resto del pueblo.

—¿Qué?

—Dices que los fantasmas de las niñas son los que han matado a Emma Strike y a Angela Biggens —no me había dado cuenta hasta ese momento de lo mucho que le temblaba el pulso—. Pues... sé que es cierto.

No dije nada. Sabía que continuaría cuando se viera preparada, así que me limité a aguardar en silencio. No fue hasta pasados unos segundos que se acercó a la cama y se sentó a mi lado. Desplegó la bolsa y extrajo su cámara digital del interior.

—Ayer, cuando Eleanor te sedó, me sentí sobrepasada por la situación. Toda la cocina estaba hecha un desastre y las heridas de tus manos... —empezó—. Me puse muy nerviosa y decidí irme a mi casa. Eleanor trató de advertirme del toque de queda, pero no atendí a razones. Me fui escondiendo entre los árboles y los cubos de basura hasta llegar —desplegó la pantalla de la cámara y presionó el botón de encendido—. Me senté en una silla de la cocina y traté de serenarme; mis padres dormían de nuevo en la casa de mis vecinos, así que me preparé un *whisky* y esperé a que mis nervios se calmaran un poco —buscaba en la sección de vídeos mientras me relataba su historia, como si para mí tuviera algún sentido que hubiera traído la cámara—. Sin embargo, saltaron los fusibles de nuevo y me quedé sin luz. No veía nada y tenía miedo de chocar contra algo si me dirigía a tientas por el pasillo. Recordé que siempre guardo la cámara en el mueble de la habitación, así que se me ocurrió utilizar los infrarrojos para ver el camino hasta el corredor —al fin, encontró el vídeo que buscaba—. Esto fue lo que grabé.

Sin más, dio al botón de reproducción.

En la cámara, pude atisbar la habitación de Korine bajo el espectral influjo de la luz verdosa de los infrarrojos. La imagen se movía constantemente, temblorosa por el movimiento de mi amiga

al andar. Al acercarme, pude reconocer su respiración mientras avanzaba.

De pronto, al entrar en el pasillo, se escucharon las sutiles carcajadas de unas niñas. La Korine del vídeo lanzó un gemido ahogado mientras el enfoque cambiaba bruscamente de un lado a otro. «¿Quién anda ahí?», espetó mi amiga. Sin embargo, por toda respuesta volvió a resonar una risa infantil a su espalda. Esta vez, al volver la cámara, apareció la silueta de una niña al final del corredor; la pequeña sostenía un afilado puñal en una mano, observando la cámara tras un manojito de pelo negro.

Mi amiga profirió un alarido y dejó caer la cámara por inercia. La imagen tembló mientras giraba sobre sí misma al rebotar sobre el suelo. Al detenerse, el vídeo enfocaba la puerta de acceso al salón; pude apreciar la silueta de Korine gateando hasta apoyar la espalda contra el marco. Respiraba entrecortadamente mientras sus ojos se movían de un lado a otro, perdidos en la oscuridad.

Uno a uno, los espíritus de las otras tres niñas cruzaron el vano de la puerta a la que enfocaba la cámara. Caminaron en procesión por el pasillo al lado de una Korine que, en la oscuridad, no veía nada. Una de ellas, la de la cara quemada, desvió la mirada en su dirección, pero siguió el ritmo de sus compañeras hasta desaparecer tras la cámara. Poco a poco, mi amiga se recompuso y comenzó a gatear lentamente hacia el lugar donde recordaba haber dejado caer la cámara. Palpaba las paredes y los muebles en busca de una guía que la ayudara a avanzar hasta que, por fin, se hizo con el artilugio que buscaba. La imagen ascendió de nuevo hasta que se detuvo un poco más arriba. Korine, asustada, la dirigió en todas direcciones con el fin de atisbar el rastro de la niña que había visto junto a la puerta de entrada; pero allí no había nadie. Corrió cuan rápido le permitieron sus piernas hasta la caja de fusibles y presionó el botón que iluminó de nuevo su hogar. Tras un destello, la grabación terminó.

De vuelta al presente, desvié la mirada hacia mi amiga. Ella, en cambio, no podía sino observar con fijeza la imagen congelada del vídeo que acababa de concluir.

—No he pegado ojo en toda la noche —dijo en un hilo de voz—. Tuve miedo de salir de casa, pero no fui capaz de apagar las luces hasta esta mañana.

—Korine...

—Reconozco que al principio pensé que estabas perdiendo el juicio —añadió, lejos de escucharme—. Estaba convencida de que podría ayudarte a olvidar todas esas paranoias sobre niñas fantasma. No terminé de creerte y ahora... —al fin, cruzó una aterrorizada mirada con la mía—. Kyle, lo siento tanto...

Por toda respuesta, me acerqué a ella y la abracé. Ella lloró sobre mi hombro para ahogar el llanto sobre mi ropa. Permanecimos así a la espera de que ella se calmara. Tuve sentimientos encontrados: por un lado, compadecía el terror de Korine, un horror que yo mismo había sentido días atrás cuando la primera aparición se dejó ver en mi cuarto de baño; por otro, en cambio, sentí un inmenso alivio al saber que alguien más las había visto. No estaba solo en aquello y, por primera vez, alguien me creía. Además, eso solo podía significar que no estaba loco y, después de tanto sufrimiento, había una prueba filmada de la existencia de los espectros. La cámara de Korine los había grabado y podía demostrar que no había perdido la cabeza.

El llanto se fue disipando entre estertores. Cuando se hubo tranquilizado, la mujer se incorporó y me miró con los ojos húmedos.

—Haremos que desaparezcan —la consolé—. Aún no sé cómo, pero lo lograremos.

—En realidad, hoy he estado investigando en la oficina del Ayuntamiento —me dijo mientras sacaba unas hojas impresas de la bolsa—. He encontrado información sobre las niñas que vi en el vídeo gracias a lo que nos contaste a Eleanor y a mí —colocó una fotografía de cada una sobre la

cama; tal y como yo las había visto en el ordenador del Ayuntamiento, sus rostros se mostraban amables y sonrientes—. Busqué sobre el Asesino de la Cabeza Rapada y descubrí que había matado a estas cuatro niñas hace ya cinco años —comenzó a señalarlas de izquierda a derecha—. Andrea García, Henar Rodríguez, Celia Bautista y Ester Leal —desvió rápidamente la mirada, incapaz de ver aquellos rostros—. Por lo visto, su hija falleció de cáncer y aquello lo trastornó; mató a sus víctimas y les rapó la cabeza con la esperanza de hacer varias pelucas para su difunta hija.

—De ahí el apelativo con el que fue bautizado —deduje en voz alta.

Korine asintió.

—Pero aún hay más —mi amiga extrajo cuatro nuevas fotografías de la bolsa y tendió tres de ellas sobre el colchón. En ellas, aparecían los rostros de tres niñas diferentes—. Este último mes se han producido los asesinatos de tres nuevas niñas en condiciones muy similares. El primer cadáver —señaló una de las fotografías—, apareció en el jardín de unos ancianos; el segundo —desvió el índice a la imagen contigua—, fue hallado en una piscina privada y, por último —apuntó la tercera fotografía—, esta niña fue encontrada colgando de un árbol... Todas ellas con la cabeza completamente rapada.

Se me revolvió el estómago ante la certeza de que aquellos gráciles rostros infantiles descansaban ahora en la sala de autopsia de algún médico forense.

—¿Sabes si el asesino está respetando el patrón temporal de la vez anterior?

—No, en esta ocasión parece tener más prisa por terminar.

—¿Y encontraste una fotografía que nos pueda ayudar a encontrarlo? —quise saber, señalando la cuarta impresión que aún ocultaba en su mano.

—No —negó con la cabeza—. Por más que he buscado, su rostro ha sido borrado de todas las bases de datos a las que puedo acceder desde mi ordenador. Esta —añadió mientras alzaba la última imagen—, es la fotografía de una niña que ha desaparecido esta misma mañana en circunstancias similares a las otras —observé con detenimiento a la pequeña, que nos sonreía desde el papel. Tenía los ojos castaños, subrayados con timidez por unas bonitas pecas; el cabello, del mismo color que los iris, caía en tirabuzones sobre sus hombros—. La policía sospecha que podría tratarse de la cuarta víctima del asesino. Han desplegado varias unidades de búsqueda con la esperanza de encontrarla antes de que sea demasiado tarde.

—Cuatro niñas, cuatro víctimas —musité—. Parece un plan minuciosamente calculado.

—No me cabe la menor duda —continuó mi amiga—. ¿Recuerdas que anoche volví a mi casa tras el toque de queda?

—Sí.

—Bien, pues hubo un momento en el que creí distinguir una sombra al otro lado de la calle. Me escondí detrás de unos cubos por si se trataba de alguno de los concejales de guardia, pero, al ver que nadie aparecía, continué hacia mi casa.

—Sin embargo, tú sigues creyendo que había alguien en la oscuridad; alguien que esperó a que tú te marcharas por temor a ser descubierto.

Korine asintió. Aquello tenía sentido.

—El encapuchado —pronuncié su nombre en tono solemne—. Sale del pueblo justo cuando desaparece la última niña... Tiene sentido.

De pronto, caí en la cuenta de una obviedad que había pasado por alto hasta ese momento. Algo que echaba por tierra las conclusiones de la policía que investigaba los nuevos crímenes; aquel que estaba matando a las niñas en el presente era el Asesino de la Cabeza Rapada original. Parecía tan obvio que fui incapaz de imaginarlo antes de llegar a las anteriores pesquisas. Había

algo que yo sabía y que los investigadores desconocían; alguien estaba saliendo de Clevence Town por las noches cuando creía que todos dormían en sus hogares tras el toque de queda: el encapuchado.

—¿Crees que está ahí fuera, esperando el momento adecuado para matarla?

—Es lo más probable —espeté—. Permanecerá fuera hasta que haya concluido su plan.

—Entonces, ¿cómo vamos a detenerle? —increpó Korne—. No podemos salir de Clevence Town, Kyle. Estamos atados de pies y manos.

—Algo tenemos que hacer, aunque aún no sé muy bien qué —tercié, confuso—. Lo único que saco en claro es que los fantasmas de sus primeras víctimas no nos dejarán en paz hasta que no lo detengamos, y no quiero imaginar lo que serán capaces de hacer si llegamos tarde.

Korine hundió el rostro entre sus manos y se rindió de nuevo al llanto. Rodeé sus hombros con un brazo y la atraje hacia mí; quién me iba a decir que terminaría consolando a alguien por la presencia de los espíritus cuando yo mismo me creí morir al ver al primero.

—Tranquila —le susurré al oído—. Saldremos de esta.

Ella alzó la mirada y sostuvo la mía en silencio. Permanecimos así unos segundos antes de que desviara la suya hacia mis labios. Sentí una congoja que nunca antes había sentido al reparar en sus intenciones, pero algo me impidió apartarme cuando inclinó su cabeza sobre la mía para besarme.

Dejé que sus labios saborearan los míos y, por un instante, permití que los míos también lo hicieran. Sin embargo, un flechazo de culpabilidad atravesó mi corazón, como si estuviera traicionándonos a ambos.

Me separé en un resorte y me permití tomar aire.

—Espera —susurré—. Korine, no podemos.

—Yo... —titubeó ella con una renovada intensidad en la mirada—. No sé muy bien qué me ha pasado; es como si todo esto hubiera despertado algo que hasta ahora había logrado encerrar dentro de mí. Lo único que sé es que quiero hacerlo —evaluó mi expresión para comprobar si se había excedido—. No te estoy pidiendo matrimonio, Kyle. Los dos necesitamos ir despacio... pero, después de lo que he visto esta noche y de cómo se están complicando las cosas en Clevence Town, no sé qué nos va a deparar esta historia mañana, o incluso dentro de unas horas. No quiero que suceda algo irreparable sin siquiera haberlo intentado.

Una vez más, aquella congoja me oprimió el pecho. Ambos sabíamos que podría haberlo hecho perfectamente, pero la respetaba demasiado como para jugar así con ella.

—Lo siento —dije mientras me incorporaba—. Tenía pensado ir al cementerio antes de que sonara el toque de queda; tal vez debería apresurarme.

Encajó el golpe lo mejor que pudo. Por un instante, pude atisbar un ápice de decepción en su rostro, pero era demasiado orgullosa para permitir que sus sentimientos se desbordaran delante del hombre que acababa de darle un puñetazo en el corazón. Seguramente tuvo que hacer acopio de todo su esfuerzo para disimular el desengaño.

—¿Al cementerio? No sé si es el lugar más adecuado dadas las circunstancias.

—Me gustaría visitar las tumbas de mis padres —añadí, aún incómodo—. Ir a verlos siempre me ha ayudado a pensar; igual doy con algo que se nos haya podido escapar antes.

Korine me observaba desde la cama. No parecía muy tranquila con la idea de que fuera a un cementerio después de la revelación de la cámara, pero me conocía lo suficiente para saber que nada me haría cambiar de idea si ya había tomado la decisión. Además, los dos nos sentíamos demasiado tirantes después de lo que acababa de suceder; probablemente ella también necesitara salir de aquella situación como fuera.

—¿Nos vemos en un rato? —accedió.

—Claro. No tardaré.

—Seguramente duerma con mis padres en el chalet de la señora Killian —señaló, contrita—. No creo que vuelva a mi casa en una temporada.

Comprendí lo que quería decir. Descubrir la existencia de las niñas en su hogar había hecho mella en su entereza.

—Se lo comentaré a Eleanor cuando regrese.

Ella asintió, desganada.

Tras un movimiento de cabeza, caminé hasta la entrada y descorrí el cerrojo. Abrí la puerta y avancé a la intemperie. La noche de Clevence Town me recibió con su frío abrazo mientras yo, ajeno a ella en mis divagaciones, emprendí la marcha hacia la avenida de los Recuerdos. Debía apresurarme si quería estar de vuelta antes del toque de queda.



Una ligera bruma se había extendido por la villa aquella noche. La niebla arañaba las lápidas del cementerio como un ente latente que se adhiere a la roca. Caminaba con las manos en los bolsillos, avergonzado por las vendas que cubrían las heridas. Pensaba en lo mucho que había cambiado mi vida en apenas una semana; unos días antes, vivía mi rutina en Clevence Town como cualquier ciudadano de a pie. Iba al mercado, obedecía las normas sin atreverme a cuestionar a aquellos que las habían impuesto...

Todo mi mundo se había desmoronado bajo el titular de «Proyecto Clevence Town», una maraña de engaños sobre la que el Consejo había erigido la villa; además, los espíritus de unas niñas habían asesinado a dos de mis vecinas y me torturaban para que detuviera a un asesino en serie.

O para vengar su propia muerte.

Aquel caudal de pensamientos se detuvo cuando mis pies encallaron frente a las lápidas de mis progenitores. Sonreí con nostalgia mientras acariciaba la fría superficie con los dedos. Deseé que mis padres escucharan mis ruegos y me ayudaran a clarificar aquel atolladero. Una lágrima se deslizó por mi mejilla, fruto de mi desesperación; siempre había encontrado consuelo en aquel lugar, pero, por primera vez, tan solo me hizo sentirme vacío. No logré hallar el calor que me reportaba leer el nombre de mis padres sobre la piedra, como si hubiera olvidado sus rostros bajo el manto de los años. Como si ya no estuvieran realmente allí.

—Tal vez ellos no sean capaces de darte las respuestas que necesitas —me volví sobre mis talones siguiendo la dirección de aquella voz, sobresaltado. La adusta figura del reverendo Melquiades se erguía con rectitud—. Pero yo puedo ayudarte a encontrarlas.

Una sensación extraña se alojó en mi estómago, algo similar al miedo. Recordé las acusaciones que había profesado a Korine el día anterior, mis reservas sobre la posible culpabilidad del sacerdote en los asesinatos. El peso de mis divagaciones caía sobre mí con un lastre de pánico.

—¿Qué hace usted aquí? —quise saber.

—Estaba asomado a la ventana del templo y te vi aparecer.

—Señaló uno de los vanos de la iglesia, no muy lejos de allí—. Supuse qué es lo que vienes buscando y, si decides quitar esa cara de idiota, tal vez puedas acompañarme a un sitio.

—Lo lamento, pero dudo que pueda ayudarme con lo que necesito saber —mi voz sonó sombría, aún reticente.

—Si no he entendido mal, andas tras la pista de un asesino. Aquella revelación me abofeteó como un golpe de martillo.

—¿Cómo...?

—¿Cómo me he enterado? —el párroco se encogió de hombros—. Después de vuestro altercado de ayer con el Mayor y la concejala Fishwibber, tu amiga la administradora y tú sois los únicos que conocíais la existencia de la habitación secreta del alcalde —quise salir corriendo, pero algo me impidió mover los pies del suelo—. Hoy, registrando el historial de búsqueda, hemos descubierto que alguien ha estado curioseando acerca de los crímenes de unas niñas y su relación con otros asesinatos del pasado. Puesto que ningún miembro del Consejo ha realizado dicha investigación, solo quedan dos posibilidades —sonrió con ironía—. Aunque, en cualquiera de los casos, todos sabemos que esas dos personas trabajan juntas en la búsqueda de dicha información, ¿me equivoco?

—¿Qué es lo que quiere? —espeté a la defensiva.

—Tranquilo, Kyle —el sacerdote alzó las manos en gesto conciliador—. Por mucho que te cueste creerlo, no soy tu enemigo. Puede que mis superiores no estén de acuerdo, pero creo que ha llegado el momento de acelerar el proceso.

—¿Qué proceso? —me permití la licencia de dar un paso al frente—. ¿Se refiere al Proyecto Clevence Town?

—Despacio, chico —me calmó—. He dicho que pretendía ayudarte, pero no puedo darte las respuestas de forma directa.

—¿Por qué? —demandé—. ¿Qué sentido tiene encauzarme hacia unas respuestas que quiere que averigüe cuando sería más rápido si me las comunica directamente?

—Es complicado —atajó el párroco—. Ahora mismo, mi mayor preocupación es encontrar al asesino antes de que siga matando niñas; con tus averiguaciones, estás más cerca de conseguirlo que cualquier persona. No pretendo que compartas conmigo la información que has obtenido ni tus conclusiones, tan solo quiero darte una pieza más que tal vez te sirva de algo —carraspeó con parsimonia—. El Proyecto Clevence Town no es algo de lo que deba hablar contigo. Puede que ahora no lo entiendas, pero comprenderás mi silencio cuando todo haya salido a la luz. No conviene precipitar las cosas porque podrían salir mal.

—No confío en usted —declaré.

El aludido, lejos de enojarse, rio sonoramente.

—Haces bien —convino—. Yo tampoco confío en nadie.

Este pueblo ya no es lo que era.

Guardé un momento de silencio para sopesar cuál sería mi próximo paso.

—¿Dónde quiere llevarme?

—Al cobertizo de los alimentos.

Aquello no lo esperaba. Además, tampoco me simpatizaba la idea de internarme en el bosque de noche con aquel hombre.

—Pensaba que únicamente el Consejo tenía llaves del cobertizo.

—Hay muchas cosas que ignoras, Kyle —indicó el reverendo mientras extraía una oxidada llave de metal del bolsillo de la sotana—. Basta decir que el Consejo no es más que una fachada para ocultar a los verdaderos líderes de la villa.

Aquello terminó de descolocarme.

—¿Insinúa que el Consejo no gobierna Clevence Town?

—En efecto —confirmó el sacerdote—. Si me acompañas, ese será el único aspecto del Proyecto Clevence Town que estoy dispuesto a compartir contigo esta noche.

Al principio, dudé. Pero no tardé en comprender que aquello era lo más cerca que había estado de sacar algo en claro desde que todo comenzó. No podía echarme atrás ahora que lo tenía tan cerca.

—Está bien —accedí.

Él se volvió y comenzó a caminar hacia el exterior. Yo le seguí hasta abandonar el cementerio, siempre un par de pasos por detrás. Nuestros pies abrían la bruma a nuestro paso mientras atravesábamos su blanquecino fulgor con la determinación de nuestras pisadas. Al entrar en el bosque, el párroco aminoró la marcha para situarse a mi lado.

—¿A qué se refería antes cuando dijo que el Consejo no era más que una fachada que ocultaba a los líderes de la villa?

Miraba de tanto en tanto hacia abajo para esquivar las raíces levantadas que se elevaban sobre el nivel del suelo. Mis pies hacían crujir las hojas secas que el otoño había arrojado de las copas de los árboles.

—Como seguramente sepas, este pueblo se fundó en torno a un Proyecto, una exhibición de buenas intenciones que dio nombre a la villa.

—El Proyecto Clevence Town—enuncié. El reverendo asintió.

—Cuatro fuimos los responsables de que el boceto elaborado saliera adelante, pero no todos estábamos dispuestos a estar al mando.

—Por lo que designaron a un Consejo de doce personas que lo hiciera por ustedes.

—Doce concejales, igual que doce fueron los apóstoles —rio con ironía—. Nos pareció algo épico a la hora de tomar la decisión.

A mí, en cambio, me resultaba absurdo.

—Sin embargo, siempre han sido los cuatro fundadores del Proyecto Clevence Town quienes han dirigido la villa en la sombra.

—Piensas rápido, chico —Melquiades apartó una rama—. En efecto, fuimos nosotros los que guardamos una llave de los estamentos oficiales del pueblo; también fuimos nosotros los que tomamos las decisiones más importantes, desde la convocatoria de reuniones hasta la elaboración de las leyes. El Consejo no es más que una tapadera para que la gente no cargue contra nosotros en caso de tomar decisiones menos populares.

—¿Entonces no hay ningún concejal que albergue el más mínimo poder de ejecución?

—Solo uno.

«El mayor Thompson», dije para mí.

—No he podido evitar darme cuenta de que habla de los cuatro fundadores en pasado —añadí—. ¿Por qué?

—Porque dos de ellas están muertas.

Aquella fue su críptica respuesta; sin embargo, por muy escueta que pudiera sonar, resultó sumamente reveladora.

—¿Emma Strike? —dije—. ¿Angela Biggens?

El reverendo no contestó hasta pasados unos segundos.

—Fue muy doloroso averiguar que alguien estaba asesinando gente en Clevence Town —terció—. Al principio, pensamos que la muerte de Emma se trataba de una trágica casualidad. Pero el homicidio de Angela dejó bien claro que no se trataba de una mera coincidencia.

Alguien quería ver muertos a los fundadores del Proyecto Clevence Town. Al fin, logré encontrar el motivo por el cual los espíritus habían acabado con las vidas de Emma Strike y Angela Biggens; no querían matar a su asesino, sino a los fundadores.

Pero ¿por qué?

Cada incógnita resuelta hacía aparecer una nueva. Además, esa información no me acercaba a encontrar a la niña desaparecida ni al depravado que la había secuestrado. No pude evitar cierta compasión hacia el sacerdote y el alcalde; si los espectros querían verlos muertos, no tenían la más mínima posibilidad de sobrevivir.

Al fin, llegamos al cobertizo de alimentos. Cuando alcanzamos la puerta principal, esperé a que el reverendo introdujera la llave en la cerradura y la hiciera girar. Con un crujido, los goznes cedieron y permitieron que corriera la puerta hacia la derecha. Con una enjuta mirada, se internó en la oscuridad del interior.

Respiré hondo. A decir verdad, tuve miedo de lo que pudiera encontrar al otro lado, pero ya era tarde para echarse atrás. Tras una exhalación, seguí los pasos del párroco y entré en el edificio.

El interior era un habitáculo ensombrecido por la negrura de la oscuridad. Al ser un recinto cerrado, ni siquiera la luz de la luna dejaba entrever el interior de la sala. Escuché el sonido de los dedos del reverendo palpar la pared en busca de un interruptor. Cuando lo encontró, tuve que cerrar los ojos debido al fogonazo de las bombillas. Traté de hacer sombra con una mano, pero tuve que aguardar a que mis pupilas se acostumbraran al repentino cambio de iluminación.

No estaba preparado para lo que vi a continuación.

Retrocedí al distinguir once túnicas negras perfectamente colgadas en unas perchas a ambos lados de la estancia. Eran idénticas a las del encapuchado que había visto tras el toque de queda.

Unas delgadas manos me asieron de los hombros para impedirme retroceder hacia la salida. Me deshice de su presa con un brusco movimiento a sabiendas de que no podía ser otro que el reverendo.

—Tranquilo —trató de calmarme.

—¿Qué significa esto? —espeté.

—Esto es lo que quería enseñarte. Deja que te lo explique.

—Son como la túnica del encapuchado que vi. ¿Por qué hay tantas?

—En origen, se cosieron trece túnicas —apuntó Melquiades—. Doce para los miembros del Consejo y una para el mayor Thompson. No obstante, si has contado las togas que hay colgadas solo quedan once. Una es la que se utilizó para inculpar a Cooper y, hoy por hoy, cuelga junto a las banderas del ayuntamiento —¿acababa de confesar que el Consejo había amañado las pruebas para inculpar al mecánico?—. Sin embargo, la decimotercera ha desaparecido —mi respiración se precipitó a un ritmo desbocado—. Creemos que alguien la ha robado.

—¿Cuál es el fin de las túnicas, reverendo? —recordé lo que vi cuando seguí al encapuchado hasta los límites de la villa; recé para estar equivocado—. ¿Para qué las utilizan los concejales?

El sacerdote tomó aire, consciente de que la siguiente revelación era la más delicada de las que había declarado hasta el momento.

—Para salir de Clevence Town.

Una punzada de terror atravesó mis entrañas. Mi mente terminó la frase que el párroco había dejado inconclusa hacía apenas unos instantes: «Creemos que alguien la ha robado para salir de la villa».

«El asesino», me dije.

Sin embargo, mis pensamientos tomaron rápidamente otros derroteros.

—La primera norma de Clevence Town es que nadie puede abandonar el pueblo.

Melquiades trató de avanzar hacia mí con actitud tranquilizadora, pero yo retrocedí dispuesto a impedirselo.

—Kyle, sé lo que puede parecer, pero tienes que creerme si te digo que todo estaba bajo

control.

—El virus... Podrían haber transmitido la enfermedad a alguien —sentí un nudo en el estómago al rendirme ante la evidencia—. Ese era el propósito, ¿verdad? Por eso ha seguido entrando gente en la villa; porque los concejales contagiaban a más personas.

—No —negó el reverendo—. Te estás precipitando, Kyle.

Pero yo estaba lejos de escuchar sus palabras.

—¡Necesitan más casos para estudiar la vacuna contra la enfermedad y envían a infectados que inoculen el virus a nuevos sujetos!

—¡Te estoy diciendo que te equivocas! ¡Haz el favor de escucharme! —la serenidad se esfumó de las facciones del párroco, ya desesperado.

—¿Cómo se atreve a decir que me equivoco?! —estallé—. ¡Están contagiando a la gente del «Más Allá»!

—¡Maldita sea, no hay virus!

El eco de aquella revelación reverberó entre las cuatro paredes. Sentí que cada fibra de mi cuerpo se paralizaba entre una mezcla de incredulidad, estupefacción y pavor.

—¿Qué quiere decir?

En aquel momento no fui capaz de apreciarlo, pero el reverendo también temblaba. Temía por mí, por cómo pudiera encajar aquello.

—No estamos infectados, Kyle —sentenció en un susurro—. Nunca lo hemos estado.

Mantuve mi mirada fija a la suya en un torpe intento por asimilar el peso de sus palabras. Ahora sé que no respiraba, incapaz de tomar una sola bocanada de aire.

No podía ser cierto.

Mi mente racional quería protegerme de la verdad por encima de todas las cosas; me negaba a creer que no hubiera motivo para tantos años de encierro. Sin embargo, el escepticismo fue cediendo ante la evidencia; el reverendo jamás osaría reconocer algo así si no estaba seguro de que era tal y como decía.

Engañados.

Nos habían mentido desde que aquello se inició. ¿Sabrían mis vecinos que vivían cercados por una pared de aislamiento por nada? No, nadie en su sano juicio aceptaría ese modo de vida si no creyera que protegía al mundo de una infección.

Mis pies retrocedieron temblorosos hacia la puerta.

—¿Adónde vas? —demandó el párroco.

Pero, en vez de responder, di media vuelta y eché a correr hacia el bosque.

—¡Kyle! —llamó el sacerdote a mi espalda.

Atravesé el camino sorteando los árboles a mi paso. Supe por el crujir de las hojas que Melquiades me seguía, así que aceleré con la intención de despistarle. Las ramas me arañaban los brazos con sus afiladas terminaciones, desnudas por el peso del otoño. El crujido de las hojas sonaba cada vez más cercano; el reverendo parecía estar más en forma de lo que creía. No tardé en notar cómo unas manos se aferraban a mi espalda y me empujaban contra el tronco de un árbol.

—Estate quieto, maldita sea —protestó el párroco, inmovilizándome con sus brazos. Traté de zafarme, pero la presión que ejercía sobre mí fue superior a mis fuerzas. Su entrecortada respiración precipitaba un blanquecino vaho sobre mis mejillas durante el forcejeo.

—¡Suélteme! —ordené, incapaz de huir—. ¡No me toque!

De pronto, un extraño quejido llamó mi atención. Desvié la mirada hacia el lugar del que procedía, y ahogué un gemido al vislumbrar a una de las niñas asesinadas. Su cuerpo temblaba, sacudido por una rabia ancestral que atravesaba su rostro con una mueca de maldad. El sacerdote

siguió la dirección de mi mirada, encontrándose de frente con la del espíritu.

El fantasma desencajó la mandíbula en un diabólico gesto antes de proferir un ensordecedor alarido. De sus labios brotó un torrente de agua que le empapó el camión. Melquiades se volvió para mirarme con un gesto indescifrable.

—Que Dios se apiade de nuestras almas —rezó.

Pero un ronco ronroneo llamó mi atención por encima de nuestras cabezas. Al alzar la mirada, vi caer los brazos de otra de las niñas, la del cuello amoratado. Sus manos se cernieron bajo las axilas del sacerdote y tiraron de él hacia arriba. El reverendo gritó mientras su cuerpo se elevaba hacia la copa del árbol. Agarré su cintura cuando su cadera llegó a la altura de mi cabeza, pero la fuerza de aquel demonio era sobrehumana. Fui muy iluso al considerar la posibilidad de salvarlo.

Estaba tan absorto en socorrer al sacerdote que no reparé en que la otra entidad se había lanzado contra mí. Sin poder remediarlo, me vi arrastrado hacia atrás. Mis pies se elevaron sobre el nivel del suelo y salí despedido contra unas rocas cercanas. Mi cabeza se golpeó contra la dura piedra, aún a tiempo de ver cómo los pies del reverendo pataleaban inútilmente antes de desaparecer entre las ramas. Vomité sobre las hojas que cubrían el suelo del césped. Mis oídos pitaron con un agudo estertor, fruto de la colisión.

Hasta que, por fin, todo se volvió negro.



Reconocí la ingravidez de los sueños antes incluso de abrir los ojos. Una terrible ansiedad que me había atenazado ya otras veces se alojó en la boca de mi estómago, consciente de que aquello solo podía significar una cosa: más muerte.

Mis ojos se adaptaron a la luz poco después de que mis párpados se abrieran. El distorsionado rumor de las bombillas llegaba a mis oídos como si alguien los hubiera tapado con un trozo de tela.

Miré en derredor para reconocer un amplio recibidor. Pero un lastimero llanto me hizo volverme. Frente a la puerta, un elegante pastor alemán miraba en mi dirección.

—Thor... —murmuré.

No tardé en descubrir que, en realidad, no me miraba a mí, sino a la larga escalinata que subía al piso superior. Contuve la respiración; no había duda de que aquella debía ser la casa del mayor Thompson.

El cuarto fundador de Clevence Town. La cuarta víctima de los espíritus.

El sabueso se incorporó y corrió hacia la escalera. Una vez arriba, se perdió en el corredor de la izquierda. Presto, lo seguí y avancé por la moqueta azulada. A ambos lados colgaban unos imponentes cuadros de batallas pasadas; parecía más la galería de un museo que una vivienda particular.

El perro se detuvo frente a una puerta de madera al final del pasillo y la empujó con el hocico. Al no obtener lo que buscaba, comenzó a arañar la superficie con las patas delanteras.

—Estate quieto, Thor —riñó el Mayor desde el otro lado.

Pero el animal, lejos de cejar en su empeño, continuó deslizando las uñas sobre la madera.

—¡Basta! —vociferó su amo, aún en el interior de la habitación.

Esa ocasión, en cambio, obedeció.

Al principio creí que había terminado por acatar el mandato, pero cuando aquel amenazador gruñido brotó de su garganta supe que algo no marchaba bien. Se volvió en mi dirección y enronqueció.

Guiado por su mirada, me volví para encontrarme de frente con el rostro de la niña que acababa de apresar al reverendo Melquiades en el bosque. Su semblante, torcido como siempre en aquella antinatural mueca de muerte, rompía la gracilidad de sus facciones mientras avanzaba por el corredor. Thor clavó las patas delanteras en actitud defensiva y se preparó para el ataque. Mostró los dientes y empezó a ladrar con el lomo erizado, pero el espíritu continuaba caminando en su dirección como si nada.

—Thor, vete —traté de ahuyentarlo. No quise imaginar lo que aquella criatura podría hacer con él si lograba ponerle las manos encima—. Largo de aquí —braceé en su dirección, pero fue inútil.

La niña se abalanzó sobre él y le rodeó el cuello con los brazos, ejerciendo una presión fatal sobre la garganta. Thor lloriqueó, incapaz de respirar; lo estaba asfixiando. Presionó la tráquea con más fuerza mientras el animal movía las patas para arañar a su atacante. Abría la boca de par en par, no supe si para morderla o para llenar sus pulmones. Sin embargo, para mi sorpresa, lo lanzó por el aire hasta estrellarlo contra la pared lateral sin llegar a matarlo. Aquel sencillo gesto no hizo sino confirmar mis sospechas; no elegían a sus víctimas al azar.

Y Thor no era su objetivo.

Pero el perro no estaba dispuesto a dejar que el espectro atacara a su dueño. Se incorporó tras el impacto y se abalanzó sobre la niña. Esta, lejos de amilanarse, lo miró fijamente y lo detuvo antes de que pudiera alcanzarla. Con el único poder de su mente, hizo que las patas del perro cedieran al temblor y cayera al suelo. A mi izquierda, un oxidado mecanismo se puso en marcha, un obsoleto motor que no tardé en reconocer como el triturador de basura incrustado en la pared.

El corazón me dio un vuelco cuando una fuerza invisible comenzó a arrastrar el cuerpo de Thor hacia el orificio de entrada.

—¡Para! —ordené.

Ella, en cambio, ni siquiera volvió la mirada hacia mí. Traté de asir el torso del perro, pero mis manos lo atravesaron como ya había sucedido en los otros escenarios. Sentí que mi alma se hacía trizas cuando la punta de la cola atravesó el orificio de entrada de la trituradora.

Mas el picaporte de la puerta tras la que se encontraba el mayor Thompson empezó a sonar y distrajo la atención del fantasma. Como si aquel sencillo crujido hubiera activado un resorte, salió despedida hasta quedar colgada del techo, hecha un ovillo sobre la escayola. La fuerza ejercida sobre el animal cedió y lo liberó de su presa a tiempo de huir. El sabueso se incorporó y corrió de nuevo hacia la puerta en el preciso momento en que esta se abría.

La figura del mayor Thompson cruzó el vano a tiempo de bloquear el placaje de Thor, que se abalanzó sobre él para ponerlo a salvo en la penumbra de la habitación.

—¿Qué diablos haces? —protestó este.

El perro se puso a dos patas mientras ladraba a la figura fantasmal que pendía del techo. No obstante, desde el punto de vista del alcalde parecía que era a él a quien trataba de atacar. Al sentirse amenazado, lo agarró del arnés y lo arrastró cuan largo era el corredor hasta perderse en las escaleras. Pude escuchar cómo abría una puerta trasera y lo encadenaba en el garaje entre blasfemias. Al cerrar de nuevo, el estallido de sus ladridos quedó amortiguado por la barrera de la puerta.

En una fracción de segundos, me volví a tiempo de ver cómo el espectro descendía por la pared y caminaba triunfante hacia el interior del dormitorio. Por un instante creí escuchar su risa al vislumbrar la figura del Mayor que se acercaba por el pasillo hacia su fatal desenlace.



Sentí una punzada de dolor al despertar. Quise frotarme los ojos, pero los pensamientos se agolparon en mi cabeza a un ritmo vertiginoso: el virus, Thor, el alcalde, el reverendo...

El reverendo.

Me puse en pie y miré en todas direcciones. No sabía bien qué esperaba encontrar; tal vez los espíritus de las niñas o quizá un reguero de sangre sobre las hojas. No fue hasta que di media vuelta que unos zapatos negros inertes en el aire entraron en mi campo de visión. Seguí el curso ascendente de aquellas piernas hasta detenerme en la ensangrentada sotana; allí, suspendido de un árbol, mis ojos se cruzaron con la mirada vacía del párroco. Su cadáver daba vueltas alrededor de sí mismo en torno a una soga suspendida de la rama más gruesa.

En cualquier otra circunstancia me habría dejado llevar por el pánico, pero debía darme prisa si quería conseguir algo útil. De mis manos pendía la vida de un hombre y si no me apresuraba los espíritus se cobrarían su cuarta víctima. Mi sueño era mi mayor revelación y, por una vez, tenía la oportunidad de parar aquella oleada de muerte. Aunque no fuera santo de mi devoción, jamás me perdonaría no hacer todo lo posible por salvar la vida de mayor Thompson.

Corrí a través del bosque, ignorando el crujido de las hojas bajo mis pies. Solo esperaba que no fuera demasiado tarde.

Pasé de largo el ayuntamiento y tomé la dirección de la avenida de los Hostales. Cualquiera podría pensar que tuve suerte por no encontrar a ningún guardián del Consejo, pero solo yo era consciente de por qué no me crucé con ninguno; en realidad, no había nada que guardar. Todo había sido una pantomima creada por los fundadores por alguna razón que se escapaba a mi comprensión.

Empujé la valla al llegar a la verja exterior y atravesé el jardín para precipitarme sobre la puerta principal. Mis peores temores afloraron al no escuchar el ladrido de Thor en la lejanía.

Llamé insistentemente al timbre mientras golpeaba la superficie con los nudillos. No puedo describir el alivio que sentí cuando la luz del *hall* se encendió a través de los ventanales. El sonido de unos pasos fue acercándose sobre el parqué del interior hasta detenerse junto a la puerta. Tras un crujido, el picaporte cedió y apareció la enjuta silueta del Mayor envuelto en una bata.

—¿Se puede saber qué hace en mi casa a estas horas? —su rostro se desencajó en una mueca de incompreensión. Miró los restos de vómito que aún quedaban en mi camisa—. El toque de queda sonó hace quince minutos, señor Dwayne. ¿Es consciente de que...?

Pero no le dejé terminar. Rodeé su antebrazo con la mano y tiré de él hacia el exterior para obligarle a salir.

—¿Qué diablos hace? —protestó mientras forcejeaba—. ¡Suélteme!

—Cállate y ven conmigo. —Era la primera vez que lo tuteaba; no pudo ocultar su sorpresa ante este hecho, pero no se dejó amilanar.

Dio un tirón y logró zafarse de mi presa. Trató de retroceder, pero fui más rápido que él y logré interponerme

—¡No puedes volver a tu casa! —insistí—. ¡Morirás si regresas!

—¿De qué estás hablando? —escupió él, entre asustado y enojado.

—Escúchame, la persona que asesinó a Emma y a Angela ha matado al reverendo y hará lo mismo contigo si vuelves a tu casa.

Aquello pareció derribar sus barreras. Creí que aquel argumento lo haría escucharme, pero la desconfianza volvió a aflorar en su semblante.

—Thor trataba de prevenirte antes de que lo encerraras en el garaje.

—¿De qué estás hablando? —musitó el alcalde—. Hoy Thor ni siquiera duerme en mi casa. — Aquello me descolocó, debo reconocerlo—. Así que como no salgas de mi propiedad te juro que llamaré a los centinelas y te condenaré por agresión y quebrantamiento de las leyes de Clevence Town. ¿Ha quedado claro?

Intentó sortearme, pero yo le corté el paso de nuevo.

—No lo entiendes —supliqué—. Te matarán si entras de nuevo.

Pero él me empujó para hacerme a un lado, ajeno a mis ruegos.

No..., no podía dejar que se condenara a sí mismo; no si podía evitarlo. Supe que aquello agravaría mi situación, pero tenía que hacer algo. Me abalancé sobre él y lo embestí para derribarlo. Él se volvió y me propinó un puñetazo en la mandíbula, haciéndome retroceder. Forcejamos y rodamos por el suelo hasta que su espalda chocó contra el tronco de un árbol. Lo rodeé con las piernas y me subí encima de su torso a fin de inmovilizar sus brazos con las piernas.

—Escúchame...

Quise prevenirle, pero una punzada atenazó mis pensamientos. Algo no marchaba bien y yo lo sabía. Recordé con qué facilidad se habían deshecho de mí los espíritus con el reverendo; al principio tenía la esperanza de abandonar la finca antes de que los espectros pudieran alcanzarnos, pero al haber permanecido tanto tiempo en el terreno ya deberían haber ejecutado su venganza. Al fin y al cabo, habían demostrado que yo no era rival para ellas... ¿Por qué no habían aparecido, entonces?

—¡Quítate de encima! —el césped se agolpaba entre sus labios.

Pero yo no le escuchaba, inmerso en mis divagaciones.

—¡He dicho que me sueltes! —espetó, arañando mis muñecas—. ¡Laura, llama a los centinelas! —gritó para hacerse oír en la distancia.

Laura... Esa era la pieza que faltaba por encajar.

—¿La concejala está dentro?

No necesité que lo afirmara para conocer la respuesta. Recordé la tórrida escena que presencié desde el armario del Mayor. Debí intuir que la relación era algo más que un encuentro casual y que pasaran más noches juntos en el anonimato.

«¿Entonces no hay ningún concejal que albergue el más mínimo poder de ejecución?», le había preguntado al reverendo Melquiades.

«Solo uno», me respondió él.

Una chispa de comprensión atenazó mis pensamientos. Si el alcalde fuera su víctima los espíritus ya habrían acabado con él. Sin embargo, si acudieron a aquella casa era porque el cuarto y último fundador se encontraba allí.

Había deducido por las palabras del sacerdote que se trataba del gobernador; si teníamos en cuenta su poder, resultaba evidente. Pero, en verdad, el reverendo jamás me había confirmado que se tratase de él. ¿Cómo podía haber estado tan equivocado? El cuarto fundador no era el mayor Thompson sino...

—¡Fishwibber, sal de la casa! —vociferé, rodando sobre mi espalda para ponerme en pie.

Me incorporé a duras penas y corrí hacia el interior de la vivienda. Subí las escaleras tan rápido como pude y me precipité cuan largo era el pasillo hasta dar de bruces con la puerta de la alcoba. De pronto, un bate de béisbol golpeó mis costillas.

—¡Aléjate! —la voz de la concejala sonó más aguda que de costumbre. Debería haber presenciado la escena con el alcalde a través de la ventana, por lo que no tardó en buscar algún objeto con el que defenderse de mí; a fin de cuentas, a sus ojos tan solo era un hombre que corría

hacia ella después de atacar a su pareja.

Con la mano libre, asió una vela cercana. Descubrí que el interruptor de la luz estaba a mi lado, por lo que la mujer valoró que sería más inteligente buscar otro tipo de iluminación antes que acercarse a mí.

—Escúchame —logré decir con la mano sobre mi abdomen—. Te encuentras en grave peligro. Traté de caminar hacia ella, pero retrocedió asiendo el bate con más fuerza.

—No se te ocurra acercarte o juro que no pararé hasta romperte el cráneo.

Quise gruñir de frustración, pero mi agonía se vio ahogada cuando uno de los espíritus apareció tras la mujer con un bote de alcohol en la mano. Me precipité hacia ella para salvarla, pero el espectro fue más rápido. Todo sucedió en cuestión de segundos.

El fantasma se adelantó e hizo estallar la botella frente al rostro de la mujer. Una parte del líquido salió despedido en su dirección, prendiendo su transparencia con la llama de la vela antes de impactar contra sus mejillas. La concejala gritó en un vano intento por apartar el alcohol candente de su rostro. Sin embargo, con ello solo consiguió que las mangas de su pijama también prendieran. Logré agarrar su tobillo, pero el espíritu rodeó su cintura con el brazo y tiró de ella hacia la ventana. Aquella descomunal fuerza nos arrastró a ambos antes siquiera de poder alcanzar algún mueble. La concejala gritó aterrada mientras su endeble cuerpo atravesaba el cristal y se precipitaba al vacío.

El vidrio se hizo añicos y cayó en manantial sobre el césped. Mis rodillas rebotaron en el alféizar y desviaron la dirección de mi descenso hasta hacerme caer sobre la acolchada superficie.

El alarido de Fishwibber arañó la quietud de la noche como un cuchillo. Esperé el impacto de su cuerpo contra el mío, así que rodé en el suelo y me incorporé con los brazos en alto para detener el golpe. Sin embargo, en lugar de estrellarse conmigo, acabó en el árbol que se erguía sobre mí. Desvié las manos para amortiguar su caída, pero mis extremidades temblaron ante el horror de lo que vino a continuación. Al caer, una de las ramas atravesó su espalda y emergió por su estómago. Unas gotas de sangre salpicaron mis mejillas y enmarcaron mi contrita mirada con un halo de muerte.

Tras un crujido, la rama cedió y se partió. El cuerpo aún tembloroso de la concejala Fishwibber se precipitó sobre mí con todo su peso. Mis rodillas se doblaron ante la inercia de la caída y me precipité al césped; el saliente de la rama se clavó en el suelo, justo entre mis piernas. En la cercanía, pude apreciar las quemaduras que el alcohol había dejado en su rostro. Poco a poco, el temblor fue desapareciendo de sus extremidades hasta exhalar su último aliento; solo entonces pendió inerte sobre mí. Mi alarido se deshizo en un lastimero quejido que enronqueció mi garganta.

El alcalde gritó roto de dolor mientras yo empujaba el cuerpo sin vida de la concejala. Se arrastró hasta nosotros y la asió de los hombros para hacerla girar hasta sofocar el fuego de las mangas.

Yo, por mi parte, me coloqué a cuatro patas y vomité de nuevo sobre un arbusto de flores cercano. Algo en mi interior se retorció de dolor ante la escena que acababa de acontecer. Sentir la cálida sangre sobre mis mejillas me hizo entrar en un estado de nervios que por poco me llevó al colapso. Cada miembro de mi cuerpo temblaba horrorizado. Aún podía sentir la sangre salpicándome con la agonía de aquella mujer.

Las luces de las ventanas más próximas comenzaron a iluminar el interior de las viviendas. Mis vecinos salieron a la calle, ignorando el toque de queda, y rodearon la verja de la finca del alcalde. Algunos murmuraron palabras que no alcancé a oír, otros se llevaron las manos a la boca

ante la desangelada escena que tenía lugar sobre el césped. Sin embargo, todos tenían una expresión en común: perplejidad. Sus miradas volaban de un lugar a otro como si así pudieran evaluar lo que sucedía.

El mayor Thompson lloraba con el cadáver de Fishwibber entre los brazos... Era consciente de en qué lugar me dejaba eso a mí ante sus ojos.

—Dios mío, la ha matado —murmuraban los más cercanos.

—¡No! —estallé, incorporándome. Los murmullos cesaron tan pronto me encaré a ellos—. ¡Yo no he matado a nadie! ¡Entré en la casa para salvarla! —algunos retrocedieron, asustados. Debí de mostrarme amenazador, porque me sentía completamente fuera de mí. Estaba a punto de perder los papeles—. Al parecer, estáis demasiado ocupados rumiando todos esos chismes como para preocuparos de toda vuestra mierda —escupí al suelo con desdén—. ¿Acaso esperabais que nadie descubriera tarde o temprano que estáis aquí por voluntad propia? —de nuevo, silencio—. ¿Qué pasa? ¿De repente os habéis quedado sin palabras? Pues haced el favor de contestarme a una pregunta: ¿cuántos de vosotros, hijos de puta, sabíais que no estamos contagiados por ningún virus? —una exhalación ahogada hizo sucumbir el silencio, pero nadie se atrevió a pronunciar palabra—. ¿Ahora calláis?

¿Ahora, que es cuando de verdad tendrías que escupir vuestra porquería, nadie se atreve a vomitar toda esa sarta de mentiras?

¿Dónde ha quedado vuestra imaginación?

Caminé hacia el alcalde y aguardé hasta que levantara su húmeda mirada.

—Juro que traté de prevenirte —musité—. Sabes que hice todo cuanto estuvo en mi mano para salvarla; lamento haberme equivocado de persona.

Supe que no entendía lo que pretendía decirle, pero me sentí más tranquilo después de aquella confesión. Tras un suspiro, le di la espalda y corrí hacia casa de Eleanor.

—Asesino...

Apenas fue un murmullo, pero aquella palabra se quedó grabada en mi corazón. Me volví para encarar al alcalde, que me miraba con una profunda expresión de odio.

—Yo no...

—Tú la has matado —su semblante se desfiguró en una mueca de ira—. Igual que has hecho con todos los demás —el Mayor se incorporó y caminó con lentitud hacia mí.

—No he sido yo. Intenté salvarla...

—¡Maldita sea, lo he visto con mis propios ojos! —gritó fuera de sí—. ¡La has arrojado por la ventana después de prenderle fuego!

—¡No!

Sin darle ocasión de continuar acusándome, me volví sobre mis talones y corrí hacia casa de Eleanor.

Los pocos vecinos allí congregados se hicieron a un lado para cederme el paso. Ninguno se atrevió a pronunciar palabra hasta que estuve suficientemente lejos.



Las paredes de la casa de mi amiga se irguieron poco después de llegar a la avenida de la Salud. Lejos de detenerme, me estrellé contra la puerta y la golpeé con contundencia.

—¡Eleanor! —llamé, desesperado.

Como respuesta a mi súplica, ella abrió la puerta tan asustada como yo.

—¡Dios mío, Kyle! —exclamó al ver mi ropa salpicada de sangre—. ¿Qué te ha pasado?

—Estoy bien —sollocé—. La sangre no es mía.

Fue entonces cuando mi mirada se cruzó con la suya y, como si aquel par de ojos hubieran activado un resorte, me abracé a ella y rompí a llorar. La mujer me rodeó con sus brazos durante unos segundos para luego agarrar mis muñecas. Supe que, aunque pudiera confundirse con un apretón conciliador, estaba midiendo mi pulso. Aguardó a que me calmara sin pedir ninguna explicación. Me conocía tan bien que sabía lo que necesitaba que hiciera en todo momento, incluso en una situación tan delicada como aquella.

Cuando fui capaz de calmar mis sollozos, busqué de nuevo su mirada. Ella me dedicó una conciliadora sonrisa cargada de falsa tranquilidad, como una invitación a hablar cuando estuviera preparado.

—¿Dónde está Korine? —la última vez que la vi estábamos juntos en uno de los dormitorios de aquella casa.

—Se marchó antes del toque de queda —me explicó—. Estábamos muy preocupadas porque no volvías; me pidió que la llamara si sabía algo de ti.

Suspiré, entre aterrado y desolado. Los acontecimientos acaecidos aquella noche me habían dejado exhausto, perdido entre la locura y la cordura. Todo cuanto creía seguro se desmoronaba por momentos y me hubiera gustado que Korine también estuviera allí para ser testigo de mi declive emocional.

Era consciente de que había llegado el momento de comenzar.

—Yo... estaba en el cementerio visitando a mis padres cuando el reverendo Melquiades se acercó a hablar conmigo —hundí el rostro entre mis manos en un gesto de desolación. A decir verdad, no sabía muy bien cómo continuar—. Dios, Eleanor... Él y Fishwibber están muertos.

—¿Qué?

Quise decirle la verdad, pero antes necesitaba asegurarme de algo.

—¿Te enseñó Korine el vídeo de su cámara antes de irse?

—No... —negó.

En tal caso, debía omitir la parte de los espíritus.

—Han ahorcado al reverendo Melquiades y lanzaron a Fishwibber por la ventana del mayor Thompson.

Mi amiga se llevó una mano a la boca.

—La sangre es de la concejala —confesé—. Intenté salvarla, pero no llegué a tiempo.

Eleanor volvió a abrazarme.

—No es culpa tuya, Kyle —su voz pareció aliviar una parte de la ansiedad, aunque fuera mínima—. Estoy segura de que hiciste cuanto estuvo en tu mano para salvarla.

Y tenía razón, aunque no fuera de una forma tan literal como la que ella intuía.

—Antes de morir, el reverendo me dijo que el Consejo era una tapadera para encubrir a los cuatro fundadores del Proyecto Clevence Town: Emma Strike, Angela Biggens, Laura Fishwibber y él mismo. Y ahora los cuatro están muertos —apoyé la cabeza sobre su hombro para descargar la tensión de los músculos de mi cuello—. También me dijo que no estábamos contagiados por ningún virus.

—¿Cómo dices? —Eleanor se separó de mí, angustiada. No había esperado que le dijera algo así: ¿quién podría esperarlo, a fin de cuentas?

—No tuvo tiempo de explicarme mucho más. Tan solo pudo decirme que no estábamos contagiados por ningún virus —bufé—. Lo cual hace que me pregunte qué hacemos encerrados.

De pronto, una revelación empezó a cobrar forma en mi cabeza. Una espantosa sospecha que me apisonó el corazón bajo la amenaza de aplastarlo conforme el presentimiento se consumía en

una máscara de engaño.

Retrocedí, desconfiado.

—Si no estamos contagiados, ¿qué contienen las vacunas que nos inyectas todas las semanas?

—No lo sé —terció ella—. Vienen etiquetadas sin nombre. ¿Por qué lo dices?

—Eleanor, te conozco desde que tengo uso de razón —espeté—. Nunca recetarías un medicamento sin saber hasta la marca y el fabricante, mucho menos si hablamos de inyectar una vacuna.

—¿Qué insinúas?

—Cuando el reverendo me desveló que no existía ningún virus, me bloqueé y salí corriendo; creí que me ahogaba mientras corría —rememoré—. ¿Por qué tú, en cambio, estás tan tranquila?

Por primera vez, sentí que el silencio abría una brecha insalvable entre ambos. Ni siquiera todos sus rechazos me habían hecho sentir aquel insondable vacío en el corazón.

—Y-yo... —titubeé.

—Niégalo, Eleanor —rogué—. Dime que soy un idiota y que no tenías ni idea de que no estábamos infectados.

Una lágrima desbordó la comisura de sus ojos y resbaló por su mejilla. Notaba el dolor equivalente a un puñetazo en el estómago. Nunca me había sentido tan traicionado.

—Era un placebo, ¿verdad? —proseguí—. Llevas años administrándonos un jodido placebo —me tragué el llanto, presa del orgullo—. Te he confiado mi vida y mis secretos, te conté mis sospechas y tú lo sabías desde el principio... pero no me dijiste nada. ¡Llegué a pensar que había perdido el juicio y no me sacaste de mi error! —cerré los puños y apreté con fuerza—. Eres una de ellos. Todo este tiempo no has sido más que la puta del Consejo.

—Kyle —sollozó, alargando la mano hacia mi rostro.

—No me toques —troné mientras me alejaba de ella.

Corrí hacia las escaleras y subí los peldaños de dos en dos.

—Puedo explicártelo —gritaba ella presa del llanto.

Escuché el sonido de sus pasos siguiéndome, de modo que entré en su dormitorio y cerré el pestillo antes de que entrara. Llamó a la puerta una, dos y hasta tres veces, pero en ese momento la presión que sentía en el corazón no me dejó entrar en razón. El escozor de su puñalada me había herido en lo más profundo de mi alma.

—He querido decírtelo desde que empezaste a darte cuenta de que algo raro sucedía, pero te juro que no estaba en mi mano —su voz sonaba amortiguada desde el otro lado de la puerta—. Déjame entrar y te lo contaré todo; así entenderás por qué tuve que guardar silencio —el llanto ahogó sus palabras—. Te quiero, Kyle. Juro por Dios que todo este tiempo he aprendido a quererte con toda mi alma. Eres como un hermano para mí; solo quería protegerte.

No dije nada. Me enjuagué las lágrimas y me dirigí al espejo de pared que colgaba sobre el mueble de la ropa interior de Eleanor. El pelo se arremolinaba de manera caótica como una masa enmarañada sobre mi cabeza. Las salpicaduras de sangre contrastaban con la palidez de mi piel, acentuando la profundidad de mis ojeras. La camisa, otrora azul, ahora apenas conservaba pequeños retazos de su color original; en su lugar, la sangre de Fishwibber la había teñido de un desagradable color negruzco.

Fue entonces cuando, justo detrás de mí, apareció una mano fantasmal empuñando un cuchillo ensangrentado. Me volví para enfrentarme a las duras facciones de la niña de pelo rizado. Grité aterrado cuando una fuerza invisible me precipitó al extremo opuesto de la habitación.

Caí al suelo de bruces. Antes siquiera de recobrar el equilibrio, los muebles comenzaron a temblar. La cama, las mesillas, las estanterías..., todo empezó a elevarse sobre el nivel del suelo

en un despliegue paranormal que me hizo estremecer desde la tarima.

—¡Kyle! —gritó Eleanor, que debía de estar oyéndolo todo desde el exterior—. ¿Qué está pasando ahí dentro?!

Una a una, las niñas fueron apareciendo al lado de la primera. Con cada una el temblor de los muebles se iba haciendo más violento, como si toda su ira contenida se uniera en una única fuente de cólera.

De repente, las puertas del armario se abrieron con un estruendo que hizo volar toda la ropa. Entre la maraña de ropa desperdigada por el dormitorio, pude vislumbrar una caja metálica que, hasta entonces, había permanecido oculta tras los pantalones. Con un desagradable quejido, fue arrastrada por una fuerza invisible hasta mis manos. Se trataba de una caja fuerte plateada, sencilla en su ornamentación; apenas mediría medio metro de largo y tampoco parecía muy profunda.

Las niñas se acercaron lentamente con una mano extendida. Quise retroceder, pero debían de estar ejerciendo una extraña fuerza sobre mí que me impedía mover las piernas. Seguía tumbado en el suelo, justo en la posición que querían; estaba completamente a su merced. Cuando apenas quedaban unos centímetros para alcanzarme, se arrodillaron y posaron el brazo extendido sobre la caja fuerte. Al lado, había un número anotado en un malogrado trozo de papel. Intuyendo lo que querían de mí, lo alcancé con la mano e hice girar la ruedecilla imitando las cifras escritas en él: 5... 4... 9... 1...

La cerradura emitió un quejido y cedió. Sentí que la presión ejercida sobre mis piernas desaparecía para dejarme libertad de movimiento. Mi primer instinto fue retroceder, pero no tardé en comprender que no pretendían herirme; al menos, no en ese momento. De haber sido su intención, ya lo habrían hecho.

Tragué saliva y asomé la mirada al interior de la caja fuerte. Temí lo que pudiera encontrar, pero necesitaba respuestas si no quería que mi cordura terminara por quebrarse definitivamente. Dentro descansaba una carpeta con un manojo de papeles, recortes de periódico e informes. La extraje con cuidado, sosteniéndola en silencio durante unos segundos. La portada era una cartulina marrón en la que rezaba la siguiente inscripción: «Dra. Eleanor Gordon: Doctora *cum laude* en Psicología Clínica».

¿Eleanor era psicóloga? Nunca lo había mencionado. Pensaba que había aprendido el oficio de la medicina de su madre y que ejercía como médico de familia en base a la experiencia de su progenitora. ¿En qué otras cosas había mentido?

Retiré la portada y alcé el primer recorte de periódico para colocarlo frente a mis ojos. El papel se había amarilleado con el paso del tiempo, pero la letra aún era clara.

EL PAÍS

23/11/17

Aparece el cadáver de Andrea cerca de la sierra de Madrid

La Comunidad de Madrid se viste de luto. Tras una extenuante búsqueda de más de dos meses, la ya conocida «Niña de Tres Cantos» apareció muerta durante la tarde de ayer.

El cadáver fue descubierto con la cabeza rapada en el jardín de unos ancianos en Colmenar Viejo, un pueblo de la sierra madrileña, con la cabeza rapada.

El cuerpo de la pequeña presenta múltiples puñaladas; el arma del crimen ha sido un cuchillo de cocina, hallado en la propia mano del cadáver antes de que su asesino lo abandonara sobre la hierba.

Se trataba de la niña del puñal; querían que viera los titulares que publicaron los periódicos sobre sus muertes. Tal vez ahí había alguna pista de algo que deseaban que yo encontrara... Pero ¿por qué los tenía Eleanor en su alcoba? Deposité el primer recorte en el suelo y me enfrasqué en el segundo.

LA RAZÓN

25/11/17

Hallado sin vida el cuerpo de una niña en la Costa Dorada

«Activadas todas las alarmas policiales tras el estremecedor hallazgo de una niña flotando sobre una piscina en la tranquila villa de Cambrils (...)».

Desvié la mirada hacia la segunda niña, la que vomitó el agua la primera vez que la vi. Había muerto ahogada...

Aquello me estaba dejando peor cuerpo del que ya tenía. Si ya resultaba desagradable leer sobre el asesinato de unas niñas, más aún si las víctimas aguardaban de pie frente a mí. Decidí continuar con el tercero; cuanto antes terminara, mejor.

LA RAZÓN

27/11/17

La situación se desborda: el cadáver de Celia Bautista aparece colgado de un árbol

«Un matrimonio de Cuenca descubre el cadáver de la desaparecida Celia Bautista colgado de un árbol en el corazón de la Ciudad Encantada (...)».

Esa debía ser la niña de la marca en el cuello; el moretón bien podría ser fruto de la presión de la soga alrededor de la garganta. Sin ánimo de sacar ninguna conclusión precipitada, aparté el tercer recorte y empecé a leer el cuarto.

El Asesino de la Cabeza Rapada vuelve a matar

«El homicida que ha sembrado el caos en España desde el pasado mes de agosto mata de nuevo. (...) La niña, de siete años, fue hallada por los servicios de búsqueda de Granada con quemaduras y laceraciones producidas por la nieve. (...)».

Y esa era la niña de las quemaduras. Aquello no solo confirmaba lo que ya me había adelantado Korine; la identidad de las niñas era correcta, pero, además, la forma de morir se correspondía con el aspecto que mostraban los espíritus. A su vez, habían ejecutado a los cuatro adultos con algún símbolo que representara la manera en que murieron ellas: el cadáver de Emma Strike apareció con un cuchillo clavado en el pecho, Angela Biggens murió ahogada en su bañera, el reverendo Melquiades fue ahorcado en un árbol y, por último, la concejala Fishwibber presentaba quemaduras en la cara. Sin duda, trataban de vengarse siguiendo el *modus operandi* de su asesino. Pero ¿por qué ellos? ¿Acaso tenía algo que ver el Proyecto Clevence Town con su asesinato?

Di la vuelta al recorte por si hubiera alguna información adicional en el reverso, pero este hablaba de una farmacéutica que había quebrado por baja productividad. Una vez descartado aquel titular, lo hice a un lado y me dispuse a coger el siguiente.

El «Asesino de la Cabeza Rapada» confiesa

Javier Arenas, el que fuera acusado por los crímenes que han atemorizado a España, se entrega tras prestar declaración en los tribunales de Plaza de Castilla (Madrid). Tras una semana y media de pleitos, el detenido confiesa los asesinatos. Asegura que escogió diferentes puntos de España para entorpecer las investigaciones policiales.

Acorralado por las pruebas, el homicida asume su culpabilidad. Al parecer, el imputado quedó trastornado tras la muerte de su hija Ingrid, de siete años, tras una fulminante leucemia.

El señor Arenas, padre soltero desde el fallecimiento de su esposa, conservó el cadáver en el congelador del domicilio. Incapaz de soportar la ausencia de pelo que la quimioterapia había provocado en su hija, decidió matar a niñas de su edad para elaborar cuatro pelucas de diferentes colores.

El mundialmente conocido como «Asesino de la Cabeza Rapada» será trasladado a prisión

después de que la jueza Hernández lo condenara a cadena perpetua.

Una flecha indicaba que la noticia continuaba en el reverso de la página, de modo que le di la vuelta para seguir leyendo. Sin embargo, una punzada de pánico me hizo soltar tanto el recorte como el montón de papeles que aún me quedaba por leer. Retrocedí, aterrado al reconocer la imagen del Asesino de la Cabeza Rapada que aparecía inmortalizada en la fotografía del periódico.

El trozo de papel cayó lentamente, planeando por el aire hasta detenerse cerca de mis pies. Aquel par de ojos me devolvió la mirada en blanco y negro, un semblante torturado por la incipiente locura; allí, sobre el nombre de Javier Arenas, estaba mi propia fotografía.

Miré alrededor, hacia los informes de Eleanor. En otras circunstancias habría leído todo con mayor detenimiento, pero mi creciente angustia tan solo me permitía apreciar frases sueltas.

«Después de seis meses, el paciente evoluciona favorablemente al tratamiento. Sonríe y actúa con naturalidad en la villa. Sus relaciones sociales son satisfactorias y no muestra señales de ansiedad homicida».

«Posibilidad de retroceso tras cuatro años de mejoría. El paciente muestra síntomas de paranoias relacionadas con las víctimas; afirma ver apariciones de las niñas de forma reiterada».

«Emma Strike, fundadora del Proyecto Clevence Town, ha sido asesinada en circunstancias similares a las de Andrea Rodríguez. El paciente niega tener algo que ver con la muerte, pero una testigo echa por tierra su coartada. Se mantendrá vigilancia constante en adelante para evitar recaídas».

«Angela Biggens también ha sido asesinada de forma sospechosamente similar a la segunda víctima de Javier. Además, el hecho coincide con un comportamiento cada vez más extraño por parte del paciente. Sus paranoias parecen más fuertes y su conducta se ha vuelto errática y esquiva».

«Dadas las averiguaciones del señor Arenas, se baraja la posibilidad de que el final del tratamiento se acerque. Los doctores del Consejo extreme las precauciones por si el resultado no fuera el esperado. Comienza la cuenta atrás».

Y, así, se acumulaban cientos de datos que, durante años, Eleanor había recogido sobre el Asesino de la Cabeza Rapada..., su paciente... Yo...

Alcé de nuevo la mirada, encarando una vez más el demoníaco rostro de las niñas asesinadas; mis víctimas. Un nudo se alojó en mi estómago; aquello no podía ser cierto. Debía de tratarse de algún error. Me negaba a aceptar que fuera real.

Pero, entonces, ¿por qué estaba mi foto en el recorte de periódico?

El espíritu de Andrea señaló hacia la puerta sin apartar la mirada de mí. Con un crujido, giró el seguro y el picaporte bajó sonoramente. Lentamente, la habitación quedó abierta de par en par y pude ver a Eleanor arrodillada en el suelo. Miró hacia el interior sin comprender, pero, al contemplar el despliegue de papeles, un destello de miedo se alojó en sus pupilas.



VOLUMEN III

Redemptio

9

EL PROYECTO CLEVENCE TOWN

Traté de pedir explicaciones, de comprender qué estaba sucediendo, pero mi errático pensamiento me impedía pronunciar palabra. Nuestras miradas se debatían entre su miedo y mi estupor, como si ambas hubieran entrado en un bucle emocional que ninguno se atrevía a romper. Podía sentir cómo me evaluaba, cómo analizaba cada una de mis reacciones bajo su atento escrutinio. Aquello no hizo más que aumentar la presión que comenzaba a alojarse en mi pecho justo a la altura del corazón.

A mi alrededor, los cuatro espectros se erguían, impasibles, reteniendo cada instante de aquella escena más allá de sus pálidos rostros. Sin embargo, Eleanor no parecía reparar en las cuatro figuras fantasmales; era como si, para ella, no estuvieran allí.

—Kyle —repitió, titubeante—, es importante que mantengas la calma.

—¿La calma? —aullé, lanzándole las fotografías a la cara—. ¡¿Qué mierda es esto?!

—Antes de empezar a explicártelo, necesito que te...

—¡No me digas que me tranquilice! —la interrumpí.

Una risa infantil contrajo cada fibra de mi ser. Me llevé las manos a la cabeza con la intención de acallar sus triunfales voces; querían torturarme, acabar con mi cordura y desvanecer cada resquicio de mi alma.

De pronto, sentí un arañazo en la mejilla. Para mi sorpresa, descubrí que eran mis propias manos las que lo habían provocado y no las niñas. Separé las palmas y las puse ante mis ojos; dos ojos que se abrieron de par en par al descubrir al menos cinco astillas en cada una.

—¡¿Qué es esto?! —lloré.

Eleanor gateó hasta colocarse a mi lado.

—Puedo intentar sacarlas y vendártelas —ofreció—. Pero debes prometerme que no te moverás de aquí mientras voy a por el desinfectante.

—¿Por qué tengo las manos así?

Eleanor hizo una pausa para sopesar sus próximas palabras.

—Porque has destrozado los muebles de la habitación.

Clavé la mirada en aquel par de ojos que en otra época me hicieran suspirar, contrariado. Negué con la cabeza, señalando a los cuatro espectros que se reían a mi espalda.

—No... N-no... Han sido ellas —protesté—. Son las niñas las que están haciendo todo esto.

La doctora miró en derredor antes de volverse hacia mí.

—Aquí no hay nadie, Kyle.

De nuevo, las voces de las niñas corearon un estremecedor cántico que envolvió mis sentidos.

«Phurya». «Phurya». «Phurya». *Phurya*.

Venganza.

—Por favor..., por favor, callaos —sollocé.

—Nadie está hablando —dijo Eleanor—. Estamos solos tú y yo.

«Phurya». «Phurya». «Phurya».

—¡Es mentira! —estallé—. ¡No dejan que las veas porque quieren hacerte creer que estoy loco!

La mujer se inclinó hacia delante hasta hacerse con el recorte de periódico que acababa de tirarle. Lo desplegó y lo alisó antes de volver a mostrarme la fotografía de aquel hombre que era idéntico a mí.

—Este eres tú —añadió.

—No —negué—. Es imposible. Ni siquiera tenemos el mismo nombre.

—Tú eres Javier Arenas —insistió—. Kyle Dwayne no existe.

«Phurya». «Phurya». «Phurya».

Aquel insoportable temblor se extendió a mis piernas.

—Yo soy Kyle Dwayne.

—Javier...

«Phurya». «Phurya». «Phurya».

—¡No soy Javier Arenas! —bramé, empujándola.

La doctora cayó de bruces contra el suelo.

—¡Está bien! —gritó Eleanor, protegiéndose con las manos—. Vale, Kyle. Prometo no volver a llamarte así.

Tan pronto fui consciente de lo que acababa de hacer, me atenazó la semilla de la culpa. El arrepentimiento me atravesó como si me cosiera el corazón con una aguja.

—Lo siento —hipé—. No sé qué me ha pasado.

—Tranquilo —me calmó, aún alerta—. He sido yo quien te ha provocado.

—No sé cómo ha podido suceder. Yo nunca...

—He dicho que no te preocupes. —Pero, a pesar de sus cálidas palabras, procuraba mantener una cautelosa distancia por prudencia.

Cerré los ojos e inspiré una fría bocanada de aire. Los murmullos espectrales habían cesado repentinamente. Si hubiera estado en otra situación, habría sonreído ante aquella sensación de paz.

—Se han callado —anuncié, aliviado.

—¿Las niñas?

Asentí.

—Kyle, ¿eres consciente de quiénes son?

Abrí de nuevo los ojos hasta posarlos en su expectante mirada. Supe qué debía responder, pero mi garganta se negaba a pronunciar las palabras.

—Son las víctimas de Javier Arenas —al fin podía ponerle nombre, aunque no recordaba a nadie en Clevence Town que se llamara así—. El Asesino de la Cabeza Rapada.

—Así es —convino Eleanor—. ¿Qué sabes de él?

—Que mató a cuatro niñas y les rapó la cabeza para hacer unas pelucas a su hija.

—Aquel hombre perdió a su pequeña tras un cáncer —añadió la mujer, tal y como hiciera Korine esa misma tarde—. Jamás se recuperó de su pérdida. Su familia lo llamaba a diario, pero él vivió el duelo en soledad; un aislamiento que terminó por trastornarle —se detuvo para evaluar mi reacción—. La esquizofrenia había permanecido latente durante muchos años, demasiados. Jamás se había manifestado hasta ese momento.

—¿Por eso mató a las otras niñas? —quise saber. Eleanor asintió con cuidado.

—Aseguraba que no dejaba de escuchar el llanto de su hija, que le suplicaba constantemente una nueva cabellera para disimular su fealdad —continuó la doctora—. Nunca se sobrepuso al sentimiento de culpa por no haberla salvado. No soportaba que el espíritu de su hija sufriera después de la muerte, así que trató de aferrarse a la única solución que se le ocurrió. Él no era

consciente de cometer esos crímenes; tan solo soñaba que lo hacía y que su hija era feliz con cada nueva peluca.

Se me erizó el vello de la nuca.

—Eso es horrible —tercié—. No puedo imaginar semejante tristeza.

Eleanor me evaluó de soslayo tras analizar mis palabras.

—Kyle, pase lo que pase a partir de ahora, debes entender una cosa: él no era consciente de lo que hacía —repitió—. Era la enfermedad quien actuaba por él, una esquizofrenia paranoide especialmente severa. La ansiedad que le provocó la muerte de su hija fue lo que despertó a una bestia dormida en su interior; él solo pensaba que estaba soñando. Sin embargo, acabó con aquellas niñas de la misma forma que soñaba; el resto tan solo era una capa de fantasía inventada para envolver la crueldad de las muertes.

—¿Cómo descubrió lo que había hecho realmente? —quise saber—. Si en verdad fue como dices, jamás se habría dado cuenta.

—La policía contrató a una psicóloga especializada que le practicó unas sesiones de hipnosis —explicó—. Fue así como recordó todo, y el impacto emocional fue devastador. No hacía más que repetir una y otra vez que su hija le había obligado, que no podía negarle a su pequeña la posibilidad de ser feliz para que cruzara al otro lado.

—¿Cómo sabes todo eso?

Ella, sin embargo, calló. Acababa de lanzar una pieza sobre el cartón, pero aún estaba suelta. No fue hasta pasados unos segundos que logró encajarla en el lugar correspondiente del puzle.

—Tú eras esa psicóloga —era una afirmación—. Fue a ti a quien contrató la policía para hipnotizar al asesino.

Eleanor cerró los ojos e inhaló una profunda bocanada de aire. Al volver a abrirlos, me miró casi con compasión.

—Creo que ha llegado el momento de que te hable del Proyecto Clevence Town.

Encorvé la espalda inconscientemente.

—¿El Proyecto Clevence Town? —repetí torpemente—. ¿Qué tiene que ver eso conmigo? ¿Qué relación guarda con todo esto?

—Kyle —la doctora había adoptado ese rigor con el que siempre abordaba los asuntos médicos—. No importa lo que suceda a continuación; oigas lo que oigas, debes prometerme que mantendrás la cabeza fría hasta que acabe.

Empecé a notar mis propias palpitaciones en el pecho. Mi corazón latía con una inusitada fuerza, como si intuyera algo de lo que estaba por venir.

—¿Qué tiene que ver conmigo, Eleanor? —insistí, lejos de dejarme amilanar.

La interpelada hizo una pausa, dubitativa, antes de responder.

—El Proyecto Clevence Town eres tú.



—Hace ya muchos años, una estudiante de psicología clínica de la Universidad de Yale planteó un proyecto de investigación para su doctorado. Este se centraba en las posibilidades de la hipnosis para tratar a pacientes con patologías de salud mental severas —comenzó Eleanor—. Previamente, se había utilizado esta técnica para corregir ciertas adicciones como la dependencia a la nicotina o el miedo a volar y los resultados habían sido positivos; de esta manera, se empleaba la hipnosis y se lograban paliar eficazmente dichas ansiedades —cuidaba cada palabra con la intención de escoger la forma más sencilla de hacerme entender la información—.

Siguiendo esta línea de pensamiento, la alumna propuso su aplicación como método de modificación de conducta de un trastorno mental. Estudió diversos casos reales ya existentes de patologías leves y utilizó dichas experiencias como fundamentación teórica de su propuesta.

—Deduzco que aprobaron el proyecto.

—En efecto. Escogió, junto a otros dos compañeros de facultad, cuatro casos a evaluar hasta que, por fin, se decantaron por el historial de Javier Arenas —miró hacia otro lado con incomodidad—. El caso del Asesino de la Cabeza Rapada había traspasado las fronteras de España, convirtiéndose irremediamente en una espiral mediática. Desde la segunda muerte, se había abordado con un sensacionalismo inusitado por parte de la prensa, de modo que no tardó en hacerse eco más allá del territorio español.

—¿Cómo pretendían modificar la conducta de un esquizofrénico? —quise saber—. ¿Cómo es posible que la hipnosis pueda curar algo así?

—En primer lugar, debes saber que se trata de una técnica basada en sugerencias que una persona efectúa sobre otra. En un principio, son unas frases sencillas que tienen como objetivo relajar al sujeto. Estas sugerencias no son más que una inducción que el hipnotizador utiliza para hacer creer al paciente que ya las estás siguiendo de manera inconsciente. Por tanto, el propósito no es otro que enfocar tu atención de forma dirigida hasta quedar retenida en tus experiencias internas —se humedeció los labios antes de continuar—. Digamos que el truco reside en hacer creer al hipnotizado que ya responde a esas sugerencias. Un claro ejemplo de ello sería cuando aquel que dirige la hipnosis te pide que levantes una mano y tú alzas el brazo sin poder remediarlo; en realidad, eres tú quien lo mueve inconscientemente, pero estás convencido de que es la hipnosis la que te hace reaccionar así. Por eso es tan importante que el sujeto esté dispuesto a cooperar, porque nadie puede hacer algo en lo que no cree —tomó aire antes de avanzar—. Una vez sobrepasada la mente consciente del sujeto, se utilizarían estas sugerencias para modificar la conducta del paciente. Para ello, es necesario ligarlas a una emoción suficientemente fuerte. Así se contrarrestan los deseos conscientes del sujeto que tratan de combatir las sugerencias inconscientes; en este caso, la necesidad de olvidar un trauma como la pérdida de una hija.

—¿Insinúas que modificaron los recuerdos del asesino para introducir unos nuevos?

Eleanor asintió.

—La propuesta de la tesis planteaba la posibilidad de eliminar los recuerdos que habían despertado la esquizofrenia paranoide otorgando una nueva identidad y una nueva vida al paciente. La mente humana es y será siempre el arma más poderosa de la tierra; si temes que te duela la cabeza, probablemente sufras una fuerte migraña poco tiempo después. Por ello, los doctores pretendían eliminar todo recuerdo existente relacionado con la esquizofrenia; al fin y al cabo, no era la primera vez que se utilizaba la hipnosis como vía terapéutica para olvidar un acontecimiento traumático —pareció notar que no lo comprendía muy bien, así que trató de buscar un ejemplo más plástico—. Para que te hagas una idea, sería el equivalente a poner un parche en el cerebro. Como el caso de la adicción a la nicotina, solo que en esta ocasión se pretendía abolir la tendencia a matar.

—¿Como si la hipnosis extrajera la esquizofrenia del cerebro?

—Más bien como si preparase a la mente para creer que no estaba allí.

—¿Y funcionó?

—A decir verdad, el profundo estado de hipnosis al que se sometió a Javier Arenas obró milagros en este sentido. Era necesario, además, omitir cualquier detalle relacionado con la época en la que la enfermedad aún existía; no podían jugársela dejando cabos sueltos, de modo que retiraron todos sus recuerdos para inocular unos nuevos —tragó saliva—. Fue así como nació

Kyle Dwayne.

Un pitido se alojó en mi cabeza y me obligó a llevar las manos a las sienes. Apreté los párpados en mi afán por paliar la punzada del dolor. Fue entonces cuando aquella profunda voz femenina martilleó mis pensamientos.

«Coloca los pies sobre el taburete y concéntrate en ellos. Ahora, dejaremos que tu inconsciente decida ayudarte a entrar en trance. Voy a hacerte unas preguntas y, si tu inconsciente está conforme con el contenido de las mismas, hará que tus pies se junten; de lo contrario, los separará aún más. ¿Estás listo?».

Abrí de nuevo los ojos con la respiración forzosamente. ¿Qué había sido aquello? Parecía tan vívido como un recuerdo, pero era imposible; yo jamás había estado inmerso en una experiencia similar. Además, ¿por qué Eleanor seguía insistiendo en que Kyle Dwayne, yo mismo, era en realidad Javier Arenas? La teoría podía empezar a cobrar sentido, pero la práctica resultaba imposible.

Formulé la siguiente pregunta aun intuyendo la respuesta de antemano, pero una parte de mí deseaba con toda su alma escuchar algo diferente.

—¿Cuáles eran sus nombres? Los estudiantes que plantearon la propuesta.

Eleanor dejó escapar un hálito de aire.

—La tesis doctoral fue elaborada por Emma Strike, pero para llevarla a cabo se apoyó en la experiencia de una compañera de clase, Angela Biggens, y de una de sus profesoras, Laura Fishwibber. Tardaron varios meses en encontrar financiación, pero finalmente hallaron un benefactor interesado en el estudio.

—Jeremiah Melquiades —terminé por ella. La doctora asintió.

—Juntos, fueron los creadores de lo que hoy en día se conoce como Proyecto Clevence Town.

Tragué saliva, arrastrando con ella toda mi desazón.

—¿En qué consistía realmente dicho proyecto?

—Tras escoger a Javier Arenas como sujeto activo del estudio, se planteó la posibilidad de trasladarlo a Alcatraz y utilizar los pasadizos restringidos a las visitas para llevar a cabo la aplicación de la tesis. Sin embargo, pronto se sugirió que podía ser contraproducente alejarlo tanto de su entorno habitual; ninguno de los cuatro sabía cómo reaccionaría el paciente al inicio del tratamiento —tomó aire, aún temerosa de mi reacción—. Por ello, se utilizó la propia Comunidad de Madrid, en la que residía Javier, como localización definitiva. Sin embargo, aún quedaba un problema: el entorno debía ser suficientemente tranquilo para no alterar la quietud del sujeto. Es decir, era imprescindible que el medio reuniera las condiciones necesarias para la correcta adaptación del paciente. Un lugar alejado de cualquier estímulo que pudiera recordarle a su vida anterior.

—La villa...

—Se escogió una región del Monte de El Pardo restringida al público. Al principio, Medio Ambiente y la delegación de protección del patrimonio se opusieron rotundamente a alterar el encinar. Pero tras varios meses de batallas legales se estimó que las pesquisas eran demasiado importantes para la medicina moderna como para denegar el permiso urbanístico.

—Y edificaron una villa aislada por una cúpula de metal —comprendí.

—Entre los recuerdos alterados a través de la hipnosis se instauró la idea de un virus que obligaba a los ciudadanos a permanecer en el perímetro delimitado por la verja hasta hallar una cura. En realidad, se pretendía aislar al sujeto de estímulos externos que pusieran en peligro el tratamiento, pero era necesario inventar un motivo para que él no sospechara; en nuestro afán por

mantener la farsa social, se le inyectaba un placebo semanalmente para dar credibilidad a la mentira.

Recordé las cortas esperas en el centro de salud, sintiéndome estúpido ante la inminencia de la verdad; en realidad, nadie más que yo se ponía la vacuna. Las pocas personas que aguardaban su turno no hacían más que interpretar un papel hasta que yo abandonara la consulta. Además, ni siquiera estábamos en Estados Unidos, como me habían hecho creer desde que tenía uso de razón.

—Por otro lado, se interrumpió la conexión a Internet durante el día para evitar que el paciente hallase algún tipo de información que hiciera peligrar la investigación. Cualquier impulso que pudiera hacerle recordar debía ser erradicado —señaló—. Sin embargo, se instaló un toque de queda a partir del cual se podía acceder a una conexión wifi interna si nos asomábamos de alguna forma discreta a la calle. Era el único momento en que podíamos hablar con nuestras familias; aunque, por alguna razón que desconozco, el Consejo fue ganando poder y terminaron cortando la red de forma generalizada —se encogió de hombros—. Al principio probamos a conectarnos durante un tiempo, pero no había forma humana de conseguirlo; no debió de ser hasta más tarde que la habilitaron de nuevo sin que nos diéramos cuenta, porque no supimos nada hasta que tú nos lo comunicaste.

Había descrito a la perfección el momento en que me salté el toque de queda para perseguir al encapuchado. La sala de Internet del ayuntamiento, las vacunas contra el virus... Todo era mentira.

¿Era acaso todo aquello el motivo por el cual vi los enlaces sobre el Proyecto Clevence Town en Internet? Cuando busqué información sobre el programa en la sala de ordenadores, aparecieron un sinfín de entradas bloqueadas. Al parecer, el caso era de una amplitud mediática sin parangón. Yo era el único que no sabía nada al respecto.

De pronto, caí en la cuenta de algo que había pasado por alto.

—¿Has dicho «nuestras familias»? —inquirí—. Creía que los creadores del Proyecto Clevence Town eran solo cuatro. ¿Dónde entras tú en la ecuación?

—Por supuesto, era necesaria la ayuda de más profesionales. En un principio, los fundadores barajaron la posibilidad de incluir a unos pocos expertos en distintos campos de la medicina mental, por lo que contactaron con la psicóloga que lo había hipnotizado para conseguir que confesara sus crímenes.

Tomé aire al comprender.

—No obstante, fueron muchas las personas que desearon formar parte del Proyecto. Algunos únicamente pretendían aportar su granito de arena a la ciencia; otros, en cambio, tan solo buscaban grabar su nombre en la historia de la medicina. Todos debíamos vigilar al sujeto y comprometernos a abordar el Proyecto desde la rama en la que éramos expertos —ordenó sus pensamientos durante unos segundos—. En cualquier caso, la primera norma que todo participante debía conocer es que quedaba terminantemente prohibido abandonar la villa. No podíamos correr el riesgo de que Javier nos viera saliendo y entrando a nuestro antojo cuando, en teoría, el virus debía contenerse entre las paredes de la cúpula.

—Sin embargo, había personas que salían ocultas bajo unas túnicas negras.

—Se consideró necesaria la opción de jerarquizar nuestra pequeña sociedad para regular el cumplimiento de las normas y la dosificación de recursos. Por ello, se escogió a doce concejales y a un alcalde que instaurasen el orden en la villa a la que dio nombre el Proyecto —se acercó para evaluar mi estado antes de seguir—. Fueron ellos quienes me nombraron responsable de seguir la evolución de Javier Arenas y es a ellos a los que todos enviamos informes sobre el desarrollo del experimento —no podía ser. ¿Acaso la amistad y cercanía de Eleanor se debía a que creía que yo era Javier Arenas? ¿Estaba a mi lado tan solo para evaluarme psicológicamente?

—. Por su parte, se les facilitó unas túnicas que guardaban en un almacén de suministros al que solo ellos podían acceder. Únicamente estas personas estaban autorizadas a salir de la valla después del toque de queda y solo lo hacían para abordar cuestiones legales o comprar suministros para la semana. Por supuesto, antes debían pedir permiso a los cuatro fundadores del Proyecto.

«Te estás precipitando, Kyle», me había dicho el reverendo Melquiades, o quienquiera que fuese, cuando lo acusé de querer contagiar el virus más allá del perímetro de Clevence Town. «Comprenderás mi silencio cuando todo haya salido a la luz».

En aquel momento supe a qué se refería.

—Hubo una oleada de recelo al principio. Basándose en pesquisas como las obtenidas tras el experimento de la prisión de Stanford, muchos expertos mostraron sus reservas a estratificar una sociedad que debería mantenerse, posiblemente, durante varios años. Nosotros nos comprometimos a aprender de la experiencia y a utilizar aquel caso para evitar que volviera a suceder. Pero por algo dicen, y con mucha razón, que el ser humano es el único animal que tropieza dos veces con la misma piedra.

Tal y como yo había deducido, el encierro en la villa había hecho que opresores y oprimidos asimularan en su propia piel el rol que se les había asignado en la sociedad de Clevence Town. De ahí se explicaban los abusos del Consejo y la pasividad inicial de los ciudadanos de la comarca.

O su posterior rebelión.

De hecho, teniendo en cuenta lo que acababa de mencionar Eleanor, dicha sublevación tenía mucho más sentido; a fin de cuentas, todos habían accedido a la villa de forma voluntaria y no tenían por qué tolerar semejante trato. A nada que un ciudadano pusiera en tela de juicio la autoridad del Gobierno, el resto recordaría que aquello no debería ser más que un simple rol. Y ese habitante no había sido otro que James Cooper, el mecánico.

—¿Cómo es posible entonces que nadie hiciera nada cuando mataron al señor Cooper? — espeté.

—Porque en realidad nunca fue asesinado.

—Lo sé, lo descubrí en el ayuntamiento no hace mucho tiempo —tercié—. Pero en ese momento ninguno éramos conscientes del engaño; no había más que ver el horror en todas vuestras miradas.

—Es complicado —reconoció—. Nadie esperaba esa reacción por parte del Consejo, así que pensar que de verdad estaban matando a uno de nuestros vecinos nos sumió, igual que a ti, en la más absoluta estupefacción. Ese mismo estupor pronto desencadenó la ola de violencia posterior.

—¿Y a dónde le llevaron?

—El señor Cooper estaba a punto de revelarte la verdad de Clevence Town antes de que empezaras a recordar todo esto. Semejante comportamiento era inaceptable si no queríamos poner en peligro la tesis, por lo que el Consejo trató de hacerle entrar en razón. Incluso su pareja, Angela Biggens, intentó convencerle —¿su pareja? ¿La gente mantenía relaciones en secreto a fin de preservar la farsa?—. Sin embargo, el supuesto mecánico consideraba que había pasado ya mucho tiempo y que era hora de acelerar el proceso. Además, fue el primero en hacerse consciente del trato vejatorio que recibíamos por parte del Consejo; fue, a fin de cuentas, el primero en ver que nos habíamos convertido en una nueva Stanford. Solo que la situación era mucho más extrema debido al paso del tiempo.

—Pero el Consejo no podía arriesgarse a que se destapara la verdad.

—En efecto —afirmó la doctora—. Por ello, decidieron expulsarle del Proyecto Clevence Town; esa misma noche abandonó la villa.

En ese momento comprendí lo que el alcalde había querido decir en la misiva dirigida a los ciudadanos de Clevence Town después de que me atacaran por primera vez; en ella, les prevenía de que correrían la misma suerte que el señor Cooper si volvían a actuar de forma violenta.

Al principio pensé que los amenazaba con matarlos, pero en realidad les estaba diciendo que si sobrepasaban los límites serían expulsados.

—Su error fue llevar el teatro hasta el límite —sentenció Eleanor—. Tenían tan asumido su rol que pretendían darnos una lección, pero sobre todo querían que tomáramos conciencia de quién llevaba las riendas del experimento. Por eso prendieron fuego al carro aquella noche.

—¿Lo dejaron caer en la trampilla del ayuntamiento antes de incinerar el carro? —pregunté, recordando la teoría que le había explicado a Korine en aquella misma casa.

La interpelada asintió.

—Drogaron al señor Cooper y, una vez dentro del vehículo, lo dejaron caer en el agujero antes de bajarlo a la plaza. Esperaron a que sonara el toque de queda para sacar el cuerpo inconsciente del hombre; poco después, los guardias del exterior se lo llevaron de regreso a su casa.

Mi boca se desencajó en un gesto de incredulidad. No podía creerlo; todo estaba perfectamente atado. Cuánta razón tenía Korine al afirmar que debía temer más a los vivos que a los muertos.

—Todos creímos, igual que tú, que habían matado al señor Cooper. Por eso la gente reaccionó de forma tan violenta. No fue hasta el día siguiente que se nos informó de la medida que habían tomado.

—Pero el resto de ciudadanos siguió atacándome después.

—Solo cuando comenzaron a morir los fundadores.

—Yo no los maté —me defendí—. Fueron las niñas y aun así la tomaron conmigo.

Eleanor me cogió la mano, pero yo me zafé enseguida. Me di cuenta de que había dejado de hablar de Javier Arenas en tercera persona para referirse a él como si se tratase de mí; qué sutil era cuando quería.

—¿Qué recuerdas de aquellas muertes? —me preguntó—. ¿Te acuerdas de que nos contaste a Korine y a mí que habías soñado con ellos mientras eran asesinados?

Retrocedí nervioso.

—Ya sé por dónde vas y no pienso permitirlo. Además, vosotras mismas le dijisteis al mayor Thompson que estaba en tu casa la noche que murió Emma Strike. Y cuando asesinaron a Angela Biggens acababa de suceder el altercado en tu cocina.

—Mentimos para protegerte —terció—. Korine y yo somos tus terapeutas; el peso de tu recuperación depende de nosotras —¿Korine también? ¿Es que todo lo que siempre había querido de mi miserable existencia era falso?—. Sé que no debimos, pero nos implicamos emocionalmente contigo después de estos años y te convertiste en un buen amigo cuando nunca debiste dejar de ser únicamente nuestro paciente. Si el mayor Thompson o cualquiera hubiera sabido que tú cometías los asesinatos se habría cerrado el caso para trasladarte de nuevo a un centro psiquiátrico; te habrían abandonado a tu suerte después de lo que te hicimos.

Aquello me desquició.

—¡Yo estaba en esta casa! —grité.

—Estabas aquí cuando soñaste sus muertes —concedió. No comprendía qué pretendía insinuar—. Es frecuente que las esquizofrenias paranoides provoquen dos tipos de alucinaciones. Una de ellas es una ilusión que el paciente cree que está sucediendo en ese mismo momento; la otra, en cambio, proyecta una imagen distorsionada de una realidad futura. Algo que el inconsciente del sujeto le dice que tiene que hacer.

—Yo no los maté.

—Te estuvimos vigilando durante el *shock*, pero hubo un momento en el que no estabas en la habitación cuando subimos a verte —confesó—. Nos asustamos muchísimo, incluso aunque luego terminarás apareciendo en el portal... ¿No recuerdas nada?

Negué con la cabeza, contrariado.

Ella, por su parte, se sentó sobre sus rodillas.

—Es posible que tu mente decidiera protegerte ocultando esos recuerdos —barajó—. Incluso puede que ni siquiera fueras consciente de lo que estabas haciendo, como con las niñas de...

—¡Basta! —estallé—. ¡Ya te dije que eran sueños! ¡Los fantasmas querían que viera lo que les hacían para torturarme!

—Era tu inconsciente el que quería torturarte, Kyle —lejos de amedrentarse por mi desafortada reacción, la doctora se acercó a mí con actitud conciliadora—. Los espíritus son un producto de tu mente que intenta hacer aflorar los recuerdos de tu vida previa a Clevence Town; guardas en tu inconsciente tal sentido de culpabilidad que el único que persigue la expiación de tus crímenes eres tú mismo. Tal y como sucedió aquella vez, has creado un velo de fantasía alrededor de los asesinatos y culpas a criaturas paranormales de los crímenes que en realidad estás cometiendo tú. Sí, lo haces de la misma forma que crees soñar, pero lo demás es pura ficción.

—¡Eso es mentira! —bramé. Las lágrimas eligieron ese preciso momento para desbordar mis mejillas—. Si hubieras visto lo que yo, sabrías que no me lo estoy inventando. ¡Dijiste que me creías!

—No podía responderte con la verdad porque no la habrías resistido. Es ahora y aun así te resulta insoportable.

«Una de las vecinas de la difunta afirma haber visto a un hombre de complexión similar a la del señor Dwayne saliendo anoche de su casa», había dicho Eleanor cuando atacaron el ayuntamiento.

No..., no podía ser cierto...

Y, sin embargo, el alcalde me había dicho que, a pesar de mi sueño, Thor no dormía con ellos esa noche.

—¡Ellas me atacaron en tu cocina! —insistí, mostrándole las vendas que cubrían mis muñecas—. ¡Me hicieron esto! ¿Acaso no te parece prueba suficiente?

—Intentaste suicidarte, Kyle.

—¡No!

—En un arranque de ira, destrozaste mi nevera —persistió—. Rompiste, además, un vaso de cristal y trataste de cortarte las venas con uno de los fragmentos.

—Mientes...

—¡Maldita sea! ¡Hay cámaras por toda mi casa precisamente porque es uno de los lugares que más visitabas! ¡También las había en la tuya y en la de Korine! —añadió a punto de perder la paciencia—. ¡He visto las grabaciones de esa cocina una y otra vez!

No quería..., no podía escucharla...

De pronto, vislumbré una luz al final del túnel. Miré en derredor, como si en verdad fuera posible palpar la solución que acababa de tomar forma en mi conciencia.

—El vídeo... Korine tiene una grabación en la que se ven los fantasmas —expliqué con voz temblorosa—. Estuvo aquí hace un rato y me lo enseñó. Si la llamas podría venir y mostrártelo.

Ella pareció dudar. Introdujo la mano en el bolsillo del pantalón y cogió el teléfono móvil. Acto seguido, activó uno de los números de marcación rápida y esperó a que diera señal. Pude

escuchar la voz de Korine al otro lado de la línea, aunque no fui capaz de distinguir lo que decía.

—Hola, estoy con Kyle —le informó—. Está pasando... —la voz de mi amiga se mostró inquieta, pero seguía sin distinguir lo que decía—. No, no hace falta que avises a nadie; yo me hago cargo de la situación —me observó, dubitativa—. Escucha, dice que le enseñaste un vídeo en el que aparecen los espíritus de las niñas que cree ver. Te llamaba porque... —de nuevo, una pausa—. Ya... Claro... No, no te preocupes; ya te he dicho que puedo encargarme yo... Gracias, Korine.

Presionó la tecla roja con pesadumbre, como si en verdad no quisiera enfrentarse a lo que estaba por venir una vez concluida la llamada.

—¿Qué te ha dicho? —exigí saber, angustiado.

—Kyle, Korine no ha estado sola contigo en mi casa.

En ese momento fui yo quien sintió el peso de un enorme lastre sobre mi espalda. Aquella afirmación me cayó como un jarro de agua fría.

—No puede ser... Sé lo que vi. Una cosa es que no creas que veo fantasmas y otra es que las dos penséis que me invento lo que he hecho.

—Dices que soñaste las muertes, igual que te pasó con las niñas —una nerviosa ternura asomó en su voz—. Por aquel entonces tu mente te protegió haciéndote creer que los asesinatos no eran más que pesadillas, como ahora. Pero eran precisamente esas pesadillas las que te incitaban a llevarlas a cabo.

—No...

Me volví hacia la pared, incapaz de sostener su mirada. No entendía nada. ¿Por qué negaba lo que yo trataba de explicarle tan fervientemente? ¿Por qué me acusaba de los asesinatos de mis vecinos? ¿Por qué seguía tratándome como el Asesino de la Cabeza Rapada?

—Kyle, Clive Maison me llamó antes de que llegaras. Me explicó que te habían visto arrojar a Fishwibber por la ventana.

—Es mentira —bufé—. Me acerqué para tratar de salvarla antes de que cayera.

—No, Kyle —ahora era ella quien lloraba—. Créeme que esto me duele más de lo que puedas imaginar, pero tienes que aceptarlo tú también. Mataste a Emma, a Angela, a Jeremiah y a la concejala. Tu mente ha tratado de protegerte este tiempo haciéndote creer que eran sueños, pero una parte de ti sabe que estoy en lo cierto —se enjugó una lágrima que amenazaba con rebasar la barbilla—. Escúchame —añadió, posando la palma de la mano sobre mi mejilla—, puede que el experimento haya fracasado pero estamos juntos en esto y jamás, pase lo que pase, te dejaré solo. Vas a superarlo y yo voy a ayudarte a hacerlo.

—¡Yo no los maté! —lloré.

De pronto, los cuatro espíritus aparecieron tras Eleanor. Grité aterrado al ver sus mandíbulas desencajadas.

—¡Kyle! —gritó la doctora—. ¡Para! ¡Tienes que calmarte!

Una vez más parecía no ver lo que estaba sucediendo.

Los cuatro espectros posaron sus pálidas manos sobre mi cabeza. Me retorcí de dolor ante el frío de sus dedos, pequeños fragmentos de hielo que atravesaban mi córtex como hilo de pescar. Todo asomo de pensamiento se anuló de inmediato; mis rodillas se doblaron incapaces de soportar la punzada que atravesó mi cabeza.

Y, entonces, una nueva escena se dibujó en mi cabeza...

...Una escena que dio paso a la nítida imagen de mis sueños. Unas pesadillas que otrora me torturaron siendo testigo de la muerte de mis vecinos, recuerdos oscuros que ahora parecían

iluminados con un resplandor negro. Los trémulos rayos de luz azabache enmarcaron a Emma Strike, sentada sobre su cama, mientras el espíritu de la niña gateaba a su espalda. La mujer comenzó a girar su cabeza al sentir el cambio de peso sobre el colchón. Tal como recordaba, los brazos del espectro se cernieron sobre su cabeza. De repente, una luz cegadora relampagueó la escena; a cada flash blanquecino, el rostro y el cuerpo del fantasma cambiaban... para ofrecerme mi propia imagen partiéndole el cuello a Emma...

La escena cambió tres veces más: la primera me ofreció una cruenta visión de mis manos sosteniendo una minicadena ante el debilitado y suplicante semblante de Angela Biggens. En la segunda, pude verme junto a un árbol del bosque sosteniendo con firmeza la soga de tela de la que colgaba el reverendo Melquiades, cuyo hálito de vida se escapaba bajo la presión de la cuerda sobre su cuello; recordaba el terror con el que me había mirado cuando me volví hacia él con aquel decidido resplandor en los ojos... Hasta que, en la última, corría hacia la concejala Fishwibber para empujarla por la ventana, siendo sus dedos los que se aferraron a mi brazo para evitar la caída y no al revés...

Caí de rodillas, pero las lágrimas me impedían distinguir con nitidez el cuarto de Eleanor. El eco lejano de su voz rebotó en mis oídos; parecía estar llamando a alguien por teléfono.

A día de hoy sé que mi repentina enajenación la desbordó y tuvo que pedir ayuda para controlar la situación. No supe a quién telefoneó hasta más adelante, porque antes siquiera de acostumbrarme al cambio de luz mi visión retrocedió de nuevo. Guiada por la tortuosa tutela de aquellos cuatro pares de manos, me sumergí al amparo de mi inconsciente...

...La imagen de la niña del cuchillo, aún resplandeciente de vida, me asaltó ante la inminencia de lo que estaba por ocurrir. Su rostro, marchito de suciedad, me observaba acercarme con un halo de terror. La pequeña retrocedió conforme yo avanzaba hasta quedar arrinconada en una esquina de la estancia. Quise detener mi paso, como si una parte de mí sospechara de antemano lo que sucedería a continuación y quisiera cambiar el pasado. Sin embargo, el tiempo es inmutable y, con él, mi agónico avance. La niña lloraba en una súplica que quedó impresa en la eternidad de mi memoria. El dolor de aquel grácil semblante de siete años que acababa de descubrir lo que iban a hacer con ella, la certeza de saberse muerta cuando apenas había madurado lo suficiente para comprender la propia muerte.

Sus gritos me retumbaban en la cabeza para recordarme otro llanto que jamás logré socorrer. Las lágrimas perdidas en el rostro de otra niña sin cabellos que debía aliviar por encima de todas las cosas.

La agonía que me hizo asir el puñal con firmeza y clavarlo repetidamente en el vientre de la primera víctima del Asesino de la Cabeza Rapada. Al principio, el dolor intensificó sus gritos, pero pronto sus fuerzas se derramaron con su sangre sobre el camisón blanco que cubría su pequeño cuerpo infantil.

Sin embargo, la escena cambió hasta vislumbrar el trémulo cuerpo flotante de otra niña sobre la superficie de una piscina...

...Y el de una tercera suspendido de una soga bajo la rama de un árbol...

...Incluso sentí el frío de la nieve que se filtraba en mis guantes de esquí mientras enterraba el cadáver de una cuarta víctima en la nieve de Sierra Nevada...

Apoyé las manos en el suelo. Mi llanto se desgarró en un sonoro lamento, un estremecedor parpadeo que fluía cada vez que mi aliento me permitía respirar.

Sentí una opresión en el pecho similar al estallido de los pulmones. Era como si alguien clavara miles de filamentos de vidrio en cada fibra de mi corazón. No podía enfocar la mirada; por el contrario, parecía que todo a mi alrededor estaba empañado por destellos de colores.

Yo las había matado.

Había asesinado a esas almas inocentes a sangre fría.

Recordé los gritos de mis vecinos tachándome de homicida mientras me perseguían y apaleaban. No se referían solo a las muertes de Emma o Angela, ya que no disponían de pruebas suficientes para inculparme de manera concluyente. No..., nutrían el clamor de sus voces con la injusticia de las cuatro vidas que yo mismo había arrebatado tiempo atrás. La sospecha siempre había sido alimentada por una certeza previa.

Phurya... La expiación de un alma inconsciente torturada por la culpa de no asumir su castigo. Esa era la venganza de los espíritus; obligarme a cometer los crímenes de las cuatro personas que habían impedido que su asesino cumpliera la condena impuesta por los tribunales. ¿O acaso era fruto de mi propia necesidad de redención?

—N-no... no pue... o... respi... ar... —apenas logré titubear unas incongruentes palabras entre el ruido de mis forzosos jadeos. Sentí unos brazos a mi alrededor que me forzaban a tumbarme en el suelo; las firmes extremidades de Korine. ¿Cuándo había llegado? Debía de ser a ella a quien Eleanor llamaba mientras yo veía... todo aquello...

«Mis crímenes», terminó de decir una voz en mi cabeza.

—Está sufriendo un ataque de ansiedad —esa había sido Eleanor—. Debemos detenerlo o terminará teniendo un colapso.

¿Un *shock* nervioso? No parecía nada comparado con todo el daño que había ocasionado.

—Kyle, tienes que tranquilizarte —Korine me tumbó boca arriba sobre sus piernas para masajear mi pecho con la palma de su mano.

—No... pue...

—Hazlo por nosotras —suplicó—. Esto no puede acabar así.

La ternura de sus palabras me conmovió. Sí, todo ese tiempo me habían estado mintiendo; no eran más que unas terapeutas que me habían utilizado como conejillo de Indias para sus experimentos de sanación mental. Pero habían acabado cogiéndome cariño y no soportaban verme de aquel modo. Esa delicadeza a la hora de dirigirse a mí, ese ruego... no era otra cosa que fruto del afecto que ambas habían aprendido a profesarme. A pesar de lo que pudiera parecer por las circunstancias, me querían...

Mi cuerpo, en cambio, tenía voluntad propia. Todo en mí temblaba hasta el límite de la convulsión.

De pronto, llamaron a la puerta de la calle.

—Debe de ser ella —intuyó Eleanor—. Iré a abrir.

Pude ver por el rabillo del ojo cómo se levantaba y corría por las escaleras hacia el piso inferior. Las niñas observaban la escena, satisfechas con mi estado.

Sentía un penetrante ardor en la boca del estómago, un desagradable nudo que iba ascendiendo por el esófago con la amenaza de expulsar todo mi sistema digestivo. Cuando logré hacerme dueño de mis movimientos, me volví hasta quedar boca abajo y alejarme a gatas de Korine. Vomité de espaldas a ella, temeroso de poder ensuciarla.

Por un instante creí que la presión de mi cabeza me haría desmayar. Mis lágrimas caían al suelo en una torrencial lluvia de aflicción. Miré mis manos, apoyadas aún sobre el suelo. La sangre de las heridas resbalaba por entre los dedos en rojizas hebras que tejían un tapiz de destrucción.

La sangre de un asesino.

«Yo soy Javier Arenas». Aquella certeza inundó mis sentidos con la desazón de mi propia comprensión. «Soy el Asesino de la Cabeza Rapada».

Korine se incorporó y caminó en mi dirección.

—Estoy contigo, Kyle —me calmó con la mano sobre la espalda—. No voy a dejarte solo.

Poco a poco, sentí cómo mi cuerpo se serenaba. No puedo decir que estuviera tranquilo, pero al menos no parecía al borde del *shock*. Me permití tragar saliva, más espesa de lo normal.

Fue entonces cuando escuché el repicar de unos pasos subiendo por la escalera.

—Gracias por venir —musitó Eleanor sin resuello—. Eres la única que puede hacerle volver en sí.

La doctora entró de nuevo en la estancia, seguida del vetusto semblante de lady Ambers. La mujer se detuvo en el umbral de la puerta para analizarme. Nuestras miradas se cruzaron, evaluándonos el uno al otro. Yo aún respiraba con dificultad, incapaz de borrar la imagen de mis recuerdos. Al final, la memoria había encontrado una grieta en la hipnosis y se había abierto camino por ella.

—Hola... —saludó la anciana, interrogante.

—Kyle —indicó Eleanor.

La mujer asintió, comprendiendo. Al parecer, no sabía con qué nombre dirigirse a mí; gracias a la doctora, pudo comprender que yo aún no estaba preparado para ser interpelado por mi antigua identidad.

—¿Qué hace usted aquí? —logré articular—. ¿Es que acaso tengo una tercera loquera? —tal vez sonara demasiado brusco, pero dadas las circunstancias consideré que tenía derecho a permitírmelo.

Ella se acercó y se arrodilló junto a mí. Apoyó la mano abierta sobre mi hombro y sonrió con una mezcla de timidez y nerviosismo.

—No —negó—. Soy tu madre.



—¿Qué? —me atreví a preguntar por encima de la intensidad del silencio.

Sentía el corazón en un puño, siempre dispuesto a cerrarse para aplastarlo con las alargadas garras de la incertidumbre.

—Pero mis padres...

—Todo fue introducido en tu mente a través de sugerencias, Kyle —me recordó Eleanor.

Korine se había alejado un poco. Apartó la mirada, avergonzada; al fin y al cabo, ¿con qué fuerza moral podía siquiera estar cerca de mí después de tantas mentiras?

—¿Tengo padres? —fue cuanto pude articular.

—Tu padre murió poco después de que nacieras —lady Ambers parecía triste, como si todavía le sorprendiese que fuera incapaz de recordar algo así—. Te crié en el hogar que él nos procuró en su testamento poco antes de su fallecimiento.

—Pero... no lo comprendo...

—No podía dejar solo a mi hijo al amparo de unos desconocidos sin saber qué podían hacer con él —bajó la mirada, abatida—. No fue fácil para mí asumir lo que habías hecho, Kyle. No fueron pocas las veces que me pregunté qué había hecho mal en tu educación; cómo era posible que mi pequeño, el mismo que me abrazaba y me trataba como si fuera a romperme a cada paso que daba hubiera... —se detuvo, incapaz de decirlo en voz alta—. Entonces, ella te diagnosticó

esquizofrenia paranoide —señaló a Eleanor con la cabeza. Al principio se había mostrado titubeante, pero una vez comenzó a hablar las palabras fluyeron en manantial—. Jamás habías mostrado síntomas que me hicieran sospechar que estabas enfermo a esos niveles. Me explicaron que, a veces, tardaba en manifestarse; pero, en ocasiones, una situación de estrés o inestabilidad emocional termina provocando una reacción en cadena. La pérdida de nuestra pequeña Ingrid, poco después de la trágica muerte de su madre, acabó detonando la enfermedad como una bomba de relojería —se adelantó para arrodillarse frente a mí. Parecía confiada, como si no tuviera miedo de mi reacción—. No hay nada más doloroso para una madre que perder a su hijo; a ti te apartaron de la tuya de forma física; pero, en mi caso, lo hicieron de manera más cruel. Poco a poco, te ibas desintegrando en una sombra de paranoia, alejándote de este mundo. Tu mente se me escapaba de entre los dedos y no podía soportar ver cómo te marchabas tras esa máscara de locura —pude imaginar por todo lo que debía haber pasado—. Tardé mucho tiempo en comprender que no se trataba de demencia, sino que mi hijo había caído simplemente enfermo. Y yo estaba dispuesta a darlo todo con tal de recuperarlo.

Intenté hacer memoria, pero por más que me esforzara en recordarla no era capaz.

—Por eso firmé mi consentimiento como tu tutora legal para que te aplicaran el tratamiento experimental —confesó—. Nada de lo que pudieran hacerte fuera de Cleveance Town te haría mejorar, de modo que decidí probar otra alternativa. Estudié a fondo la propuesta y realicé mis propias investigaciones; até todos los posibles cabos sueltos para asegurarme de que mi hijo estaría suficientemente atendido, pero nunca permitiría que te alejaran de mí —hizo una pausa en busca del consentimiento de Korine y de Eleanor. Tras sus respectivos asentimientos, volvió la mirada de nuevo en mi dirección—. Cuando les dije que solo firmaría los documentos con la condición de venir con vosotros, me hicieron prometer que me cambiaría de identidad y que jamás pondría en riesgo el experimento con nuestro lazo familiar. No podría ser tu madre en Cleveance Town por si el recuerdo de nuestro parentesco hacía fallar el programa —negó con la cabeza, al borde de las lágrimas—. Levantarme cada día sabiendo que ni siquiera me recordabas ha sido una de las cosas más dolorosas a las que he tenido que enfrentarme —alzó de nuevo la mirada, esta vez con seguridad—. Pero estaba dispuesta a pagar el precio que hiciera falta con tal de recuperarte.

—Sin embargo, no ha sido así —lloré—. He matado a toda esa gente. Lo he visto aquí —me señalé la cabeza para que supieran a qué me refería.

—Porque el experimento no ha dado resultado, cariño —la anciana me acarició la barbilla con ternura—. La suspensión del primer tratamiento no te ha beneficiado y el estrés de los últimos días ha supuesto un nuevo detonante para tu problema —forzó una sonrisa—. Pero ahora podemos seguir adelante juntos. Retomaremos la medicación y podrás tener una vida normal; puede que de momento no haya cura posible para tu enfermedad, pero tal vez algún día la medicina dé el salto que necesitamos para solucionarlo.

—¿Cómo puedo tener una existencia normal sabiendo la sangre que empapa mis manos?

Ella, por toda respuesta, me abrazó. Tal vez debería haberle devuelto el gesto, pero estaba tan saturado de información que no me vi capaz. En su lugar, dejé que me rodeara con sus brazos. Me sentía incómodo, como si una persona con la que no tuviera suficiente confianza se estuviera tomando demasiadas libertades.

—Escucha —comenzó—. Estas chicas han cuidado de ti como si fueran tus hermanas todo este tiempo. Yo también he seguido tus pasos muy de cerca, aunque tuviera que hacerlo a una distancia prudencial. Ninguna de las tres vamos a abandonarte ahora que tanto nos necesitas; estaremos contigo pase lo que pase y te ayudaremos a superarlo.

Miré hacia atrás. Los espíritus contemplaban la escena con inquietud.

Así que todo había sido un producto de mi imaginación. Pero, de ser así, ¿por qué seguía viéndolas? ¿Cómo era posible que no desaparecieran si no eran más que una paranoia? ¿Acaso estaba yo en lo cierto? ¿Y si, en verdad, tenía razón y eran las almas de las niñas a las que asesiné?

Lady Ambers se apartó y me miró con cariño. El peso de su confesión cayó de sus hombros como el ancla de un barco que no hubiera podido zarpar durante tantos años. Al fin, podía liberar su secreto.

—¿Estás más tranquilo? —quiso saber. Asentí sin mucha convicción.

—No lo comprendo. ¿Por qué no puedo recordarte? —inquirí.

Ella, lejos de entristecerse, se encogió de hombros.

—Nunca terminaré de entender cómo funciona la mente humana —apuntó, comprensiva—. Según lo que me dijeron en su momento, los recuerdos terminarían por aflorar tarde o temprano. Algunos lo harán antes que otros, por supuesto. Así que debemos darles tiempo si queremos que el final de la hipnosis siga su curso.

—¿Queréis que os dejemos un momento a solas? —ofreció Eleanor. Yo estaba más tranquilo, de modo que la anciana no tendría por qué correr peligro.

—No —declinó la interpelada—. Creo que ha recibido demasiada información en un mismo día. No quisiera saturarle más de lo que ya está —a fin de cuentas, había cumplido con su cometido de calmarme—. Tal vez pueda preparar un par de infusiones si alguien me acompañara a la cocina.

—Yo lo haré —se ofreció Korine.

—Me quedaré con él arriba —dijo Eleanor—. Os avisaremos si quiere bajar más tarde.

La aludida asintió antes de volverse hacia mí.

—Comprendo que ahora estés enfadado y que te cueste confiar en alguien —aseguró—. Pero quiero que sepas que no somos tu enemigo y que estaremos a tu lado pase lo que pase.

No contesté, incapaz de mirarla siquiera. Escuché un suspiro de resignación antes de que sus pasos se unieran a la anciana y, juntas, desaparecieran por el vano de la puerta. Además, sabía que los espectros rondaban por la habitación y lo último que necesitaba en aquel momento era verlos de nuevo.



No puedo precisar si pasaron dos o tres horas después de aquello. Bebí el té en silencio y mantuve mi silenciosa actitud durante el resto del tiempo. Mis acompañantes entraban y salían de la habitación por turnos para no agobiarme y dejarme encajar las cosas. A veces intentaban hablar conmigo, pero cejaron en su empeño ante mi sepulcral falta de respuesta. No sabía cómo sentirme respecto a ellas; por un lado, quería seguir creyendo que eran mis amigas, las personas con las que había compartido mi vida y a las que me había entregado por completo... pero, por otro, resultaba que esa supuesta vida no existía. La única realidad que conocía era que me habían engañado hasta un extremo que todavía me costaba comprender.

No lograba entender cómo era posible que todos esos falsos recuerdos parecieran tan vívidos en mi cabeza, que incluso hubieran suplantado los reales. Por más que me esforzaba en eliminarlos y rescatar los primeros, estos permanecían ocultos en algún recóndito lugar de mi cerebro.

Eleanor me había asegurado que la hipnosis únicamente los había aletargado en un rincón

dando rienda suelta a la historia que ellos querían que creyera. He de confesar que temía las vivencias que podría recuperar, pero no quería seguir engañándome; deseaba con todas mis fuerzas poner fin a aquel *show de Truman* y que mi verdadera vida volviera a mí como las imágenes que acababa de visualizar.

—Quiero salir.

Eleanor se inclinó hacia delante. Korine y lady Ambers (a la que tardaría mucho tiempo en poder llamar mamá) esperaban en el piso de abajo.

—¿Cómo dices? —terció tras un carraspeo.

La había pillado por sorpresa. Después de tanto tiempo en silencio no estaba preparada para un inicio de conversación tan abrupto.

—Necesito salir de Clevence Town.

Ella pareció comprender a qué me refería.

—¿No crees que sea contraproducente? —sugirió.

—No lo sé; dímelo tú —espeté, no sin cierta mordacidad—. Al fin y al cabo, eres tú la loquera, ¿no?

—Kyle, sabes que...

—No he empezado esta conversación para que puedas excusarte —interrumpí, sellando su boca en el acto—. Eso ya lo has intentado antes y ahora tampoco va a funcionar. Creo que tengo derecho a estar enfadado con vosotras y a valorar lo que quiera a partir de ahora. Estoy harto de oír que estaréis a mi lado, porque creo que soy yo quien debe escoger si deseo que lo hagáis —pareció como si le hubiera dado un bofetón. Se le inundaron los ojos de lágrimas, pero no sentí ninguna lástima por ella. ¿Acaso esperaba recibir mi comprensión y una palmadita en la espalda después de lo que acababa de descubrir? Aún era pronto para saber qué decir en ese sentido; necesitaba tiempo para reflexionar—. Estoy cansado física y emocionalmente, pero hay algo que debo hacer y deduzco que no lo conseguiré sin vuestra ayuda.

Ella asintió en silencio para contener las lágrimas. Sonreí para mis adentros ante aquel gesto; puede que en pocos minutos se hubiera convertido en una completa desconocida, pero sí que la conocía a nivel emocional. Por lo menos en eso no me habían engañado. Su identidad era falsa, pero, al parecer, no lo era la persona que se ocultaba tras ella.

—Tengo que encontrar al imitador del Asesino de la Cabeza Rapada, y he de hacerlo antes de que mate a la última niña.

Ella me miró, sorprendida.

—¿Cómo sabes...?

—Qué más da cómo lo haya averiguado —recordé que habíamos olvidado comentar que la última víctima ya había sido secuestrada—. Lo importante es que hay un criminal que ha apresado a una niña y está dispuesto a matarla —atajé—. No sé cómo vamos a hacerlo, pero siento que soy yo quien debe detenerlo. He hecho daño a mucha gente y necesito parar todo esto; puedes llamarlo redención si quieres, pero no voy a descansar hasta salvar a esa pequeña. Y algo me dice que no tenemos mucho tiempo —inspiré profundamente—. Sé que crees que estoy loco y probablemente tengas razón.

—Yo no he dicho que...

—Déjame terminar —interrumpí de nuevo—. Me da igual que lo endulces llamándolo esquizofrenia paranoide porque, hoy por hoy, para mí lo importante es que tengo algo que no está bien —ella calló, pero sabía que no se iba a dar por vencida; no consideraba que estuviera loco, sino simplemente enfermo. Conociéndola como lo hacía, era consciente que no pararía hasta hacerme ver esa diferencia tarde o temprano—. Por mucho que diga ahora, jamás vas a creerme

respecto a los fantasmas; ni siquiera yo sé qué creer al respecto. Las veo tan nítidas como pueda verte a ti, a Korine o a... —me detuve, incapaz de llamarla «madre».

—O a lady Ambers —terminó Eleanor por mí.

Yo asentí.

—Puede que estéis en lo cierto y tan solo sean un producto de mi imaginación, una justificación de mi mente para protegerme de mis propias acciones. Solo sé que, de ser reales, no descansarán hasta parar los pies al nuevo homicida. Y estoy seguro de que querrían que fuera yo quien lo hiciera.

Dejé a un lado el asunto de la venganza personal, la necesidad de ver a su propio asesino sufrir como lo había hecho.

—En ese caso, no se hable más —sentenció la doctora.

Ahora fui yo el sorprendido al verla ponerse de pie con semejante energía.

—¿Así de fácil? —inquirí.

—Aunque te cueste admitirlo, además de tu psicóloga soy tu amiga y estoy dispuesta a hacer cualquier cosa con tal de ayudarte —me tendió una mano para ayudarme a levantar—. Si esto es lo que necesitas, así será.

Una parte de la admiración que siempre había sentido hacia ella amenazó con imponerse al desasosiego que su engaño me había dejado. Luché por controlarlo, pero los sentimientos se negaban a dejarse amedrentar.

—No tengo ni idea de por dónde empezar —reconocí.

Acepté su mano y me incorporé. Tenía las piernas entumecidas, de modo que esperé antes de comenzar a caminar.

—James se hizo cargo de una investigación paralela a la de la policía cuando lo expulsaron de Clevence Town —me explicó Eleanor—. Tal vez si vamos a verle pueda informarnos de algo que se nos escape.

—¿James? ¿Te refieres al señor Cooper?

¿El mecánico que me habían hecho creer que había muerto?

¿La pareja de Angela Biggens?

Ella asintió.

—Espera —me pasé la mano por la cabeza para contener una risa nerviosa—. Estamos hablando del mismo James Cooper a cuya pareja se supone que he asesinado. ¿De verdad crees que es inteligente presentarme en su casa y estrecharle la mano como si nada? Ese hombre querrá matarme y no le culpo por ello.

—Puede que no sea plato de buen gusto, pero tú necesitas hacer esto. Además, es un hombre suficientemente maduro para ser consciente de que la vida de una niña está en juego —opinó la doctora—. No puedo adivinar lo que querría hacer contigo después, pero si es verdad que ha desaparecido una cuarta víctima hará lo que esté en su mano para salvarla.

—Sigue pareciéndome una falta de respeto por nuestra parte. Tal vez en Internet...

—¿Quieres salvar a la niña o no? —me espetó—. Créeme si te digo que llevarte a su casa me hace tan poca gracia como a ti y ojalá tuviera otra alternativa. Pero ahora mismo es la única persona que conozco que pueda esclarecer algún detalle de la desaparición. Internet tan solo nos aportará detalles oficiales, pero él puede ayudarnos a otro nivel.

Aquello me hizo reaccionar; apenas nos quedaba tiempo, de modo que asentí.

—En ese caso prepárate mientras informo abajo y telefono a James —arrugó la nariz y ensanchó esa traviesa sonrisa con la que tantas otras veces había fantaseado. Aquella familiaridad volvió a detonar una pequeña explosión emocional en mi interior—. Tal vez deberías darte una

ducha y cambiarte de ropa antes de salir; apestas a cosas que preferiría no tener que mencionar.

No pude evitar sonreír ante semejante arrebato de sinceridad. Esa sí que era Eleanor en estado puro, médico de familia o psicóloga clínica.

Se despidió con una mano mientras comenzaba a marcar un número en el teléfono. No fui consciente hasta pasados un par de minutos de que me había dejado solo en la habitación. Aquel acto de confianza me arrebató un ahogado suspiro; no me creía tan loco como para hacerme daño a mí o a cualquier otra persona.

Si ella era capaz, ¿por qué yo no? ¿Acaso no estaba enfermo, según los informes que me había encargado de arrojar al suelo? Miré la grabadora que descansaba junto a los pequeños casetes y me sentí tentado de escuchar su contenido; probablemente en ellos se ocultaría toda la información perdida en mi memoria.

«Recuerda que los datos médicos que recibiste este mediodía son bastante alentadores», le había dicho Fishwibber al mayor Thompson en la habitación secreta. En aquel momento pensé que hablaba del virus; ¿cómo iba a saber que se refería al estado de mi esquizofrenia?

Estaba seguro de que habían sido Eleanor y Korine quienes habían facilitado dichos resultados. Es más, apostaría lo que fuera a la posibilidad de que aquel diagnóstico estaba en el interior de esas cintas. La necesidad de saber lo que sucedía en mi cabeza era demasiado tentadora, pero negué para interrumpir aquella línea de pensamiento. Ella había confiado en mí al dejarme solo; únicamente un inútil sería capaz de traicionar aquel acto de fe dadas las circunstancias.

Tal vez pudiera pedírselo en un futuro, si es que lo había.



10

EL MÁS ALLÁ

Me puse la ropa poco después de secarme con una toalla que Eleanor me había prestado. Siempre estábamos en alguna de las tres casas, por lo que todos dejábamos un pijama y algún recambio de ropa por si decidíamos quedarnos a dormir de forma espontánea. Nunca estaba de más, ya que en ocasiones perdíamos la noción del tiempo y el toque de queda nos cogía de improviso.

Cuán lejos quedaban todos aquellos buenos momentos y cuánto habían cambiado las cosas en tan poco tiempo.

Salí del baño y dejé la toalla en la cesta de la ropa sucia que había junto a la cómoda de Eleanor. Al bajar, todas se volvieron hacia mí para ponerme al corriente de las novedades. El señor Cooper respondió a la llamada, pero había colgado con un exabrupto al oír que tenía intención de ir a hablar con él. Poco después, al comprender que la vida de la niña era más importante que su situación personal, hizo de tripas corazón y volvió a llamar. Aceptó vernos de mala gana, pero a mí me bastaba con eso.

Asimismo, la doctora había informado a lady Ambers y a Korine de mis intenciones. Por lo visto, al principio no se mostraron muy receptivas a la idea de dejarme salir del pueblo, pero Eleanor podía llegar a ser muy persuasiva. Al final, acordaron que ellas dos se quedarían en la villa; según las fuentes consultadas por Korine el asesino era uno de nuestros vecinos. Debían permanecer alerta por si notaban algún incidente fuera de lo común. Al haber descubierto la verdad sobre Clevence Town ya no tenía ningún sentido mantener normas como el toque de queda, por lo que patrullarían las calles en busca de algún indicio.

Al bajar había interrumpido una conversación entre Eleanor y Korine. Al parecer, la doctora le había pedido a nuestra amiga que redactara un informe de mis resultados tras haber recordado mi identidad; tendrían que enviarlo a un contacto del exterior para comenzar el desalojo de Clevence Town, entre otros asuntos más personales respecto a mi futuro.

—Llamad si necesitáis cualquier cosa —imploró lady Ambers tras despedirse junto a la puerta—. Si hay algo que no os convenza, regresad enseguida.

Entendía su ansiedad a la perfección; ni yo mismo me hacía una idea de cómo reaccionaría ante mi primera incursión en el «Más Allá». Ya sabía que venía de allí, pero para mis recuerdos no había puesto un pie fuera de la barrera de Clevence Town. Además, ¿y si alguien me reconocía y se rebelaba? Las tres coincidían en la importancia de movernos con precaución y procurar que nadie me descubriera hasta que los medios lo hicieran público.

—Seguiremos en contacto con cualquier novedad en ambas direcciones —aseguró Korine—. Promete que estarás bien.

—Prometo intentarlo —contesté, aún reticente a actuar con normalidad.

—Con eso me vale —ella sonrió con fingida tranquilidad.

Y, sin más dilación, dimos media vuelta hacia la plaza Central.

Miré a mi alrededor con una renovada ola de ansiedad. Clevence Town era el único hogar que había conocido conscientemente, pero en ese momento se me antojaba un lugar desconocido.

Quizá el hecho de parecer un pueblo abandonado, con las luces apagadas y las calles vacías, no invitaba a formarse otra impresión. En lo más profundo de mi corazón, todo aquello se había convertido en un paisaje artificial, algo parecido a un hospicio de salud mental creado para engañarme... un montaje vacío que se venía abajo tras el envite de la realidad.

Al entrar en la avenida de los Recuerdos, la trémula oscuridad se hizo más densa. Pasamos de largo el cementerio, probablemente poblado de tumbas falsas. Recordé las horas perdidas en la lápida de mis supuestos padres, las lágrimas derramadas ante mi desesperación respecto a miles de asuntos personales, los lamentos dedicados a un nicho vacío...

Nunca antes me había sentido tan estúpido.

De pronto, nos detuvimos frente a la alambrada que delimitaba el perímetro transitable.

—¿Estás preparado?

Suspiré para paliar el desasosiego y apreté los puños con la intención de secar el sudor que recorría las palmas de mis manos.

—Sí —contesté, más seguro en mi voz que en mi corazón.

Eleanor asintió, atravesando el hueco del cerco. Al otro lado se erguían las dos puertas metálicas que surcaban la cúpula. El metal oxidado les confería un aspecto espeluznante, como si se tratara del acceso a un hospital abandonado.

—Recuerda que en realidad no estamos en Estados Unidos, sino en Madrid.

—En el Monte de El Pardo, ¿no? —inquirí.

—Sí, en unas hectáreas del área restringida —señaló la doctora—. Existe una parte habilitada para las visitas turísticas, pero a esta hora ya no habrá nadie. Tendremos que conducir durante un rato por caminos de tierra hasta llegar allí.

—¿A dónde nos dirigimos?

—A casa de James —dijo—. En el municipio de Tres Cantos.

«El hogar de mi primera víctima», recordé.

La doctora cerró la mano en un puño y golpeó la superficie. Se produjo un momento de silencio en el que me quedé mirando las compuertas, expectante. ¿A qué estábamos esperando?

De repente, se abrió una rendija a la altura de nuestras cabezas. Al otro lado, aparecieron un par de ojos inquisitivos.

—¿Quién anda ahí? —dijo una dura voz masculina. Al reconocerme, parecía como si los párpados desaparecieran tras las cuencas—. Regresen a sus viviendas, ya saben que la salida del pueblo está prohibida.

—El Proyecto Clevence Town ha concluido —informó mi acompañante—. Soy la doctora Eleanor Gordon, terapeuta personal del señor Arenas. El paciente ha sido informado del citado programa y nos dirigimos al hospital psiquiátrico del que lo recogimos para evaluar los resultados.

Cuando quería mentía de fábula.

—Solo los miembros del Consejo están autorizados a salir —protestó la voz.

—En las cláusulas del Proyecto Clevence Town queda patente que esa norma estaría vigente hasta que el mismo haya concluido —rebatí Eleanor—. Después, el paciente será competencia de sus terapeutas y de los creadores del Proyecto.

—No me consta esa información —terció el vigilante, dubitativo. El discurso de la mujer empezaba a causar estragos en su seguridad—. Nadie me ha dado a leer ese escrito ni me ha comunicado esas cláusulas.

—¿Y de quién es la culpa? —inquirió la doctora—. Desconozco quién es su superior, pero entiendo que si le destinan a esta ubicación debería haberlo puesto al corriente de todas las

posibilidades.

—Si me da unos minutos, contactaré con él —sugirió el guardia.

—Haga las llamadas que necesite, pero apresúrese porque es de extrema urgencia que lleguemos al hospital cuanto antes.

—Aguarden un momento —concluyó, cerrando la rendija. La espera se me hizo eterna. No sé si se debía a la expectación ante la perspectiva de abandonar Clevence Town o a la imperiosa necesidad de terminar con aquello cuanto antes, pero no pude evitar frotarme las manos con nerviosismo.

Un sonido metálico nos informó de que la ranura había vuelto a abrirse.

—¿Está segura de que no es peligroso? —demandó la voz.

Bufé, molesto. Aquel comentario no era precisamente lo que había esperado; ¿por qué lo ponía tan difícil?

—No creo que lo sea más que usted —terció Eleanor con cierta ironía—. Al fin y al cabo, no es él quien está armado.

La rendija se cerró de nuevo. Un sordo sonido hizo chirriar los goznes conforme la compuerta comenzaba a desplazarse hacia la derecha. Al parecer, su superior había corroborado la versión de Eleanor.

Y yo que pensaba que se estaba marcando un farol...

Observé el vano y sumí la profundidad de mi mirada en la oscuridad que reinaba al otro lado; esa misma negrura que me atraía como un imán hacia la libertad. Ahí, justo ahí, se encontraba todo lo que había ansiado en Clevence Town.

El «Más Allá».

Eleanor me despertó de mi ensoñación al iniciar la marcha. Con un nudo en la garganta, caminé tras ella mientras trataba inútilmente de contener la adrenalina. Todo parecía dar vueltas a mi alrededor a una velocidad vertiginosa.

Al otro lado aguardaban dos guardias ataviados con trajes antibalas y cascos. En sus manos portaban unos rifles listos para disparar si me propasaba.

Sin embargo, aquello carecía de importancia. La mujer atravesó el umbral con decisión, como si para ella no tuviera mayor importancia. Para mí, en cambio, la sensación era diferente; significaba más de lo que cualquiera de los allí presentes pudiera imaginar. Me detuve poco antes de cruzar la línea que me separaba del exterior, tembloroso. Me agarré de forma pueril al marco metálico mientras levantaba el pie izquierdo sobre el nivel del suelo. Lo hice atravesar el hueco vacío que había dejado la compuerta al moverse hasta posarlo sobre la blanda superficie de un bosque. La otra pierna siguió a la primera, llenado mis pulmones del aire más natural que jamás había respirado.

No fue hasta que me solté del marco que fui consciente de lo mucho que temblaba. El peso de las connotaciones de lo que acababa de suceder cayó sobre mis hombros como el tronco de uno de los gigantescos árboles que se erguían a mi alrededor.

Acababa de salir de Clevence Town.

Las ramas de las encinas nada tenían que ver con la indecorosa falsedad de los árboles artificiales de la villa. Incluso en la penumbra, la majestuosidad de aquellos troncos era patente. Pude adivinar la naturalidad de su corteza, ajada por las inclemencias del tiempo.

Una suave brisa azotó mi rostro y me obligó a protegerme con las manos como si nunca hubiera sentido una brizna de aire. Me pregunté cómo sería la lluvia o la nieve, qué se sentiría cuando ambas se posaran sobre mi piel.

—Disponen de varios vehículos aparcados al final del camino —informó uno de los policías,

arrojando un pequeño objeto a Eleanor—. Podrán utilizar aquel que abra esta llave.

A mí, sin embargo, ni se molestó en mirarme. Al parecer mi presencia no era suficientemente relevante para él; a decir verdad, noté cierto rechazo, como si no fuera de su agrado.

¿Sería así con todo el mundo?

—Gracias —respondió la doctora, condescendiente.

Yo, en cambio, me limité a seguir a la mujer en silencio. Algo me decía que cualquier intervención por mi parte terminaría originando un problema.

Arrastré los pies sobre el pedregoso camino para evitar tropezar con los salientes de las rocas. Aquel pavimento tan irregular me resultaba incómodo, acostumbrado como estaba al liso cemento de Clevence Town.

Pronto divisamos un improvisado aparcamiento mal disimulado entre unos matorrales. Eleanor apretó el botón de la llave para encender las luces de uno de los tres todoterrenos que nos aguardaban a pocos metros de distancia.

Avanzamos con paso decidido, ella al asiento del conductor y yo al del copiloto. Sin mediar palabra, cerramos sendas puertas al entrar.

—Abróchate el cinturón —me indicó tras hacer lo propio con el suyo.

La observé atentamente y la imité con precisión, introduciendo la hebilla metálica por la ranura que había en el lado izquierdo del asiento. Ella movió una palanca que había entre nosotros y comenzó a jugar con los pedales que se acomodaban bajo el volante.

Con que así funcionaba un coche...

Tragué saliva, incómodo cuando aquel animal metálico empezó a desplazarse a trompicones sobre el pavimento.

—Puede que ahora el camino sea un poco inestable, pero dentro de unos minutos entraremos en carretera y el viaje será menos movido —me previno mi acompañante.

—¿Siempre es así?

—Solo en las vías de tierra.

Los árboles pasaban de largo a ambos lados del coche, iluminados vagamente por los faros. La amarillenta luz que se desprendía del vehículo alumbraba los sorprendidos rostros de algunos incautos animalillos antes de que corrieran a esconderse. Conejos, zorros... Mis ojos se recreaban embelesados ante la naturaleza de la que me habían privado durante mi encierro.

Proseguimos en este tramo durante varios minutos hasta que, tras girar varias rotondas de estado lamentable, salimos a una carretera cuyas señales identificaban como M-605. Yo no tenía ni la menor idea de dónde estábamos; fue Eleanor la que me explicó el funcionamiento de la cartelería y la dirección que estábamos tomando.

El mundo corría a nuestro alrededor por carreteras poco iluminadas. Las escasas farolas que abrazaban los laterales del asfalto se erguían como imponentes árboles metálicos. Intenté focalizar la mirada para deleitarme con el espacio abierto que se extendía tras ellas, pero la oscuridad de la noche no me permitía apreciar los matices ni los colores. Deseaba con todas mis fuerzas que fuera de día para disfrutar del paisaje, del sabor de la libertad.

Bajé la ventanilla para respirar el dulce aroma de la naturaleza. El refrescante olor a hojas y hierba traspasaba mis fosas nasales para perderse en el placer de mis sentidos. Contuve las lágrimas, emocionado a pesar de las circunstancias.

Permanecemos en silencio durante buena parte del trayecto, hasta que pude distinguir que las indicaciones de los carteles azules cambiaban: en la parte alta de los mismos indicaba en letras blancas que nos encontrábamos en la M-40.

No fue hasta que vi a Eleanor secándose las lágrimas que decidí intervenir.

—¿Qué te pasa? —sí, estaba preocupado, pero bajo ningún concepto se lo demostraría.

—Yo también echaba de menos esto —admitió—. Llevo encerrada en Clevence Town ya cuatro años y no veía el final. Sé que me ofrecí voluntaria, pero no por ello he dejado de soñar con este momento.

—¿Cuál era el plan, entonces? —exigí saber. Después de todo lo que me habían hecho, la verdad era lo mínimo que podía concederme—. ¿Pretendíais dejarme encerrado en Clevence Town para siempre?

Ella negó con la cabeza.

—Según los estudios de los directores de la tesis, la hipnosis debía alargarse durante unos años. En la teoría, se debían lanzar señales subliminales para abrir una grieta en el inconsciente y, poco a poco, ir despertando los recuerdos de la vida pasada. Sin embargo, la esquizofrenia jamás debía emerger del lugar al que había sido confinada. De esta manera, pretendíamos devolverte tu identidad original habiendo subsanado la enfermedad mediante la hipnosis. Por supuesto, debían ser muy sutiles para que el proceso no se viera alterado de forma brusca.

—¿Señales? —repetí—. ¿A qué mensajes ocultos te refieres?

—A acontecimientos que te recordaran a tu vida como Javier Arenas. Elementos presentes en aquella existencia que podrían hacer reaccionar a tu inconsciente de forma involuntaria —cogió el volante con ambas manos—. Por ejemplo, el himno de Clevence Town.

Arrugué el ceño, aún sin comprender.

—En realidad la canción fue escogida como tal porque era una nana que tú le cantabas a tu hija desde pequeña —prosiguió—. Además, según tus propias declaraciones durante el interrogatorio, se convirtió en un anhelo de esperanza con el que la animabas a seguir luchando —analicé mentalmente la letra del himno; a decir verdad, su versión encajaba—. Nos obligaban a repetirlo antes de cada acontecimiento público para asegurarnos de que recibieras la pertinente dosis de ataque neurológico.

Sentí una profunda sensación de vértigo. Toda mi vida había sido meticulosamente planificada, hasta el más mínimo detalle. Cada hecho, por muy espontáneo que pareciera, giraba en torno a una hija a la que yo no era capaz de recordar. Aquella desazón ante la imposibilidad de evocar su existencia en mi memoria me provocaba una penetrante tristeza.

«Ingrid», la había llamado lady Ambers.

—¿Y luego? —inquirí—. ¿Qué sucedería después?

Tomamos una curva pronunciada, por lo que así el agarrador grisáceo que pendía de la parte superior de la puerta.

—La idea era reinsertarte en la sociedad, ya sano —aclaró—. Todos intuíamos que este sería un proceso igual de difícil que el resto del tratamiento, por lo que contábamos con la ayuda experta de trabajadores sociales y terapeutas ocupacionales que te guiaran durante el proceso —se sorbió la nariz, ya más tranquila—. En su opinión, sería complicado tratar de reincorporarte a la sociedad en alguna región del país dado que los crímenes se habían cometido en territorio español. Nadie dudaba de tus posibilidades de adaptación, pero ninguno terminábamos de fiarnos de la reacción de la gente. Por ello, sugirieron llevar a cabo el proceso en un país extranjero, así que todos terminamos escogiendo Estados Unidos por los medios de que dispone para casos de salud mental.

—Por eso inventasteis que Clevence Town estaba en América; para que mi reinsertación fuera más sencilla después de varios años teniendo esa idea en mente.

Ella asintió.

—Pero todo eso carece de relevancia ahora que el tratamiento ha fracasado, ¿verdad? —

continué.

La mujer guardó silencio para elegir bien sus próximas palabras.

—Es evidente que la esquizofrenia no se ha curado con la hipnosis —concedió, dubitativa—. Tan solo conseguimos que hibernara temporalmente en algún lugar de tu mente; la ansiedad a la que te has visto sometido conforme averiguabas cosas nuevas del Proyecto Clevence Town ha acabado por despertar a la bestia dormida —tomamos una desviación hacia la M-607 en dirección Colmenar Viejo/Tres Cantos; ya estábamos cerca—. Es muy habitual que la sintomatología se agrave debido a situaciones de estrés como las que has vivido; pasa constantemente con las esquizofrenias paranoides. A veces no se manifiestan durante un largo período de tiempo y, en cambio, pueden producirse varios episodios seguidos de forma repentina.

—¿Qué va a ser de mí entonces?

—Retomaremos la medicación habitual en esta patología para controlarla lo máximo posible —comentó—. Intentaremos una reinserción más tradicional, siguiendo modelos ya utilizados en cientos de personas como tú. No te preocupes, no pararé hasta que consigamos reconducir la situación.

—¿Hablas en serio? —espeté—. He matado a ocho personas, Eleanor. Los dos sabemos que se convocará un juicio en el que probablemente me manden a la cárcel.

—Eso no pasará —su voz sonaba tranquilizadora, pero nada en aquel momento conseguiría calmarme—. No se suele aplicar condenas de semejante calibre a pacientes con alguna enfermedad de este tipo. Serás sancionado y se te destinará a un centro que controle tus actividades y tu medicación.

—¿Qué clase de adaptación es esa, entonces? —le reproché—. No es más que reducir Clevence Town a un único edificio.

—Eso será solo el principio —los carteles indicaban que la salida estaba próxima—. Es normal que el inicio sea más complicado, especialmente hasta que el cuerpo se acostumbre a la medicación. Pero cuando los fármacos hagan efecto de forma más permanente, se te irá concediendo independencia hasta que sea un centro de día el que se encargue de tu adaptación —finalmente, tomamos una salida para entrar al municipio de Tres Cantos—. Tendrás una casa propia y un trabajo con el que mantenerte.

—¿Y tú? —Según lo estaba explicando ella no parecía formar parte de la ecuación.

—No te preocupes —prometió, conmovida por mi inquietud—. Supervisaré todo el proceso y me aseguraré de que tengas cuanto necesites. Iré a visitarte y te ayudaré cuando puedas seguir tu camino por ti mismo.

Suspiré, aliviado. No necesitaba saber nada más; al menos, no de momento. Comprendí por qué Eleanor no había respondido nunca a mis flirteos. Ella era mi terapeuta, y ningún profesional establecería una relación sentimental con un paciente. El problema no era que en Clevence Town no pudieran formarse parejas estables, sino que nadie podía cometer la inmundicia de hacerlo conmigo.

Sin embargo, había algo que no me terminaba de encajar. Volví a guardar silencio y me deleité con las casas que empezaban a tomar forma a mi alrededor. Las zonas residenciales estaban mucho mejor iluminadas que el trazado de carreteras. No tenía mucho sentido, ya que la absoluta oscuridad no facilitaba para nada la conducción.

Seguimos hasta una rotonda y encadenamos varias calles. Llegados a este punto de la narración, ruego que me disculpéis. A continuación, tengo intención de omitir ciertos detalles de la ubicación de la vivienda del señor Cooper con la mera intención de proteger su anonimato. A partir de ahora, se verán involucradas una serie de personas que no han dado permiso para

publicar calles reales, por lo que no podría incluir direcciones más precisas a fin de no violar la ley de protección de datos. Por todo ello, pido perdón de antemano.

Como decía, fuimos encadenando calles y rotondas hasta que llegamos a nuestro destino. Observé una amplia avenida llena de adosados a ambos lados de la calzada. Una amplia acera separaba las fachadas del asfalto.

—¿Estás seguro de que quieres hacer esto? —se aseguró Eleanor, más por precaución que por indecisión.

—Sí —sentenció—. Si él está conforme, yo también.

Detuvo el coche en una plaza de aparcamiento delimitada por líneas blancas en la carretera. Desabrochamos los cinturones y bajamos del vehículo para dirigirnos hacia uno de los chalés más cercanos. Cruzamos una verja metálica y atravesamos un camino de baldosas custodiado por unas descuidadas jardineras.

Interrumpimos la marcha al encontrar una sencilla puerta de madera que nos obstruía el paso. Fue Eleanor quien dio un paso al frente y presionó el botón del timbre. Tomé aire, nervioso, mientras el eco de la llamada desaparecía en la inmensidad de la noche.



Al abrir la puerta, me enfrenté a una dura mirada. Durante el trayecto pensé que me impactaría volver a ver a una persona a la que creía muerta, pero estaba equivocado; nada podría haberme impresionado más que la insondable oscuridad de ese rostro. Aquel par de ojos negros que otrora estuvieran dispuestos a ayudarme ahora me devolvían una frialdad con la que jamás me habían golpeado. El blanco había desaparecido bajo unos tonos sonrosados, fruto de las lágrimas.

—Hola, James —saludó Eleanor.

—Pasad —invitó el señor Cooper con voz ronca; parecía otra persona completamente diferente.

Cruzamos el umbral de la puerta, entrando a un amplio recibidor enmoquetado. Las paredes estaban empapeladas con unos jarrones morados entrelazados entre sí sobre un fondo blanco. La titilante luz de las lámparas iluminaba unos sencillos cuadros ambientados en la naturaleza caucásica de oriente.

—Seguidme —nos indicó guiándonos hasta el salón.

Las paredes eran idénticas a las que ya habíamos visto en el recibidor, con la diferencia de que una gran superficie permanecía oculta tras la imponente presencia de los muebles de caoba. La recargada decoración de la estancia contrastaba con la sencillez del *hall*; sobre las baldas de los armarios de cristal se erguían hermosas falsificaciones que simulaban diversas formas escultóricas del arte helénico, desde una miniatura de la Victoria de Samotracia hasta el más rocambolesco estilo de *Laocoonte y sus hijos*. De fondo, sonaba el *Vals de primavera* de Chopin en una minicadena conectada a unos altavoces negros.

Me dejé llevar por los ritmos acompasados de la pieza musical. Nunca me había considerado un ferviente seguidor de la música clásica, pero aquella melodía acompañaba a la perfección mi estado de ánimo.

Nos acompañó hacia los sofás de terciopelo rojo.

—Bien, acabemos con esto cuanto antes —urgió—. ¿Qué es lo que queréis saber?

—En primer lugar, quería agradecerte por habernos... —comencé a decir.

—Ahórrate la condescendencia, Kyle, Javier, o como sea que te hagas llamar a partir de ahora —me interrumpió—. Ten por seguro que no hago esto por ti, sino por esa niña. Si fueras tú el

único beneficiado de esta visita por mí podrías pudrirte en el infierno. Desconozco cómo es posible que sepas que ha desaparecido y, si he de ser sincero, prefiero no pensarlo porque no soy objetivo y terminaría culpándote —sus crueles palabras me hicieron retroceder en el sofá—. Pero mientras permanezcas en esta casa no cometas el error de olvidar que para mí eres y serás siempre el asesino de mi prometida.

Una profunda desazón se alojó en el interior de mi pecho. No era enojo; no tenía fuerza moral para estar enfadado con él. No, era algo aún peor; culpabilidad, tal vez desasosiego. Ojalá hubiera alguna palabra que pudiera definir cómo me sentía realmente.

—James, puede que a él no quieras oírsele decir —añadió Eleanor, comprensiva. Una vez más, se había enfundado su entrañable máscara de psicóloga—, pero te estamos muy agradecidos por tu colaboración —se inclinó sobre él y posó una de las manos sobre su brazo—. No puedes imaginar cuánto admiro tu valor al enfrentarte a esta situación; ni siquiera sé cómo reaccionaría de estar en tu piel.

Él entrecerró los párpados, exhausto física y emocionalmente. ¿Cuánto tiempo llevaría sin dormir?

—El patrón de las muertes acaecidas hasta ahora sigue el del Asesino de la Cabeza Rapada —hizo una mueca despectiva con la cabeza en mi dirección—. Elige niñas de siete años y abandona el cadáver en condiciones similares a las del patrón de origen. Tan solo hay un par de variaciones: en primer lugar, cambia la localización en la que abandona los cadáveres, todos ellos en la Comunidad de Madrid. Esto me sugiere que no puede alejarse mucho de la zona.

—Tenemos indicios de que se trata de un habitante de Clevence Town —puntualizó Eleanor—. Creemos que se trata de la persona que robó la túnica negra que utilizaron para echarte del pueblo.

—Tiene sentido —aseveró el hombre tras valorar la información—. Eso explicaría que tenga que reducir su área de influencia a Madrid. Al disponer solo de unas horas entre el toque de queda y el amanecer, no le es posible desplazarse a las ubicaciones donde se hallaron los cadáveres la primera vez. Además, también varía la celeridad con la que este imitador comete los crímenes. Los homicidios apenas están separados por unos pocos días. Por ello, deduzco que se trata de una persona impulsiva e impredecible que trata de cumplir su cometido antes de que la detengan —inspiró profundamente antes de dirigirse a mí—. Según el perfil psicológico que he elaborado, es una persona que admira tus crímenes por encima de todas las cosas; para él, esos asesinatos no son actos repulsivos, sino una obra maestra perpetrada por un ser superior. En su opinión, tú eres el centro de su existencia; te profesa un amor sin comparación. Pero no un amor sentimental, sino más bien una idolatría. Su mundo, su razón de existir, su dios eres tú —aseguró. Tragué saliva, angustiado al pensar que mi parte más miserable pudiera despertar semejantes obsesiones—. Por lo tanto, no poder finalizar su tributo hacia ti sería un fracaso imperdonable; probablemente supondría un duro golpe para su entereza mental y emocional. No podrá arriesgarse a no culminar su ofrenda, lo que reduce de forma importante el tiempo del que disponemos.

La pista de Chopin terminó y dio paso a la *Sonata al chiaro di luna* de Beethoven. Al parecer, había puesto una amplia lista de reproducción de música clásica.

—A decir verdad, la teoría del vecino de Clevence Town me parece muy plausible; no sé cómo no se me había ocurrido antes —opinó, pensativo—. Debe tratarse de alguien que disfruta estando cerca de ti, admirándote desde el anonimato. Alguien que te observa en las sombras sin dejar que le descubras todavía, esperando al momento álgido de su creación.

—¿Insinúas que sería capaz de destapar su identidad después del último asesinato? —sugirió Eleanor.

—¿Si lo insinúo? —rio el aludido, irónico—. Estoy completamente seguro. Y ese puede ser su talón de Aquiles.

—¿Qué quieres decir? —él torció el gesto ante mi intervención, como si el mero hecho de oír mi voz lo molestara.

—Es su último crimen y no tiene miedo a ser descubierto una vez lo cometa. Se trata de una mente perturbada que pretende ser el centro de todos los focos, especialmente si la atención captada es la tuya —argumentó—. Hará todo lo posible para que te sientas orgulloso de él, sin importar el espectáculo que tenga que construir para ello. Desde que iniciara sus andanzas tras tus pasos, siempre ha procurado que los cadáveres aparezcan en un lugar idéntico a tu *modus operandi* —a pesar de la importancia de sus palabras, su tono parecía carente de emoción—. La primera fue hallada en un jardín de Tres Cantos, la segunda en la piscina de un chalé de Majadahonda y la tercera colgada de un árbol de El Bosque Encantado, en San Martín de Valdeiglesias.

—Lo más parecido a la Ciudad Encantada que encontró en Madrid —la boca de Eleanor se abrió de par en par al comprender la sugerencia del señor Cooper—. Eso significa que tratará de dejar el último cadáver en un área nevada de la autonomía.

—¿Entonces está en la sierra? —opiné—. Esa es una zona demasiado amplia para buscar.

El anfitrión negó con la cabeza.

—No tenemos que centrarnos en ninguna cadena montañosa, sino en un lugar nevado.

—Es imposible —espetó la doctora—. Todavía no hay rincón en todo Madrid con un ápice de nieve.

—Al menos, no de forma natural...

Tanto Eleanor como yo callamos para digerir aquella revelación.

—¿Nieve artificial? —fue la mujer quien pronunció en voz alta los pensamientos de los dos.

El señor Cooper asintió.

—¿Y cuál es la mayor concentración de nieve en una Comunidad de Madrid sin ventiscas?

Esperaba que Eleanor supiera contestar a aquella pregunta, puesto que yo desconocía la geografía de la zona después de que la hipnosis borrara mis recuerdos.

—La pista de esquí artificial de Madrid Xanadú —musitó la doctora.

—La autopsia de Ester Leal, tu última víctima, situaba la hora de su muerte a las seis de la mañana.

Miré el reloj de pared del fondo del salón.

—Son las tres de la madrugada —informé, poniéndome en pie—. Si nos apresuramos llegaremos a esa pista de nieve antes de la hora prevista. Tenemos que avisar a la policía y contarle las averiguaciones que acabamos de hacer para que entren y esperen a que el imitador llegue con la niña.

—Nadie ha dicho que el asesinato vaya a producirse hoy —opinó el hombre.

—¿Acaso pretende arriesgarse? —espeté—. Si no es hoy, será mañana; y si no, cualquier otro día de esta semana o la que viene. Si avisamos a los encargados del caso podrán esperar los días necesarios hasta que el asesino se disponga a cometer el crimen.

De pronto, el timbre de la entrada sonó con un incómodo estertor. Eleanor y yo cruzamos una mirada de incompreensión. Tan solo el señor Cooper permanecía impassible, como si ya supiera de aquella visita de antemano.

—¿Esperas a alguien? —preguntó Eleanor, extrañada.

Por toda respuesta, él cerró los puños e inspiró una profunda bocanada de aire. El timbre volvió a sonar.

—¿James? —insistió la doctora.

—Los he llamado —confesó el anfitrión.

—¿Que has hecho qué? —exclamó la mujer—. ¿A quién has llamado?

Sentí una acuciante presión en la boca del estómago; no me gustaba el cariz que estaba adquiriendo la situación. Mi respiración se precipitó ante la incipiente demanda de mi pulso. Algo me decía que todo estaba a punto de torcerse.

La pieza de música clásica terminó. En su lugar, comenzó a sonar la belleza del vals *Suite de jazz n.º 2* de Dimitri Shostakovich.

—Ellos nunca descansaron tranquilos sabiendo que él —me señaló con una voz cargada de connotaciones— había quedado impune después de lo que hizo —su semblante comenzó a temblar, derramando las primeras lágrimas—. Han venido a Madrid constantemente para apelar la decisión del tribunal que lo confinó a Clevence Town, y dio la casualidad de que ahora estaban en un juicio en la Comunidad —se secó la cara con el dorso de la mano—. Nos equivocamos, Eleanor; una mente enferma no puede sino permanecer enferma. Y ahora ha matado a mi Angela...

—James, ¿qué has hecho? —repitió Eleanor.

Pero, por toda respuesta, el señor Cooper se volvió sobre sus talones y se dirigió a la entrada. Nosotros lo seguimos para impedirle que abriera, pero nos detuvimos cuando bajó el picaporte y apartó la puerta para ceder la entrada a los visitantes. Uno a uno, cuatro mujeres y cuatro hombres entraron en el *hall* armados con palos, sogas y cuchillos. Sus rostros se mostraron sorprendidos al principio; desde luego, era a mí a quien buscaban.

No me cabía la menor duda de que habían esperado encontrarme allí, pero no por ello lograron evitar el impacto de verme; pronto, la estupefacción dio paso al dolor y a la rabia.

¿Quiénes eran aquellos desconocidos? Nell ahogó un grito, retrocediendo.

—¿Cómo has podido? —comenzó a decir.

—Es justicia, Eleanor —se justificó el mecánico de Clevence Town antes de aceptar uno de los tablones de madera de los recién llegados—. Se merecen esto, y yo también.

—¿Qué está pasando aquí? —me atreví a preguntar.

—¿No nos reconoces, hijo de puta? —espetó uno de los varones en un perfecto español—. ¿Acaso no te acuerdas de nosotros?

—¿Quiénes sois? —insté en el mismo idioma, retrocediendo junto a Eleanor conforme los ocho visitantes se acercaban—. ¿Qué queréis?

—¡Tú mataste a nuestras hijas! —me acusó una de las mujeres, la que debía de ser su esposa.

Aquello me hizo detenerme en el acto. Contuve el aliento, incapaz de respirar; aquellas eran las familias de las niñas a las que había asesinado.

—¡Kyle, vete de aquí! —Eleanor tiró de mí, pero fue demasiado tarde.

La marea humana se precipitó sobre mí con las armas y las manos en alto. Me empujaron con violencia para separarme de la doctora. Ella gritó mientras intentaba zafarse de la presa que ejercían los fuertes brazos de dos de las mujeres.

—¡Soltadla! —rugí antes de ganarme un fuerte puñetazo en la barbilla.

—¡Retenedla! —gritó el señor Cooper—. ¡No dejéis que se acerque!

El segundo impacto provino de un bate de béisbol. La larga vara de madera se estrelló contra mi estómago.

No podía respirar. Un sinfín de golpes, unos metálicos y otros de madera, llovieron en todas direcciones hasta que caí boca abajo en el parqué. Sin embargo, lejos de detenerse, las frías manos de una mujer tiraron de mi cabello hacia atrás para obligarme a mirar unos retazos de papel. Colocó ante mí las fotografías del cadáver de una niña en la sala de autopsias. Reconocí el

rostro ensangrentado y azulado del tercer espíritu, inerte sobre la mesa del hospital.

—¿La reconoces a ella?! ¿Eh?! —sollozó, incapaz de contener el llanto—. ¿Te acuerdas de mi pequeña?!

—L-lo... lo siento tanto... —ahora era yo quien lloraba.

—¡Mentira! —bramó la mujer, fuera de sí—. ¡Mientes! —golpeó mi cabeza sobre el suelo con toda la fuerza con la que fue capaz—. ¡No sientes nada! —hizo ascender mi rostro otra vez para estrellarlo de nuevo contra el piso—. ¡No eres más que un monstruo sin corazón!

La sangre manó a borbotones de mi nariz. Por un instante creí que me soltaba, pero no fue más que una falsa calma previa a una tormenta aún mayor. Alguien se sentó a horcajadas sobre mi espalda, colocó una soga alrededor de mi cuello y tiró con todas sus fuerzas hacia atrás.

—¿Te duele, cabrón? —era la voz de un hombre.

Traté de asir la cuerda con las manos, pero estaba demasiado incrustada en mi piel y no fui capaz de pasar los dedos por debajo para separarla. Sentía que la cabeza me daba vueltas, en parte por la presión de la sangre y en parte por la falta de oxígeno.

—¡Di! ¿Te duele lo que le hiciste a mi hija, asesino de mierda?!

—¡Basta! —gritó Eleanor entre sollozos. Pude observar de reojo que la habían atado a uno de los radiadores—. ¡Parad!

Sin embargo, el hombre me obligó a bajar la mirada hacia las fotografías que su mujer había dejado en el suelo. Mi sangre caía, gota a gota, sobre el pálido rostro de la instantánea.

—¡Mírala! —sentía cómo empezaba a ponerme rojo, incapaz de pedir auxilio ante la presión de la soga alrededor de mi cuello—. ¡Mira cómo la dejaste! ¿Le temblaban las piernas como a ti mientras la estrangulabas?!

No sabría distinguir de dónde vino el golpe exactamente; solo recuerdo cómo aquel pie se estrellaba contra mi cara, apartándome de la soga de una patada. No negaré que semejante puntapié dolió, pero la necesidad de recuperar oxígeno imperó por encima del daño físico. Inhalé una bocanada de aire tras otra como si fuera la última.

Me arrastré hacia la entrada como pude, pero unas fuertes manos me cogieron de las piernas y tiraron de mí en la dirección contraria. Noté cómo me arrancaban una manga y acercaban el filo de un cuchillo a la superficie de mi brazo.

—¿Quieres saber lo que le hiciste sentir a mi hija cuando la apuñalaste? —susurró una voz masculina junto a mi oído.

Sin darme tiempo a responder, clavó la punta en mi hombro y fue deslizándose la daga hasta el codo, dibujando una herida superficial en el brazo. Grité, incapaz de soportar las punzadas que atravesaron cada poro mientras el filo se abría camino a través de mi piel.

—¿Duele? —espetó mientras clavaba el cuchillo en el suelo junto a mi cabeza. Cerré los ojos para evitar moverme por temor a que pudiera errar su puntería—. ¿Te haces una idea de lo que sintió mi niña cada vez que le clavabas el cuchillo hasta desangrarse?

—¡Clávaselo, Fran! —suplicó su esposa.

Pero él soltó el puñal y me sujetó los brazos y las piernas para que no me moviera. Poco a poco, otra de las mujeres se acercó a mi yaciente posición con una caja de cerillas. Extrajo una del interior y la encendió antes de arrodillarse a mi lado.

—Los forenses dijeron en el juicio que mi hija aún vivía cuando la enterraste en Sierra Nevada —explicó con un marcado acento andaluz—. Todavía estaba consciente cuando la nieve le hizo las primeras quemaduras —y, acto seguido, colocó la llama bajo mi brazo magullado.

Proferí tal alarido que creí que acabaría vomitando las cuerdas vocales. Ni siquiera el llanto de Eleanor o los insultos de mis atacantes mientras me golpeaban con puños y pies lograron

apagar el feroz rugido de mi voz. Tan solo el estribillo del vals pudo rivalizar con el penetrante estertor de mis aullidos.

Y entonces las vi. Aquellos cuatro rostros fantasmales se situaron a nuestro alrededor para contemplar las torturas a las que me sometían sus padres. Sus rostros no reflejaban la más mínima emoción, como si por fin se estuviera haciendo la justicia que habían deseado durante tanto tiempo.

Las manos opresoras me soltaron mientras mis agresores se ponían de pie. Yo, por mi parte, apoyé una temblorosa mano sobre una vitrina y me incorporé con lentitud. Mi cuerpo se tambaleaba después de la brutal paliza, cubierto de sangre y heridas.

—¿Por qué lo hiciste? —sollozó la primera mujer—. Puedo imaginar el dolor al que tuviste que enfrentarte cuando perdiste a tu hija, pero ¿por qué provocar ese mismo sufrimiento a otros?

—Puede que la quisieras mientras vivía —añadió uno de los hombres—, pero estoy seguro de que si supiera lo que hiciste se avergonzaría de ti —apretó los dientes para contener la rabia en una mueca—. ¿Qué se siente al ser consciente de algo así?

Pasé la mirada de unos a otros. Observé también los cuatro rostros de los espíritus, cuatro niñas que miraban impasibles el resultado de las torturas. Sabía que me merecía todo aquello, pero las emociones humanas son más fuertes que la lógica y no podía dejar de sentir una explosiva rabia contenida; estaba profundamente enojado con aquellas nueve personas.

—No lo sé —espeté—. No es mi hija la que está aquí sino las vuestras —algunos de ellos retrocedieron ante la contundencia de mi afirmación—. No tengo ni la menor idea de si Ingrid presenció alguna de mis atrocidades o si se avergonzó de ellas, pero las vuestras solo pueden sentirse insultadas después de ver lo que habéis hecho —me dirigí de nuevo al hombre que me había preguntado—. Así que, respóndete tú: ¿qué se siente al saber que tu hija se avergüenza de ti a ese nivel?

Una de las mujeres estalló en un poderoso alarido y corrió en mi dirección con los brazos extendidos. En otras circunstancias me habría defendido, pero no tenía fuerzas siquiera para levantar las manos. Sentí el empujón antes de poder apartarme de su trayectoria. La fuerza del impacto me estrelló contra la vitrina. Caí al suelo justo a tiempo de proteger mi cabeza de la lluvia de cristales.

—Terminemos con esto —sentenció uno de los hombres.

—El baño está listo —informó el señor Cooper, justo a su lado.

El primero y su mujer corrieron hacia mí y me arrastraron hacia una de las habitaciones contiguas. El aseo tomó forma frente a mí a pesar de las constantes súplicas de Eleanor desde el radiador. Se trataba de un angosto habitáculo blanco con una sencilla bañera, un retrete y un lavabo. Junto a la ducha habían colocado un taburete de madera en cuya superficie descansaba una pequeña minicadena conectada a un enchufe. Antes siquiera de averiguar que la bañera estaba llena, mis captos introdujeron mi cabeza en el agua. Contuve la respiración mientras presionaban con todas sus fuerzas hacia abajo. La sangre de mi rostro tiñó el agua de rojo, enturbiando su cristalina apariencia con la violencia de la tortura.

Extrajeron mi cabeza del agua lo justo para que pudiera coger aire antes de hundirme de nuevo. El lejano sonido de la música atravesó mis tímpanos antes de volver a sonar hueco bajo la superficie. Esta vez, me introdujeron por completo.

Sentía unos nuevos brazos sujetándome las extremidades para evitar que los golpeará. Mientras, otras diestras manos me ataban a la barra de la ducha para que no pudiera incorporarme. Al final, cuando me soltaron, logré emerger de cuello para arriba.

Tomé aire de nuevo antes de abrir los ojos. Todos me observaban; algunos lo hacían desde la

puerta y otros, los responsables de las ataduras, desde más cerca. No obstante, mi mirada se detuvo en la figura del señor Cooper, que se aproximaba con paso solemne al compás de los últimos acordes del vals.

Poco a poco, se agachó para coger la minicadena y situarla sobre la bañera. Mis ojos se desorbitaron al comprender cuáles eran sus intenciones; trataba de recrear el asesinato de su prometida, Angela Biggens, en Clevence Town.

—Dime —me instó—, ¿qué se siente al estar al otro lado de la historia?

Hizo descender sus manos, pero el disparo de una pistola lo hizo retroceder. Todos gritaron sobresaltados, volviéndose hacia el lugar en el que se había producido la detonación. Forcé la mirada para tratar de distinguir qué sucedía hasta que, tras dos vanos intentos, logré distinguir la tosca silueta de un agente de policía con la pistola en alto. Al parecer, había forzado la puerta y disparado al techo para interrumpir el espectáculo.

—¡Suelte la radio y aléjese de la bañera! —ordenó mientras apuntaba al señor Cooper con el arma.

Tras él aparecieron más agentes, que no dudaron en encañonar a los familiares de las niñas. Uno de ellos desató a Eleanor, pero la mujer ignoró las atenciones del policía y corrió hacia mí para aflojar también mis cuerdas. El capitán dio la orden de esposar a mis atacantes y se acercó a nosotros para preguntar por nuestro estado. Al reconocermé, se detuvo presa de la estupefacción.

—¿S-se encuentran bien? —logró articular. Era evidente que no se sentía cómodo con el repentino giro de los acontecimientos.

Eleanor asintió a duras penas tras evaluar mis daños.

—Hay una ambulancia fuera que puede atender sus heridas —recitó, frío como el hielo—. Los escoltaré hasta allí.

La doctora me ayudó a salir del agua y me acompañó del brazo al exterior. Fuera había un gran corro de gente en pijama que ahogó una exclamación al verme aparecer. La incomodidad se mezcló con el ascendente dolor de las llagas, aunque nada era comparable al peso de la vergüenza; no podía soportar que la gente me observara de aquel modo. Los curiosos que habían alcanzado una posición más cercana a la fachada lograron distinguir la escena que tenía lugar dentro del inmueble. Pronto, el rumor de que las familias de mis víctimas habían venido a vengarse de mí se extendió como la pólvora.

—Tiene lo que se merece —murmuraban algunos.

—No estaban haciendo más que justicia —decían otros.

—Tendrían que haberlo matado.

Eleanor se apresuró a meterme en la ambulancia para ocultarme de la vista de los curiosos. Yo aún estaba demasiado impactado por lo ocurrido como para dejar que me afectaran sus comentarios.

Sin embargo, cuando la policía sacó a la primera tanda de los familiares de las víctimas del chalé, sucedió algo que me encogió el corazón. Uno a uno, los espectadores comenzaron a aplaudirles. Al final, los vítores se elevaron en un único clamor de alabanza hacia los padres de las niñas mientras los agentes los escoltaban hasta el furgón policial. He de confesar que sentí verdadero asco ante aquella situación, y me bastó con mirar a Eleanor para saber que ella compartía mis emociones. Jamás habría pensado que un ser humano pudiera alentar o enaltecer semejante salvajismo. Creían que matándome se haría justicia, pero con eso tan solo habrían conseguido convertirse en todo cuanto pretendían combatir; no serían menos asesinos que yo.

Aquello engrandeció la decepción que sentía respecto al mundo exterior. En apenas unas horas habían conseguido que echara en falta la estabilidad de Clevence Town. Al fin y al cabo, los

ciudadanos de la villa habían actuado de forma más violenta como consecuencia de un encierro demasiado largo; sé que no es excusa, pero al menos había un motivo de peso. Incluso podía excusar la reacción de aquellos padres atormentados por la pena de haber perdido a sus hijas, pero jamás encontraría sentido a la ovación de aquellos desconocidos; era el puro reflejo de la crueldad gratuita. La sociedad en Clevence Town ya había demostrado que el ser humano no era más que un salvaje, una fiera criada en cautividad incapaz de domar sus instintos más primitivos. Un animal racional, sí; pero animal de todos modos.

Albergaba la esperanza de que en el «Más Allá» la situación fuera distinta, pero me había encontrado con algo peor. Aquellas personas eran lobos con piel de cordero, bestias ocultas bajo la hipocresía de un civismo inexistente. Lo peor de todo era que se engañaban a sí mismos hasta el extremo de aceptar su propia farsa.

¿Cómo? ¿No me creéis? Preguntaos cómo habríais reaccionado vosotros en su lugar y repetíos la misma cuestión.

¿Seguís sin creerme?



—No parece que haya lesiones profundas, señor Arenas —me informó uno de los médicos de la ambulancia.

—Me llamo Kyle —protesté.

El muchacho, que no tendría más de veintiocho años, se disculpó con la mirada. Me habían vendado el brazo herido una vez desinfectado y habían auscultado en busca de contusiones más severas. Al parecer, no me habían ocasionado nada grave; tan solo algunos moretones y heridas superficiales.

Miré a la muchedumbre que se había agolpado alrededor de la cinta policial. Algunos grababan lo sucedido con los teléfonos móviles, presas de la brujería del sensacionalismo más macabro. Los enfermeros nos habían informado de que unos vecinos habían llamado a la policía al escuchar los gritos. Por eso habían acudido justo a tiempo de salvarme del destino que los familiares de mis víctimas me tenían preparado.

El coche de la policía aún seguía aparcado a la vuelta de la esquina a la espera de que sacaran a todos los imputados del edificio.

—¿Va a denunciar? —sugirió—. Si pretende hacerlo debería acompañarnos al hospital para hacer un parte de lesiones.

—¿Con qué derecho puedo denunciarlos? —rehusé, cabizbajo—. No puedo culparlos por lo que ha sucedido.

—¿Estás de broma? —Eleanor se adelantó en la camilla, escandalizada—. Por muchos motivos que crean tener sigue siendo una violación de los derechos humanos.

Como también lo fue separarlos de sus seres queridos. Y, en mi caso, tan solo fui castigado con un encierro a medias; mi vida en Clevence Town era muy digna a pesar de todo. No quise pensar en qué habría hecho yo si estuviera en su lugar.

—Este país no permite los justicieros, señor... Kyle —corrigió el médico antes de caer en el mismo error—. Lo que le han hecho esas personas no es ético ni moral. Tiene tanto derecho como cualquier otro a denunciar lo ocurrido.

Tal vez tuviera razón, pero la tortura recibida probablemente no representara ni el quince por ciento del dolor que yo les había ocasionado.

Pese a mi rabia inicial, una parte de mí sabía que me merecía eso y más. Por mucho que lo

sucedido me encendiera la sangre, se habían limitado a devolverme una ínfima parte de lo que yo les había hecho. ¿Qué era lo justo y qué no lo era en este caso?

Crucé la mirada con el hombre que, pasados unos meses, terminaría identificando como el padre de Ester Leal. Pude sentir la ira en su mirada, una furia tan primitiva como la propia existencia del ser humano. Una reacción biológica y natural al verse arrastrado hacia el coche de policía mientras a mí me profesaban los cuidados médicos más precisos.

—¡Asesino! —gritó en mi dirección—. ¿Acaso estáis ciegos?

Me hice un ovillo en un rincón de la ambulancia con la intención de pasar desapercibido. La vergüenza y la culpa me golpearon a un nivel difícil de explicar.

—¡Él mató a mi hija y ahora está haciendo lo mismo con otras niñas inocentes! —bufó mientras lo introducían a rastras en el furgón—. ¡No es a mí a quien debéis llevar a la cárcel sino a él!

—Cállate, Enrique —le instó el señor Cooper a su lado—. No sabes de lo que hablas.

El mecánico de Clevence Town se dejó llevar hasta el coche sin oponer resistencia, consciente de que cualquier paso en falso podría jugar en su contra. Cruzó una significativa mirada con Eleanor que distaba mucho del arrepentimiento.

—¡Claro que sé de lo que hablo! —bramó el padre de Ester, que volvía a mirarme—. ¿Cómo si no iba a saber que había desaparecido una niña antes de que lo anunciaran los medios?

Su rostro desapareció en el interior del furgón policial. La policía arrancó y comenzó su marcha a través de la multitud. Sin embargo, la estela de su comentario permaneció latente tras él como un aguijón que clavara en mi cerebro la evidencia de sus palabras. ¿Cómo era posible que lo supiera?

La extrañeza que había sentido durante el trayecto desde Clevence Town fue tomando forma en una idea cada vez menos descabellada. Los síntomas iniciales no eran suficientes en sí mismos para desconfiar de aquella persona, pero después de todo lo que había averiguado en el salón del señor Cooper debería haberme dado cuenta. Aunque, desde luego, fue la certeza del comentario del señor Leal la que me hizo descubrirlo. Todas las piezas encajaron al unísono accionando un mecanismo de alarma.

Me llevé las manos a la cabeza y la dejé caer sobre las palmas.

—No puede ser... —lamenté.

—¿Qué pasa? —inquirió Eleanor, preocupada por mi repentino arranque.

No la culpé. ¿Cómo iba a imaginar que acababa de descubrir la identidad del imitador?

—Ya sé quién es el asesino —informé, alzando la mirada para encontrarme con la suya. Ella aguardó, expectante; supe que contenía la respiración ante la inminencia de la revelación que estaba a punto de confesarle—. ¿Cómo he podido estar tan ciego...?

—¿Quién es, Kyle?

Los médicos habían dejado de recoger los materiales también, observándome fijamente. Dirigí la mirada hacia el chico que me había sugerido la posibilidad de denunciar a mis atacantes; debía preguntarle aquello para asegurarme.

—¿Cuándo se comunicó que la última niña había desaparecido?

—Hará un par de horas, en un avance informativo —contestó—. ¿Por qué?

—¿No te resultó extraño que yo ya supiera que había desaparecido antes de eso? —le pregunté a Eleanor.

—Lo cierto es que sí —confesó—. Pero no estaba al día de las comunicaciones del exterior y deduje que los medios ya lo habrían notificado.

—Entonces, ¿cómo es posible que alguien lo sepa antes de que la noticia salga a la luz? —

continué la reflexión con la esperanza de llevarla al punto en el que yo me encontraba—. Es imposible a menos que esa persona sea el asesino.

Sus ojos se abrieron como platos conforme el ritmo de su respiración se aceleraba.

—¿Cómo averiguaste que había desaparecido? —musitó en un hilo de voz.

—Porque alguien me lo dijo esta misma tarde.

—¿Quién?

Tomé aire, cerrando los párpados. Esperé a abrirlos para exhalarlo mientras contenía un nuevo arranque de ansiedad.

—Korine.



La sacudida emocional quedó manifiesta en el rostro de Eleanor.

—No...

—Sí, Nell —reafirmé—. Fue ella quien me dijo que la niña había desaparecido. Créeme, ahora mismo yo tampoco sé cómo sentirme, pero no hay lugar a dudas. Además, ha habido otras evidencias que no fui capaz de encajar hasta ahora.

—¿Cuáles?

Recordé aquello a lo que venía dando vueltas durante el último tramo del camino hacia Tres Cantos.

—Por ejemplo, las dos veces que intentó acostarse conmigo —argumenté—. De no ser por mí, lo habríamos hecho. A decir verdad, me extrañó cuando reparé en ello en el coche; tú siempre me habías rechazado porque, entre otras cosas, eres mi terapeuta

y no podías establecer una relación sentimental de ese nivel conmigo. Entonces, ¿por qué ella sí lo intentaba a pesar de estar en tu misma situación?

—Por la admiración que siente hacia ti —comprendió Eleanor, haciéndose eco del perfil que había elaborado el señor Cooper—. Un amor en todos los sentidos de la palabra.

—Además, te dije que no se había reunido conmigo a solas en tu casa en ningún momento, y me ha ido dando pinceladas del caso de las niñas desaparecidas desde ayer. —Volví a mirarla con inusitada intensidad—. Tenemos que volver a Clevence Town.

—No sabemos si sigue allí o si ha abandonado la villa.

—La dejamos con lady Ambers —señalé—. Sea cual sea su plan, no podrá ejecutarlo hoy.

—Aun así deberíamos avisar a la policía —sugirió uno de los médicos.

—Esperad —nos detuvo Eleanor—. Tenemos que asegurarnos de que sigue allí para poder enviarlos a una dirección concreta.

—¿Y cómo pretendes que lo hagamos? —quise saber.

Ella extrajo su teléfono móvil del bolsillo. Con todo lo sucedido, no recordaba que teníamos nuestros dispositivos listos para emergencias.

—Cerrad las puertas de la ambulancia —pidió la mujer una vez marcado el número de Korine—. Activaré el manos libres, de modo que nadie salvo Kyle o yo podremos hablar —el teléfono dio el primer tono—. No debemos arriesgarnos a que nos descubra.

Fue el tercer tono de llamada el que se interrumpió de repente; acababan de descolgar.

—¿Eleanor? —era Korine—. ¿Va todo bien?

Por primera vez me dio un vuelco el corazón al escuchar el sonido de su voz. Aquella musicalidad que en otra época me inspiraba tranquilidad ahora tan solo me hacía sentir una renovada inquietud.

Estaba escuchando la voz de una asesina.

—La verdad es que no —confesó la doctora—. No sé cuánto tardarán en publicar los vídeos, pero James nos ha tendido una emboscada. Había llamado a los padres de las niñas, que estaban en un juicio en Madrid, y le han dado una paliza a Kyle.

Sentí una profunda admiración hacia Eleanor. No entendía cómo era capaz de actuar con tanta naturalidad después de lo que acabábamos de descubrir.

—¿Qué? —exclamó su interlocutora con voz ahogada—. ¿Cómo ha podido hacer algo así? ¿Kyle está bien?

Carraspeé para aclarar la garganta.

—Estoy bien —añadí—. Me atendió una ambulancia.

—¿Tenéis el manos libres?

—Sí —respondió Nell—, estoy conduciendo de vuelta a Clevence Town.

—¿Regresáis ya?

—No me encuentro muy bien —dije—. Esto no es como esperaba.

Me sorprendí ante la facilidad con la que había tergiversado la realidad. A fin de cuentas, era una verdad a medias.

—¿Estáis en tu casa? —quiso saber Eleanor.

Crucé los dedos para que respondiera afirmativamente.

—Sí, terminamos la ronda por el pueblo hace un rato —nos informó—. No hemos encontrado nada, así que lady Arrugas se ha vuelto a su casa hasta que lleguéis.

¿Cómo podía mentir de aquella forma? Por supuesto que no habían hallado ningún rastro del imitador, porque todo lo que merecía la pena buscar lo ocultaba ella.

—Nosotros tampoco hemos tenido mejor suerte —engañó la mujer—. Esperábamos que James nos ayudara, pero tan solo nos ha hecho perder el tiempo en busca de una venganza personal.

—Ha sido muy egoísta por su parte —terció Korine—. Tendría que haber pensado en la seguridad de la niña en lugar de en sus intereses personales.

Se hizo un incómodo silencio en el que ninguno supo cómo seguir con la conversación.

—¿Seguro que va todo bien? —instó la rusa.

—Sí —Eleanor se apresuró a intervenir antes de que pudiera sospechar—. Bueno, al menos todo lo bien que se puede estar dadas las circunstancias. No imaginas las atrocidades que tenían pensadas para Kyle; algunas incluso llegaron a hacérselas —en aquello no mentía—. Ha sido un trago bastante desagradable para ambos.

—Me hago cargo —lamentó su amiga—. Deberían meterlos en la cárcel a todos; no son menos criminales que aquello que supuestamente persiguen.

En eso no podía quitarle razón, aunque sonase un tanto hipócrita por su parte.

—Terminaremos un papeleo con la ambulancia y nos dirigiremos al pueblo lo antes posible. Necesitamos descansar, aunque no sé si después de lo que ha pasado conseguiremos conciliar el sueño —la doctora fingió un lastimero suspiro. Yo, en cambio, la miré alarmado—. Espero que mañana no sea demasiado tarde para seguir buscando.

—No os preocupéis —tranquilizó Korine—. Ya hablaremos sobre ello cuando volváis. A ver si entre todos logramos sacar algo en claro.

—Un beso —mi acompañante hizo una mueca ante la falsedad de aquel comentario.

—Llevad mucho cuidado.

—Descuida —concluí—. Suerte que conduce Nell.

Se escuchó una risa divertida al otro lado de la línea antes de que se interrumpiera la comunicación.

—Mierda —resoplé.

—¿Qué pasa? —espetó la doctora, aún sin comprender.

—La hemos cagado, Nell. Al principio le dijimos que estábamos de camino y luego que tendríamos que terminar un papeleo con la ambulancia antes de salir.

Ella se llevó una mano a la cabeza, sabiéndose responsable de la situación. Korine no habría pasado algo así por alto; a estas alturas, ya sabría que la habíamos descubierto.

—Tenemos que darnos prisa —urgió—. No disponemos de mucho tiempo.

—¿Tenéis vehículo? —preguntó una enfermera—. Podemos acercarnos donde haga falta.

—Muchas gracias, pero hemos traído un todoterreno —agradeció la mujer—. Seguramente vayamos más rápido por nuestra cuenta.

El médico del exterior abrió la compuerta. Al comprobar que ya no seguíamos hablando por teléfono, no se preocupó por el ruido.

—La policía ya está en camino —anunció.

—Iremos a Clevence Town de todos modos —comuniqué—. Con suerte llegaremos nosotros primero; tal vez si ve a la policía se ponga nerviosa y cometa una locura.

El aludido asintió en un gesto de entendimiento.

—Suerte, entonces.

Bajamos de la ambulancia todo lo deprisa que nos permitieron nuestros pies. Las contusiones de mis piernas dolían al avanzar, pero logré salvar la dificultad con una disimulada cojera. La gente abucheó al verme salir y profirió una sarta de improperios. Ambos los ignoramos y nos metimos en el coche. Si aquella panda de ignorantes supiera lo que estaba pasando...

Debo reconocer que disfrutaba imaginando sus caras cuando los medios comunicaran al día siguiente lo que nos proponíamos mientras nos insultaban.

—No sé si estoy preparada para esto —confesó Eleanor mientras se abrochaba el cinturón.

El motor arrancó con un sordo quejido.

—Yo tampoco —concedí—. Pero cada vez tengo más claro qué es lo que debemos hacer.

Eleanor asintió y pisó con fuerza el acelerador.

—Prepárate para saltarnos todos los límites de velocidad —previno.

Yo inspiré y recé en mi fuero interno para que aquello fuera suficiente. Recordé la preocupación en el rostro de Korine cuando le dije que había un imitador del Asesino de la Cabeza Rapada; qué iluso había sido al pensar que mis palabras habían importunado su fingida inocencia. En realidad, su inquietud no había sido otra que el temor a ser descubierta. Tan solo esperaba que mi error no provocara daños irreparables. Jamás me perdonaría que matara a aquella niña habiendo podido evitarlo.



11

LA ÚLTIMA VÍCTIMA

Al salir de Clevence Town pensaba que mi regreso a la villa sería mucho más tardío. Jamás imaginé que volvería en menos de un día. Después de haber visto la riqueza del mundo exterior, la comarca parecía un pueblo fantasma. Las calles estaban desiertas, probablemente porque mis vecinos considerasen más acertada la opción de recluirse en sus viviendas hasta que los servicios de asistencia empezaran a sacarlos uno a uno.

A nuestro paso, los árboles se alzaban melancólicos por la grandeza de las encinas del exterior. Nos apresurábamos por la avenida de los Recuerdos y, tras cruzar la plaza Central, nos internamos en la avenida de los Hostales.

Corrimos sin resuello hasta la casa de Korine. Llamamos al timbre y aguardamos a que abriera. Muy a nuestro pesar, aquello no sucedió.

—¿Korine? —llamó Eleanor, impaciente—. Ya hemos llegado.

Traté de mirar por la ventana, pero las persianas estaban bajadas. Maldije para mis adentros a punto de perder la paciencia. No podíamos permitirnos un paso en falso o el resultado podría terminar en desastre.

Lentamente, así el pomo de la puerta y lo giré con la esperanza de encontrarla abierta. Sentí una oleada de alivio al comprobar que la madera cedía sobre sus goznes y se hacía a un lado. Indiqué a mi compañera que guardara silencio y me adentré en la penumbra del corredor. Busqué algún indicio de vida a mi alrededor, pero tan solo vislumbré los muebles que tan bien conocía en la posición que creía recordar. Todo estaba a oscuras; todo salvo la tintineante luz del televisor en el salón.

—¿Quién anda ahí? —inquirió la propietaria de la vivienda.

—Somos... —me aventuré a contestar, pero una risa infantil interrumpió mis palabras.

Eleanor también la había oído, a juzgar por su gesto de extrañeza. Conforme caminábamos podía escucharse una respiración cada vez más entrecortada. Avanzamos sigilosamente cuan largo era el pasillo hasta llegar a la amplia estancia.

Korine no se había levantado del sofá. Por el contrario, afilaba un cuchillo con la base de un cilindro de metal. Frente a ella, sobre la mesa, se encontraba la caja de la cubertería vacía. De pronto, un ensordecedor alarido estremeció la falsa paz del silencio; era la voz de Korine, pero sus labios no se habían movido. Desvié la mirada hacia el lugar del que provenía el grito hasta detenerme en el televisor; la pantalla estaba girada y no logré distinguir la imagen que iluminaba la penumbra del salón. Tan solo pude ver la cámara de vídeo de Korine conectada al puerto USB de la televisión a través de un cable extensible.

—¿Creéis que soy idiota? —espetó sin mirarnos—. ¿De verdad pensabais que no me di cuenta de que intentabais disimular cuando me llamasteis?

Todo atisbo de ternura se había volatilizado de su rostro. Sus duras facciones caucásicas enmarcaban la expresión de una demente, lejos de la dulzura con la que acostumbraba a disimular sus rasgos afilados.

—Vaya, sí que tienes mal aspecto —indicó cuando se volvió hacia mí.

Se incorporó y agarró el mango del puñal con firmeza. Me observaba con atención mientras esbozaba una cálida sonrisa; casi parecía sacada de un espectáculo de terror.

—Me alegra poder mostrarme ante ti como lo que en realidad soy —su tono de voz era un poco más agudo que de costumbre—. He soñado con este momento de tantas maneras... y, al fin, ha llegado; por fin puedo presentarme como tu más ferviente discípula —rio escandalosamente; la risa de la locura—. Traté de seguir tu patrón temporal, pero las cosas se precipitaron conforme la policía avanzaba en sus investigaciones. Espero no haberte decepcionado por matar a esas niñas con tanta celeridad, maestro.

Se me hizo un nudo en el estómago; por primera vez desde donde mi razón alcanzaba a recordar, sentí verdadero asco hacia alguien. Pronto entendí cómo se habrían sentido miles de personas ante mi presencia después de cometer aquellas atrocidades que terminaron con la vida de mis víctimas. Probablemente aquellas familias no me hicieron ni la mitad de lo que yo mismo me habría hecho de estar en su lugar. Me merecía cada uno de sus golpes; debería haber muerto a sus manos bajo el latente yugo de su furia... de su *phurya*...

—Mira, Javier —dijo mientras señalaba el televisor.

Ni Eleanor ni yo nos movimos, atentos siempre a la dirección que tomaba el cuchillo que empuñaba con la otra mano.

—¿Recuerdas esta escena? —insistió, corriendo hacia la pantalla y girándola en nuestra dirección.

Ante mis ojos apareció la imagen de Korine derribada sobre el suelo del pasillo y uno de los espíritus de mis víctimas acercándose a ella. Era la escena de infrarrojos que me había enseñado en casa de Eleanor. Entendí entonces que tanto la pregunta inicial como el alarido provenían de allí.

La doctora observaba la escena, estupefacta.

—¡Es el vídeo! —la acusé—. ¡Es la grabación que negaste haberme enseñado cuando Eleanor te preguntó por ella!

Existían de verdad. Los espectros eran reales. Korine estalló de nuevo en una sonora carcajada.

—Por supuesto, mentí —confesó—. Pero no creas que esas niñas existen de verdad.

Aquello descuadró por entero mis esquemas.

—¿Qué estás diciendo? —espeté—. ¡Habla!

Su rostro se contrajo en una convulsión, sorprendida por mi arrebató.

—Espero que sea la primera y la última vez que me levantas la voz —amenazó, sombría.

Tragué saliva, intimidado. Ella, por su parte, desplazó el cuchillo en el aire hasta dirigir la punta a mi entrepierna.

—No quisiera tener que amputar ninguna parte de tu anatomía antes siquiera de haberla probado —añadió.

—Entonces, ¿cómo es posible ver a las niñas en el vídeo si supuestamente no son reales? —demandé, esta vez más pausado. No era consciente de si mi fingida calma distaba mucho de la imagen que ofrecía mi cuerpo.

—Escuché atentamente la descripción que hiciste de cada una de ellas —me explicó—. Tan solo tuve que añadir unas modificaciones a las fotografías que había en Internet y crear un efecto visual en el ordenador del Ayuntamiento —sonrió de nuevo, satisfecha—. Truqué el vídeo con la esperanza de ver lo que tú veías. —Jamás sabré a ciencia cierta si ronroneó o si fueron figuraciones mías—. Además, necesitaba hacerte consciente de que te creía, maestro. Debía ganarme tu confianza si quería llegar un paso más lejos en nuestra relación.

—¿Utilizaste ese vídeo para intentar acostarte conmigo?

Recordé la manera en que se me insinuó poco después de visualizar la grabación. El perfil psicológico que había hecho Cooper de mi imitador iba encajando pieza a pieza. Era tal la admiración que sentía hacia mí que vivía en un estado constante de amor platónico hacia lo que yo representaba. Tuve que reprimir una arcada para no vomitar.

Si ya me había dolido su traición y me repugnaban sus atrocidades, aquello terminó de hundir el concepto que tenía de la antigua Korine. Había trucado un vídeo para hacerme creer que compartía mis mismas experiencias paranormales. Había jugado con mis sentimientos y mi cordura para llevar al límite esa idealización. Miré la pantalla; sus gestos, sus lágrimas... Todo en aquella interpretación parecía verídico. Era como si de verdad estuviera viviendo la escena que después había modificado. No quise seguir debatiéndolo en mi fuero interno, porque me resultaría estremecedor pensar que de verdad ella imaginara ese horror y disfrutara de él solo para empatizar conmigo.

—Korine... —la llamó Eleanor al borde de las lágrimas. Durante el viaje había intuido que deseaba que me equivocara respecto a nuestra amiga, pero aquella confesión le había roto el corazón con el aplomo de un mazo.

La ternura con la que la aludida me miraba se transformó en el más absoluto desprecio mientras clavaba los ojos en ella.

—¡Cierra la boca, zorra! —empuñó el arma con más fuerza—. ¡Si él no tomó lo que yo le ofrecí fue porque tú tratabas de robármelo todo este tiempo!

Me interpuse entre ambas cuando Korine avanzó en su dirección. Aquello pareció detenerla. Un atisbo de estupefacción se dibujó en el ábaco emocional con que mudaba su rostro, sorprendida ante mi afán protector.

—¿La salvas a ella? —su voz se convirtió en un susurro—. ¿De verdad la escoges a ella antes que a mí?

—¿Dónde está la última niña, Korine?

—¿Acaso piensas detenerme, traidor? —rugió—. ¿Hasta ese punto te ha corrompido?

En ese momento supe lo que tenía que hacer. Cerré los ojos, e inspiré profundamente.

—¿Aún no lo entiendes, pequeña? —logré sonreír a pesar del pavor que sentía. Mi corazón se precipitó ante el temor de ser descubierto—. Nada de esto es necesario. Matándola a ella solo conseguirás empañar la grandeza de mi obra.

—Kyle... —la voz de Eleanor se ahogó en un quejido. Pero yo la ignoré, incapaz de volverme para tranquilizarla; no podía correr el riesgo de desvelar mi tapadera.

Korine parecía medir cada quiebro de mi voz como si quisiera evaluar la veracidad de mis declaraciones. Puse especial empeño en forzar una sonrisa, pero pronto desistí; no podía permitirme el lujo de parecer exagerado y perder la única ocasión de salvar a la niña.

—¿Crees que soy estúpida? —bufó—. Acabas de intentar detenerme.

—Te equivocas —negué, convincente—. Nadie mejor que tú debería comprender cómo me he sentido al saber que me engañaste con lo del vídeo —dejé que una parte real de mis sentimientos aflorara a la superficie. Sin embargo, traté de ocultar la ira bajo un manto de arrepentimiento—. Yo creía ver cosas que no existen y alimentaste mi esperanza con una mentira. Reconozco que me he enfadado al descubrirlo y te pido perdón si te ha parecido que reaccioné de forma exagerada.

Eleanor volvía a guardar silencio, seguramente debatiéndose sobre qué creer respecto a mí. Desde luego, le había dado motivos de sobra para barajar la posibilidad de recaer en mis delirios, aunque algo me decía que ella intuía mi intención.

—Me rechazaste.

Una exaltación silenciosa estalló en mi interior. Aún se mostraba recelosa, pero aquel repentino cambio de tema demostraba que había derribado las primeras barreras de la duda; mi excusa sobre mi reacción al entrar en su casa le había parecido razonable. El engaño seguía su curso.

—No puedo controlar mis sentimientos, Korine —intenté a duras penas sonar afligido—. Es cierto que desde hace un tiempo siento algo por Eleanor, pero de haber sabido lo que estabas haciendo por mí...

La mirada de la interpelada se iluminó. Mi sonrisa se amplió, aunque no por el motivo que ella creía.

—Lamento no haberme dado cuenta antes —me llevé la mano al pecho para reforzar significado de mis palabras—. La hipnosis anuló mis recuerdos y jamás habría podido entender lo que hacías porque ni siquiera era consciente de quién soy. No puedo decir que mis sentimientos hayan despertado tan repentinamente, pero tal vez en el futuro podamos entendernos también a ese nivel.

Ella profirió una exclamación.

—Maestro...

—Estoy contigo, pequeña —a decir verdad, estaba saliendo mejor de lo que esperaba—. Ahora ya nada ni nadie podrá separar nuestros caminos.

Ella asintió, feliz.

—No te haces una idea de lo que me ha costado traer a todas esas niñas sin que nadie reparase en ello —parecía emocionada—. Sacar la basura fue más sencillo, porque ya no se movían.

Recordé la imagen del encapuchado con aquella bolsa ensangrentada y contuve el aliento; todo ese tiempo había sido Korine.

—Robar la capa del Consejo fue una buena jugada.

—Gracias —el halago parecía haber arraigado en su orgullo—. Los guardias de la puerta ni siquiera sospecharon. Cogía uno de los camiones de suministros y dormía a las niñas antes de meterlas en las cajas —se rascó la cabeza con el mango del cuchillo.

—¿Estabas con alguna de ellas el día que faltaste al círculo de lectores? —inquirí.

La mujer asintió.

—Acababa de capturar a la primera —confesó—. Dije que me encontraba indispueta; ya me había encargado de extender rumores en la villa sobre mis dolores de cabeza, de modo que nadie sospechó.

—Un plan brillante, Korine —la felicité—. Pero debemos apresurarnos —anuncié. Aferré con fuerza el brazo de Eleanor y la obligué a arrodillarse en el suelo. Ella protestó, dolorida cuando clavé el pie en las corvas de sus rodillas para obligarla a postrarse—. Ha avisado a la policía, así que llegarán de un momento a otro.

Korine se aceleró visiblemente.

—Hay que matar a la última niña antes del amanecer —sugirió—. De lo contrario, no tendremos tiempo de huir.

—¡No! —se resistió la doctora—. ¡No podéis hacerlo! Ignorando deliberadamente su súplica, me incliné e introduje la mano en el bolsillo de su pantalón. Extraje la llave del coche y se la enseñé a Korine.

—Ya tenemos vehículo —dije—. Ahora démonos prisa o todo el esfuerzo habrá sido en vano.

Y, entonces, se volvió. Había estado esperando ese momento desde que iniciara mi rebuscada improvisación. *Ipsa facto*, dejé caer la llave al suelo y, mudando la fingida alegría de mi rostro, me abalancé sobre ella. Sin embargo, mi plan se fue al traste de la manera más absurda posible:

había estado tan absorto en mis palabras mientras aguardaba a que confiara en mí que no caí en la cuenta de que toda la escena se reflejaba en el cristal de la ventana por la intensidad de la luz del televisor.

Al verme, Korine se volvió tan rápido como una gacela y profirió un grito de rabia. Justo cuando el filo estaba a punto de rozar mi camisa, retrocedí hasta caer al suelo. Gateé de espaldas para regresar junto a Eleanor.

Un nuevo alarido manó de la garganta de Korine, tiñendo su rostro del rojo de la ira.

—¿Qué ha sido eso, grandísimo hijo de puta?! —una vez más, los gritos enronquecieron su voz—. ¡¿Ibas a lanzarte contra mí?!

Pateó la mesa presa de la cólera más exacerbada. Hoy puedo confesar que aquel fue uno de los instantes más terroríficos de mi vida. Korine parecía un animal enfurecido, un torbellino de locura que lanzaba estocadas con el cuchillo a destajo. Además, saberme el objeto de la enajenación de una persona hacía que se me revolviera el estómago.

En conversaciones posteriores con Eleanor, supe que ella comparte mi opinión al respecto. Sin embargo, lo que sucedió a continuación terminó por cortarme la respiración. En una de las sacudidas de la mesa cayeron de la bandeja interior dos brazos amputados. Eleanor gritó, ante el impacto de la escena; tras cada acometida, se dejaban entrever bajo el mantel más y más miembros cercenados. Antes de apartar la mirada pude contar cuatro piernas y dos manos más sobre el suelo.

Tanto la doctora como yo tardaríamos muchos años en superar aquel cruento recuerdo. Su sombra aún nos perseguiría mucho tiempo después de que nos atreviéramos a hablar de ello.

Fue entonces cuando rodó una cabeza hasta detenerse a los pies de Korine. Se trataba del señor Nóvikov, su padre en Clevence Town. La mujer, lejos de amilanarse ante la imagen de la cabeza sesgada, se agachó y la cogió con la mano libre. La colocó frente a su rostro y dejó entrever una perturbada sonrisa.

—No me mires así, papá —espetó—. Fue vuestra culpa por descubrir a la niña esta tarde —desvió la mirada hacia nosotros y giró la cabeza decapitada para que él también nos observara desde su mano—. Mamá siempre ha sido muy fisgona y terminó por encontrar a la pequeña. Papá perdió literalmente la cabeza cuando vio que le clavaba el hacha a su esposa —torció la boca fingiendo una teatral mueca de lástima—. Descuartizarlos no resultó especialmente placentero, pero tenía que hacerlo si quería que cupieran en las bolsas de basura —soltó una risotada histérica—. Tranquilos, no son mis verdaderos padres —me miró como si aquello justificara sus acciones—. Solo eran un matrimonio de jubilados que pretendían ser alguien en la vida a tu costa. Deberías estarme agradecido.

—Esto tiene que parar, Korine —musité, incapaz de seguir mirando en su dirección.

—¿No querías que matara a la niña, *maestro*?! —puso especial sorna en la última palabra; de haber tenido cualquier mínima posibilidad de acercarme a ella, la había perdido para siempre. Hizo una complicada reverencia, estallando en una espeluznante carcajada que me erizó el vello de la nuca—. Antes dijiste que debíamos apresurarnos, y tus deseos son órdenes para mí.

Hizo a un lado la alfombra que cubría parte del suelo de una patada para descubrir una mancha de sangre seca. Oculta bajo los nudos, había una hebilla de metal oxidada. Al tirar de ella, destapó una trampilla de madera.

—Buenas noches, pequeña —saludó.

Sin esperar a recibir respuesta, introdujo la mano en el hueco y sacó el sollozante cuerpo de una niña de no más de siete años. La muchacha cayó al suelo y se hizo un ovillo nada más impactar contra el parqué. Sus negros cabellos se le apelmazaban sobre la cara fruto del sudor y

las lágrimas. Llevaba una mordaza que le impedía pedir auxilio, aunque su quejumbroso llanto podía escucharse a la perfección ahora que no era amortiguado por la madera del suelo. Llevaba una ajada camiseta y unos sencillos vaqueros oscurecidos por la suciedad.

Pero lo que más me impactó no fue solo la desesperación de la pequeña. Llevaba viendo los rostros de mis víctimas durante tanto tiempo que tenía sus ataques constantemente. Siempre que escuchaba un llanto o una risa, allí estaban sus voces para atormentarme hasta que sus espectrales figuras se materializaban frente a mí. Sin embargo, hubo un día en el que un lastimero llanto me hizo temblar de terror. Recordé que, no hacía mucho, me había recostado sobre el mismo sofá en el que habíamos encontrado a Korine al entrar. El sonido de aquella silenciosa súplica infantil reverberó en mis recuerdos con el filo de la culpabilidad; esa había sido la única vez que los espíritus no habían aparecido después de escuchar un sollozo. Y no lo habían hecho porque aquel desconsolado gemido había sido real; fue una de las niñas asesinadas por Korine. Rodeé mis piernas con los brazos y apoyé el mentón sobre las rodillas, atónito ante semejante revelación. Por la fecha seguramente se tratase de su primera o su segunda víctima. Pude haberla detenido de no haber sido por mis paranoias.

—¡Al fin! —bramó Korine, victoriosa.

Alzó el cuchillo sobre la niña, dispuesta a dejarlo caer.

—¿Te gusta nuestra obra, maestro? —preguntó con la mirada brillante de expectación—. ¿Te sientes orgulloso de tu alumna?

Eleanor y yo saltamos hacia delante, como si un resorte protector se hubiera detonado en nuestro interior.

—¡No! —grité.

—¡Korine, detente! —suplicó la doctora al unísono.

Y, de pronto, el automático de la luz saltó como tantas otras veces. La habitación, con las persianas bajadas y sin la iluminación del televisor, se sumió en la más absoluta negrura. Pudimos escuchar el sonido del puñal chocando contra el parqué, aunque no fuimos capaces de ver qué pasaba.

—¡Maldita mocosa! —estalló Korine.

Al parecer, la niña había rodado justo a tiempo de esquivar el mortal envite.

Todo se sumió en un sepulcral silencio. Nadie se atrevía a moverse, conteniendo la respiración para no descubrir nuestra posición. La incertidumbre de no saber qué tenía delante se apoderó de mi capacidad de razonar. ¿Dónde estaría Korine? ¿Se habría levantado? ¿Y si caminaba en su dirección y me descubría por accidente? ¿Dónde estaba la niña?

Recordé, entonces, que la grabación trucada se estaba reproduciendo en la televisión directamente desde la cámara, y esta tenía infrarrojos para grabar en la oscuridad. Si mi memoria no me fallaba, la mesita del televisor debía de estar a pocos centímetros detrás de mí. Tal vez si me arrastraba hasta allí...

Me descalcé para no hacer ruido y posé las plantas de los pies sobre el parqué. Apoyé las manos en el suelo e hice fuerza con los brazos para incorporarme. Me puse en pie lentamente y, sin atreverme a levantar las piernas por miedo a hacer ruido, comencé a deslizarme hacia atrás. Tanteé la oscuridad con la mano hasta que, por fin, toqué la superficie del televisor. Seguí la línea de su lateral con el dorso y, cuando mis dedos se toparon con el cable, lo seguí con cuidado hacia la cámara. Al asirla, desconecté el filamento y me la llevé pausadamente a la cara. Palpé la superficie hasta dar con el botón de encendido y presionarlo temblorosamente. Jamás me cansaré de dar gracias a que aquel modelo no produjera ningún sonido al apagarse y encenderse.

Había utilizado esa cámara cientos de veces, así que, si mis cálculos no eran erróneos, el

botón de infrarrojos estaría justo al lado. Desplacé el pulgar por la fría superficie hasta dar con él y accionarlo. Un mundo de luz verdosa despertó ante mis ojos, que tardaron en adaptarse al angosto espacio que se veía a través de la mirilla de la cámara. Pronto, las siluetas borrosas fueron cobrando nitidez hasta que la escena se materializó en el interior de la máquina.

La niña se había arrastrado de alguna manera junto a una de las sillas del comedor, probablemente sorteando los miembros amputados que pendían en el suelo. Un poco más cerca de mí, Eleanor caminaba hacia la mesa del comedor en su afán por abrirse camino hacia el pasillo donde se encontraba el automático de la luz.

Korine, por su parte, giraba lentamente sobre sí misma, cuchillo en mano, en pos de una señal acústica que le condujera a alguno de nosotros. Caminaba hacia atrás desde el mueble que había junto al televisor... y lo hacía en mi dirección...

Muy despacio, me hice a un lado justo cuando nuestros cuerpos estaban a punto de chocar. La mujer pasó de largo y continuó su camino. En esta ocasión, se acercaba de forma inconsciente hacia Eleanor, que caminaba de espaldas también en su dirección. Barajé todas mis posibilidades, pero gritar acabaría por desatar el caos a mi alrededor. Por otro lado, si me acercaba a Eleanor para apartarla, esta se asustaría y el ruido atraería la atención de Korine. ¿Qué podía hacer?

Sus cuerpos estaban a punto de tocarse. Contuve la respiración para el miedo en una acuciante presión en la boca del estómago.

A día de hoy no sé qué me incitó a hacer lo que hice a continuación. Puede que Eleanor me hubiera mentido de la peor manera posible, pero había sido mi mejor amiga durante mucho tiempo y no podía dejar que Korine le hiciera daño. Sin medir bien las consecuencias, me precipité hacia delante con la cámara aún en la cara y plaqué a Korine. Ella gimió, alarmada, mientras caíamos sobre la mesa del comedor. El estrépito hizo retroceder a Eleanor, que gritó asustada. La niña también estalló en un ensordecedor alarido que traspasó mis sienes hasta hacer palpar mis oídos.

Oí cómo el cuchillo caía sobre la mesa y recé para que estuviera suficientemente alejado de nosotros. La cámara se había desviado, de modo que forcejemos a ciegas para inmovilizar al otro.

—¡Eleanor! —grité—. ¡La tengo! ¡Enciende el interruptor y llévate a la niña!

«Huye mientras podáis», rogué para mis adentros. «No lograré contenerla mucho tiempo».

De pronto, tuve una idea para ganar tiempo. Sostuve la cámara con firmeza frente al espacio en el que intuía que estaría la cabeza de Korine y pulsé tres o cuatro botones hasta dar con la clavija que activaba el foco para las tomas nocturnas. La intensidad de la luz blanca no se hizo esperar y cumplió su cometido; en contraste con la oscuridad, cegó momentáneamente a la asesina e iluminó la habitación lo suficiente para ubicar a Eleanor en el espacio.

La mujer corrió hacia el pasillo y activó el interruptor de los plomos. Encendió la luz del corredor y buscó a la niña, cuyo llanto aún sonaba amortiguado por la mordaza. Al encontrarla, la cogió en brazos y me buscó en la penumbra. Yo, por mi parte, seguía forcejeando con Korine en la mesa del comedor. Tras un crujido, las patas cedieron y ambos caímos sobre la tabla rota del mueble.

—¡Kyle! —me llamó Eleanor, desesperada.

—¡Estoy bien! —dije a duras penas sobre los descontrolados gritos de Korine—. ¡Marchaos!

—¡No pienso abandonarte!

—¡Tienes que salvarla! —ordené, imperativo—. ¡No puedo retenerla mucho más tiempo! ¡Os seguiré en cuanto os hayáis marchado! ¡Corre!

La doctora pareció dudar, pero no tardó en entender que si permanecía allí acabaríamos muertos los tres. Muy a su pesar, dio media vuelta y se precipitó a la salida con la niña en brazos.

Respiré aliviado conforme sus sollozos fueron sonando cada vez más lejanos.

Al volver la cabeza hacia Korine vi que observaba un punto a la derecha. Seguí la dirección de su mirada hasta encontrar el objeto que tanto le interesaba. Había estado tan pendiente de Eleanor y la niña que no había reparado en que el cuchillo había caído a poca distancia del lugar en el que nos encontrábamos.

La mujer me miró desafiante y volvió a forcejear con todas sus fuerzas. Desesperada, presionó con el pulgar la quemadura que me habían hecho los padres de las niñas.

Rugí de dolor y cedí ante el escozor. Aquello fue cuanto necesitó para alzar la cabeza y morderme con todas sus fuerzas el hombro. Grité de nuevo, pero me resistí a soltarla. Hacerlo sería un suicidio. En cambio, doblé la rodilla para propinarle un rodillazo en la entepierna. Su reacción no se hizo esperar: abrió la boca para exhalar un ahogado aullido de dolor.

...Y, de nuevo, comenzaron las risas.

—No —supliqué en un susurro.

El primer espectro apareció frente a mí mientras observaba la escena con desprecio. Al volver la mirada, descubrí que habían formado un círculo a nuestro alrededor.

Estaban rodeando a los Asesinos de la Cabeza Rapada.

«No es real», musité para mis adentros sin mucha convicción. «Ellas no están aquí. No son más que un producto de mi cabeza».

Pero aquel lapso fue suficiente para sentenciar mi destino. Korine aprovechó mi distracción para zafarse de una de mis manos y asir el cuchillo. Antes de poder reaccionar, elevó el brazo y lo clavó en mi abdomen.

Por un instante, creí que el tiempo se detenía. Mi mirada quedó fija en los ojos de una de las niñas mientras mi cuerpo dejaba caer su propio peso sobre la mujer. El dolor me impedía respirar, pero me recompuse y logré ponerme en pie a duras penas. Rodeé el mango del cuchillo con la mano para evitar que chocara con alguna silla. Korine no se hizo de rogar y no tardó en propinarme una patada en el costado. Mi espalda se arqueó hacia delante, incapaz de reaccionar.

Así que todo terminaba de esa forma...

El destino me abrazaba con su mordaz sentido del humor, arrojando mis últimos compases de energía con su impasible manto de justicia. El segundo Asesino de la Cabeza Rapada arranca la vida al primero.

Esperé el siguiente golpe, pero una mano rodeó la mía con sus fríos y apagados dedos; pude ver cómo el espíritu de la primera niña que maté la cerraba en un puño. Nuestras miradas se cruzaron por un instante, apenas un resquicio de tiempo en el que no tardé en comprender. Guiado por su fuerza, arrastró mi brazo hacia atrás.

El puño cerrado dio de lleno en la mejilla de Korine y la derribó sobre el sillón. El asiento volcó y atrapó a la mujer bajo el peso del mueble. Gritó con todas sus fuerzas mientras empujaba para zafarse del bloqueo. Sin embargo, el sofá había encallado en la pata de la mesa y le impedía levantarse.

Mientras, yo sentí tres pares de manos empujarme desde mi espalda. Caminé aplacado por su determinación hacia la maltrecha mujer que forcejeaba con el sillón para salir de su repentina prisión.

Volví la mirada para encontrarme con los macilentos rostros de mis otras tres víctimas. La primera, la niña apuñalada, aguardaba mi llegada junto a la que hacía apenas unas horas consideraba una de mis mejores amigas. Esta, en cambio, no se inmutaba ante la presencia de los espíritus.

«Porque solo están en tu cabeza», me recordó una voz en mis pensamientos.

Sentía la sangre caer en un continuo manantial sobre mi pierna. Me sentía débil, muy cansado, pero sabía lo que tenía que hacer; ellas me lo habían dicho y me guiaban hacia allí. No podía volver a fallarles.

«Termínalo, Javier», me instaban. «Pon punto y final a lo que empezaste».

Al llegar a su lado, me abrí de piernas y apoyé las rodillas sobre sus muñecas para impedir que moviera los brazos. Ella gritó, atravesada por un incipiente dolor en las extremidades superiores. Todo mi peso cayó sobre sus articulaciones... No podía moverse...

«Solo tú puedes acabar con esto».

«Termínalo de una vez por todas».

«Sálvanos».

«Salva a tu hija».

Todas ellas rodearon mi mano con las suyas mientras envolvían mis ensangrentados dedos con su fuerza ejecutora.

«Cierra el círculo».

Empuñé el cuchillo de mi abdomen y lo extraje, atragantado por el dolor.

—Kyle... —suplicó Korine, consciente de lo que me proponía.

Me alzaron la mano y colocaron la punta del puñal sobre la garganta de la mujer.

—¡Espera! —imploró—. ¡No lo hagas, por f...!

Antes de que pudiera concluir la frase, tracé una línea por su cuello de izquierda a derecha en tanto que las espectrales manos sostenían la mía para impedir que vacilara.

La asesina debía morir.

Su cuerpo se convulsionó conforme la sangre bañaba su cuello y formaba un charco a nuestro alrededor. Observé sus ojos y sostuve su mirada hasta que, poco a poco, fue apagándose definitivamente.

—Adiós, Korine —me despedí apenas un instante antes de que el fulgor de sus pupilas se extinguiera para siempre—. Nos vemos pronto.

Busqué mi mano con la esperanza de encontrar aquellos dedos infantiles a su alrededor. Sin embargo, todo cuanto pude ver no fue más que eso; una simple mano sosteniendo un cuchillo. Escudriñé la oscuridad en pos de los fantasmas, pero ya no estaban conmigo.

La debilidad se apoderó de mi cordura y me hizo caer a un lado. Apenas podía enfocar la visión, salpicando la penumbra de manchas de color... hasta que, a lo lejos, frente a la pared opuesta, se iluminó un cálido rayo de luz blanca. Su intensidad me cegó, obligándome a desviar la mirada.

Al principio no distinguí nada. Luego, en cambio, una aureola de luz se dibujó frente a mis ojos. En su interior, cuatro rostros me observaban impasibles. Los cuatro espíritus se alzaban con sus portes infantiles. Sin embargo, en su rostro no quedaba rastro de dolor. Por primera vez desde que aparecieron, volvían a ser las niñas que habían sido.

Pero ¿acaso eran auténticas?

La gente era muy obstinada en ese sentido, aun cuando yo sabía muy bien lo que veían mis ojos.

—¿Sois reales? —murmuré a duras penas.

Poco a poco, sus siluetas fueron difuminándose hasta perderse en el interior de la aureola de luz.

El recuerdo de mi mano alrededor del cuchillo me asaltó como un destello fugaz en la inmensidad de mi conciencia... El recuerdo de mi mano..., únicamente mi mano... sin nada ni nadie alrededor...

Entonces, lo supe: nadie me había incitado a empuñarlo. No habían sido las niñas quienes habían cometido todos esos crímenes; mis propios recuerdos trataron de decírmelo hacía unas horas en casa de Eleanor. Mis manos proyectando la pastilla de jabón contra el cristal y la lámpara del aseo, haciéndolos añicos... Mis manos alrededor de la minicadena en el baño de Angela Biggens... Mis manos alrededor del cuello de Emma Strike... Mis manos sosteniendo la soga que ahorcó a Jeremiah Melquiades... Mis manos empujando a Laura Fishwibber a través de la ventana... Mis manos... Siempre habían sido mis manos...

Todo a mi alrededor se tornaba más y más oscuro; las formas comenzaban a desaparecer en la negrura. No obstante, antes de sumirme en el vasto océano de las tinieblas, mi mente fue siguiendo una nebulosa de pensamientos; era como si con cada uno de ellos todo se difuminara hasta el irremediable final.

«Yo he matado a Emma Strike».

«Yo he matado a Angela Biggens».

«Yo he matado a Jeremiah Melquiades».

«Yo he matado a Laura Fishwibber».

«Y, ahora, he matado a Korine Nóvikov. El ciclo está cerrado; con ella, el Asesino de la Cabeza Rapada se ha cobrado su última víctima».



Negro. Oscuridad. Inconsciencia.



12

LA LUZ DEL INCONSCIENTE

La luz y los ruidos atronaron mi cerebro. Aquellas molestas voces martilleaban mi descanso eterno, mi paz definitiva. Me atreví a entreabrir los párpados, dispuesto a protestar. ¿Qué sucedía?

—Está despertando —anunciaba una voz masculina con urgencia.

Todo a mi alrededor se movía en un descontrolado traqueteo. La imperiosidad de un agudo pitido me taladraba los oídos. Aquello era... ¿la sirena de una ambulancia?

—Ha perdido mucha sangre —anunció una mujer—. Hay que hacerle una transfusión al llegar al hospital.

Algunas figuras empezaron a cobrar forma a mi alrededor; apenas unas difuminadas siluetas que se movían de un lugar a otro. Sin embargo, una de ellas me asía la mano con firmeza. Traté de enfocar la mirada en un esfuerzo por descubrir la fuente de aquella calidez.

Me costó unos segundos distinguir el rostro de Eleanor frente a mí.

—Te vas a poner bien —me animaba—. Aguanta.

Sus dedos acariciaban mis ensangrentados cabellos, siempre con cuidado de no mover la mascarilla de oxígeno que me ayudaba a respirar.

—Los médicos van a hacer que te recuperes, ya lo verás —repetía una y otra vez.

—N-Nell —la llamé.

Ella acercó el oído a la mascarilla, tratando de distinguir mis palabras.

—Estoy aquí, Kyle —dijo—. Estoy contigo.

Sentía la boca pastosa y me costaba una punzada de dolor pronunciar cada palabra.

—No... —musité—. No me... dejes... solo... Al fin, había tomado mi decisión respecto a ella.

—Nunca —prometió, emocionada—. No voy a moverme de tu lado.

Y así fue.

Con el consuelo de esa promesa, volví a sumirme en la más absoluta inconsciencia.



Luz.

Todo a mi alrededor era del blanco más puro. No había nada, ni siquiera puedo asegurar que estuviera yo. Tan solo un pulcro y reluciente blanco. Un suave pitido penetraba mis oídos y friccionaba mis tímpanos con un agradable arrullo de calma.

Tanta calma...

Un momento, ¿qué era aquello?

Una pequeña voluta parecía acercarse en mi dirección. Aún era diminuta, demasiado lejana para distinguirla. Entorné la mirada para distinguir qué era.

Poco a poco, la figura fue haciéndose más grande hasta que conseguí apreciar un grácil caminar: era un ser humano. Intenté avanzar hacia la persona, pero mis piernas no respondían. Al

final, el angelical rostro de una niña me dedicó una feliz sonrisa. Rodeé sus facciones, acentuadas en gran medida por su absoluta calvicie; su cabeza estaba desprovista de cualquier asomo de cabello.

Una impoluta túnica blanca aleteaba detrás de su cuerpo mientras se acariciaba un brazo con la mano contraria. Volteó la cabeza para ofrecerme un tierno guiño de ojos. No tuve la necesidad de preguntarle quién era; lo supe desde el preciso momento en que fui capaz de discernir sus facciones.

Ingrid Arenas. Mi hija.

Una lágrima asomó por la comisura de mis ojos y amenazó con desbordarlo.

—¿Por qué estás despierto? —inquirió, dubitativa.

—No puedo dormir —respondí, sincero.

—Tal vez deberías intentarlo. Igual lo consigues.

—¿Cómo hacerlo si no estás conmigo? Ella negó con la cabeza.

—No puedo quedarme —contestó—. He venido porque necesitaba decirte algo.

Se acercó a mí y depositó una suave caricia sobre mi mejilla. Finalmente, aquella lágrima rebelde rebasó las lindes de mis débiles ojos y se perdió entre sus dedos.

—Gracias —añadió.

—No las merezco —sollocé—. No sabes todo el mal que he hecho.

—No importan los errores que hayas cometido —me exculpó—. Al menos a mí no.

—¿Por qué, mi niña? —quise saber, desesperado—. ¿Cómo es posible que puedas perdonarme habiendo hecho algo así?

Ella hizo una pausa y volvió a sonreír con la gracilidad que tan solo mi pequeña era capaz de imprimir en cada gesto.

—Porque tú me salvaste.

La abracé y me eché a llorar sobre su hombro.

—No estoy bien.

—Pero lo estarás —me animó—. Te ayudarán a controlarlo.

Permanecimos así unos minutos hasta que, finalmente, ella se alejó.

—Tengo que irme —anunció.

—¿Volveré a verte?

Por toda respuesta, ella sonrió. Dio media vuelta y desapareció de nuevo en la blancura. La luz la envolvió con su cálido abrazo antes de hundirla en sus entrañas. Al final, cerré de nuevo los ojos para dejar que aquella sensación me rodeara por completo.

Mi princesa había venido a verme. Mi niña.

Mi Ingrid.



(Videocámara 12 del Hospital La Paz. Grabación de la visita de Marta Poyatos a Javier Arenas (ahora llamado Kyle Dwayne). Adjunta como prueba al juicio del Asesino de la Cabeza Rapada. Las imágenes fueron tomadas durante el ingreso hospitalario del acusado tras recibir una puñalada en el abdomen. La niña corrobora la versión de la testigo, Eleanor Gordon, asegurando que el imputado la salvó de morir a manos de la imitadora en Clevence Town).

Marta se acerca a la cama. El señor Dwayne está sentado, arropado de cintura para abajo con las sábanas.

—¿Por qué estás despierto? —empieza la niña.
—No puedo dormir —responde él con naturalidad.
—Tal vez deberías intentarlo. Igual lo consigues.
—¿Cómo hacerlo si no estás conmigo? Ella parece negar con la cabeza.
—No puedo quedarme —añade—. He venido porque necesitaba decirte algo.
Camina hacia el hombre y le acaricia la mejilla.
—Gracias —dice Marta.
—No las merezco —parece al borde de las lágrimas; le tiembla la voz y casi no se le entiende en la grabación—. No sabes todo el mal que he hecho.
—No importan los errores que hayas cometido. Al menos a mí no.
—¿Por qué, mi niña? ¿Cómo es posible que puedas perdonarme habiendo hecho algo así?
Ella no dice nada. Se limita a sonreír.
—Porque tú me salvaste.
El señor Dwayne se adelanta y la abraza, rindiéndose al llanto.
—No estoy bien.
Todo el mundo sabe que se refiere a su enfermedad.
—Pero lo estarás —la niña le da unas palmadas en la espalda—. Te ayudarán a controlarlo.
Permanecen en silencio de 17:03 a 17:04.
—Tengo que irme. —Es Marta quien vuelve a iniciar la conversación.
—¿Volveré a verte?
Ella no contesta. Parece dedicarle un gesto con la cara, pero la cámara no lo capta. Después de eso, da media vuelta y sale del ángulo de visión.

(Fin de la grabación).



EPÍLOGO

**Grabadora de la
doctora Gordon**

(Interferencia).

Doctora Eleanor Gordon, 11:35 de la mañana del 20 de agosto. Último informe del caso Clevence Town.

Casi dos años después de los incidentes acontecidos durante el Proyecto, doy por concluida la realización de pruebas al paciente Javier Arenas. A modo de cierre del expediente, procederé a resumir los resultados obtenidos tras el análisis de las mismas.

El sujeto en cuestión ingresó en el Hospital Psiquiátrico Doctor Rodríguez Lafora de la Comunidad de Madrid en el año 2018 tras cometer el múltiple homicidio de cuatro niñas de siete años de edad. Tal y como se indica en los documentos adjuntos al principio de este informe, se le diagnosticó una esquizofrenia paranoide severa agravada por el fallecimiento de su hija. Allí fue atendido de acuerdo a las necesidades específicas de la citada patología.

Sin embargo, un grupo de licenciados en Psicología Clínica expusieron ante tribunal una tesis doctoral basada en la teoría de que la hipnosis podía resultar efectiva como tratamiento para la cura de pacientes con trastornos de salud mental severos. Tras una larga disertación, lograron no solo aprobar el doctorado *cum laudem* sino también vender la tesis y, de esta forma, lograr financiación.

Emocionados ante la posibilidad de probar sus pesquisas en un caso real, las doctoras Laura Fishwibber, Angela Biggens y Emma Strike, siempre al amparo de su benefactor, Jeremiah Melquiades, pusieron en marcha un proyecto de sanación mental que pretendía marcar un antes y un después en la medicina neurológica moderna.

Para ello, aislaron varias hectáreas de la zona restringida del Monte de El Pardo y edificaron un pueblo donde residirían durante cuatro años junto a otras eminencias de la psicología y la psiquiatría. Bautizaron el experimento como Proyecto Clevence Town; este consistía en utilizar la hipnosis para borrar los recuerdos de un cerebro afectado por una patología mental severa e instalar unos nuevos en su lugar. Con ello, se pretendía afianzar estos últimos durante el paso de los años de tal manera que el paciente los asimilara de forma permanente, eliminando así los efectos de la enfermedad. Posteriormente, cuando se pudiera demostrar que el tratamiento había sido efectivo, se reinsertaría al sujeto sano en la sociedad con la ayuda de especialistas expertos en la materia.

Tras un minucioso proceso de selección, los fundadores del Proyecto escogieron a Javier Arenas y lo instalaron en la villa una vez modificados sus recuerdos. De esta manera, crearon una ficción que pronto se convirtió en la única realidad del paciente; según esta historia, estaban en cuarentena debido a un virus al que debían encontrar una cura. Para hacer veraz la farsa, todos fuimos recluidos en aquel espacio y dejamos de lado nuestras vidas y familias en el exterior. Cada persona adoptó un rol en la comunidad, liderados por un Consejo de concejales capitaneado, a su vez, por un alcalde. Cuidamos cada mínimo detalle para evitar que cualquier infracción por nuestra parte pusiera en peligro los avances del Proyecto. El sujeto pasó a llamarse Kyle Dwayne y pronto creyó a pies juntillas tanto su pasado como su presente. Todo parecía ir sobre ruedas.

No obstante, al concluir el cuarto año de aislamiento, la situación se complicó. Dicen que en todo elaborado plan hay que cuidar cualquier cabo suelto, pues hasta la mínima grieta puede desestabilizar una montaña. Eso fue exactamente lo que nos pasó.

En primer lugar, el teatro en el que cada uno de nosotros actuaba en torno a un papel pasó a difuminarse hasta que empezamos a comportarnos como el rol que se nos había asignado. De esta forma, los líderes de la comunidad cometieron un sinfín de abusos sobre los oprimidos ciudadanos de la villa, creando una clara diferenciación social entre dictadores y sometidos. La dimensión de nuestra propia objetividad se fue difuminando en la realidad imaginaria que

habíamos creado. Habíamos tenido ejemplos previos en los experimentos de Milgram y Stanford, pero nuestra ansia por avanzar nos impidió ver lo que iba a suceder; de habernos parado a pensar en ello, podríamos haber tomado medidas previas para evitarlo. En cambio, dejamos que nuestro personaje nos poseyera de tal manera con el paso del tiempo que llegamos incluso a crear un clima de rebelión contra el supuesto Gobierno.

Sin embargo, lo más grave fue la evolución del sujeto. Tras averiguar accidentalmente ciertos datos sobre el Proyecto Clevence Town, empezó a mostrar síntomas de una ansiedad desmesurada. Como si se adentrara en un círculo vicioso, comenzó a investigar al respecto; por descontado, su inquietud iba en aumento con cada hallazgo. Como es habitual en los pacientes con esquizofrenia paranoide, esa ansiedad suele derivar en alucinaciones que el sujeto acaba tomando por verdaderas. El señor Arenas me confesó que empezaba a ver los espíritus de unas niñas que, casualmente, se parecían sobremanera a las víctimas de sus propios asesinatos. En su opinión, las pequeñas trataban de ponerse en contacto con él para lidiar con un nuevo imitador de sus crímenes. Asimismo, en algunas de sus múltiples paranoias (cada vez más graves), llegó a asesinar a los cabecillas del Proyecto Clevence Town; él, en cambio, sostenía firmemente que habían sido las niñas y que él era testigo en sueños de todas y cada una de las muertes. Sin embargo, pronto se demostró que había sido él quien, bajo el influjo de sus alucinaciones, perpetró los homicidios. Su mente, para protegerle de la contundencia moral de los crímenes, le hizo elaborar una intrincada teoría de pesadillas y espectros que culminó con la muerte de la doctora Nóvikov.

Los fantasmas, por su parte, no eran más que un producto de su imaginación, una diapositiva proyectada sobre su cerebro de los recuerdos que pugnaban por salir a la superficie de la hipnosis; eran, como decía anteriormente, una grieta en el tratamiento que fue haciéndose más grande hasta que la memoria regresó por completo.

Tras salir de la villa de forma definitiva, el sujeto fue trasladado a Estados Unidos con la intención de alejarlo de los familiares de las víctimas. En España su caso había sido demasiado sonado como para pretender una reinserción social adecuada. En América, en cambio, pudo aspirar a un mayor anonimato, aunque probablemente la sombra de sus crímenes lo persiga allá donde vaya de una forma u otra. Por el momento, yo controlo personalmente su tratamiento y, gracias a los fármacos y a los centros de día americanos, su estado ha mejorado ostensiblemente en los últimos meses. Poco a poco, empieza a encajar en una sociedad tan cruel y despiadada como la gravedad de los asesinatos cometidos en Clevence Town, una comunidad globalizada donde los corderos pasan a ser leones en un abrir y cerrar de ojos.

Él fue recordando todo cuanto aconteció en su anterior vida, dificultando considerablemente su recuperación al principio. Estuvo ingresado durante un año en el hospital que lo acogió en 2017, pero su estado mejoró durante los siguientes meses y pudimos mudarnos a Estados Unidos. Aquí los medios para las personas que presentan patologías como la del señor Dwayne son muy superiores.

A día de hoy, se hace llamar a sí mismo Kyle y mantiene una vida digna como administrativo en una empresa de oficinas. Fue precisamente ahí donde un editor logró ponerse en contacto con él y le convenció para publicar su historia. El señor Dwayne aceptó después de una semana; yo misma le ayudo a recabar información para que su narración resulte más verídica. Sin embargo, pese a ser consciente de que los fantasmas que creía ver no existen en realidad, decidió titular la novela con el nombre de *Phurya*; al parecer, este término guarda algún significado para él.

Con esto, se demuestra que aquella tesis doctoral fallaba en lo más esencial. Un paciente con una patología tan severa de salud mental no puede ser curado ni con hipnosis ni con ninguna otra

terapia. Al menos, de momento.

No quisiera mostrarme negativa al respecto. Quién sabe qué podrá conseguirse en un futuro con la investigación de células madre, o incluso con un estudio más exhaustivo de las propiedades terapéuticas de la hipnosis. Quiero pensar que con nuestro experimento hemos sentado un precedente; un antecedente que motive a otros a continuar en esta línea de pensamiento y progresar allí donde nosotros lo dejamos.

Por el momento, tendremos que conformarnos con la medicación y las técnicas más tradicionales de tratamiento. No voy a negar que me siento triste por no haber logrado un avance mayor con nuestro sacrificio. Aún a día de hoy, muchos sostienen que las personas con este tipo de trastornos no pueden ser reinsertadas en el mundo moderno debido a sus patologías, pero la única responsable de ello es la propia sociedad. Somos, al fin y al cabo, una colectividad que no permite el cambio y que se niega a aceptarlos como lo que son; seres humanos, en la mayoría de los casos con plena conciencia de sus facultades.

No obstante, pese a mi tristeza inicial, este experimento ha dado alas a mi esperanza. Si nosotros lo logramos durante unos años, aguardaré el día en que otros consigan hacerlo de forma permanente. A fin de cuentas, la mente humana es una selva surcada por intrincados caminos, algunos de ellos aún por descubrir. Sí, tengo fe. Creo en el ser humano y en su capacidad científica.

Y es que la ciencia pone a nuestra disposición todas las soluciones. Tan solo hemos de esperar a las personas y al momento adecuado para verlas.

FIN



AGRADECIMIENTOS

Quiero dar las gracias a tanta gente que temo extenderme demasiado o dejar a alguien en el tintero por quedarme corto. Espero dar con la medida justa y no olvidar a nadie.

En primer lugar, a mi familia. Gracias por estar ahí para apoyar mis locuras (y reconozco que esta ha sido una muy grande). A mi padre, por confiar en mis posibilidades como autor y vivir mi carrera literaria como si fuera tuya. A mi madre, porque aunque aún no hayas leído nada mío (ya te vale) soportas cada paso que doy con el corazón tembloroso y los brazos abiertos. Y a mi hermana, por ser siempre una fuente de inspiración en cada resquicio de mi vida.

A mi gente y mis lector@s cero. Rocío y Nuria, gracias por sufrir cada línea mientras leáis y manteneros firmes hasta el final. Carmen, jamás olvidaré el momento en que dijiste que mis historias nunca dejan de sorprenderte. Vero, a ti te doy las gracias por visualizar la novela como una serie y ayudarme a construir esos volúmenes que la dividen de acuerdo a una idea tan genial. Marina, aunque en esta ocasión no puedas ilustrar la portada, gracias por emocionarte con mis pasos en el camino literario, pero ante todo gracias por seguir diseñando mis historias en forma de promociones. Y, por supuesto, a las nuevas incorporaciones a esta pequeña gran familia.

A Paula Fidalgo, gracias por volver a ceder tu imagen a uno de mis personajes. Desde que te vi interpretando sobre el escenario Terror y miserias del tercer Reich supe que Eleanor no podía tener otro aspecto que el tuyo. Puede que la Clara de *Eyreen* tenga hasta celos de ella.

A mi otra Vero, somos dos mitades que nadie espera ver juntas, pero que cuando se fusionan cada engranaje se ajusta para que las agujas del reloj vivan la intensidad de cada segundo. Gracias por llevar tan bien mis ausencias cuando hay firmas, ferias del libro, presentaciones o eventos de por medio.

A mi familia literaria, grandes escritores, compañeros y amigos a los que atesoro como el regalo que son. A mi editor, José Luis Victoria, GRACIAS por confiar en esta novela y por tener tanta fe en ella desde el principio. Tu conexión con mi estilo, con la trama y conmigo me llevan conmoviendo desde que dijiste sí; tus comentarios fueron, son y serán un premio que guardaré bajo llave.

A mi agente literaria, Eva. Tú me dijiste que irradiaba una luz especial como persona y como escritor, que te emocionaba mi ilusión y mi lucha en el mundo de las letras. Nunca olvidaré cuando me comunicaste que habías decidido representarme como autor, y que querías impulsar esta novela porque era la ostia (tú y tu espontaneidad). Has hecho brillar mi mundo literario con una profesionalidad y cariño que me emocionan a cada paso que damos juntos.

Este libro lleva un proceso de documentación muy exhaustivo, y nada de lo que he creado tendría sentido sin la colaboración de varias fuentes que desean permanecer en el anonimato (ver la advertencia del principio de la novela). Gracias por otorgarme algo tan preciado, y en algunos casos tan íntimo.

Por último, pero ni de lejos menos importante, a tod@s vosotr@s: mis lector@s. Gracias infinitas por darle la vida que le habéis otorgado a *Eyreen*, mi anterior libro; es por ello que hoy *Phurya* puede estar en vuestras manos. Y gracias también si esta es la primera ocasión que me leéis; vuestra confianza es mi ilusión, y deseo de corazón poder conservaros como el tesoro que

sois tras la lectura de esta novela. Gracias por dar vida a mis historias con vuestros ojos...
vosotros sois mi verdadero universo literario.

BANDA SONORA

Disfruta de la música que sembró el caos en Clevence Town:

<https://open.spotify.com/playlist/3CloD7FHho2TIyzRoyTIRq?si=uPluqh6aSaGXC9Qjc2-MA>



TRACKLIST:

1. Transylvanian lullaby (Prólogo: Páginas 13 - 19)
2. Dead silence theme (Capítulo 1: Páginas 23 – 30)
3. The hand that feeds you (Capítulo 2: Páginas 48 – 53, 62-64)
4. Snape to Malfoy manor (Capítulo 2: Páginas 55 – 61)
5. Not human (Capítulo 3: Páginas 90 – 103)
6. Pathological killer (Capítulo 5: Páginas 150 – 153)
7. Final SQE (Capítulo 6: Páginas 164 – 195)
8. April, 1945 (Capítulo 8: Páginas 222 – 236).
9. Jesus is carried down (Capítulos 8 y 9: Páginas 238 – 274)
10. Time (Capítulo 10: Páginas 285 – 292)
11. Jazz suite nº 2 (Capítulo 10: Páginas 302 – 307)
12. The arena (Capítulo 11: Páginas 332 – 337)

13. Ice (Capítulo 19: Páginas 329 – 342)
14. Gravity (Epílogo: Páginas 347 – 351)